
LA EMPERATRIZ
Kristin Cast
CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

TAROT TOWERFALL

LAS CARTAS

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos

LA EMPERATRIZ

Towerfall 1

Kristin Cast

Traducción de Alicia Botella y María Brotons



Para la zorra de Cheroka

ADVERTENCIA: Incluye contenido sensible




12
14
13


10
11


8
9


6
7


1
4
2
5
3





TAROT TOWERFALL
La tirada Towerfall
Construyendo tu final feliz

Towerfall te llama. Esta tirada no es solo una herramienta de adivinación, sino un portal para construir tu final feliz.

Estás emprendiendo un gran viaje. Las cartas te mostrarán desde dónde empiezas, cuál es tu motivación, tus retos y la manifestación definitiva de tu final feliz.

CUÁNDO USAR ESTA TIRADA:

Cuando sepas que te hace falta un cambio y estés preparado para manifestar tu nueva realidad. Te ayudará a proporcionar los cimientos que te llevarán a tu objetivo final.

TRUCOS Y CONSEJOS:

Empezarás con una base formada por tu pasado y presente y se te animará a mirar en tu interior mientras reflexionas sobre dónde has estado y dónde estás. ¿Cómo te ha moldeado tu pasado? ¿Dónde te encuentras ahora mismo?

Tu catalizador te impulsa hacia delante y te llama a la acción. ¡Tu viaje ha empezado! Ten en cuenta que las pruebas pueden presentarse de muchas

maneras diferentes y que no siempre se debe interpretar las cartas al pie de la letra.

Mientras conectas con tus héroes y tu final feliz, debes buscar matices en las cartas para encontrar una conexión.

Recuerda que puede que veas algo nuevo cada vez que revisas una carta o que descubras que el significado se esclarece cuando llegas al final de la tirada.

Confía en el proceso.



LAS CARTAS

CARTAS 1, 2, 3

Pasado: el origen de tu historia.

CARTAS 4, 5

Presente: tu yo actual.

CARTAS 6, 7

Catalizador: tus esperanzas, sueños y expectativas de futuro.

CARTAS 8, 9

Empieza el viaje: recurre a tus guías para que te aconsejen a la hora de emprender los primeros pasos de tu viaje.

CARTAS 10, 11

La noche oscura del alma: las pruebas a las que te enfrentarás a lo largo del camino.

CARTAS 12, 13

Héroes: el crecimiento que has experimentado, la energía que te ha acompañado y que sigue rodeándote mientras te adentras en tu final feliz.

CARTA 14

Tu final feliz.

Uno



Llevo ya un tiempo en este viaje espiritual de autoayuda. No estoy segura de en qué parte exactamente del espectro de la espiritualidad se ubica la tienda de El Tarot Crepuscular y las Artes Curativas de Luna, pero estoy aquí para embarcarme en lo inesperado. Además, no puedo coger otro bus hasta dentro de media hora y fuera hace, literalmente, dos grados.

Me muerdo el labio y bajo la mirada al libro que sostengo con fuerza en la mano. La brillante cubierta rosa pálido que promete que este libro de autoayuda será «el último que vas a necesitar para empezar a vivir tu mejor vida» refleja la luna creciente que cuelga sobre la puerta de la tienda El Tarot Crepuscular de Luna. Lo abro por la última página que he leído. La servilleta doblada que había usado como marcapáginas flota hasta la acera mientras recorro con la mirada las frases que he subrayado durante mi pausa para comer.

> Haz algo inesperado...
> No dejes que quien se supone que debes ser te impida ser quién eres realmente.
> ¡Sorpréndete a ti misma!

—Dejarme aconsejar por un mazo de cartas de tarot sobre el mayor momento de mi carrera es bastante sorprendente —murmuro acomodándome el bolso enorme en el brazo mientras abro la puerta. La campana que hay sobre el marco

suena mientras me adentro en una neblina de sándalo y lavanda tenuemente iluminada.

Avanzo hacia el espacio abierto y dejo que la puerta se cierre sola detrás de mí. Las paredes son de un azul marino intenso y están decoradas con imágenes enmarcadas de las fases de la luna y de mujeres parcialmente vestidas.

—¿Hola? —pregunto.

Camino lentamente hacia el centro de la estancia donde una mesa grande y antigua de madera sostiene una variedad de cristales. Encima de la mesa, las bombillas parpadeantes de Edison que hay en el candelabro de cuentas proyectan un resplandor similar al del fuego sobre los picos y valles de cada cristal.

Rodeo la mesa y paso junto a una pared con un revestimiento de madera de los años setenta. Sostengo el libro con una mano y paso los dedos de la otra sobre las esferas de cuarzo rosa apiladas en un cuenco de bronce. Hay un rincón a mi izquierda iluminado por velas negras y decorado con flores secas y fotos enmarcadas.

Es como si alguien con un tablero de Pinterest *mystic-chic* se hubiera puesto a decorar en un frenesí de cafeína.

Al fondo de la tienda, hay una pequeña sala separada de la estancia principal por una cortina de cuentas.

—¿Luna? —susurro sintiéndome como una intrusa, a pesar de que en su página web pone que se aceptan clientes sin cita previa.

Se enciende la calefacción y una puerta camuflada entre las tablas de los paneles de madera se abre ligeramente. Por la abertura sale una luz roja y un aire cálido me acaricia las mejillas heladas y juega con los mechones de pelo que se han salido de mi moño despeinado. Cada mañana, me propongo hacerme un recogido con trenzas de algún vídeo tutorial, pero siempre acaba imponiéndose el moño desordenado.

Un gemido sedoso y placentero de mujer se escapa por la puerta entreabierta cuando me asomo a la habitación roja. Mi mirada se detiene en la espalda desnuda de un hombre con todos los músculos empapados de sudor, brillantes bajo la luz de las velas. La mujer vuelve a gemir y él se mueve a un lado, revelando el cuerpo desnudo de ella cubierto por una sábana de seda roja. La

mujer arquea la espalda y presiona el hombro contra la mesa de masaje que tiene debajo mientras la tela sedosa se desliza y le deja los pechos al descubierto.

—Sí —ruge él—. Emplea tu poder.

Me quedo paralizada. Debería carraspear o cerrar la puerta, pero no puedo dejar de mirar.

El hombre alarga el brazo hacia una zona que no puedo ver por la abertura y vuelve con una rosa roja. Se la lleva a los labios. Su voz suena grave y profunda contra los pétalos abiertos.

—Emplea tu poder —murmura de nuevo contra la delicada flor antes de acariciar la frente de la mujer con los pétalos.

Ella ahoga un grito mientras le pasa la flor por la nariz, los labios y la curva de la barbilla. Se arquea sobre la mesa mostrando sus pechos como ofrendas mientras él le susurra. Le acerca la rosa al cuello y luego dibuja círculos en sus pechos y le roza los pezones. Con un gemido aterciopelado, ella se sacude y tiembla bajo el roce de la flor.

—Más —murmura él y desliza la mano por debajo de la seda, entre sus piernas...

Tengo la respiración entrecortada, tan entrecortada y acelerada como ella, y debo de estar respirando muy fuerte, ya que él levanta la cabeza. Su mirada se encuentra con la mía. La luz de las velas se le refleja en los ojos y los convierte en fuego.

Me tambaleo hacia atrás y choco con la mesa. Mi bolso gigantesco tira el cuenco lleno de cristales.

—Mierda, mierda, mierda —maldigo cuando el cuenco de bronce se estrella contra el suelo. Me pongo a cuatro patas en el suelo para recoger las esferas marmoladas.

El hombre sale de la habitación y cierra la puerta suavemente tras él.

—Me temo que no tengo ningún hueco esta tarde. —Me mira y se peina los rizos dorados y sudados con los dedos.

—Ah, no, gracias. —Niego con la cabeza y me pongo de rodillas. Hago una mueca para coger el cuenco y dejo caer un puñado de cristales—. No he venido para eso.

Mi mirada se desliza desde su amplio pecho y sus abdominales esculpidos hasta la goma de sus calzoncillos, que se asoma por encima de sus pantalones de chándal grises.

«Madre mía».

Se me seca la boca y se me encienden las mejillas cuando toda mi atención se clava en su enorme bulto.

—Tengo... tengo novio —le digo directamente a su polla como si me lo hubiera preguntado—. Lo siento.

Me río con el mismo sonido agudo y molesto que me hace poner los ojos en blanco cada vez que veo el nuevo especial navideño de Netflix. Definitivamente, no es la energía de protagonista que deseo proyectar.

—Pues pareces muy interesada —comenta.

Recojo los últimos cristales, me levanto y vuelvo a dejar el cuenco en la mesa.

—No debería estar aquí. Ha sido un gran error. Enorme. —Me muerdo el labio inferior para evitar que se me escape la risa nerviosa, pero me sale por la nariz a modo de resoplido digno de un cerdo.

—Creo que estás en el lugar perfecto. —Levanta la barbilla, señala algo detrás de mí y me giro con el libro de autoayuda aferrado contra el pecho.

La mujer que hay al otro lado de la mesa es alta y lleva las amplias curvas cubiertas por capas de tela que flotan a su alrededor como si fueran alas.

—Gracias, Maverick. —Asiente y los rizos apretados le acarician la piel oscura—. Me disculpo por la interrupción.

—Yo también —suelto con la luz roja en la espalda.

Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo y balbucear otra disculpa, pero ya se ha ido. Ha desaparecido detrás de la puerta de madera y se oye el chasquido de la cerradura al volver a su sitio.

—Perdón por entrar sin permiso —le digo a la mujer—. Y por haber tirado todo esto.

—No has entrado sin permiso, aquí todo el mundo es bienvenido.

Su sonrisa regordeta parece tan amable y auténtica que se me relajan los hombros y el calor de la vergüenza se enfría en mi rostro.

—¿Qué está pasando ahí? —susurro señalando el revestimiento de la madera y la puerta detrás de la cual se encuentran Maverick y su cliente.

Ella sonríe con los labios tan rojos como la rosa, tan rojos como la habitación y la energía que hay en su interior.

—Magia sexual.

—Ah. —Asiento como si supiera exactamente a qué se refiere.

—Pero no has venido para eso.

—No —respondo demasiado rápido—. No, he venido para aprovechar el día. Para hacer algo inesperado. Para sorprenderme a mí misma. —Le muestro el libro como prueba—. ¿Eres Luna?

—Soy Eleanor. —Me hace un gesto con el dedo para que me acerque. Rodeo la mesa, atravieso la distancia que nos separa y ambas nos inclinamos—. Luna no existe. —Se ríe y me uno a ella, a pesar de que lo mío es más una risa nerviosa que auténtica alegría—. Es que Eleanor suena a nombre de abuela, así que opté por Luna en su lugar.

Ahora sí que me río de verdad. Su risa es tan intensa y auténtica que es imposible no hacerlo.

—Bueno —dice mientras se seca el rabillo del ojo con una de las capas de tela que lleva encima—. Hannah, ¿en qué puedo ayudarte exactamente?

Doy un paso hacia atrás y me agarro el bolso antes de que se me deslice por el hombro.

—Madre mía, sabes mi nombre. Eres psíquica de verdad.

Se le elevan las mejillas redondas con una sonrisa divertida.

—Tu tarjeta. —Señala la identificación de acceso de empleado de Posh Pulse Brand Management que llevo enganchada en el exterior del abrigo de plumas—. No soy psíquica. No puedo mirarte y saber cosas como si nada, por mucho que me gustara poder hacerlo. No soy ese tipo de vidente, pero sí que conecto con el universo. Me transmite mensajes a través de las cartas sobre cualquier respuesta que busques.

—Entonces, ¿puedes leerme mi futuro?

Su sonrisa regresa y reluce en las profundidades de sus ojos marrón terroso.

—Tu futuro cambia continuamente. Crece, evoluciona. No hay nada escrito

en piedra. —Eleanor, con los pies ocultos bajo tiras de tela, parece flotar hasta la cortina de cuentas. La aparta y señala los cojines mullidos que hay esparcidos alrededor de la mesa baja—. Si quieres respuestas sobre tu futuro tal y como está ahora, puedo proporcionártelas.

Me quito el abrigo y me guardo el libro de autoayuda en el bolso, aunque la parte de arriba sobresale como un portal rosa chillón a Barbilandia entre el azul marino y el negro de la pequeña habitación. Dejo el abrigo sobre el bolso y me siento en un cojín negro como el carbón en el extremo más alejado de la mesa mientras espero a que Eleanor recoja sus cosas.

Cuando entra a través de la cortina que cae sobre ella como si fuera lluvia, muestra una sonrisa cálida y sincera. Deja un cuenco de cristal en el centro de la mesa. En su interior hay dos mazos de cartas sobre un montoncito de sal rosa. Una luz parpadea y Eleanor prende fuego a un palo santo. El humo se arremolina alrededor de la estancia y nos sumerge en su dulce aroma amaderado.

—Hannah, ¿qué parte de tu futuro quieres desmitificar? —pregunta Eleanor mientras se sienta sobre los cojines que hay enfrente de mí, al otro lado de la mesa.

—Mañana haré una presentación en el trabajo. Es muy importante.

Deja la madera ardiente al lado de la sal y levanta un mazo de cartas con los cantos plateados del cuenco.

Me froto las sienes.

—Prácticamente, toda mi vida depende de lo que haga mañana y no quiero fastidiarla. No puedo fastidiarla.

«Si lo hago, los últimos tres años de mi vida no habrán servido para nada».

—Empezaremos con este mazo. Una carta. Un mensaje del universo específicamente para ti.

La sal cae como si fuera nieve sobre el mantel azul marino mientras baraja las cartas y las extiende formando un arco entre nosotras. El pentagrama metálico que decora el dorso de las cartas reluce bajo la luz tenue.

Levanta la mirada de la mesa.

—¿Cuál te dice algo?

Coloco la mano sobre ellas y la muevo de un lado a otro como si fuera un

detector de metales. No sé cómo se supone que he de sentir la magia, pero sé que así no.

—Lo siento, creo que esto no va a funcionar...

Me dispongo a retirar la mano, pero Eleanor me la sujeta.

Abre los ojos como platos y, si no hubiera inhalado profundamente, me habría perdido el destello de miedo que le atraviesa el ceño momentáneamente. Refuerza el agarre y acerca mi mano a las cartas.

—¿Qué haces? Me estás haciendo daño. —Sus uñas se me clavan en el brazo e intento liberarme, pero su mano es como un tornillo—. ¡Suéltame!

Mantiene el agarre sobre mi muñeca, frío e inflexible. Fija sus ojos oscuros sin pestañear en los míos. La temperatura de la habitación parece bajar de golpe y tiemblo cuando una película blanca le cubre la mirada.

—Esta. —Su voz se fractura en una escalofriante sinfonía de ecos y el aire retumba con un coro de espíritus invisibles cuando coge una carta de la tirada y me la tiende—. Cógela. Es tuya. ¡Cógela, Hannah!

La miro, demasiado asustada y confundida para pensar.

Me lanza la carta como si fuera a quemarla si no se deshace pronto de ella.

—Cógela y sal.

Titubeo. El miedo me retuerce las entrañas. No quiero coger la carta, pero me la arroja contra el pecho con una fuerza sorprendente. Me martillea el corazón y me tiemblan los dedos cuando recojo la carta y mis pertenencias. El pánico se abre paso a través de mí y corro. La campana de la puerta resuena como un gong cuando la abro y salgo a toda prisa a la noche gélida.

El aire frío me da una bofetada en la cara y me sacude todo el sistema cuando salgo a trompicones a la calle tenuemente iluminada. El neón de Luna parpadea sobre mí y proyecta sombras inquietantes en la acera mientras me estabilizo y mi respiración se convierte en nubes de vapor.

Bajo el resplandor del cartel de la tienda, le doy la vuelta a la carta. Está en blanco. A continuación, como si la moviera una mano invisible, una nube plateada flota sobre la superficie de la carta. El aire vibra a mi alrededor y se me eriza el vello de la nuca.

Lentamente, se materializan unas palabras con tinta brillante como si alguien

las hubiera susurrado a la existencia: «Mira la puerta y ábrela».

Observo las palabras con la mente acelerada.

Detrás de mí, las luces de neón del Tarot Crepuscular de Luna parpadean una última vez antes de apagarse.

Dos



«Mira la puerta y ábrela».

Observo la superficie brillante de la mesa de la sala de reuniones. La sinuosa frase que apareció en la carta del tarot anoche se pasea por mi mente. A mi lado, la vicepresidenta da golpecitos a una taza de café de marca con sus uñas pintadas de rojo. El recuerdo de la rosa, de la habitación roja, de Eleanor, me provoca un escalofrío. Intento centrar la atención en Jade mientras les cuenta una historia a nuestros clientes que suena desternillante, pero que apenas puedo oír sobre los truenos de mi latido nervioso.

Durante tres años, he estado trabajando horas extra sin cobrar y pasando noches sin dormir, trabajando a destajo para conseguir una oportunidad como esta: mi primera reunión con un cliente. Mi primera campaña. El momento con el que he estado soñando desde que estaba en la universidad.

«Mira la puerta y ábrela».

—... y entonces me di cuenta —Jade se reclina en su silla rotatoria de Hans Wegner y los rizos marrones le rebotan sobre los hombros— de que alquilar camellos en Illinois para fomentar el trabajo en equipo no había sido mi mejor idea.

Las carcajadas explotan y, en la pantalla de noventa y ocho pulgadas que cuelga de la pared sobre la mesa de reuniones, el director general de LuminaLuxe, Brad Major, se parte de risa con los dos directores de *marketing*.

Justo cuando las risas empiezan a disiparse, me uno a ellos demasiado tarde y en un tono demasiado alto, y aparto la mirada de las cejas arqueadas del director general de LuminaLuxe. Los ventanales del suelo al techo que conforman una de las paredes de nuestra impoluta sala de reuniones están salpicados de nieve y, aunque son las tres de la tarde, el cielo de Chicago está denso y gris. Las aguas del lago Míchigan reflejan ese tono monocromático en un estremecedor contraste con los tonos joya del vibrante pavo real que salpican toda la sala de reuniones de Posh Pulse. Desde el intenso color berenjena de la alfombra hasta el papel pintado con un estampado lila y dorado, toda la oficina está pintada de color púrpura imperial y dorado brillante, como si ahogarnos en colores majestuosos fuera a obligarnos a triunfar más.

Barajo mis apuntes con una sonrisa dibujada en la cara. Al otro lado de la mesa, Stephanie se aparta la larga melena rubia de la cara mientras se inclina para susurrarle algo al oído a nuestro jefe, James. Intercambian unas palabras en voz baja y ella echa la cabeza hacia atrás entre risas.

«Maldita Stephanie».

Ambas llevamos tres años en Posh Pulse y nunca le he visto ni un solo defecto. Ella es el toque de color majestuoso, mientras que yo no soy más que un gris apagado. Mi pelo largo del color del barro rara vez se comporta y estoy segura de que mi vestido de segunda mano no engaña a nadie. Cómo Stephanie puede permitirse unos Louboutin con nuestro diminuto sueldo es algo que se me escapa. La mayoría de los meses apenas puedo pagar el alquiler.

Mi móvil se enciende y emite un rugido a lo Chewbacca: una notificación de Slack. Me arden las mejillas mientras lo alcanzo rápidamente y lo silencio antes de echar un vistazo al mensaje.

Stephanie: Tus apuntes son muy monos. Me encanta lo que has añadido a la presentación sobre ayudar a los necesitados.
Stephanie: ¿Quién iba a decir que la salvadora de la clase obrera llevaría un Dior de la década pasada?
Stephanie: Por cierto, salir de la cama y ponerte lo primero que has pillado ha sido una jugada valiente.
Stephanie: No importa lo que digan los demás, la alta

costura con bolitas de pelusa te queda de maravilla.

Levanto la mirada y me clava sus ojos verdes mientras arruga esa diminuta nariz con una sonrisa tan falsa como sus labios hinchados.

«Maldita Stephanie».

No soy la salvadora de la clase obrera y nunca he intentado serlo. Quiero marcar la diferencia, lograr un cambio a mejor, y LuminaLuxe aceptará mi propuesta cuando les diga las consecuencias que estas donaciones tendrán en su imagen y sus deducciones de impuestos.

—Bueno, tenemos muchas ganas de escuchar lo que nos has traído hoy. —Brad me anima con un animado aplauso que hace que me sobresalte—. Madelyn nos ha prometido que es una idea rompedora.

—Eso es a lo que nos dedicamos aquí. —Con un guiño, Madelyn, la presidenta de Posh Pulse, retira sus gruesas gafas de Tom Ford de su pelo canoso y las desliza sobre el puente de su nariz.

Trago saliva, de repente me siento tan expuesta como uno de esos fetos de cerdo que tan desesperadamente pedí no diseccionar en el instituto.

Madelyn asiente en dirección hacia Jade, quien me dirige una mirada que me congela las venas. Jade escogió mi idea para la campaña de LuminaLuxe y me dio esta oportunidad para presentársela directamente al cliente, un honor que normalmente se reserva a los vicepresidentes. Pero con el traslado de Vanessa a Londres, uno de los lujosos despachos en la esquina pronto se quedará libre, lo que significa que Posh Pulse tiene una vacante de un puesto sénior por primera vez en años. Un puesto que lleva mi nombre.

«Mira la puerta y ábrela».

Me pongo de pie, me aclaro la garganta y la atención de la sala se dirige hacia mí. Me enderezo para alisar las arrugas invisibles de mi vestido mientras las caras en la pantalla me observan expectantes.

—Nuestra campaña —comienzo— es una forma revolucionaria... Espera, no. Perdón. Soy Hannah. Hola.

Un coro de risitas incómodas resuena en los altavoces.

—Continúa, Hannah —dice Brad mientras se ajusta la intimidante corbata

roja y asiente a la cámara.

Miro mis apuntes hechos a mano, me arde la cara. Mierda. Llevo seis palabras y ya la he cagado.

—Como iba diciendo, nuestra campaña es una forma revolucionaria de percibir el cuidado de la piel. Es rompedora, valiente y, francamente, pionera.

El director general entrecierra los ojos e inclina la cabeza. Las luces de su oficina brillan sobre su pelo engominado, tan reluciente como una capa de petróleo. ¿Qué ha sido ese gesto dubitativo? ¿Ya desconfía de la idea antes de empezar?

El corazón me da un vuelco. No puedo perderlo. No cuando estoy tan cerca de la mejor parte de la presentación.

—Os preocupa que nos hayamos pasado de la raya —admito con las palabras subiéndome por la garganta—. Mirad, esta idea es desde luego poco convencional, pero sigue siendo accesible... para la mayoría de las edades. Creo que funcionará muy bien con los adolescentes y el grupo de entre veinte y cuarenta años, pero puede que a los clientes más mayores no les encaje mucho nuestro mensaje. Aunque en eso consiste ser rompedor, ¿no? —Suelto una risita nerviosa y me encuentro con la mirada alarmada de Jade.

Brad arquea una ceja y el sudor me empapa las palmas de las manos.

—Esto no quiere decir que a los *boomers*... —suelto mientras señalo a Madelyn—. Lo siento, a las personas mayores no les gustará. Creo que habrá un cierto número de respuestas negativas en internet, pero nada viral o complicado que no podamos manejar. —Se me hace un nudo en la garganta y carraspeo mientras me echo el pelo rebelde hacia atrás—. Y si os preocupa...

—Lo que Hannah está intentando decir —una voz calmada y suave me interrumpe— es que hemos planteado una campaña tan audaz y atrevida como nuestra clientela, con el beneficio añadido de apelar a la conciencia social de los consumidores de la generación Z. Integrando una iniciativa de responsabilidad corporativa, nos aseguraremos de que los clientes se sientan muy satisfechos con dónde están yendo los dólares que invierten en el cuidado de la piel. Este enfoque no solo fortalece la marca LuminaLuxe, sino que está alineado con los valores del público objetivo de la campaña.

Miro al otro lado de la mesa, congelada, mientras Stephanie sonríe a la pantalla con sus dientes blancos, rectos y perfectos.

—Esta campaña no solo susurra, ruge. —Stephanie se pone de pie y tira de la cintura de su vestido XXS antes de coger su copia de la presentación, que está encima de la mesa—. Brad, si puedo pediros a ti y a tu equipo que vayáis a la página siete, veréis exactamente lo que quiero decir.

Me hundo en mi silla con la boca abriéndose y cerrándose en silencio mientras Stephanie se mece hacia delante y hacia atrás, haciendo mi presentación, tan letal como un tiburón.

Jade me observa con preguntas enterradas en la profunda arruga entre sus ojos verdes. Pero no tengo respuestas.

Bajo la mirada hacia la mesa. Mi visión se vuelve borrosa y parpadeo para mantener las lágrimas a raya.

No tengo nada.

—¿Qué narices ha sido eso? —grita Jade en un susurro en cuanto salimos de la sala de reuniones hacia el pasillo. A través de las lágrimas que todavía amenazan con arruinar mi maquillaje por completo, parece un ángel. Mi visión acuosa difumina su vestido camisero de seda blanca con las paredes doradas y todo ello parece añadir un brillo etéreo a su piel oscura.

Contengo las lágrimas y agarro con fuerza mi copia de la presentación, la copia original, con una mano. Echo un vistazo rápido a Stephanie y James, que están cogiendo sus abrigos para ir a celebrarlo tomando algo. A LuminaLuxe les ha encantado la campaña. Mi campaña. Claro que les ha encantado. Pero ese despacho lujoso y el puesto sénior no van a ser míos, no después de que Stephanie la presentara de forma impecable mientras yo me quedaba ahí sentada, dando sorbos a mi vaso de agua, ahogándome en vergüenza.

—No lo sé. —Me encojo de hombros mientras me paso la mano que tengo libre por el pelo enredado—. Es que... pensé que lo había asustado diciendo que era rompedora y sabía que tendría algunas preocupaciones, así que estaba intentando aclarar que habíamos pensado en todo y encontrado soluciones.

Jade suspira y forma una fina línea con sus labios pintados de granate. Su decepción es palpable.

—Cielo, ¿les estabas vendiendo el sueño o un aviso legal?

—Es que pensaba...

—Pensabas mal. —Me aprieta el brazo y desliza suavemente el pulgar por la tela gastada de mi vestido usado—. Estás demasiado ocupada mirando las sombras, Hannah. Céntrate en la luz.

—No me puedo creer que la haya fastidiado —digo ahogada mientras me tapo la boca con la mano para no sollozar.

—Oye, Hanns. —La voz cálida y aterciopelada de Stephanie suena desde el otro lado de la habitación mientras me lanza una sonrisa con megavatios—. ¿Te vienes a tomar algo? Vamos a ir a Giovanni's para celebrar el trato.

Ahogo un gemido y espero en silencio que el suelo de mármol se abra y me trague.

«Maldita Stephanie. Y se ha atribuido totalmente el mérito de la perspectiva de responsabilidad corporativa que se ha pasado la semana criticando».

Madelyn y James están de pie a ambos lados de ella, radiantes ante la heroína que intervino y salvó la campaña. Ahora se van al bar más caro de la ciudad cuando yo ni siquiera puedo permitirme irme en coche a casa. Mientras estoy sentada en un charco de aguanieve en un autobús mugriento junto a alguien gritando su historial médico al teléfono, ellos estarán pidiendo botellas de Veuve y suficientes tapas para comer durante un mes. Me duele la cartera solo de pensarlo.

Los tres me miran fijamente mientras esperan mi respuesta. No me atrevo a mirar a Madelyn después de llamarla anciana delante de Brad y los miembros de mi equipo. A estas alturas, no tengo ni idea de cómo voy a volver a mirarla.

—El estómago. —Hago una mueca mientras me acaricio el vientre con la palma de la mano y arrugo la expresión para que parezca que tengo náuseas, no una diarrea explosiva—. No me encuentro muy bien —miento—. Puede que el sándwich de atún del puesto de comida para llevar no haya sido muy buena idea.

—Qué pena, Hanns. —Stephanie chasquea la lengua con un fruncido digno de un Oscar—. Supongo que tendremos que pedir una ronda en tu honor.

—Genial —digo con una sonrisa falsa que no ganaría ni un solo premio—. Me voy a ir a casa ya.

Jade respira profundamente como si fuera a intentar convencerme de lo contrario, pero se lo piensa dos veces. En lugar de eso, me dedica una sonrisa tensa, se dirige hacia el grupo y le choca los cinco a Stephanie mientras esperan el ascensor.

Me quedo sola en el pasillo con los hombros caídos.

«Maldito despacho de la esquina. Maldita Stephanie».

Su nombre estará en él la próxima semana, gracias a mi campaña. Y, por mucho que quiera, ni siquiera puedo odiarla por ello. Sí, es una zorra, pero me lo he ganado. Me he pisoteado a mí misma y he llamado a la dueña de mi empresa *boomer*. Me he estrellado y me he quemado.

«Mira la puerta y ábrela».

¿Cómo puedo abrir la puerta cuando mis propios errores la han bloqueado?

Tres



La cremallera del abrigo se me rompió hace dos años y desde entonces todos los inviernos me he dicho a mí misma que aprenderé a coser y la cambiaré. Sin embargo, aquí estoy andando a duras penas sobre la nieve sucia por todo el puente Columbus Drive con el viento abriéndome la prenda acolchada y enroscando sus dedos helados alrededor de mi cintura. Con cada paso que doy, una nueva oleada de agua gris y gélida se me cuela entre los dedos de los pies, me empapa los calcetines y hace que mis botas chirríen como ratas.

Necesito botas nuevas. Y un abrigo nuevo.

Necesito un trabajo nuevo.

Me ajusto la correa del bolso gigantesco sobre el hombro y me presiono el móvil contra la oreja con más fuerza mientras me envuelvo de nuevo en el abrigo.

—Lo que necesitas en realidad es una vida nueva —le gruño al móvil.

No hay nadie al otro lado de la llamada, pero una vez leí en un artículo (al menos en el principio del artículo, antes de que me pidieran que pagara para leer el resto) que es menos probable que secuestren a una mujer para meterla en una red de tráfico humano si va hablando por el móvil. Y, por mucho que me gustara que hubiera un ser humano viviente ahí para responderme, no tengo a nadie con quien desahogarme. He trabajado demasiadas horas y he pospuesto demasiados

planes para mantener la relación con los pocos amigos que hice en la universidad.

—¿Por qué no llamo a mi hermana? —Le hablo al móvil como si alguien fuera a responderme ignorando por completo el hecho de que soy claramente la persona más embarazosamente desesperada de todo Chicago—. Hola, soy Charlotte Thomas, abogada —digo imitando perfectamente el tono empalagoso que utiliza en su nuevo anuncio—. Tu caso es mi caso. Llámame y emprende tu viaje a la victoria.

Para mi desgraciada, las únicas llamadas que Charlotte puede recibir en su perfecta vida de abogada en Winnetka, el barrio más rico de la zona, son las de sus clientes estafadores extremadamente culpables.

—Tal vez si robo un banco... —murmuro para nadie—. Necesito otro trabajo. No puedo volver nunca a Posh Pulse.

El móvil me responde vibrando contra mi mejilla y lo sostengo ante mi rostro mientras me acerco a la parada de autobús. Una oleada de esperanza me calienta momentáneamente los dedos entumecidos.

Mamá: ¡Tienes una cita!
Mamá: Se llama Ernest. Mide un metro sesenta y todavía vive en casa.
Mamá: En serio, Hannah. Por algún sitio hay que empezar.

—¡Tengo novio! —grito.

Una mujer que espera en la misma parada me da la espalda mientras me acerco tecleando con fuerza una respuesta que mi madre interpretará como pasivo-agresiva sin importar el tono real.

El autobús llega puntual, se detiene cerca de una pila de nieve y espero a que todo el mundo entre y salga antes de subir la escalera, pasar el bono y sentarme en el asiento vacío con ventana más cercano.

—¿Cómo he podido arruinarme así la vida? —le susurro a mi reflejo en el cristal manchado de dedazos.

Esta vez no puedo retener las lágrimas y me caen saladas por las mejillas.

—No, Hannah, para. —Me aclaro la garganta, resoplo y me limpio la nariz

con la manga mojada del abrigo—. No te hables así a ti misma. No te quedes sentada llorando. —Respiro profundamente, echo los hombros atrás y dejo que mi exhalación empañe la ventana como si estuviera haciendo limpieza con humo —. No te has arruinado la vida. Lo de la presentación solo ha sido un pequeño contratiempo —digo a los ojos castaños que parpadean sobre unas mejillas llenas de pecas—. «Mira la puerta y ábrela».

La duda se cuela en el silencio que se extiende entre mi reflejo y yo y arranca la costra que se ha formado sobre mi orgullo herido.

—Sí, claro —prosigo sintiendo que necesito defenderme de las preguntas no planteadas con las que mi ansiedad amenaza con asaltarme—. Puede que no fuera esa la puerta. Habrá otra puerta. Una más grande y mejor. Una puerta que no te deje hablando contigo misma en un autobús como si estuvieras poseída.

El autobús ralentiza, maniobra hasta su siguiente parada y mi mirada se fija en los carteles de la calle.

Grand and Franklin.

«Chad».

Antes de poder cambiar de opinión, me levanto y salgo por la puerta antes de que se cierre. Mis botas, que no son en absoluto a prueba de agua, aterrizan directamente en un charco de nieve derretida.

Me estremezco y las botas chirrían mientras paso por delante de Franklin y corro dos manzanas hasta pararme delante del edificio del piso de Chad, con sus veinte plantas de cristal reluciente bajo las luces de la calle como un iceberg. Me sacudo la nieve que se me está derritiendo en los hombros, me ajusto la correa del bolso e intento sacarme el agua de los zapatos antes de dirigirme a la doble puerta de entrada y tocar el timbre. Una de las puertas se abre y cuando entro el portero me saluda con un asentimiento, envuelto en un abrigo negro largo y calentito, sin pelusas, en el vestíbulo con calefacción.

—Hola, Stuart, vengo a ver a Chad —anuncio. Mis botas mojadas suenan como un roedor hambriento que me persigue por todo el vestíbulo hasta los ascensores—. Chad Bartley. Decimosexta planta...

El portero gruñe desinteresado y vuelve a meterse detrás del mostrador. Creía que venir aquí al menos una vez a la semana durante los últimos ocho meses me

habría valido algún saludo educado, pero Stuart es un hueso duro de roer.

—Cuando tenga mi propio llavero, dejaremos de vernos así. —Mi risa atraviesa el suelo de hormigón y las sillas de cuero y aterriza directamente a sus pies—. No es que espere que Chad me dé una llave. Quiero decir, ha pasado el tiempo suficiente para empezar a sentir que es algo serio, pero aún no hemos hablado del tema. Lo llevamos de manera relajada, ¿sabes? Sin grandes etiquetas ni nada. No quiero asustarlo. —Levanto las manos como si fueran garras de oso y araño el aire.

Con un bostezo, el portero se cruza de brazos sobre el pecho y se recuesta de nuevo en su asiento.

—Vale, bueno, ha sido muy agradable charlar contigo, Stuart. —Dejo escapar otra risita estridente y huyo en el ascensor. Aprieto el botón del piso de Chad y saco el móvil para avisarlo de que estoy subiendo cuando siento una oleada de picardía—. Que sea una sorpresa. —Sonrío, me quito la capucha e intento peinarme en la medida de lo posible—. Algo que alegre este día de mierda.

El ascensor se detiene y las puertas se abren en silencio mientras me presiono la piel de debajo de los ojos con los dedos fríos en un intento de que desaparezca la hinchazón posterior al llanto. A diferencia de mi apartamento, que es como una caja de cerillas con paredes que parecen de papel y con zócalos radiantes que valen una fortuna, pero que nunca consiguen subir la temperatura de quince grados, el edificio de Chad está calentito. Está calentito y... vacío. Miro a un lado y otro del pasillo y me da un vuelco el estómago con otra idea atrevida.

Me muerdo el labio y me quito el abrigo. Si hay algo que pueda distraerme de la desastrosa presentación y del fracaso total de mi carrera es echar un polvo. Lo que necesito para despejarme es una sesión de embestidas contra el cabecero que despierten a los vecinos. Mi tipo de magia sexual. Una vez más, miro a mi alrededor con las mejillas ya sonrojadas por la sola idea de darle un meneo a Chad, y me desato los botones de perlas de la parte delantera del vestido para quitármelo.

Se oyen pasos a lo lejos, así que recojo el vestido con una mano y me cuelgo el abrigo y el bolso de la otra mientras corro hasta la puerta de Chad y toco el

timbre. El corazón me va a toda prisa y, mientras espero, bajo la mirada a mi sujetador y mis bragas sin combinar.

«No importa, no los llevaré puestos mucho tiempo» me digo a mí misma.

—Además, esta situación es muy sexi. Chad va a flipar. —Meto barriga, saco pecho y coloco la cadera en una postura perfecta, totalmente empoderada y envalentonada por mi repentino atractivo sexual.

¿Quién necesita un trabajo cuando su novio gana un pastizal y tiene un piso precioso? Seguro que me pide que me venga a vivir con él. Esto lo volverá loco. Al diablo con la gestión de marca. Que le den a ese título carísimo que nunca pagaré. Puedo tomarme un descanso del trabajo. Buscar algo nuevo. Descubrir mi pasión mientras juego a ser ama de casa y finjo limpiar solo con tacones y un diminuto delantal negro. Joder, sería un buen cambio.

Se abre la puerta y un jugoso aroma a Dior Sauvage flota en el aire mezclado con un sutil aroma a sudor y piel mientras Chad se apoya sin camiseta contra el marco de la puerta. La imagen de su pecho desnudo, sus abdominales fuertes y las líneas deliciosamente definidas que forman una V perfecta que desparece por debajo de sus vaqueros, me provoca un tentador escalofrío por la columna.

—Hola, cariño —ronroneo. Sostengo el vestido delante de mí y lo dejo caer al suelo.

Los ojos azules le arden mientras susurra mi nombre:

—Oh, Hannah...

Dejo caer el abrigo y el bolso y apenas oigo el suave golpe contra la madera porque ya estoy atravesando el espacio que nos separa y pegando mi piel desnuda a la suya. Recorro su pecho depilado con las manos y sus músculos firmes se ondulan bajo mi tacto. Deslizo los dedos hacia abajo para jugar con la cintura de sus vaqueros.

—Te necesito. Te necesito desesperadamente, cariño —murmuro contra la comisura de sus labios. Me hormiguea la boca con la anticipación de su lengua contra la mía.

—¿Es Nobu? —pregunta alguien en voz alta con un timbre claramente femenino.

Me tenso, se me hiela la sangre y mis dedos se detienen en el botón de sus

pantalones. La mujer se mete por debajo del brazo de Chad y deja caer sus rizos pelirrojos por el bíceps de él. Aparto las manos y me tambaleo hacia atrás observando sus mejillas sonrojadas y sus piernas desnudas como tallos de porcelana que salen de debajo de la camiseta de Chad firmada por Jay Cutler.

Chad busca los ojos de Red con la mirada y le dirige una sonrisa antes de volver a fijarse en mí.

—Tendrías que haberme enviado un mensaje, Hannah.

—¿Que tendría que...? ¿Qué? Chad, serás... serás... —tartamudeo. Doy otro paso atrás, mis botas chirrían contra el suelo—. Ni siquiera tengo permitido tocar esa camiseta.

Los pensamientos me van a toda velocidad, se me forma un tornado de preguntas en la cabeza y...

—Joder —murmuro cuando empiezo a comprenderlo—. ¡Joder! —Piso mi vestido e intento levantarlo para esconderme de Chad y de su... no sé—. ¿Me estás poniendo los cuernos?

Inclina la cabeza a un lado y el pelo castaño arena le cae sobre la frente fruncida.

—Creía que estábamos en el mismo punto, nena. No estamos juntos en ese sentido.

Red se apoya en su hombro y me dirige una sonrisa piadosa mientras intento volver a ponerme la manga antes de que...

«¡Joder!».

Me agacho y recojo el abrigo y el bolso para intentar taparme.

—Creía... creía que teníamos algo serio. Llevamos juntos ocho meses.

Chad resopla y Red oculta su sonrisa detrás de una manicura perfecta.

—Oye, nena, puede que esto sea algo bueno. Ya hace tiempo que quería hablar contigo.

No, no. Esto no puede estar pasando. Esta noche no. Ahora no.

«Mi vida no puede desmoronarse por completo».

—Lo nuestro no está funcionando —continúa—. Tú y yo... no somos compatibles. Ahora soy vicepresidente y espero convertirme en socio el año que viene. Estoy buscando a alguien más... centrado.

—¿Qué? —Se me aflojan los dedos y el vestido se me desliza hasta el ombligo antes de que pueda recogerlo y subírmelo de nuevo—. Me he pasado los últimos tres años dejándome la piel en el trabajo y... —Me fijo en Red con sus labios carnosos apretados para evitar que se le escape una carcajada—. Disculpa, ¿podrías darnos un poco de privacidad, por favor?

Red se encoge de hombros y me guiña el ojo a través de sus extensiones de pestañas.

—Sí, pero no me refiero a eso —dice Chad estrechando el brazo alrededor de Red—. Trabajas muy duro, pero estás...

—¿Qué? —pregunto con las mejillas ardientes de ira—. ¿Estoy qué, Chad?

—Estás desesperada y agobiada. No eres capaz de aceptar un cumplido y estás totalmente enfocada en lo que no tienes. —Se pasa una mano por el pelo y deseo en silencio que se le caiga todo—. Yo crezco, evoluciono y, joder, tú estás...

—Estancada —interviene Red con otro encogimiento de hombros—. Es por esa mentalidad de escasez, querida. La veo en la consulta a todas horas.

Aprieto los puños por debajo de la ropa y las lágrimas me caen por las mejillas en ríos ardientes.

—Puede que no sea perfecta, pero lo intento —contesto entre sollozos—. Y no necesito que me psicoanalice una mujer en ropa interior.

—Tú también vas en ropa interior, querida —replica Red mientras junta las manos y apoya la barbilla en sus esbeltos dedos—. Estamos aquí las dos expuestas buscando esa abundancia enriquecedora.

—Que te den. —Ahora estoy llorando a moco tendido y tropiezo con el vestido que se me ha vuelto a caer y se me amontona alrededor de los tobillos—. Que os den a los dos —sollozo—. Pero sobre todo a ti, Chad. ¡Que te den!

Me dirijo al ascensor hecha una furia y pulso la flecha para bajar. Entro en cuanto se abre la puerta dándoles la espalda a sus miradas compasivas. Los espejos reflejan infinitas versiones de mí, todas llorosas con ojos de mapache.

—¡No estoy desesperada! —grito, aunque con desesperación.

Se cierran las puertas, me limpio la máscara de pestañas que me corre por las mejillas e intento volver a ponerme bien el vestido que me había puesto al revés

en medio de la vergüenza absoluta que es ahora mi vida.

Finalmente, consigo meter un brazo en la manga adecuada cuando se vuelve a abrir el ascensor. Entra un hombre con una capucha que le cubre todo menos una mandíbula fuerte y unos labios carnosos. Se aclara la garganta y gira los hombros educadamente para quedarse de cara al panel de botones sin espejo.

—Toma. —Tiene una voz intensa, cálida y profunda. Extiende el brazo detrás de la espalda.

—Gracias.

Mi débil susurro se pierde entre nosotros y no estoy segura de que me haya oído. Acepto el pañuelo que me ofrece. Meto el otro brazo en la manga y me sueno la nariz en el suave lino con monograma antes de llegar al vestíbulo.

—Quédatelo —dice levantando ligeramente los anchos hombros.

Se abren las puertas del ascensor, me meto el pañuelo en el bolso y paso corriendo junto al hombre envolviéndome con el abrigo por encima del vestido desabotonado.

El portero está junto a las puertas dobles con las cejas arqueadas y la boca torcida en una sonrisa burlona.

—Buenas noches, señorita Thomas.

—¡Vete a la mierda, Stuart! —grito, y salgo corriendo al frío.

La nieve se ha convertido en aguanieve y me preparo para las gélidas ráfagas.

—Nada de ser ama de casa —murmuro mientras el agua helada me moja las mejillas.

Bajo la mirada a la acera y mantengo los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibro sobre la capa de hielo que se ha formado en el suelo mientras regreso a la parada del bus.

«Vas a tener que volver a Kankakee, vivir en la habitación que tenías de pequeña, salir con un hombre diminuto como un hobbit y convertirte en otra estadística sobre la generación Z».

—Soy un fracaso. Un fracaso absoluto.

La verdad es que no debería sorprenderme. Prácticamente todas mis relaciones han acabado en algo parecido a que me dejen por otra. Casi es

cuestión de genética. Mi padre engañó a mi madre y abandonó definitivamente a nuestra familia para estar con una modelo de ropa de baño de Orlando.

«¿Y acaso tu madre no está también estancada y desesperada?».

Tiene el mismo trabajo desde que dejó la universidad para casarse con mi padre. Además, todavía se hace la permanente y se echa laca en el flequillo esponjoso justo como lo hizo para su foto del anuario del instituto.

—Dios mío —gimo—. Me estoy convirtiendo en mi madre.

Los faros delanteros se reflejan en la acera resbaladiza y levanto la mirada justo a tiempo para ver el bus acercándose a la parada que está dos manzanas más adelante.

—¡Espere! —Levanto las manos gesticulando como una gaviota mientras corro para alcanzar el bus con las botas mojadas resbalándose sobre el hielo y la nieve y el bolso balanceándose como un ancla en mi hombro.

A través del parabrisas, miro fijamente al conductor. Ya casi he llegado, estoy a solo una manzana cuando oigo el chirrido mecánico de la puerta.

—¡No! —Se me escapa otro sollozo por la garganta cuando el autobús se separa de la acera y se aleja lentamente por la calle. Freno, abro el bolso y busco el móvil para comprobar el horario, aunque sé que hasta dentro de veinte minutos no pasa el siguiente.

Mientras hurgo en el bolso gigantesco, se me cae el delicado pañuelo y se lo lleva una ráfaga de viento. Se aleja volando y cae directo sobre un montón de nieve sucia un poco más adelante.

—Es literalmente lo más bonito que tengo —suspiro y avanzo arrastrando los pies para recuperarlo.

Cuando estoy a punto de alcanzarlo, mi bota encuentra un trozo de acera sin sal. Mis piernas salen volando y caigo de espaladas. El dolor estalla por todo mi cuerpo cuando me golpeo la cabeza con el asfalto implacable.

—¡Ay! ¡Mierda!

Por un momento, me quedo ahí tumbada, derrotada, con el frío calándome en los huesos y el cielo gris borroso sobre mí. Finalmente, giro sobre el estómago y se me nubla la visión cuando me pongo de rodillas.

—Esta noche no puede ir a peor —farfullo con la voz ahogada y los dedos

entumecidos por la nieve.

El borde del pañuelo de lino ondea justo delante de mí y lo agarro. Me detengo cuando veo un destello plateado entre la nieve gris. Tengo la mano roja y rígida por el frío, pero no puedo evitar agacharme a por la moneda. Una risa histérica me sube por la garganta mientras intento alcanzarla.

«Estás muy desesperada».

Suelto una carcajada por la opinión de Chad que se ha convertido ahora en la mía y que se suma al arsenal de críticas internas que siempre han servido más para derribarme que para levantarme.

Alcanzo el objeto plateado de la nieve.

Estoy desesperada.

Estoy tan desesperada que necesito todo el dinero que pueda encontrar. Pero no es una moneda.

Inclino la barbilla y hago una mueca de dolor al notar el pinchazo en la nuca.

—La carta del tarot.

Un presentimiento me aprieta el pecho mientras trazo con los dedos el pentagrama plateado del dorso de la carta que brilla bajo la luz de las farolas.

Me levanto casi a cámara lenta. Me muevo de manera pesada por la confusión y el dolor de cabeza punzante que palpita al ritmo de mi corazón. Me falla el equilibrio y me balanceo como si estuviera en el mar. Cojo aire para estabilizarme. Sé lo que me va a decir. Me va a decir que mire la puerta y la abra. Sé que son solo tonterías. ¿Verdad?

Me aliso el vestido arrugado y me muerdo el interior de la mejilla. No puedo quitarme de encima el recelo que me presiona el pecho y que hace que me tiemble el cuerpo.

Esta vez, cuando le doy la vuelta a la carta, no aparecen las palabras. En lugar de eso, se ve una imagen brillante de una mujer en un trono. Muestra una expresión tranquila y serena mientras se mira en un espejo de mano. Su vestido vaporoso es de un rojo intenso que combina con las granadas que la rodean, y lleva una delicada tiara sobre el cabello trenzado. Alrededor del trono hay un exuberante jardín en tonos amarillos, azules y verdes sobre un cielo azul cobalto salpicado de estrellas.

Me quedo mirándola, paralizada, mientras el calor se me expande desde las yemas de los dedos y me sube por el brazo como los primeros rayos de sol después de una tormenta de nieve. Me inunda el pecho y me reconforta tanto como me perturba. Se me empieza a nublar la visión, los contornos del mundo se suavizan, los colores se difuminan unos sobre otros.

Bajo mis pies, el sólido hormigón se estremece y mi mantra, el mantra que no funcionó, aquel en el que deposité todas mis esperanzas, resuena con fuerza en mis oídos. Esas palabras son una boya que me mantiene a flote mientras el mundo se desmorona a mi alrededor.

«Mira la puerta y ábrela».

Como si la hubieran hechizado mis pensamientos, la acera nevada de Chicago se abre de golpe. El mundo se inclina, me tambaleo hacia delante y caigo de cabeza a una interminable negrura aterciopelada. Un grito se me queda atrapado en la garganta. La carta cae conmigo, la imagen de la mujer en el trono se enfoca y se desenfoca, sus ojos siguen los míos y una sonrisa de gato Cheshire se extiende en sus labios.

Cuatro



El mundo da vueltas a mi alrededor mientras se derrite en una espiral caótica de burdeos y dorado y me hundo más, y más, y más.

¡Bum!

Aterrizo de lado sin aire en los pulmones y mi bolso viaja al otro lado de la... ¿suave moqueta? Me apoyo en un codo para levantarme. Debilitada y tambaleante, entorno los ojos ante la tenue luz. No tengo visión periférica, me baila y me da vueltas como si hubiera bebido demasiado. Se me retuerce el estómago y me pongo a cuatro patas antes de sufrir arcadas sobre las gruesas fibras de una exuberante alfombra granate.

«¿Dónde estoy?».

La pregunta se repite en mi cabeza mientras mi estómago y mi visión se recuperan. Parpadeo para que mis ojos se ajusten al ligero resplandor de la luz de las velas que proyecta reflejos parpadeantes en las paredes, y suavizan la suntuosa habitación hasta convertirla en un espacio cálido y acogedor.

Mi mirada se desvía en una lenta curva y capta el terciopelo color rubí que cubre las paredes y las pinturas de paisajes marinos y casitas con jardín enmarcadas en dorado. En la esquina más alejada se encuentra un enorme armario salpicado de pan de oro, y no puedo imaginar ninguna de mis prendas siendo digna de almacenarse ahí dentro. La lluvia se desliza por la gran ventana de la pared forrada de terciopelo, parteluces dorados dividen las vistas en

pequeños cristales cuadrados de vidrio ondulante que nublan el oscuro paisaje al otro lado. Debajo de mí, la alfombra de un profundo color carmesí amortigua mis rodillas y forma un círculo de felpa derramado contra el brillante suelo de parqué que desaparece bajo las cortinas de la ventana, tan finas y sedosas que bailan como fantasmas en una brisa impalpable.

Un enorme mueble se alza imponente sobre mí y me agarro a él para ponerme de rodillas. Un intricado tallado se arremolina bajo las yemas de mis dedos a medida que muevo la mano a lo largo del marco de caoba de la gran cama. Una línea de estrellas envueltas en círculos bordadas en hilo dorado recorre el borde de la seda escarlata que viste la cama. Con cuidado, acaricio el bordado. La identificación asalta un rincón de mi mente, pero no consigo ubicar la imagen entre mis pensamientos confusos y el leve dolor que siento en la parte posterior del cráneo.

«Dios mío». Deslizo las manos por la parte delantera de mi abrigo abierto y mi vestido arrugado en busca de alguna señal de que alguien le haya hecho algo a mi cuerpo. Los últimos minutos..., horas..., no son más que un borrón, y cuanto más intento recordar, más agudo se vuelve el dolor que siento entre las sienes. Rozo con las yemas de los dedos el bulto que tengo en la cabeza y me estremezco. He leído sobre esto, otro medio artículo, pero capté la idea. Me he golpeado la cabeza con la suficiente fuerza para desmayarme... para perder la noción del tiempo.

«La carta en la nieve». Me presiono la frente con la palma de la mano húmeda en un intento de ordenar mis pensamientos. «Luego el mundo se volvió del revés. Debo de haberme desmayado».

—Pero ¿dónde estoy ahora? —La pregunta tiembla contra mis labios.

—Ahora mismo estás en el suelo. —La voz de un hombre resuena en la habitación, cada palabra se escucha con precisión y claridad.

Me levanto de un salto y me doy la vuelta agarrada al marco de la cama. En el momento en que lo veo, el tiempo se detiene y la habitación se vuelve a difuminar en una mancha con los bordes negros a nuestro alrededor. Es alto y robusto. Un cabello negro como la noche le cubre la frente y cae en ondas desordenadas y desgreñadas sobre sus hombros anchos y fuertes. Sus ojos son

penetrantes, dos pozos de tinta a los que quiero rendirme, en los que quiero ahogarme. Observo boquiabierta su... masculinidad, el ángulo afilado de su mandíbula y esa barba áspera que me pone la piel de gallina con solo pensar en rozarla.

Joder, es impresionante.

Se me debilitan las rodillas y las piernas literalmente me empiezan a temblar cuando mi mirada viaja desde su boca perfecta hasta su pecho. Y juro que gimo cuando cruza los brazos sobre el torso y sus músculos se extienden y se tensan bajo su camisa de lino.

Clavo los dedos en la caoba tallada mientras él se acerca y trae consigo un aroma de pino y humo. Me observa con una pregunta escondida bajo la arruga entre sus cejas, pero mi mirada vuelve a su boca, el delicioso arco de sus labios, que se mueven casi en cámara lenta mientras habla.

—¿Estás febril, mujer?

«¿Febril?». Frunzo el ceño. Ni siquiera sé qué significa eso.

La luz de las velas baila sobre su piel bronceada y proyecta una sombra escultural en la pared de terciopelo detrás de él. Este lugar es como un palacio. Muy pero que muy fuera de mi alcance.

Me agacho y recojo rápidamente mi bolso y la carta del borde de la alfombra.

—¿Qué hotel es este? —pregunto mientras me guardo la carta en el bolso. Parpadeo y lo abrazo cuando otra ola de mareos amenaza con tirarme al suelo.

Suelta una carcajada sarcástica y ladea la cabeza.

—Como si no lo supieras.

Desde este ángulo, me resulta muy familiar, muy...

—¡Eres el chico del ascensor! El del pañuelo. —Me arden las mejillas. La escena del ascensor y vomitar sobre una alfombra cara... Esta es sin duda la peor impresión que he causado nunca.

«Aunque no es tan raro en ti, Hannah».

Me deshago de mi crítica interna y busco mi móvil en el bolso.

—Puedo pagarte la...

Levanta la mano para pedirme silencio cuando se oyen unas voces fuera de la habitación.

—Pero...

—¡Silencio! —suelta, y me muerdo el labio inferior.

Rebusco con la mano en el interior del bolso y encuentro mi libro de autoayuda, recibos arrugados, envoltorios de chicles y tubos de bálsamo labial vacíos.

—¿Dónde está mi móvil? —pregunto.

Pero se está alejando de mí, cruzando la habitación en dos zancadas silenciosas para escuchar a través de la puerta cerrada.

El pulso se me acelera y la sangre se me baja a los dedos de los pies cuando la realidad se impone.

«Este tío me ha traído aquí..., inconsciente..., y ahora estamos a solas... en un dormitorio».

—¿Qué has hecho con mi móvil? —La pregunta chirría contra el pánico que me aprieta la garganta mientras busco frenéticamente en mis bolsillos.

Mis dedos se encuentran con aluminio frío y hay un instante de alivio antes de ver el móvil. Sin cobertura.

—¿Cuánto tiempo...?

—Silencio.

Me mira con los ojos de ónix entrecerrados y la mandíbula temblando con frustración.

—¡No! —Mi voz se vuelve fuerte e imponente mientras camino hacia él—. Por favor —empiezo, avergonzada de cómo mi valentía se ha convertido rápidamente en amabilidad—. Quítate de mi camino.

Está custodiando la puerta y lo rodeo para alcanzar el pomo dorado. Con un movimiento fluido, me agarra la muñeca, me da la vuelta y me tapa la boca con la mano.

—No quieres salir ahí fuera —me dice, y su voz profunda vibra a lo largo de mi espalda.

Unos pasos pesados retumban en el pasillo y se desvanecen a medida que pasan.

Me cae sudor por la frente y el corazón se me sube a la garganta cuando me aprieta contra su cuerpo de acero, el aliento me sale de la boca en ráfagas

temblorosas contra la palma de su mano. No suelto el móvil, pero se me cae el bolso cuando lucho por liberarme. La mente me da vueltas mientras repasa cientos de artículos de autodefensa a medio leer.

Se me enciende una bombilla y la frase «dale un pisotón en el pie» se abre paso hasta mis extremidades.

Levanto la pierna, pero mi pie no está ni a medio camino del suelo cuando él me esquiva y desliza su desaliñada mejilla por mi oreja para susurrar un penetrante «¡shhh!».

No me callo. En lugar de eso, grito contra su mano y desato otro ataque, enviando el codo contra su costado. Mi golpe rebota en su duro abdomen. Es inquebrantable, imperturbable, un bloque sólido de músculo.

Su sujeción inflexible vuelve a mis muñecas mientras me da la vuelta y presiona mi rostro contra su pecho.

—Puedo sacarte de aquí si te estás callada...

Levanto la rodilla con un movimiento rápido y brutal que da en el blanco.

Se echa hacia delante para cubrirse y me zafo de su agarre y abro la puerta de un tirón.

—¡Espera! —gruñe, pero no le hago caso.

Me adentro en el pasillo sombrío agarrando a muerte mi móvil en busca de una salida.

«Mierda».

Han pasado por lo menos diez minutos y sigo dando vueltas por salones vacíos y poco iluminados. Mis botas, húmedas por la aguanieve, chirrían contra el suelo de mármol que brilla con venas de un rojo tan profundo como la sangre seca. Cada salón es multimillonariamente lujoso y este no es diferente. Fijado a las paredes forradas de seda color rubí, hay un enjambre de libélulas de cristal. La luz de las lámparas de araña que cuelgan del artesonado dorado baila sobre el cristal turquesa. No puedo evitar alargar el brazo para tocar una y me preparo para que cobre vida y salga volando.

«¡Concentraos!», grito internamente a mis revoltosos pensamientos antes de

volver a mirar el móvil, cuya pantalla brilla deslumbrante a la luz de las velas. Todavía no hay cobertura. Ni siquiera puedo hacer una llamada de emergencia.

—¿Hola? —La palabra resuena en el salón de dos alturas. Espero una respuesta, pero nadie contesta.

Si busco el lado positivo, y en este punto tengo que hacerlo para seguir moviendo un pie delante del otro, este no es el peor lugar al que un secuestrador podría haberme llevado. Me recuerda a un palacio encantado y el seguro debe de ser una locura con cada habitación iluminada por fuego, pero es probablemente el sitio más bonito en el que he estado nunca. Y, ahora que lo pienso, no estoy segura de que me hayan secuestrado. Quiero decir, ese hombre increíble dijo que me ayudaría y lo único que hizo fue llevarme a una habitación preciosa después de que me desmayara en medio de la acera. Y luego no me dejaba irme...

«Está claro que te han secuestrado».

—Maldita sea esta lluvia. —Una voz grave suena desde el otro lado de la esquina junto con el chirrido quejumbroso de viejas bisagras. Corro por el resto del salón decorado con libélulas y me dirijo hacia los ruidos. Doblo la esquina y una fresca ráfaga de viento con aroma de lluvia me alcanza. Hay un hombre vestido como un guardia anticuado al final del pasillo. Su imponente figura se aprecia gracias a la tenue luz mientras abre una gran puerta de madera con el pie. Se sacude la capa y salpica el suelo con gotas de agua.

Se gira cuando me acerco y los botones dorados de su uniforme granate brillan como estrellas. Acerca la mano a la larga espada que lleva al costado, una clara advertencia. El miedo ralentiza mi paso, pero lo reprimo y me obligo a seguir avanzando.

—Necesito ayuda —grito mientras sacudo las manos en el aire como si él fuera el conductor del autobús y yo fuera a lograr subirme esta vez.

Se tensa, sus pobladas cejas se inclinan sobre sus ojos mientras me acerco corriendo. Hay un momento de vacilación, un instante de incertidumbre que rápidamente es reemplazado por determinación. Sin mediar palabra, me agarra del abrigo. Tropiezo cuando mis pies se resbalan sobre el suelo mojado y agito los brazos para mantener el equilibrio.

Con un brusco empujón, me lleva hacia la noche. Apenas consigo sujetar mi

móvil mientras caigo sobre el pavimento mojado. El agua helada de la lluvia me empapa el vestido y jadeo mientras me pongo en pie.

Cierra la puerta de un golpe. La pesada madera se cierra con una firmeza que resuena en la calle vacía. Siento un ataque de ira y le grito a la madera maciza: «¡Que te jodan!».

«¿Qué les pasa a los putos porteros?».

Un relámpago cubre el cielo e ilumina el mundo durante un breve y resplandeciente segundo antes de que un trueno retumbe. Las nubes desatan un torrente de lluvia. Me pongo la capucha sobre el pelo húmedo e intento alisar lo mejor que puedo mi arrugado vestido mojado mientras miro a mi alrededor para intentar orientarme.

La lluvia debe de haber derretido la nieve porque no queda nada a la vista. El oscuro callejón se extiende entre el edificio de piedra maciza del que me acaban de sacar a empujones y su gemelo, al acecho a tres metros de distancia. La niebla se arremolina espesa e inquietante, enredaderas de bruma me rodean los tobillos mientras tiemblo de frío y la lluvia repiquetea contra mi capucha hasta que es lo único que oigo.

El aroma terroso del humo del bosque flota en las gélidas ráfagas que soplan desde el lago Míchigan. Percibo el olor de comida cocinándose y me ruge el estómago. Me presiono el vientre con la mano para tratar de calmar las punzadas del hambre y saco el móvil. Vuelvo a temblar e intento resguardarme en mi abrigo mientras llamo a emergencias con dedos rígidos y fríos.

«En las ambulancias hay galletas saladas, ¿no?».

Es un pensamiento desesperado, pero algunos creen que estoy desesperada.

La llamada se corta de inmediato. El intenso brillo de la pantalla aún no muestra ninguna raya. Sin cobertura.

—¿No se supone que los móviles tienen algún tipo de señal de auxilio incluso cuando no tienen cobertura? —digo entre dientes. Para buscar cobertura, sostengo el móvil con una mano y envuelvo el abrigo alrededor de mi cintura con la otra. Necesito salir de entre estos edificios. Toda esta piedra debe estar bloqueando...

¡Beee!

Se oye un chasquido agudo contra el suelo. Tanteo con la linterna, la enciendo y la balanceo por el oscuro callejón. La niebla se traga el haz de mi linterna y reduce mi mundo a unos metros de niebla iluminada.

¡Beee!

Una oveja emerge de la niebla, su pelaje sucio y enmarañado me roza la pierna cuando pasa junto a mí y se adentra en las sombras.

—¿Dónde coño estoy?

Una luz ámbar opaca brilla más adelante y oigo una risa apagada. Me aferro al móvil y me apresuro hacia ella. Una vez más, me encuentro persiguiendo un ruido, esta vez esperando a alguien más servicial que todos los porteros de Chicago. Debería haber salido a tomar algo con los demás. En vez de eso, estoy en algún suburbio rural huyendo de mi secuestrador mientras mis compañeros de trabajo beben cócteles hechos a su gusto en la azotea climatizada de Giovanni's.

Tragarme mi orgullo y fingir que disfruto con ellos también me habría impedido descubrir la verdad sobre Chad y nuestra relación unilateral. El recuerdo me escuece y la voz de Chad resuena en mi mente, burlona y desdeñosa.

«Estás muy desesperada».

Sacudo la cabeza e ignoro el dolor de cabeza instantáneo que aparece mientras expulso a Chad de mis pensamientos. Tengo otras cosas de las que preocuparme, como mantenerme con vida y buscar ayuda.

—O tal vez me he dado un golpe muy muy fuerte en la cabeza —digo en voz alta, y mi aliento se convierte en vaho con el frío—. Tal vez esto es un sueño. Tal vez estoy en coma. —Cierro los ojos con fuerza y me pellizco a través del abrigo acolchado. Cuando abro los ojos, hay una gallina mirándome desde el centro de la carretera.

Así que no es un sueño. «Entonces, ¿dónde narices estoy?».

Justo delante, más allá de la gallina, cuelgan unos farolillos fuera de una casita con el tejado cubierto de hiedra. Las lámparas de aceite bañan la calle con luz solar líquida e iluminan el viejo letrero que cuelga de la puerta: TABERNA DE WILL.

Salgo de entre los imponentes edificios de piedra a una calle, una calle de

verdad. Bueno, algo así. Los adoquines se extienden bajo mis botas como raíces de un árbol y emergen casas de la tierra en un mosaico de madera y yeso. El resplandor de la luz de las velas parpadea a través de sus ventanas a dos aguas, que miran hacia la calle cubierta de heno, donde me quedo completamente paralizada.

Esto parece un pueblo medieval. ¿Es algún tipo de platú? Porque esto no es Chicago, no es un suburbio, ni siquiera es un campo de soja o maíz perdido en medio de Illinois.

Me ajusto la capucha contra la lluvia y cruzo la calle hacia el sonido de la risa estridente.

—Encuentra a alguien y te ayudará. Pronto todo tendrá sentido —me digo con más confianza de la que siento—. Te irás a casa y nunca volverás a esta sospechosamente precisa recreación del pasado.

Abro la antigua puerta de madera y entro en la taberna; el aire es cálido y pesado con aroma de cerveza y almizcle. Es un lugar acogedor hasta el punto de ser pegajoso, con vigas bajas de madera y un fuego crepitante. Las mesas están ocupadas por hombres con rostros rojizos y túnicas de lino sucio que se apiñan y ocupan casi todo el espacio mientras mujeres se pasean repartiendo jarras y vasos con las tetas sobresaliendo por encima de sus vestidos con corsé.

«¿Qué clase de pesadilla renacentista es esta?».

Se oye una carcajada desde el fondo de la taberna, pero no es jovial. Es áspera y mordaz. El tipo de arrebato que se produce antes de una pelea.

Escudriño la habitación en busca de una cara amable, alguien que pueda explicarme dónde estoy y qué está pasando. Pero todos parecen extraños, diferentes de una manera difícil de explicar.

—Te ayudarán —me recuerdo—. Acabas de escapar de un secuestro. Por eso te encuentras tan mal.

Desde detrás de la barra, una mujer regordeta de mejillas rosadas levanta la vista del vaso que está puliendo y me llama la atención. Me hace señas; sus pezones están peligrosamente cerca de quedarse al descubierto con el movimiento.

—¿Quién eres?

Exhalo por primera vez desde que conocí a la nueva compañera de cama de Chad y me desplomo aliviada contra la barra. Puede que estas personas no sean mi tipo, pero son personas. Y son un montón. Cuantos más mejor, ¿verdad? Además, tengo que estar un paso más cerca de encontrar la salida de este... sea lo que sea y volver a la realidad.

Saco el móvil y no estoy completamente sorprendida cuando veo que todavía no tengo cobertura.

—¿Tienes wifi? —pregunto, evitando la mirada entrecerrada del hombre que está a mi lado.

La camarera se coloca la mano sobre la cadera y levanta su redonda barbilla.

—Te he preguntado quién eres, chica.

Parpadeo.

—Lo siento. Soy Hannah. Hola.

Se me seca la garganta y, por un momento, me cuesta respirar. Me inunda la vergüenza y prende fuego a mis mejillas cuando recuerdo repentinamente mi desastrosa presentación. El verdadero motivo por el que estoy aquí.

—Quiero decir... Necesito ayuda. Me he dado un golpe en la cabeza y un tío me ha cogido y creo que tengo algún tipo de amnesia a corto plazo, porque no recuerdo cómo he llegado hasta aquí, pero sé mi nombre y... —Me detengo cuando más clientes se giran a mirarme, sus pesadas miradas evalúan mi ropa desarreglada y mi pelo liso—. Si pudiera usar su teléfono o conectarme a su wifi... —Levanto el móvil como si fuera otra terrible presentación y necesitaran una ayuda visual para entender lo que les estoy pidiendo.

—¿Qué es eso que sostienes? —El hombre que se sienta a mi lado se levanta de su taburete tan rápidamente que se tambalea sobre el suelo pegajoso.

El silencio se apodera de la taberna tan rancio y espeso como las hogazas de pan rotas y desmenuzadas en cada mesa. El aire es pesado, la repentina quietud, palpable.

—Es mi móvil —digo con una risa ahogada tratando de disipar lo que sea en lo que me he metido. Le doy otra pequeña sacudida, deslizo el pulgar por la pantalla y pulso por accidente el botón de la linterna. Se enciende e ilumina directamente la cara del hombre que tengo delante.

Sus ojos se abren de par en par y la camarera grita. Los hombres se levantan de sus asientos y retroceden mientras sus rostros cubiertos de mugre palidecen. El pánico repentino es contagioso y se extiende por toda la taberna.

Retrocedo, con el estómago helado. No solo estaban actuando como si nunca hubieran visto un móvil. Nunca. Han. Visto. Un. Móvil. Golpeo la pantalla con el pulgar para apagar la linterna, pero no me dejan de temblar las manos. Con la linterna brillando como el sol, retrocedo hacia la puerta.

Dos hombres emergen de entre la multitud aterrorizada hacia delante para unirse al hombre de la barra.

Me choco con la espalda contra la puerta y me quedo sin aire en los pulmones. Respiro entrecortadamente mientras forcejeo con el picaporte, con la linterna aún encendida. Tiene que ser un sueño. O una pesadilla. ¿Por qué no puedo despertarme?

—¡Tiene magia! ¡Es una bruja! —grita la camarera con una voz alta y estridente que atraviesa el estruendo de la taberna.

—¿Que soy qué? —El corazón me late con fuerza, el pánico me estruja los pulmones como una prensa.

—¡Una bruja! —El bar estalla en un coro de voces, una encima de la otra, escupiéndome la palabra como una maldición.

Los tres hombres intercambian miradas y se abalanzan sobre mí. El miedo me estalla en el pecho y me impulsa hacia delante. Atravieso la puerta y salgo tropezando a la calle adoquinada, con el aire frío mordiéndome las piernas desnudas.

—¡Socorro! —La palabra sale de mí con una bocanada de vaho contra la gélida noche—. ¡Que alguien me ayude!

Me meto el móvil en el bolsillo del vestido e intento correr, pero la punta de mi bota se engancha en una piedra irregular y me caigo contra el suelo.

«Si muero en este sueño, ¿moriré en la vida real?».

Una mano carnosa me agarra el pelo mojado y me levanta de un tirón mientras un grito me desgarra la garganta. Toda la gente del bar está ahora en la calle observando cómo estos hombres me rodean como hienas acechando a su presa. Grito y trato de correr, pero el hombre tira de mí. El dolor me azota el

costado como un fuego candente que me llena la visión de chispas y me encojo. Me empuja hacia delante y arranca el abrigo de mis débiles extremidades cuando choco con su camarada. Con un grito agónico, me enderezo.

Mi atacante se lanza hacia delante y veo el destello de un cuchillo en su mano con sangre goteando del filo. Suelto otro grito con la garganta seca y en carne viva.

Como provocada por mi grito, la tierra bajo mis pies comienza a temblar. Cascos de caballos martillean la calle de piedra, cada vez más fuerte, más cerca. La gente se apresura a separarse cuando una oscura y misteriosa figura encapuchada se abalanza sobre la multitud rebuznadora con la espada extendida frente a él, larga y mortal.

Se oye un grito, un balbuceante gemido de dolor, y uno de mis agresores se agarra la garganta. La sangre brota de su cuello y, caliente, me salpica la mejilla. Los cascos siguen golpeando el suelo y hay otro destello de acero. El hombre frente a mí cae de rodillas, su cuchillo repiquetea contra las piedras y se desliza entre las sombras.

La multitud se dispersa entre gritos, pero el miedo me deja clavada en el sitio. El caballo y la figura encapotada se dirigen hacia mí. Otro grito se escapa de mis labios cuando la figura extiende su mano áspera y agarra la mía con una fuerza que no deja lugar al rechazo. Con un movimiento fluido, me coloca sobre la silla y contra el cálido hierro de su cuerpo.

Cinco



Mantengo los ojos cerrados con tanta fuerza que me duelen los párpados mientras el mundo se sacude y se estremece, cada galope del caballo me provoca una punzada de dolor en el costado. Me aferro al brazo del jinete que me envuelve el pecho en un agarre cálido y sólido mientras el caballo corre por las calles adoquinadas bajo una lluvia torrencial.

Al cabo de un rato, los cascos golpean el suelo de manera lenta y constante, han dejado de ser martillazos salvajes sobre la piedra y abro ligeramente los ojos para ver un cielo gris, colinas salpicadas de cabañas de piedra y una línea densa y lejana de pinos gigantescos.

Me protejo la cara de la lluvia y miro por encima del ancho hombro del jinete. Un castillo se eleva como un colmillo en el centro del pequeño pueblo del que estamos escapando. Los contornos irregulares de sus torreones y su fortaleza destacan contra el cielo nocturno.

«¿Dónde estoy?».

El corazón del jinete late a un ritmo constante y fuerte contra mi espalda provocándome una sensación extrañamente segura y relajante. Me sostiene con más fuerza cuando el caballo salta sobre un árbol caído. El dolor en el costado me quema por dentro cuando aterrizamos y fulmina mi segundo de calma. Reprimo un grito y le clavo los dedos en el brazo.

«¡Es una bruja!».

La daga..., la sangre..., los gruñidos de la multitud.

Me presiono con los dedos fríos la sangre ahora pegajosa de mi mejilla. Ha matado a esos hombres. Este jinete tiene una espada y los ha cortado como si fueran de papel.

«Pero me ha salvado la vida...».

Otra punzada de dolor me atraviesa y me presiono el costado con la mano. El calor brota entre mis dedos, oscuro y resbaladizo. Se me corta la respiración. Inhalo bruscamente a medio camino entre el sollozo y el jadeo. Es sangre. Mi sangre. Pero esto no puede ser real.

El jinete nota el cambio, refuerza su sujeción y se recoloca para sostener mejor mi cuerpo.

—¿Adónde me llevas? —pregunto con voz temblorosa por la lluvia gélida que me moja las piernas desnudas y me empapa el vestido arrugado, desgarrado y enrollado alrededor de mi cintura para poder agarrarme a la silla con los muslos.

Sus exhalaciones son suaves y constantes, su pecho es un calor agradable que me presiona la espalda con firmeza.

—Lejos.

Esa palabra retumba contra mi cuerpo y se une a las vibraciones del martilleo constante de los cascos sobre el camino de tierra mojada.

Se oye un búho y creo que no he estado nunca en un lugar tan silencioso. Respiro profundamente y me lleno los pulmones con un aire tan limpio y vigorizante como la nieve fresca. Aquí se siente una paz por la que mucha gente pagaría buenas cantidades de dinero, pero cada vez que cierro los ojos veo el destello de una espada y hombres cayendo como lluvia sobre los adoquines.

—¿Adónde me llevas? —repito. El dolor me atraviesa las costillas mientras me retuerzo sobre la correa de acero de su brazo sobre mi pecho para mirarlo.

La capucha de la capa le oculta parcialmente el rostro, pero el tenue resplandor de la luna a través de las nubes revela la línea oscura de su boca, el contorno afilado de su mandíbula y las oscuras pestañas que enmarcan sus ojos de ónix. Es él. El hombre del ascensor, el hombre de la habitación con paredes

de terciopelo y muebles dorados. El hombre que no me dejó irme. Mi secuestrador. Mi salvador. Mi captor.

—¿Cuántos sois?

Resopla y su mirada oscura busca la mía.

—Soy el único.

Parpadeo para quitarme la lluvia que me cae en los ojos. La mente me va a toda velocidad buscando tierra firme entre destellos de este hombre sacándome de la multitud sedienta de sangre, salvándome, pero ahora reteniéndome para llevarme... ¿adónde?

«Mierda. Me está secuestrando. ¡De nuevo!».

Repaso mentalmente el historial de mi navegador, un millón de pestañas abiertas, un millón de artículos a medio leer para prepararme para una situación así, pero no puedo enfrentarme a él aquí... sobre un caballo adentrándose en el bosque.

«¡Piensa, Hannah, piensa!».

Me estremezco. El frío de la noche y el pánico del secuestro me calan los huesos.

«No permitas que te lleven a otro sitio».

Pero ese barco ya hace rato que ha zarpado. No hay luces traseras que patear, llamadas a emergencias que pueda hacer ni rescatistas en los que confiar..., solo el aroma amaderado de la tierra mojada, las ramas oscilantes de los pinos, el aullido distante de los búhos de caza y el secuestrador duro como una roca detrás de mí.

—Oye, deberías saber que hay gente que se preocupa por mí. Tengo familia, novio y... un gato. —Las mentiras salen en una retahíla mientras intento humanizarme, las palabras forman castillos de naipes que se desmoronan antes de llegar a alzarse siquiera—. Lo que quiero decir es que soy Hannah y que quiero irme a casa. Ni siquiera tendría que haber ido a casa de Chad esta noche. Tendría que haber estado en Giovanni’s celebrando un acuerdo de negocios. Mi acuerdo. Es decir..., era mi acuerdo, pero la maldita Stephanie...

—¿Te callas alguna vez? —espeta con un susurro brusco.

—¡Me estás secuestrando!

Su risa retumba contra mi espalda y refuerza su agarre sobre mí.

—Si quisiera una mujer, no me haría falta secuestrarla.

Hay algo en el tono de su voz y en la aspereza de su piel contra la mía que hace que quiera creerlo, pero el miedo que hierve en mi interior hace que me resulte imposible.

—Soy... soy buena persona, ¿vale? —susurro—. Hago voluntariado los fines de semana... —No es cierto—. Y... y mi madre está esperando a que... —¿A que la llame por primera vez en seis meses en lugar de enviarle mensajes escuetos? Vaya, esto es muy deprimente y definitivamente no es así como tenía pensado reconsiderar mi vida.

Empiezo a marearme. Él me sostiene con más fuerza, su brazo es como un cinturón de hierro alrededor de mi pecho y es lo único que me impide caer en las sombras. La luz de la luna ilumina mi vestido y me fijo en la tela manchada con un líquido demasiado caliente, oscuro y denso para ser lluvia. Sangre, muchísima sangre, se me desliza por la pierna y sobre la silla.

—¿Me estoy muriendo? —Mi voz sale entrecortada por mis labios fríos mientras observo el río oscuro que me cae por el muslo y la rodilla y se envuelve alrededor de mi pantorrilla como una serpiente.

Él se ablanda un solo instante a mi espalda antes de volver a convertirse en acero. Su aliento forma nubes en el frío, el constante latido de su corazón es lo único que evita que me desmorone.

—No si puedo evitarlo. Y ahora cállate —ordena.

Esta vez, obedezco.

Cierro los ojos para contener las lágrimas y me concentro en el constante galope del caballo mientras la cabeza me rebota contra su hombro y nado en un mar de mareo y pérdida de sangre. Tiemblo, me castañean los dientes y tengo la piel de gallina por el frío y el miedo.

El caballo ralentiza y se me abren los párpados cuando descendemos a un valle boscoso con una masa arbórea tan densa que cubre todo el cielo.

Tengo frío, muchísimo frío, y no quiero morir, pero estamos lejos de

cualquier hospital, de cualquier lugar que reconozca.

—No puedo morir —murmuro delirante—. Ni siquiera he hecho nunca masa madre.

El ritmo de los cascos del caballo se relaja hasta convertirse en un trote lento y el jinete se mueve detrás de mí. La silueta de una casa (o de lo que una vez fue una casa) destaca entre los árboles con sus contornos medio devorados por el bosque. Tiene las paredes cubiertas de hiedra, ha brotado mala hierba entre las tejas de madera y los escalones del porche están cubiertos de hojas caídas. Es la típica casa abandonada de las películas de terror, el lugar exacto al que un asesino llevaría a la mujer que ha secuestrado.

Se baja del caballo con la capa ondeando tras él y capto un destello de hilo dorado en el forro de su ropa formando intricados símbolos que no logro distinguir. Me agarra y, sin que pueda resistirme, me baja de la silla al suelo del bosque salpicado de helechos. Me agarro a su capa con manos temblorosas y está tan seca y calentita que no me creería que ha atravesado una tormenta si no hubiera estado ahí.

Los dientes me castañean de manera incontrolable y tiemblo con tanta violencia que me hace daño cuando me rodea con los brazos. Me alejo débilmente de él y me suelta.

—Puedo... puedo caminar —me obligo a decir, a pesar de que parece que mi cuerpo no quiere hacerme caso.

Me fallan las rodillas y él se apresura a sujetarme antes de que caiga al suelo. Me levanta como si estuviera rellena de plumas, como si esto fuera un cuento de hadas y él un caballero de brillante armadura. Me sostiene contra su pecho y sube al porche que cruje y gime bajo nuestro peso.

—Tienes la misma estabilidad que un cervatillo recién nacido —comenta en un grave murmullo. Abre la puerta de una patada como si hubiera cometido alguna ofensa contra él y nos adentramos en la oscuridad.

Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a los rayos de luz de luna que entran a duras penas por las ventanas cubiertas de telarañas. Me deja en una silla que protesta como me gustaría hacerlo a mí y camina hasta una chimenea tan grande que ocupa la mitad de la pared. Observo sus movimientos en la penumbra

mientras coge troncos de una pila de leña y los arroja a la hoguera. La chimenea tose una nube de cenizas que flotan a modo de motas danzantes alrededor de su silueta arrodillada. Enciende una cerilla, susurra unas palabras que estoy demasiado cansada y helada para descifrar y arroja la pequeña llama sobre la leña. El fuego cobra vida en un hambriento resplandor que sumerge la pequeña cabaña olvidada en una luz ambarina.

El calor me acaricia la piel expuesta y observo aturdida los muebles de madera polvorientos de la casa. Frente a mí hay una silla tallada a mano como la que me sostiene con una piel de animal seca hecha girones sobre el asiento. Hay una mesita en un rincón de la estancia y una cama doble en el otro con las sábanas arrugadas, pero sin polvo, lo que indica que alguien ha dormido recientemente en ella.

Noto el vestido como hielo sobre la piel y aprieto los puños lentamente para calentarme los dedos en el regazo.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Ya te lo he dicho en el palacio —responde mientras se quita la capa—. Puedo ayudarte.

El palacio. Me da vueltas la cabeza.

—Pero ¿por qué...? ¿Dónde...?

Se quita la capa y la arroja sobre la silla vacía. Tiene la parte delantera de la camisa de lino gris empapada de sostenerme contra él y tan oscura como una piedra mojada. Se quita la camisa y, por muchas ganas que tenga de seguir mirándolo boquiabierta, se me cierran los ojos por un momento demasiado largo. Cuando vuelvo a abrirlos, lleva una camisa blanca sucia y se está calentando delante del fuego.

—Quítate esa ropa mojada —ordena señalando mi vestido empapado.

—¡No! —Me envuelvo el torso con los brazos con una expresión desafiante —. No quiero.

Es una rebelión inútil. Estoy congelada y la idea de quitarme el vestido mojado y acercar la silla al fuego se me antoja tan deliciosa que se me nubla la visión.

Sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa que hace que se me aceleren los

latidos.

—Eres muy modesta, ¿verdad, cervatilla?

Ese mote me provoca un escalofrío en las extremidades ya congeladas como si pudiera ver a través de mí.

Con una risita, se pasa los largos dedos por la barba incipiente.

—Pues serás un cadáver muy modesto. Mi rescate no habrá servido para nada.

Tiene razón y lo sé.

Trago saliva y aprieto los dientes por el dolor del costado mientras me inclino para desatarme las botas.

—¿Vas... vas a matarme? —Tiro de los cordones y saco los pies con manos temblorosas.

Deja escapar un suspiro exasperado y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué iba a rescatarte de esos hombres para matarte yo después?

Uso lo que me queda de fuerza para levantarme de la silla. Me tiemblan las piernas bajo mi peso.

—Basta de tonterías y de responder a mis preguntas con más preguntas. ¿Quién diablos eres?

Mi voz expresa más fuerza de la que siento, cada palabra es un intento desesperado por recuperar alguna apariencia de control.

Se acerca a mí y me aparta el pelo mojado de los hombros en un gesto sorprendentemente amable. Roza con los dedos los botones de la parte delantera de mi vestido. Coge una perla entre los dedos para desatarla, pero le agarro la muñeca.

Las gruesas fibras de sus músculos se flexionan bajo mis dedos cuando sus ojos oscuros se fijan en los míos y me sostiene la mirada con una intensidad que hace que se me corte la respiración.

—Soy Kane, protector del reino de Pentáculos y de todo aquel que habita sus tierras.

Aparta la mano de mi vestido y recorre la mirada sobre mí.

Intento erguirme más alta para igualar su fuerza y su seguridad, pero soy muy pequeña comparada con él.

La luz del fuego baila sobre su rostro y resalta los contornos afilados de su mandíbula cuando coge la espada. Desenvaina el filo plateado cubierto de sangre y doy un paso atrás. Las pantorrillas se me clavan en la pesada silla de madera que tengo detrás.

—Si te quisiera muerta, cervatilla, no habría arriesgado mi vida para salvar la tuya. —Señala los símbolos grabados en el acero como si eso lo explicara todo. Los grabados son como los dibujos bordados en su capa, pero no es algo que pueda leer o que haya visto antes—. Pertenezco a la guardia real.

—¿La guardia real? ¿Qué es esto, Inglaterra? —Me brota una risa salvaje en la garganta y, si no estuviera helada y mareada, se convertiría en una risa histérica—. ¿Y qué año es este? ¿1810?

—¿Por qué un año tendría un número en lugar de nombre? —Niega con la cabeza y el cabello oscuro le roza los hombros—. Es ridículo.

—Sí —resoplo—. El reino de Pentáculos, qué ridículo.

Pentáculos... Una estrella dentro de un círculo... como el reverso de la carta sobre la nieve y el bordado dorado sobre la tela de color rojo oscuro de la habitación...

Los latidos me retumban en los oídos como un tambor frenético en medio de la batalla cuando me giro para observar la habitación a mi alrededor. Y, por primera vez, la miro. La miro de verdad.

No hay enchufes en las paredes. No hay cables en las esquinas. No he visto ningún tendido eléctrico por el camino por el que hemos venido. Ni siquiera hay lavabo. No hay ningún baño. Me giro con la mente acelerada, incapaz de ver algo moderno en la cabaña. Nada.

—No. No, no, no —murmuro rodeando la silla, colocándola entre su cuerpo, el mío y la verdad que surge rápidamente—. ¿Dónde están las farolas? ¡No había farolas! Y los adoquines. ¡La oveja! Había una oveja en mitad de la ciudad. Y tú... tú... tú... ¿Dónde están los enchufes?

Sus zancadas hacen que llegue hasta mí en un instante.

—Siéntate, cervatilla. —Me coge del brazo e intenta guiarme de vuelta a la silla.

—¡Ya te he dicho que me llamo Hannah!

Me libero de su agarre y me tambaleo hacia atrás. Se me queda atascado el talón en el suelo irregular y estoy a punto de caer, pero me sujeto al borde tosco de la mesa. Paso los dedos por la superficie sintiendo los surcos de la madera, las astillas. La habitación está tenuemente iluminada con velas, con velas de verdad, y no se ve ni una sola bombilla. Me da vueltas la cabeza, intento encontrar algo reconocible, algo que tenga sentido. Pero no hay nada.

—La gente de la taberna no había visto nunca un móvil —susurro—. No sabían lo que era el wifi.

Kane está tenso, pero hay cierta suavidad en su mirada, como si pudiera ver que me estoy desmoronando. Que todo se está desmoronando... y que las piezas encajan de manera rápida y real.

—Esto está sucediendo de verdad, ¿no?

Se queda callado y su silencio ya es respuesta suficiente.

—Y caí. Simplemente... aparecí.

«Mira la puerta y ábrela».

Vi la puerta y caí por ella. Esto no es Chicago. Ni siquiera es Illinois.

«Estoy en otro mundo».

El pánico hace que se me suba el corazón a la garganta y lo golpeo con los brazos.

Me agarra por los hombros y clava en mí sus ojos oscuros. Tiene que verlo..., tiene que comprender que mi mente se está quebrando con la verdad. Porque es verdad y, en cierto sentido, lo he sabido desde que se abrió el suelo y aterricé en el palacio.

—¿Cómo... cómo vuelvo a casa? —susurro con voz temblorosa.

Pesadas gotas de lluvia caen al suelo de piedra y bajo la mirada. No, no es lluvia. Es sangre. Mi sangre tiñe el suelo de manchas carmesí y él me agarra los brazos con más fuerza.

—¿Cómo vuelvo a casa? —repito. Los contornos del mundo se oscurecen—. ¿Cómo vuelvo a casa?

—Tienes que encontrar a la emperatriz, Hannah —susurra con palabras cálidas junto a mi mejilla. Es lo último que siento antes de rendirme a la oscuridad.

Seis



Estaba soñando con Posh Pulse. Con Stephanie y Jade. Con caer y caer..., caer..., caer... Las imágenes fragmentadas se desvanecen de mi mente como arena entre mis dedos cuando abro los ojos poco a poco y me encuentro con una oscuridad turbulenta.

El mundo se vuelve borroso e inestable. Por un momento, estoy de vuelta en Chicago, en mi cama, en mi vida predecible. Y entonces la habitación a mi alrededor se vuelve un poco más clara. Las paredes de piedra están iluminadas con el tenue resplandor de un fuego moribundo. Las telarañas se mecen en las vigas y el aroma terroso del humo me llena las fosas nasales.

Todo vuelve a mí de sopetón: pezuñas de oveja sobre viejos adoquines, la luz del fuego brillando en los rostros enfadados, el grito de «bruja» de la multitud, su miedo a mi móvil y la creencia de que es mágico, la sangre de los hombres y la mía.

Estaba sangrando. ¡Me habían apuñalado!

Esto sería un titular si estuviera en mi ciudad, en mi estado, más cerca de casa.

El corazón me late como un gong y respiro mediante bocanadas irregulares. Intento levantarme y me tambaleo cuando el dolor me abrasa el estómago y golpea mi consciencia. Intento volver a moverme, pero la agonía no hace más que crecer. El cuerpo no me obedece. Algo me envuelve el vientre, unas vendas

gruesas y pesadas, pero es imposible que me recupere de una puñalada sin ir al hospital.

El pánico me retuerce los pulmones e inhalo de forma estrangulada. Esto es más doloroso que la vez que tuve apendicitis y estaba convencida de que iba a morir. Tengo las palmas sudorosas y me tiemblan las manos con cada débil intento de ponerme en pie, de huir. Pero soy incapaz. Completamente incapaz.

Una sombra se mueve en la oscuridad y veo cómo se acerca. Kane es alto e imponente y está apenas iluminado por el escaso brillo del fuego. Se arrodilla junto a mí y me encojo de dolor. Un grito de sufrimiento golpea la parte trasera de mis dientes apretados. Kane se acerca a mí con una amabilidad sorprendente y me coloca un paño húmedo y fresco sobre la frente.

—Bébete esto —dice mientras me acerca un vaso a los labios.

Vuelvo la cabeza, la idea de consumir algo hace que se me revuelva el estómago.

—Te ayudará —insiste con un tono que no da lugar a quejas.

No es que pudiera quejarme si quisiera. Esa parte de mi cerebro ha pasado a modo hibernación.

Ya no puedo detener las lágrimas, que me empañan la visión a medida que dejo que el líquido amargo se deslice por mi garganta. Sabe a césped infusionado en cerveza.

—¿Cómo puede dolerme más ahora que cuando ocurrió? —Me ahogo entre sollozos.

—Curarse es más difícil que morir. —Apoya la taza y da la vuelta al paño hacia el lado más fresco—. Cierra los ojos. Vuelve a dormirte. Aquí estás a salvo.

Sus palabras pretenden calmarme, pero el miedo no desaparece. No quiero dormirme. No quiero la oscuridad, lo desconocido, el miedo a no volver a despertarme. Cierro los ojos e intento calmar mi respiración, pero el dolor y el miedo me clavan los dientes y se niegan a soltarme.

—Me vendría bien una dosis de morfina ahora mismo.

El intenso sabor de las hierbas persiste en mi boca y sus efectos se extienden lentamente por mi cuerpo. Los bordes del dolor se suavizan, los puntos más

agudos se atenúan, pero sigue ahí. Me siento muy delicada, muy rota, muy lejos de casa.

—Háblame —suplico—. Distráeme.

—¿Qué quieres que te diga?

Gimiendo, cierro los ojos.

—No lo sé —murmuro—. Estoy desesperada. Por favor, ayúdame.

—Te estoy ayudando —dice—. Te he estado ayudando todo este tiempo.

Entrecierro los párpados y lo miro.

—Dime qué estabas haciendo en el ascensor.

Ladea la barbilla y los rabillos de los ojos se le arrugan cuando estrecha la mirada.

—Te vi en el ascensor —le explico—. Cuando estaba en... mi mundo.

La luz del fuego baila en sus ojos y, por un momento, veo un destello de algo más suave, algo casi amable. Es suficiente para mantener la oscuridad a raya un poco más.

—No era yo. Era una versión espejo.

—Una versión espejo —repito mientras aprieto los dientes ante otra oleada de dolor.

La idea de los dobles, copias de personas que viven sus propias vidas en mundos diferentes, es difícil de entender para mi mente aletargada, pero mucho más difícil es entender cómo funcionan. ¿Las versiones espejo son idénticas en todos los sentidos o tienen personalidades diferentes? ¿Vidas diferentes? ¿Destinos diferentes?

Y si Kane tiene una versión espejo, eso debe de significar que yo también tengo una. Esa conclusión me alcanza con una fuerza que hace que me quede sin aliento.

—¿Mi versión espejo está aquí?

Kane sacude la cabeza y su pelo oscuro le cubre los ojos. Quiero peinarlo hacia atrás o cortárselo o decirle que las diademas existen.

—La emperatriz no te habría traído aquí si ya existieras. Además, si hubiera una versión de ti dentro de Towerfall, la recordaría.

Me pesan los párpados, la combinación del agotamiento y el té de hierbas me

arrastra hacia el sueño. Intento resistirme, el miedo a lo desconocido me mantiene alerta.

—Si conoces cosas como las versiones espejo, debes de conocer otros mundos. Portales... —digo con la boca seca y una voz que apenas es un suspiro —. Atravesé un portal. Atravesé un portal. Joder. Suena surrealista.

—Pero es real. Aunque no muchos saben que los portales existen —dice Kane. Sus palabras cargan el peso de algo que no logro identificar—. La Torre te ha llamado aquí y la emperatriz te ha buscado por una razón.

—¿Qué razón? —El cerebro me da vueltas, girando entre portales y palacios y el hecho de que una carta del tarot me llevó de un mundo a otro.

—No estoy seguro, pero la Torre nunca se equivoca.

Me reiría si no sintiera que voy a colapsar.

—Sí que se equivoca. Se ha equivocado. Quiero irme a casa. ¿Cómo vuelvo a casa? —pregunto con la voz entrecortada por el peso que siento.

—Cuando hay una forma de entrar, hay una forma de salir.

—¿No puedes responder directamente a una puta pregunta? —suelto.

Me acerca la taza a los labios y bebo otro sorbo punzante.

—Deja que la magia haga su trabajo.

Magia. La palabra me produce un escalofrío y una imagen de la carta que parece haber empezado todo esto parpadea detrás de mis ojos.

—La magia no es real —murmuro más para mí que para él—. ¿Por qué ocurre esto? ¿Qué es este lugar?

—Ya no estás en tu tierra natal, cervatilla. Esto es Towerfall y, en este mundo, unos pocos elegidos ejercen su verdadero poder. —Su mirada se encuentra con la mía—. Nuestros mundos, el tuyo y el mío, existen juntos en distintas capas. La mayoría de la gente vive y muere sin saber que esas capas existen. Pero a veces las cosas pueden pasar de una a otra.

—No lo entiendo —admito con una voz fina y lejana mientras el té se va apoderando de mí.

El pelo oscuro de Kane le cae por delante de los hombros y se lo echa hacia atrás.

—Con el tiempo, lo entenderás. Por ahora, descansa. Debes recuperar tus

fuerzas.

—Kane. —Parpadeo hacia él, y se me nubla la visión, mi cuerpo anhela el descanso y la inconsciencia del sueño—. ¿Me estoy muriendo?

—No mientras yo esté al mando.

El agotamiento finalmente me supera y me rindo al peso de mis párpados y la promesa de oscuridad.

Siete



Recupero lentamente la conciencia y, aunque el dolor del costado sigue ahí, es más soportable. La habitación está sumida en una suave luz dorada que entra a través de una mugrienta ventana sobre la cama. Hay motas de polvo flotando en los rayos de sol que proyectan un resplandor cálido sobre las paredes de piedra y las vigas de madera oscurecidas por el tiempo y el hollín. Al otro lado del panel de cristal sucio hay charcos de luz solar entre los árboles y las ramas que hacen que las hojas adquieran un tono verde neón.

Tengo una manta áspera pero extrañamente reconfortante bajo los brazos desnudos que me arropa el cuerpo. Estoy pegajosa por el sudor y cuando me muevo levemente hago una mueca por el dolor del costado.

«Aún estás viva, Hannah». El dolor es la prueba de ello.

Levanto la manta para mirar debajo. Palpo con los dedos el vendaje que me envuelve cuidadosamente la cintura teñido con rastros de sangre seca.

Kane me ayudó. Me salvó.

Pero ¿por qué?

La puerta se abre ligeramente y aparece la fuerte silueta de Kane contra la luz de la tarde. Lleva un montón de leña y un manojo de cebollas recién arrancadas del suelo, con las raíces todavía llenas de tierra. El sol ilumina los contornos de sus anchos hombros y proyecta sombras alargadas que se extienden por la

habitación. Camina con facilidad dando zancadas hasta la chimenea como si apenas notara el peso de la leña.

Deja los troncos en el suelo con un ruido sordo. A continuación, coge un cuchillo y vuelve a las cebollas. El filo refleja la luz y me mira por encima del hombro con expresión inescrutable.

—Deberías descansar —dice con firmeza, pero con amabilidad.

—Prefiero sentarme. Se me hace raro quedarme mirando el techo cuando estás ahí con un cuchillo.

Me impulso con la cama, pero es un movimiento demasiado rápido. El dolor me atraviesa el costado, se me corta la respiración y la habitación se inclina y me da vueltas mientras la inconsciencia amenaza con tragarme.

El suelo de madera cruje bajo su peso cuando se acerca rápidamente. Me agarra el hombro con su mano fuerte y me sostiene mientras coloca almohadas crujientes rellenas de heno detrás de mi espalda. Sin decir palabra, me apoya suavemente en las almohadas y vuelve a su tarea.

El tirante del sujetador se me desliza por el hombro y me doy cuenta de que solo llevo ropa interior.

—¿Por qué me estás ayudando? ¿Por qué me salvaste en primer lugar?

Kane no responde de inmediato. Me da la espalda mientras aviva el fuego y coloca una olla de hierro fundido sobre las llamas.

Impulsada por su silencio, mi mente se pone en marcha.

Conoce la existencia de los portales, sabe que provengo de otro mundo. Tiene que saber que aquí no hay nadie que vaya a echarme de menos o que pueda buscarme. Lo que significa que...

Se me afloja la mandíbula y se me aceleran las pulsaciones. Kane me ha traído a su cabaña para convertirme en su esposa. Me retendrá aquí, descalza y embarazada, cocinando estofado de cebolla y obedeciendo todas sus órdenes. Tendré una estirpe de niños de ojos oscuros llamados Jed, Rufus o Buck; seré su ramera en la cama y lo veré hacer fogatas y cazar.

«La verdad es que no suena tan mal, Hannah».

Otra prueba de mi vida de mierda.

—No se me da bien cocinar —digo rompiendo el silencio.

Arquea una ceja con una expresión indescifrable mientras se limpia las manos en los pantalones.

—Anotado.

Coge una cebolla y usa la parte inferior de su camisa de lino para limpiar la tierra antes de desenvainar la daga que lleva en la cadera.

—Y soy horrible en la cama.

Kane se detiene con el cuchillo sobre la cebolla fresca y aprieta ligeramente el agarre de la empuñadura.

—Mi nov..... mi exnovio siempre decía que tenía que hacer más yoga, aumentar la flexibilidad de la cadera. —La vergüenza me trepa por el cuello—. No importa. Debería dejar de hablar.

Deja la cebolla sobre la mesa sin dejar de mirarme.

—Continúa, por favor.

Me arden las mejillas.

—Sería una esposa horrible.

Ahora esboza una sonrisa pequeña pero auténtica que suaviza las líneas afiladas de su rostro.

—Qué datos más interesantes, cervatilla.

—Así que puedes devolverme.

—¿Crees que te he traído aquí para servirme?

Se inclina hacia atrás y se cruza de brazos sobre el pecho, un movimiento que hace que su fina camisa se le estire sobre los músculos.

Tengo la cara tan caliente que no me sorprendería arder en combustión espontánea en cualquier momento.

—¿Por qué si no me habrías traído?

—Tienes trabajo que hacer —dice volviendo a la cebolla—. Lo sabía y por eso quise ayudarte. Tal vez tú también puedas ayudarme a mí.

—¿Ayudarte? —Me duele la herida, pero reprimo el dolor y me abrazo el pecho—. Si te refieres a lo que creo que te refieres...

—No, no es ese tipo de ayuda. A menos que sea lo que quieras —añade bajando la voz—. ¿Qué me dices, cervatilla? ¿Es lo que quieres? —Clava los ojos en los míos y, por un momento, la sala se carga con un tipo diferente de

tensión. Del tipo que hace que se me acelere el pulso y se me corte la respiración.

—N-no. —Trago saliva con dificultad y recupero la compostura—. Quiero saber cómo he llegado aquí y por qué.

—Mi mundo no es el único que existe. Tampoco el tuyo. Hay muchos más. —Sostiene la cebolla mientras habla y su superficie refleja la luz del fuego—. Tú y yo vivimos en capas separadas y no vemos nunca las otras. Pero a veces una de esas capas empieza a pudrirse. —Pincha la piel de la cebolla y la retira, lo cual deja al descubierto una mancha oscura estropeada bajo la superficie. La podredumbre tiene un color gris enfermizo salpicado de moho. El olor acre invade la habitación—. Puede propagarse a través de las capas y eso hace que se debiliten y que puedan atravesarla cosas y personas.

Clava la punta de la daga en la cebolla y la parte por la mitad. Los zarcillos oscuros de la podredumbre se han abierto camino a través de los anillos blancos y lo han envenenado todo a su paso.

—¿Así que se ha podrido algo entre mi mundo y el tuyo?

—No entre los mundos. En este mundo. Hay podredumbre dentro del reino de Pentáculos, dentro de Towerfall.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú eres la cura, cervatilla. Lo que va a impedir que se pudra la cebolla entera.

—No. —Arrugo la nariz en dirección a la cebolla, a Kane y a cualquiera que haya pensado que podría curar algo—. No puede ser.

Kane deja la cebolla a un lado y se mueve con elegancia y decisión. Coge una taza y la sumerge en la olla que hay en el fuego. Me trae el té, cuyo aroma a hierbas supone un agradable cambio respecto a la cebolla podrida. Acepto el té, nuestros dedos se rozan en el intercambio y bebo con ganas. Todavía percibo ese sabor intenso y amargo como de cerveza dejada al sol, pero me aliviará el dolor y me proporcionará tranquilidad. Es brusco, pero relajante... como Kane.

Se arrodilla junto a la cama y soy muy consciente de su presencia y del calor que emana de su cuerpo.

—¿Puedo? —Kane levanta un lado de la manta y me destapa la cintura lo

justo para examinar la herida—. ¿Todavía te duele?

Pasa la palma sobre el vendaje y frunce el ceño con una preocupación que no encaja con el hombre que atravesó la ciudad a caballo e hizo trizas a dos personas.

—Ahora estoy mejor. Gracias al té —contesto observando cómo examina el vendaje. Hay una extraña combinación de vulnerabilidad y seguridad en su escrutinio.

Bebo otro trago para saborear el calor que se esparce en mi interior y que envuelve el dolor de mi costado en una suave caricia.

—La herida se está curando bien —señala—. Lo que necesitas ahora es descansar.

—Lo que necesito es largarme de aquí. Volver a la civilización y a los antibióticos.

Sostengo la manta firmemente con los brazos y aprieto los dientes por el dolor que me atraviesa cuando deslizo las piernas por la cama y me levanto.

Por un momento, me encuentro bien. El suelo está firme bajo mis pies y mi visión solo se tambalea ligeramente. La habitación apenas se ha difuminado, la luz dorada del sol se mezcla con las sombras danzantes del fuego como si tuviera un filtro. Sin embargo, antes de que pueda dar un paso, mi visión periférica se contrae como si estuviera viendo el mundo a través de un telescopio de papel. Una embriaguez pesada me invade las extremidades y pierdo el agarre de la manta. Se cae y, una vez más, me quedo ante un hombre guapísimo vestida únicamente con ropa interior de Target que no combina entre sí.

—Ups. —Tropiezo hacia delante, pero Kane me agarra y me sostiene contra los duros músculos de su pecho.

—¿Tienes que llevarme la contraria en todo, cervatilla?

—¿Sabes? No das tanto miedo —murmuro y permito que me vuelva a tumbar en la cama—. Seguro que por dentro eres un papá oso blandito.

—Descansa —dice recogiendo la gruesa manta de lana.

—Sí, papá. —Me rio disimuladamente, ebria por las hierbas maceradas y con algo caliente y burbujeante en las venas.

Una sonrisa se abre paso en sus labios mientras me arropa con la manta.

La habitación me resulta más cálida y acogedora. El té está haciendo efecto, alivia el dolor y hace sopa mis pensamientos.

Mmm, sopa. No sé qué estará preparando, pero huele de maravilla.

Puede que sea una sopa mágica capaz de abrir un portal y de llevarme de vuelta a mi verdadero trabajo.

«Yo no soy la cura. No soy capaz ni de presentarle a un cliente una idea ganadora cuidadosamente planificada». Resoplo y Kane me mira como cuando le pregunté por los enchufes.

—Esto ha sido un error —murmuro con palabras espesas.

—La magia no comete errores. La Torre no comete errores. Has sido elegida —afirma Kane con firmeza, y su voz es como un ancla en la tormenta de mis pensamientos.

—¿Cómo? ¿Por qué? —consigo preguntar a través de la confusión y la fatiga.

—Caen cosas entre los mundos. Talismanes. Encuentran la ayuda necesaria y la traen.

—¿Talismanes?

Esa palabra desencadena un recuerdo nítido y repentino.

¡La carta!

No tendría que haber hecho caso de los consejos de un libro de autoayuda sobre hacer algo inesperado. De ese modo, no habría acabado en el Tarot Crepuscular y las Artes Curativas de Luna con una polla en la cara y una carta de tarot encantada en las manos.

—La mujer de la carta de tarot. Ella es la... la...

—La emperatriz.

—¿Tú también la viste? —Apoyo la cabeza en las gruesas almohadas. Me estoy derritiendo, me sumerjo de nuevo, el calor del fuego y la cadencia tranquilizadora de su voz me llevan al sueño—. No quiero tener seis hijos.

—Lo tendré en cuenta.

—No te marches. —Mis palabras suenan distantes y ajenas mientras el sueño empieza a enrollar sus pétalos a mi alrededor como si fuera un capullo cerrándose.

—No lo haré.

Incluso mientras el agotamiento me envuelve en su negro abrazo, mi mente es un caos de pensamientos. Trazo y planifico en el espacio brumoso entre el sueño y la vigilia, revisando cada artículo parcialmente leído y cada titular llamativo en busca de un modo de salir de este lío y volver a casa.

Ocho



Cuando me vuelvo a despertar, el fuego no es más que unas brasas humeantes y la luz del día se filtra por las ventanas. Esta vez, cuando me siento, no sufro dolor. Es más, me encuentro tan bien que no dudaría en ponerme en primera fila en una clase de *spinning*.

La silla frente a la chimenea está vacía y no veo a Kane por ninguna parte. Segura de que estoy sola, me quito la manta de lana gruesa y busco vacilante el vendaje que me rodea la cintura. Sangre seca se desprende de la tela y se esparce por el colchón lleno de bultos a medida que voy retirando capas. Finalmente, el vendaje se cae. Doy una bocanada de asombro y recorro con los dedos la delicada línea dorada que brilla donde antes estaba la brutal puñalada. La punta de mi dedo patina sobre la suave y lisa cicatriz. Como una pincelada aterciopelada, el oro brilla a la luz del sol, hermoso y surrealista.

La puerta de la cabaña se abre y Kane cruza el umbral cargado con un zurrón de cuero que parece pesado. Una brisa cálida lo envuelve y trae consigo el aroma terroso del barro mojado por la lluvia con un sutil matiz de pino. Luces y sombras se proyectan sobre su rostro y realzan la afilada línea de su nariz, la plenitud de sus labios.

Joder, es precioso.

Como si no llevara los últimos no sé cuántos días casi completamente desnuda delante de él, me apresuro a cubrirme con la áspera manta de lana

convirtiéndola en un vestido arrugado y poco favorecedor.

Arquea una de sus cejas negras y curva la comisura de los labios antes de volver a ponerse su indescifrable máscara.

—Como dije, necesitabas descanso y magia. Tal vez la próxima vez no me llevarás la contraria.

—No habrá una próxima vez —digo mientras cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿No? —Kane me dedica una sonrisa traviesa como si guardara un secreto y cierra la puerta de una patada antes de dirigirse a zancadas hacia la chimenea. Deja la bolsa sobre la repisa y agarra un montón de leños para tirarlos sobre la madera gastada como si fueran palos huecos. Enciende una cerilla e, igual que siempre, susurra algo a la llama y la lanza a la madera. El fuego crepita y estalla instantáneamente con un rugido que lo devuelve a la vida.

—Eso es magia, ¿no? —Con una mano señalo las llamas mientras hundo los dedos de la otra bajo las capas de la manta para encontrar mi cicatriz dorada.

—Eres una buena alumna, cervatilla. —Los labios de Kane se ladean en una especie de sonrisa tan dulce y volátil como el éter—. Dime, ¿siempre has aprendido todo tan rápido?

Juro que estoy avergonzada y casi constantemente ruborizada cuando este hombre está cerca.

—Me gradué con honores en la Universidad de Illinois. ¡Arriba los Luchadores de Illinois! —animo mientras levanto el puño con desgana.

Incluso desde el otro lado de la habitación, la profunda y estruendosa risa de Kane me roza los brazos desnudos y me provoca escalofríos.

Coge la bolsa de cuero de la repisa de la chimenea y retira la sartén de hierro de su lugar de descanso habitual, en un gancho sobre el hogar. La apoya y la encaja sobre el robusto soporte de hierro forjado para cocinar. A continuación, vacía la bolsa y sostiene los huevos. Son de tamaño medio, pero casi parecen guijarros en sus enormes manos. Kane los rompe con un hábil movimiento de muñeca y chisporrotean al caer en la sartén caliente. Despreocupadamente, lanza las cáscaras sobre las llamas mientras agarra con la mano la parte inferior de su

túnica y la utiliza como un improvisado guante de horno para mover la sartén de un lado a otro sobre el fuego.

El aroma de los huevos revueltos mezclado con el olor a madera del fuego me hace la boca agua. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que comí, pero me muero de hambre.

—¿Tienes gallinas aquí en el bosque?

—Tomé prestada una jaula de gallinas cuando dejé la ciudad.

Recorro con la mirada la cabaña descuidada con sus muebles desgastados y manojos de hierbas secas que cuelgan de las paredes.

—¿Las tomaste prestadas igual que tomaste prestada esta casa?

La mirada de Kane se encuentra con la mía, esa deliciosa media sonrisa vuelve a estar dibujada en sus labios.

—Tengo la intención de devolverlos. No voy a permanecer desterrado del palacio para siempre.

—¿Te desterraron? ¿Qué tienes que hacer exactamente para ser expulsado de un castillo? ¿Usar el tenedor equivocado en la cena?

Su expresión se endurece, la luz del fuego proyecta sombras directamente sobre sus rasgos esculpidos.

—No bromearías tan rápido si supieras el duro golpe que mi ausencia ha supuesto para nuestro reino.

—Porque eres el único que mantiene a todos unidos. Eres el pegamento. —Pongo los ojos en blanco—. Ya he oído eso.

—Soy el único hombre que ve la verdad de lo que está sucediendo dentro de los muros de palacio —exclama, y de repente siento que estoy en un lío. Como si fuera a castigarme y a quitarme el móvil.

—Lo siento —murmuro.

—No deberías hablar de cosas que no entiendes.

—No deberías gritar a víctimas de apuñalamiento parcialmente desnudas que han caído a través de un portal a otro mundo.

Entrecierra los ojos, listo para soltar otra réplica mordaz antes de hacer una pausa.

—Me parece justo. —Se vuelve de nuevo hacia el fuego para mover la sartén

y los huevos de color amarillo dorado burbujean y salpican—. Me desterraron del palacio y del reino de Pentáculos porque su poder e influencia están siendo manipulados, usados y modificados para beneficiar a uno solo: Cuatro —explica, volviendo a mostrarse tranquilo y comedido.

La confusión me hace fruncir el ceño.

—Pero dijiste que el poder e influencia solo beneficiarían a una persona.

—Correcto: a Cuatro.

—No, a uno. Una persona. Cuatro son tres personas más.

—«Cuatro» es el nombre del desgraciado corrupto.

—Ah. —Chasqueo la lengua—. Ya entiendo.

—Cuatro quería matarme antes de que pudiera hacerle lo mismo. Alderic, nuestro rey, es el único motivo por el que aún conservo mi cabeza. Pero Cuatro está al mando del reino de Pentáculos y decide por Alderic. Los que están dentro del palacio no pueden ver o eligen no ver la maldición que Cuatro ha entretejido.

—Eso es la podredumbre —digo, continuando con la reconstrucción del cómo y por qué estoy aquí.

—Eso es la podredumbre —confirma Kane—. Al menos, una parte.

—¿Y la otra parte?

—Ahí es donde entras tú.

—Ya. —Hago una mueca y niego con la cabeza—. Esperaba que todo eso de ser la cura y tener una tarea hubieran sido alucinaciones mías.

—Eres la cura, cervatilla. El reino de Pentáculos está al borde del colapso por mucho que los que están al mando se nieguen a reconocerlo. La prosperidad nunca está asegurada y no continúa por sí sola. Hay que trabajar para conseguirla. Los ciudadanos y quienes los gobiernan deben estar unidos para evitar la ruina del reino. Cuando no lo están, como ahora, la marea cambia, y lo hace rápidamente. Para volver a tu hogar, debes completar tu tarea, y tu tarea es librar a nuestro reino de la podredumbre y sanar las...

Lo interrumpo con la exasperación a flor de piel.

—Sí, lo sé. Las capas. La asquerosa cebolla. Lo pillo. Es decir, entiendo las palabras que dices, pero no creo que tú hayas entendido nada de lo que dije yo.

—¿Que eres una menos que deseable compañera de cama que se niega a tener

seis hijos? —responde con una calma desesperante.

Se me ruborizan las mejillas y me aprieto la manta alrededor del pecho.

—Que ha habido algún tipo de error —lo corrijo con voz tensa.

Abre la boca y alzo la mano antes de que pueda darme otro discurso sobre la Torre y no cometer errores y la emperatriz y bla, bla, bla.

—Mira —empiezo obligándome a mantener la calma a pesar de que lo absurdo de la situación amenaza con hacer que pierda los papeles—. Necesitas un héroe y pareces básicamente perfecto para ese papel con tus músculos y tu... tu astucia. —Juraría que me hace una demostración de su fuerza porque los bíceps no se ponen duros solos, ¿verdad?—. Lo que ocurre es que yo necesito volver a casa, al wifi y a cobrar apenas lo suficiente para poder pagar el alquiler. Luego tu torre mágica puede volver a mandar su carta de tarot talismán a través del portal podrido y encontrar un héroe que realmente sepa lo que hace.

Me pongo de pie, con la tela áspera arañándome la piel, y camino con confianza hacia el centro de la cabaña.

—Quiero decir, está claro que lo que cuentas suena bastante intenso: salvar el reino, detener la podredumbre, etcétera. Pero, sinceramente, también suena completamente inconcebible. —Entrecierra los ojos, pero continúo—: Incluso si todo es real, este es tu mundo, tu problema, no el mío. Solo quiero irme a casa y fingir que esto nunca sucedió. Así que, si me disculpas, me voy ya.

—¿Y a dónde crees que vas a ir? —Kane levanta la sartén y mueve los huevos, los bordes están crujientes y dorados.

Enderezo los hombros.

—De vuelta al palacio.

—¿De vuelta al palacio? —repite con una ceja arqueada—. No hay vuelta atrás. Esto es Towerfall, el reino de Pentáculos, no puedes simplemente hacer lo que te plazca.

—No es hacer lo que me plazca. Esto no es un capricho. Me dejé el bolso dentro del palacio cuando, con razón, pensé que me estabas secuestrando la primera vez. La carta estaba en mi bolso. O supongo que se salió, ya que tú también la viste. No importa. Mi bolso y la carta están en el palacio, lo que significa que tengo que volver ahí dentro.

Toqueteo mi ropa, húmeda y manchada de sangre y tirada sobre un taburete junto a la mesa. Mi móvil está metido en un bolsillo. La pantalla está negra. Está muerto o empapado y estropeado. En cualquier caso, es completamente inútil aquí.

—Si la Torre envió esa carta del tarot...

—La emperatriz —apunta.

—Si la emperatriz me trajo aquí, la emperatriz puede enviarme de vuelta.

—La emperatriz te trajo aquí porque eres la única que puede sanar este reino. Huir no cambiará nada. Además, no funcionará. Debes hacer tu trabajo, sanar la podredumbre, para poder irte a casa.

Respiro hondo, enderezo la columna y lo miro con toda la determinación que logro reunir.

—Mira, Kane, no soy la única que sabe que fui arrastrada a este mundo por error. Estoy segura de que la Torre y la emperatriz han tenido alguna reunión mágica y están esperando a que encuentre la carta y deshaga todo este lío.

—¿Siempre tengo que estar peleando contigo? —Kane pone la sartén a mi lado sobre la mesa y me hace una seña para que me siente.

Puede que me esté muriendo de hambre, pero la forma en que los nervios me revuelven la tripa me dice que me arrepentiré de probar esos huevos.

—Aunque admito que tienes mucha información útil y me has ayudado...

—Te he salvado la vida.

—No conoces exactamente mi situación actual —digo, continuando como si no me acabara de interrumpir con información pertinente—. Tengo que volver al palacio para encontrar la carta de la emperatriz y acabas de contarme que casi te decapitan y te han prohibido terminantemente la entrada.

—Cervatilla, no puedes negar que te he ayudado. Deja que siga haciéndolo.

—¿Cómo?

Arquea una ceja.

Antes de que esa sonrisa seductora se cuele en sus labios, intervengo.

—Si dices «magia», gritaré.

—Es más complicado que eso y nos llevará unos cuantos meses...

—No. —Niego con la cabeza y el pelo enredado me acaricia los hombros—.

Ya llevo aquí... ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días.

—¿Tres días? —Se me ha pasado volando y a la vez como una eternidad—. No voy a esperar más para salir de aquí y volver a la medicina moderna y la cobertura. Tampoco voy a esperar a que otro hombre decida cuándo y dónde soy útil, Chad.

Me muerdo el labio inferior y doy un paso atrás para intentar distanciarme de la ira que siento por mi ex más reciente.

—¿Qué es un chad? —pregunta Kane mientras se forma una línea entre sus cejas arrugadas.

—Un gilipollas lamentable y séptico —murmuro.

—Suena doloroso. —Kane frunce aún más el ceño y se sumerge en la diminuta cocina estilo motel sin cañerías. Abre un armario y saca una botella con corcho y un paquete envuelto en tela.

—Sí... —Me ajusto la manta y miro la sartén caliente con huevos antes de aclararme la garganta.

Desenvuelve la hogaza de pan, corta un trozo y le da un gran bocado antes de ofrecerme el resto.

—Come. Debes mantenerte fuerte.

—No, gracias. —Me encojo mientras mi traidor estómago gruñe en señal de protesta.

Arquea la ceja de nuevo y su mirada se dirige a mi estómago antes de volver a encontrarse con la mía.

—Vale, pero me encantaría un trozo que no estuviera lleno de tus babas.

Murmura una palabrota que no logro descifrar antes de arrancar otro trozo y dármelo. Está seco y rancio, pero tengo tanta hambre que me comería las sobras del Taco Bell que llevan dos semanas en el fondo de mi nevera.

—Además —digo mientras trago un bocado de pan—, no me puedo creer que llamaras a la puerta del palacio y pidieras entrar cuando te vi fisgoneando.

—No estaba fisgoneando.

—Desde luego que sí. Fisgón fisgoneante.

Se le tensa la mandíbula y clava los dedos en el pan.

—Estaba... —Hace una pausa y respira hondo mientras deja el pan y la botella sobre la mesa, luego saca un taburete. La silla cruje bajo su peso y él parece un gigante en un coche de payasos sobre las cuatro patas tambaleantes.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír.

—No importa lo que estuviera haciendo. Lo que realmente importa es que no puedes simplemente entrar en el palacio. —Arranca otro trozo de pan y mete los huevos revueltos entre los dos trozos—. Cuatro se ha asegurado de que solo aquellos que él ha aprobado puedan entrar. Es un milagro que tuviera que rescatarte de una multitud y no de la guillotina.

—Ah, te refieres a literalmente «decapitado». Es decir, con la cabeza cortada y todo.

—¿A qué creías que me refería?

El fuego crepita en el silencio que sigue y Kane da un mordisco a su improvisado sándwich.

—El palacio solo abre cada seis meses para que el rey escuche las quejas del pueblo —continúa—. Tendremos que esperar hasta entonces.

—Pero no tengo ninguna queja —digo—. Me dejé el bolso y, con él, la carta del tarot. Dijiste que la emperatriz me trajo aquí y necesito encontrarla para volver a casa. La emperatriz está en el palacio. Solo tengo que ir a por ella.

—Es imposible.

—Tú sí que eres imposible.

La idea de que podría estar aquí atrapada durante seis meses es insoportable. Entre ahora y la próxima vez que se abran las puertas del palacio, alguien entrará en esa habitación y encontrará mi bolso y la carta. Estaré definitivamente jodida.

Dejo caer la corteza del pan, entierro la cara entre las palmas de las manos y siento las pesadas pisadas de Kane golpear los tablones de madera.

—Relájate, cervatilla. Conozco muchas formas de pasar el tiempo mientras esperamos nuestra próxima oportunidad.

Me asomo desde mi escondite detrás de mis manos y lo miro. Ha vuelto esa sonrisa sexi, que remata con un guiño sugerente mientras agita la botella frente a mi cara.

Me asomo con cautela a la boca ancha de la botella. Las hierbas se mecen

suavemente sobre el líquido, sus formas están ocultas por el color marrón oscuro del cristal. El brebaje desprende un rico aroma a miel, matizado con la inconfundible intensidad del alcohol.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que insinuarse sexualmente y luego intentar emborrachar a una mujer es asqueroso?

—No resulto asqueroso a las mujeres. —Con una sonrisa satisfecha, inclina la botella hacia atrás y casi se la bebe de un trago mientras camina a zancadas hacia la mesa. El cristal golpea la madera con un ruido sordo y Kane coge otro puñado de pan y huevos antes de ofrecerme lo que queda en la sartén.

Sacudo la cabeza y digo automáticamente «no, gracias». Él se encoge de hombros y la tela de su camisa se tensa sobre sus hombros anchos.

Aunque mi vida en casa deje mucho que desear, sigue siendo mi vida. No puedo rendirme y abandonarla.

—Bueno, Kane, sea cual sea tu apellido...

—Blackthorne —dice mientras se limpia un trozo de huevo de la barbilla.

—Señor protector de este mundo y su gente, si un desconocido cayera del cielo y empezara a gritar sobre, no sé, dragones o alguna otra tontería, estaría ansiosa por que se fuera.

—No dejes que una dragona te oiga llamarla «tontería». —Me vuelve a guiñar un ojo.

Abro la boca para objetar, pero con todo lo que he experimentado desde que caí por el portal, la idea de ver un dragón no me parece tan descabellada.

Kane bebe otro trago del brebaje y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Y no tengo tiempo para sentarme a esperar. Alguien podría entrar en ese dormitorio en cualquier momento y llevarse mis cosas y mi única forma de salir de aquí.

—Cervatilla...

—No eres mi padre. No tengo por qué escucharte.

Y, si algún día mi padre decidiera ponerse en contacto conmigo, tampoco tendría por qué escucharlo.

—Te he salvado, curado y mantenido a salvo, pero, claro, ¿por qué ibas a escucharme?

—Exacto —digo ignorando descaradamente su sarcasmo—. Me vuelvo al palacio, voy a recuperar la emperatriz y volver a casa.

Doy vueltas en busca de algo que ponerme que no sea la manta o mi Dior destrozado.

—Necesito algo que ponerme.

—Hay túnicas ahí. —Señala el baúl que hay en la esquina más alejada de la habitación.

Me arrodillo frente a él. Los mismos símbolos que se encuentran grabados en su espada y bordados en su capa están tallados en la madera y llenos de oro fundido. Así de cerca, y habiéndome recuperado, por fin puedo distinguir los símbolos: los escarpados picos de una montaña, un farol, una estrella de seis puntas y el rostro curtido de un anciano. Fluyen juntos, cada símbolo se funde con el siguiente, una única línea los une a todos.

—Los símbolos cuentan una historia si sabes leerlos. —Desata el nudo de tela que hay sobre la mesa y alisa la tela alrededor de la hogaza de pan.

—¿Y qué historia cuenta este? —Abro el baúl y no estoy segura de si responde, porque mi atención se dirige a las joyas y monedas de oro que descansan en el estante superior.

—¿Botín de guerra? —Me río y lo miro.

—Pago. —Su mirada me quita la sonrisa.

Vuelvo a centrar la atención en el baúl y rebusco entre las camisas medio dobladas y los extraños pantalones de cuero que parecen demasiado ajustados y tienen cordones entrecruzados en la entrepierna.

—Esto —digo mientras sostengo en alto los pantalones con los cordones colgando como fideos flácidos— no va a servir. Necesito encajar y ser como el resto. Ese fue mi problema. Eso y que no tenía ni idea de lo que pasaba. Pero ahora soy más inteligente y no le daré a nadie una razón para llamarme bruja.

—¿Y crees que una vez te vistas de forma más apropiada simplemente podrás volver al palacio caminando y exigir entrar? ¿No recuerdas lo que pasó la última vez que estuviste dentro de la ciudad?

—¿Por qué tengo la sensación de que solo escuchas a medias? —le pregunto, pero continúo sin esperar su respuesta—. Como te he dicho, no encajaba. No se

trata de preguntar por qué me echaron. Se trata de preguntar por qué no deberían hacerlo —digo, y vuelvo a centrarme en el baúl de joyas y ropa—. Tiene que haber algo aquí que sirva y no sea tan... grande.

Rebusco en la colección de cuero gastado y algodón rígido. Mis dedos rozan un tejido lujosamente suave. Con cuidado, saco la prenda. El vestido de terciopelo es de color crema. El corpiño está cosido con intrincados bordados, los patrones se arremolinan en una danza de hilos dorados que captan la luz con cada movimiento. Trazo las líneas de delicados cordones de seda verde bosque que se entrecruzan desde la parte baja de la espalda hasta la nuca. La misma seda bordea el escote que se hunde en una modesta curva enmarcada por suaves mangas que dejan los hombros al descubierto y presentan una ligera forma abullonada antes de estrecharse en los puños.

Me pongo de pie y lo sostengo frente a mí, la falda cae en una elegante cascada del mismo exuberante terciopelo.

—Este es perfecto.

Al verme, Kane casi se ahoga con los huevos revueltos.

—Ese no. No te pertenece.

—A ti tampoco —respondo—. Date la vuelta.

—¿Ahora sientes pudor? He visto...

—Date la vuelta. Pensaba que los viejos tiempos estaban llenos de apuestos caballeros que arrojaban sus abrigos sobre los charcos.

—¿No me encuentras apuesto?

—Date la vuelta. —Hago un gesto, no pienso cederle ni un centímetro. Claro que es apuesto. Y sexi. Con una deliciosa sonrisa provocativa que me hace sentir calor en todos los lugares correctos. Y, claramente, lo sabe. Me comería mi propia ropa interior desparejada antes de alimentar ese ego.

De mala gana, Kane suspira y me da la espalda.

Rápidamente, me despojo de la manta rasposa y me pongo el vestido, la tela es aún más suave de lo que esperaba.

—¿Te importa? —pregunto dubitativa mientras me recojo el pelo y lo retiro sobre el hombro para revelar la intrincada línea de cordones que desciende por la espalda del vestido.

Kane se detiene un momento, como si sopesara la petición, luego acorta la distancia entre nosotros en solo dos zancadas. Su presencia detrás de mí es una corriente eléctrica, el calor del fuego se mezcla con el calor que me recorre el cuerpo. Se queda de pie a mis espaldas, nuestro silencio compartido solo es interrumpido por nuestras respiraciones y el suave susurro rítmico de los cordones al pasarlos por los ojales.

Cada roce de sus ásperas yemas contra mi piel desnuda me envía una oleada de escalofríos por los brazos y por el pecho. El calor se apodera de mis mejillas y me alivia que no pueda ver cómo arden cuando me toca.

Inclino ligeramente el cuello y lo miro por encima del hombro. Nuestros ojos se cruzan en un intercambio cargado.

—Queda bien, ¿no? ¿Parece que soy de aquí? —pregunto con una voz que apenas supera a un suspiro.

La mirada oscura de Kane sostiene la mía, algo implícito brilla en sus profundidades. La intensidad de sus ojos me impide tragar con facilidad. Luego, mientras se aclara la garganta, hace un último nudo y da un paso atrás.

—Servirá.

Frunzo el ceño. No es el cumplido más halagador, pero desde luego no es el peor que he oído.

—Gracias —digo. Una pequeña parte de mí echa de menos su calidez cuando se retira hacia la mesa.

En algún momento mientras entraba y salía del sueño para dejar que la magia hiciera su trabajo, Kane puso mis botas empapadas delante de la chimenea para que se secaran. Cuando me las pongo, están calentitas y me arrancan un suspiro de satisfacción.

Se acabó la Hannah desesperada y estancada. Empiezo mi charla motivacional interna mientras muevo los dedos de los pies en la nube caliente de mis botas. No, señora. Murió cuando caí en este mundo y ahora estoy empezando una nueva era. Evoluciono y soy independiente. No necesito a un hombre. Es más, ni siquiera quiero un hombre. Quiero expansión y autonomía.

Respiro con una nueva sensación de determinación y ensayo mentalmente mi plan una vez más.

Iré al palacio, les diré que me he dejado el bolso dentro y lo recuperarán de ese enorme dormitorio. Entonces sacaré la carta de la emperatriz y se abrirá un nuevo portal. Estaré de vuelta en casa antes de que nadie se dé cuenta de que me he ido.

«Expansión y autonomía..., evolución e independencia... Expansión y autonomía..., evolución e independencia».

Me dirijo hacia Kane con el mantra en bucle en mis pensamientos y añadiendo un poco más de energía a mi caminar.

—Me voy.

Kane levanta la vista y se detiene a medio mordisco.

—Quédate, cervatilla. Espera hasta que el palacio vuelva a abrir sus puertas.

Me acerco la sartén y uso un trozo de pan para recoger un montón de huevos. Doy un bocado, y luego otro, y otro, sin importarme que estoy devorando la comida como un bárbaro.

—No es mucho tiempo —continúa—. Solo seis meses. Así es como accedí sin ser descubierto.

—¿Te colaste para salvar al rey y detener la podredumbre? —Agito la mano en el aire para evitar que vuelva a explicármelo todo. No puedo distraerme—. No voy a esperar. —Agarro la botella y le doy un trago a lo que queda manteniendo una expresión estoica a pesar de su dulzura y las hierbas que se me clavan entre los dientes—. Me voy ya. Me encantaría que me llevaras, pero no necesito tu caballo. Puedo ir andando. No puede estar tan lejos.

—Cervatilla... —Kane empieza otra protesta, pero lo interrumpo.

—Nooo. —Alargo la palabra y balanceo las caderas un poco más mientras me dirijo a la puerta. Antes de salir, me detengo junto al baúl abierto y me agacho para coger un puñado de monedas de oro—. Y me llevo esto conmigo.

Nueve



No estoy lejos de la cabaña de Kane cuando salgo de la espesura del bosque y entro en un sendero bordeado por una densa línea de árboles a un lado y por una zanja profunda y fangosa al otro. Se me hunden las botas en la tierra, la superficie del camino se ha convertido en barro por los innumerables cascos de caballos que pasan y por los surcos que dejan las ruedas no motorizadas.

—Como pensaba —murmuro imperturbable ante la total falta de coches mientras sigo el camino con la mirada y hasta la ciudad lejana enclavada alrededor del majestuoso palacio que domina el horizonte. Sus chapiteles se elevan hacia el cielo coronados con pináculos que atrapan la luz y titilan como estrellas. Junto al palacio hay otro edificio alto y ancho y, desde esta distancia, parece la típica torre de un castillo de arena—. Sabía que no estaba muy lejos.

Detrás de mí, la voz de Kane interrumpe mis gruñidos.

—¿Has dicho algo?

Dejo escapar un suspiro de frustración y aprieto los puños mientras me abro paso entre charcos de barro y rocas.

—A ti no.

—¿Has oído eso, Sombra? —El caballo deja escapar un suave resoplido—. Parece que la dama no nos habla a nosotros.

Sombra relincha y no puedo evitar mirar por encima del hombro. Capto de un vistazo a Kane acariciando con cariño el pelaje negro de la yegua.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Has decidido comportarte como un caballero y llevarme? —espeto y vuelvo a prestar atención a mis pisadas. Las puntas de las botas se me asoman por debajo del dobladillo del vestido de terciopelo. Aparecen fugazmente antes de volver a desaparecer bajo la larga tela.

Cambia de posición y la silla cruje bajo su peso.

—¿Has cambiado de opinión tú y has decidido ser razonable y esperar a que surja un momento más adecuado para irrumpir en el palacio?

—No estoy siendo irracional ni voy a irrumpir en el palacio.

—Y yo no pienso ponértelo fácil para que no sigas con este plan imprudente.

Observo su sonrisa engreída por encima del hombro. Como ya no vigilo por dónde voy, meto el pie en un charco y se me mete agua sucia y piedrecitas en la bota rota.

—Serás exasperante y desagradable —espeto volviendo a los gruñidos.

—Te oímos, ¿sabes?

Sombra resopla a modo de confirmación. Kane baja la voz en un susurro exagerado:

—Además, sí que me estoy comportando como un caballero, ¿verdad, Sombra? Solo un caballero protegería a esta cervatilla que va de camino al palacio sabiendo demasiado bien que fracasará y que me acabará tocando poner en práctica mi estrategia, que es mucho mejor.

—Te estoy ignorando —canturreo saltando de una zona seca a otra, sorteando torpemente los charcos de barro y las rocas grandes.

—Pues es una lástima que nos ignores —dice Kane—. Sombra podría mostrarte un par de trucos sobre cómo andar por aquí.

Me detengo y me giro para mirarlo.

—No haría falta que Sombra me mostrara nada si estuviera contigo en esa silla —le retraigo mientras me llevo la mano a la frente para protegerme los ojos del sol.

Kane acerca la yegua. La enorme masa del jinete y el caballo me envuelve en una nube fría que bloquea la luz. Kane se inclina hacia delante y le susurra algo al oído a Sombra. Esta vez, no consigo oírlo. La yegua sacude la cabeza en respuesta y su melena negra brilla bajo la luz del sol.

—¿Qué le has dicho? —pregunto muy a mi pesar.

Las comisuras de la boca de Kane se elevan en una sonrisa infantil.

—Estamos hablando de los detalles de la caminata sobre el barro. Pero no te preocupes, Sombra cree que lo estás haciendo muy bien para ser novata.

—Vaya, pues gracias, Sombra. Me alegro de tener tu aprobación. —No puedo evitar sonreír yo también, a pesar de que la testarudez de Kane ha provocado que se me llenen las botas de barro—. Qué pena que no pueda hacer que tu jinete se rinda y me deje subir un rato.

Con un movimiento fluido y controlado, Kane pasa con facilidad la pierna derecha por encima del lomo de la yegua. Aterriza en el suelo con un suave golpe en un movimiento tan ágil y natural como el de un gato. Sigue teniendo la mano en las riendas, aunque parece que haría falta mucho más que una correa caída para separarlos.

—¿Y te gustaría... que te dejara montar? —pregunta atravesando la distancia entre nosotros.

Respiro con dificultad y me quedo ahí, perdida en su mirada oscura. Muevo la boca, pero las palabras quedan tan lejos como mi hogar y, por un momento, olvido que lleva una espada ensangrentada en la cadera.

—Sin embargo, si te dejara montar, te aseguro que no sería solo para un rato.

Me arden las mejillas y quiero explicarle que solo dije lo de que era mala en la cama cuando creía que me había secuestrado, pero no lo consigo. Empezaría a babear antes de formar una frase coherente.

—¿Te has quedado muda? —Me sube el dedo áspero por el cuello para cerrarme la mandíbula—. Esa es mi chica.

Odio que tenga ese efecto sobre mí, que pueda decir cosas capaces de hacer que mis entrañas se derritan como malvaviscos. Quiero que me diga más. Quiero que me hable así con sus manos en más lugares aparte de en mi cuello.

Niego con la cabeza para deshacerme de los pensamientos que hacen que me vibre la piel por la dulce anticipación.

—Más bien estoy enfadada. Y no soy tu chica. No soy la chica de nadie —afirmo para recordarle a mi cuerpo rebelde que no queremos a Kane.

Sombra gruñe, le acaricia el hombro y lame su pelo largo. Me estremezco

cuando Kane se inclina hacia ella y el aire frío llena el espacio que se forma entre nosotros.

—Creo que Sombra se ha sentido un poco excluida. —Mete la mano en la alforja y saca una galleta de olor dulce. La yegua la devora en cuanto se la tiende y caen migas al suelo mientras la mastica—. No le gusta compartirme.

—Pues tiene suerte. No pienso robarte. —Me cruzo de brazos para reforzar la barrera física que nos separa—. Acabo de salir de mi peor relación tras una racha de relaciones horribles y no pienso volver a entregar mi corazón en un futuro cercano.

Me equivoqué con Chad, me equivoqué muchísimo, al igual que con muchos otros. Cuando se trata de elegir hombres, tengo el mismo mal gusto que mi madre y no quiero volver a equivocarme. Sinceramente, mi salud mental no podría soportar otro error.

—Pues estamos de acuerdo —dice Kane—. No hay corazones disponibles para robar. Sin embargo, siempre estoy dispuesto a divertirme un poco.

—¿A divertirte? ¿Y qué hay del riesgo de ser decapitados?

—Ah —responde y se acerca con una sonrisa—. Creo que descubrirás que siempre hay tiempo para divertirse.

Me aclaro la garganta preparando una réplica que le informe de que no quiero divertirme con él, haya corazones de por medio o no, cuando Sombra suelta un resoplido brusco que me asusta. Se tensa y planta las orejas.

—¿Qué pasa, chica? ¿Qué ves? —susurra Kane mientras dirige la mirada a los árboles, tan aguda y focalizada como la de Sombra.

Debe de encontrar lo que ha visto ella porque, en un instante, cambia de actitud. Me agarra del brazo y tira de mí y de Sombra para sacarnos del camino y refugiarnos entre los árboles. Noto su mano firme en la nuca mientras me guía bajo las ramas de un gigantesco pino. En la otra mano, sostiene las riendas de Sombra, que permanece alerta fuera del refugio de las ramas.

—¿Qué estamos haciendo? —susurro, tratando de mirar el sendero detrás del tronco.

—Cállate.

Mi irritación aumenta a mi alrededor como una nube de mosquitos.

—¿Por qué? ¿Qué estamos...?

—Silencio.

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar un gruñido de frustración. Ya he pasado por esto con él y no me interesa repetir la experiencia.

El febril golpeteo de unos cascos acercándose a toda prisa crea un telón de fondo constante para las ruedas que chirrían sobre la tierra mojada. Sombra relincha y se encabrita y Kane afloja ligeramente mi agarre. Es mi oportunidad. Me alejo de él y del refugio del árbol y corro hacia el camino.

Kane se apresura y estira el brazo para volver a tirar de mí, pero ya estoy al descubierto con un nuevo plan. El corazón me late con anticipación.

—Es un carruaje —murmuro cuando aparece a la vista curvado y redondo como el carruaje de cuento de hadas de Cenicienta e igual de decorado. El cuerpo del carruaje brilla con un tono plateado polvoriento que refleja la luz del sol como agua fresca. Las monedas que le cogí a Kane y me metí en el bolsillo me golpean la cadera cuando me pongo de puntillas por la emoción. Este carruaje podría ser mi propio Uber de época hasta el palacio.

Antes de que pueda hacerle un gesto al cochero para que se detenga, veo dos sombras borrosas por mi periferia. Me doy la vuelta, acorralada por el carruaje que avanza a toda velocidad por delante, el denso bosque a mi derecha, la zanja fangosa a mi izquierda y ahora dos siniestras siluetas a caballo que me bloquean la escapatoria por el sendero.

El cochero grita una serie de órdenes que apenas puedo distinguir por encima del golpeteo frenético de los cascos mientras intenta frenar a los caballos. Pero es demasiado tarde. El terror se refleja en sus ojos y se encabritan, presas del pánico. El carruaje da bandazos, las ruedas patinan y se deslizan sobre el barro, arrojando al conductor de su asiento. Aterriza con fuerza y rebota contra la carretera. Permanece en el suelo un único segundo antes de ponerse de pie. Veo que tiene la espalda llena de barro mientras busca las riendas frenéticamente, intentando calmar a los caballos encabritados mientras el carruaje se desvía del camino y se estrella en la zanja.

Kane corre hasta mí en un borrón poderoso y veloz, me pasa un brazo por la cintura y tira de mí a la seguridad del bosque.

—Quédate detrás de mí.

A través de los árboles, veo desmontar a uno de los hombres. Su barba de color rubio arena es del mismo tono que las manchas de sudor que tiene en el cuello y bajo los brazos de la camisa. Coge la espada que lleva en la espalda mientras su compañero saca una ballesta y apunta con ella a los dos pasajeros que salen del carruaje volcado hacia el camino en un enredo de extremidades y ropajes.

Kane sale a toda velocidad de entre los árboles y desenvaina la espada en un rápido movimiento que demuestra años de práctica en incontables batallas. El hombre de la barba corre hacia él y lo ataca de frente. Sus espadas chocan. El metal choca con el metal y cada furioso intercambio resuena en todo el bosque.

Me muevo hasta el borde de la línea de árboles, más cerca de la refriega, mientras los pasajeros se enderezan.

—¡Corred! —grito llamándoles a la seguridad de los árboles.

La mujer se aferra al brazo de su acompañante. Su vestido, un vibrante tapiz de diferentes tonos de azul oscuro bordado con diseños en forma de olas, ondea a su alrededor antes de que se apresure a recoger las abultadas faldas. Lleva brazaletes de plata en las muñecas y una cascada de collares en el cuello. Con cada paso, sus joyas tintinean como cascabeles en un trineo.

A su lado, su acompañante le agarra el brazo con la misma fuerza con la que ella se aferra a él. Es alto y robusto, su pecho es como un barril que se mueve bajo un abrigo azul cobalto hecho a medida. Los botones plateados reflejan el sol y desde debajo asoma una camisa impecablemente blanca a juego con el parche que le cubre el ojo derecho.

Una flecha atraviesa el aire con un agudo zumbido. Falla y pasa justo por el lado de la pareja para acabar clavada en un tronco. La mujer grita. Se tropieza y agita los brazos como un molino antes de derrumbarse en un montón de seda y terciopelo a los pies de su acompañante.

Sobresaltado por el grito, el caballo de uno de los bandidos se desboca y el cochero clava los talones en el barro para evitar que sus caballos hagan lo mismo.

—¡Deprisa! —grito y miro a la pareja, al hombre que carga la ballesta sobre

el caballo y, finalmente, a Kane. Se mueve con una elegancia letal, cada golpe deliberado tiene un efecto devastador sobre los ataques imprudentes y agresivos del bandido.

Otra flecha atraviesa el aire. Esta vez, alcanza su objetivo. El hombre del parche grita de dolor y un violento chorro de sangre emana de su pecho. Cae de rodillas y la mujer gime. El hombre extiende la mano, la encuentra con los dedos manchados de sangre y le pasa la palma por el brazo. Deja una brillante mancha escarlata sobre su piel bronceada antes de caer de bruces al barro.

Ella está paralizada. Un grito silencioso tira de su rostro y le estira la piel sobre los pómulos afilados.

—¡Levanta! —La orden sale de mi garganta, áspera y desesperada. Aprieto los puños y me clavo las uñas en las palmas. Cada fibra de mi ser me grita que me lance hacia delante, que arrastre a la mujer a la seguridad de los árboles, pero estoy anclada en el sitio, paralizada por el miedo.

Miro a Kane justo cuando esquiva otro de los ataques salvajes de su oponente. Responde blandiendo rápidamente la espada hacia arriba y le da en el estómago. Hunde más el filo y el hombre de la barba deja escapar un último gemido húmedo antes de derrumbarse.

Cojo aire para pedirle ayuda cuando se dispara una tercera flecha. Pasa con el zumbido de mil avispas furiosas e igual de mortífera. La punta afilada se clava en el cuello de la mujer, lo atraviesa y sale en un chorro de sangre por el otro lado. Con un ruido repugnante, la mujer se une a su compañero en el fango.

Me llevo una mano a la boca y reprimo un grito. No hay tiempo para el miedo. Aún no. No estoy a salvo.

El cochero aprovecha la oportunidad y se lanza a por mí desesperadamente. Se resbala y se desliza por el barro. Esta vez, no me quedo quieta esperando a que pase lo peor. Salgo del refugio de los árboles y lo agarro justo cuando tropieza. Me coge el brazo y usa mi cuerpo como cuerda para enderezarse. Juntos, corremos de vuelta hacia el bosque.

Las pisadas decididas de Kane devoran la tierra, sus pasos pesados salpican barro cuando se gira hacia el arquero a caballo. Con un grito de guerra, se lanza contra el hombre, lo agarra por la pierna y lo hace caer de la silla. El caballo se

encabrita, patea el aire con los cascos y sale corriendo por el camino. El arquero se derrumba en el suelo como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Kane no pierde el tiempo. Con un movimiento decisivo, hunde la espada en el pecho del hombre y acaba con la amenaza de una vez por todas.

Se hace un silencio surrealista. El bosque parece contener la respiración mientras la sangre gotea de la punta letal de la espada de Kane. Cada gota es un recordatorio carmesí de que no pertenezco a este mundo.

Los anchos hombros de Kane suben y bajan con respiraciones mesuradas cuando se gira hacia los árboles. Al encontrarme entre el refugio de los pinos clava los ojos en los míos con una mirada negra, infinita y perdida como estrellas tras las nubes.

—¿Te han hecho daño? —pregunta y su voz es como el ojo de la tormenta.

Aparto la mirada de la suya, incapaz de soportar la intensidad de su preocupación, de lo que acaba de hacer. Doy unos pasos para salir de los árboles.

—Nada que no puedan arreglar unos años de terapia —bromeo, aunque me suena amargo y forzado hasta a mí.

Kane envaina la espada y se fija en el carruaje volcado en la zanja. Una de las ruedas sigue rodando vagamente. Tiene los radios dorados y las llantas de hierro cubiertos de barro.

No puedo evitar fijarme en los cuerpos sin vida de la pareja en el camino. Antes de Towerfall, antes de Kane, los únicos cadáveres que había visto habían sido en la tele. La pena me forma un nudo en la garganta.

—¿Quiénes eran? —pregunto mientras me acerco a Kane. Mi voz apenas se oye sobre el susurro del viento entre los árboles.

Oigo el crujido de una ramita y movimiento entre los árboles. Me doy la vuelta, nerviosa. El cochero sale de su escondite con las riendas de Sombra en la mano.

—El recién nombrado embajador del reino de las Copas y su esposa. —Carraspea y agacha la cabeza—. Que descansen en paz.

—Llevarían al menos dos días viajando para llegar hasta aquí —comenta Kane—. Aunque no sé por qué un embajador del reino de las Copas querría hacer un viaje así.

—Por comercio. —El cochero encoge sus hombros delgados—. Es lo que he oído. Lord Ashwood quería organizar el comercio entre reinos. Y ahora está muerto... Los dos han muerto... asesinados.

—Si esto no se maneja bien, podría empezar una guerra. —La expresión de Kane se endurece y la línea afilada de su mandíbula palpita cada vez que aprieta los dientes—. ¿No había nadie más con vosotros?

El cochero niega con la cabeza y retuerce las riendas de Sombra entre los dedos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto poniendo una mano sobre la suya.

—Briggs, señorita. —Se aparta los rizos cobrizos de la frente.

—Es un placer conocerte, Briggs. —Sonrío—. Aunque me habría gustado que fuera en otras circunstancias.

—Estoy de acuerdo, señorita. —Sus cálidos ojos marrones buscan los míos y me dedica una sonrisa temblorosa típica de un adolescente tímido—. ¿Y ahora qué? No puedo llegar al palacio solo. No puedo dejar aquí los caballos..., el carruaje... Y ha dicho que esto podría dar lugar a una guerra entre reinos. —El color desaparece de sus pálidas mejillas y da un paso atrás, aturdido y tembloroso.

Kane está ahí para tomar las riendas de Sombra y para sostener a Briggs antes de que caiga.

—Nos haremos cargo de los problemas uno a uno. En primer lugar, tenemos que enderezar el carruaje y esconderlo entre los árboles. No podemos arriesgarnos a que nos vean. No sin una historia adecuada. —Se aparta del joven conductor, pero mantiene el brazo extendido para sostenerlo si cae—. ¿Puedo contar con tu ayuda para esto?

Briggs asiente.

—Por supuesto. Si no hubieran estado aquí... —Se frota las manos todavía temblorosas y mira de reojo los cuerpos sobre el barro.

—Saldremos de esta. —Kane le da una palmadita en la espalda.

Cojo las riendas de Sombra para que pueda acercarse al vehículo con Briggs. La yegua se acerca a mí, me frota el hombro con el hocico y suelta un suspiro exasperado en mi cabello enredado.

—Ya lo sé, Sombra —digo mientras acaricio su pelaje en mi hombro—. Los últimos días han sido una locura.

Cuando Kane salta a la zanja salpica barro.

—Controla a los caballos. A mi señal, haz que tiren del carruaje hacia delante —ordena haciéndole un gesto a Briggs mientras se coloca en la parte trasera del carruaje.

Briggs trota hasta los caballos. Les acaricia los costados y coge las riendas.

—Listo —dice cuando se coloca en su sitio.

Kane apoya su peso en el carruaje. La túnica empapada de sudor se le pega al cuerpo y le marca los músculos definidos de debajo. Me muerdo el labio inferior mientras lo veo empujar el carruaje con sus músculos tensándose y flexionándose por el esfuerzo. Tiene la cara y los brazos llenos de gotas de sudor y se seca la frente antes de volver a agarrar el carruaje.

Sombra resopla a mi lado y me sobresalta.

—¿Qué? —Me aclaro la garganta y recupero el control de mis latidos cada vez más veloces—. Como he dicho, no vas a tener que compartirlo. Es solo que hace mucho calor aquí. —Me abanico con la mano libre para sostener la mentira.

Kane empuja el carruaje con un gruñido de esfuerzo entre los dientes. Poco a poco, empieza a moverse entre crujidos y gemidos por su propio peso.

—¡Ahora! —le grita a Briggs, quien guía los caballos hacia delante.

Con un último empujón de Kane y un tirón por parte de los caballos, el carruaje sale de la zanja y vuelve a apoyarse en las cuatro ruedas.

De cerca es aún más bonito. Hay cálices tallados a los lados sobre la madera pintada de plateado. De cada copa se derraman salpicaduras de un cerúleo brillante que rodean la puerta y se funden en una ola de espuma blanca.

Sombra me sigue cuando me acerco y paso los dedos por los zafiros de un azul intenso y los diamantes transparentes que hay incrustados en las olas talladas. Las ventanas del carruaje están enmarcadas por un adorno turquesa y las cortinas llenas de fragmentos de cristal roto son del mismo tono plateado que el exterior.

Mientras rodeo el carruaje y Kane sale de la zanja para acercarse a Sombra, me llama la atención un destello de pizarra reluciente a poca distancia en la zanja

llena de barro que se ha desprendido del carruaje durante el ataque. Le paso las riendas a Kane y él le murmura algo a la yegua y le frota el hocico. Me subo la falda del vestido y camino hacia la zanja. El asa plateada del baúl refleja la luz y brilla desde el fango. Me agacho junto al borde de la zanja para recuperarlo. Me cuesta llegar al asa y tirar. El baúl es más pesado de lo que parece y lucho por mantener el equilibro mientras intento no mancharme de barro aún más.

—Permítame, señorita. —Briggs se acerca rápidamente y, con un asentimiento educado, ocupa mi sitio.

—Hannah —le digo mientras arrastra el baúl por el terraplén hasta el camino —. Llámame Hannah.

Se le sonrojan las mejillas pecosas cuando se gira para mirarme y baja rápidamente la mirada.

—¿Algo más, señorita?

—Hannah —repito—. Y no, ya has ayudado mucho. Me alegro de que estés bien.

—Les debo la vida. A ambos. —Asiente en dirección a Kane, que está ocupado con Sombra, mientras yo me inclino para examinar el baúl.

Limpio la capa de barro que rodea el cerrojo, roto por el accidente. La madera es como la del carruaje: de un plateado reluciente y con zafiros y diamantes incrustados. Tiene las mismas olas con crestas blancas en los bordes y sale agua de una única copa tallada en la tapa.

—Si no le molesta la pregunta, señorita, ¿de qué reino proviene? —pregunta Briggs—. Nunca había oído un acento como el suyo.

—Soy de... ¿del norte? —Toso para llamar la atención de Kane y espero que mis cejas elevadas casi hasta el pelo basten para que venga a rescatarme... de nuevo.

—¿De qué parte del norte? —insiste Briggs—. ¿Del reino de los Bastos... o de las Espadas?

Con un chirrido de bisagras, abro la tapa del baúl con la esperanza de distraer a Briggs y evitar que siga haciendo preguntas.

—¿Has visto esto?

Su atención se desvía a los terciopelos, las sedas y el encaje del interior, todos

en tonos azules y plateados como la luna.

Briggs se mete las manos llenas de barro en los bolsillos como si intentara controlar el impulso de alargar la mano y tocar.

—Nunca había visto tanta ropa junta.

Debería seguir el ejemplo de Briggs y mantener las manos apartadas, pero no lo hago. En lugar de eso, me las limpio en el vestido porque ya está hecho un desastre y porque palidece en comparación con lo que hay dentro del baúl, y hundo las manos en la seda fría.

Mis dedos rozan un pergamino doblado entre las lujosas telas. El pentáculo dorado del sello de cera ya está roto y caen más pedazos cuando desdoblo con cuidado el papel de color crema.

—Es una invitación —le digo a Kane cuando se acerca dando zancadas con Sombra tras él antes de leer en voz alta la elegante escritura.

> El reino de Pentáculos invita cordialmente a lord y lady Ashwood, los estimados embajadores del reino de las Copas, a un gran festín en honor de nuestros grandes reinos. Tendrá lugar la noche de luna llena cuando aparezca la segunda estrella.
> Que los vínculos entre nuestras tierras se fortalezcan cada vez más.
>
> El rey Alderic Lockhart III de Pentáculos

Se me acelera el corazón mientras un brillante y nuevo plan cobra forma en mi mente. Es audaz y temerario, pero la gestión de marca me ha enseñado la importancia de hacer todo lo posible y adelantarme a las tendencias para lograr el máximo impacto.

—Aquí está. —Me giro hacia Kane y le tiendo la invitación como si fuera un premio—. Este es nuestro billete de entrada al palacio.

El carruaje cruje mientras los caballos pisotean y gruñen inquietos. Briggs lanza una mirada preocupada en su dirección y trota hasta ellos. Calma a los caballos y sus murmullos tranquilizadores nos llegan flotando.

—¿Tu plan es hacerte pasar por noble? —Kane ladea la cabeza y Sombra resopla en desacuerdo.

—Tú mismo dijiste que Cuatro habla por el rey y que se ha asegurado de que solo pueda entrar quien él aprueba. Aprobó al embajador y a su esposa. ¿Qué

mejor modo de entrar que fingir que somos invitados?

—El riesgo tiene consecuencias.

—Acabar en un mundo que no es el mío también las tiene. Kane, he estado a punto de morir más veces en los últimos días que en toda mi vida. Y tú... has estado genial. La mayor parte del tiempo. Bueno, más o menos.

Kane frunce el ceño y la arruga entre sus cejas se intensifica mientras tensa y relaja la mandíbula.

—Y esto ha sido... diferente de lo que hago de normal y, claramente, no es algo que quiera repetir. —Hago una pausa para recuperar el control de mis pensamientos antes de empezar a soltar más información irrelevante—. Necesito llegar hasta la emperatriz y tú necesitas detener a Cuatro. Piénsalo. Nos colaremos en el banquete. Recuperaré el bolso y el modo de volver a casa. Y tú... No sé..., harás lo que sea que tienes que hacer. Entrar y salir. Será sencillo. —Cojo aire para calmar mi corazón acelerado—. Pero no puedo hacerlo sin ti. Necesito un lord Ashwood.

Sombra relincha, frota el hocico contra Kane y le revuelve el pelo con su aliento.

—¿Lo ves? Hasta Sombra sabe que funcionará. Y Briggs nos ayudará, ¿verdad, Briggs? —le digo al pelirrojo, quien intenta fingir que no nos escucha con un resultado pésimo.

—Por supuesto, señorita. Tengo una deuda de por vida con usted y con el señor Kane. —Frunce el ceño—. Pero deben tener el aspecto adecuado.

Bajo la mirada a las manchas de barro de mi vestido como si fuera un cuadro de Jackson Pollock. Entiendo perfectamente lo que quiere decir Briggs.

Con la punta de la bota, empujo el baúl repleto de prendas de la nobleza.

—La ropa no será un problema. —Desvío la mirada a Kane y ese pelo negro y ondulado que le llega al hombro y que le hace parecer tan oscuro y desaliñado como Loki.

—¿Por qué me miras así? —Se tensa y da un paso atrás—. No me gusta.

Una sonrisa juguetona tira de mis labios.

—Que empiece el cambio de imagen.

Diez



Kane y Briggs mueven los cuerpos de lord y lady Ashwood y los colocan cuidadosamente junto a la base de un pino. La brisa se suaviza a nuestro alrededor y, con el ligero canto de los pájaros y la luz del sol que se cuela a motas a través de las copas de los árboles, el embajador del reino de las Copas y su mujer parecen casi en paz.

Kane y Briggs se turnan para colocar ramas de los pinos sobre los cuerpos. Me arden los ojos, miro las ramas mecerse sobre mí y parpadeo para ahogar las lágrimas. No los conocía, pero siento los pulmones comprimidos por una pena que solo ahora empiezo a aceptar.

Los tres permanecemos juntos, quietos como estatuas rodeando el cementerio improvisado; el silencio que nos envuelve pesa con una tristeza compartida. Briggs da un paso hacia delante y su voz rompe la calma.

—He trabajado en los establos de lord Ashwood desde que era un niño. Siempre fue bueno conmigo. Servirles fue un honor.

A mi lado, las palabras de reconocimiento de Kane vibran a través del aire y siento que mis labios se mueven, aunque estoy demasiado perdida en mis pensamientos como para saber exactamente qué estoy diciendo.

Mientras Briggs vuelve al carruaje, se ocupa de los caballos y reacomoda el baúl de pertenencias, Sombra, Kane y yo retomamos nuestro camino a través del bosque hacia la cabaña de piedra. Sombra pisa fuerte sobre la alfombra de

helechos y piñas, con las ramitas chasqueando bajo sus cascos. Kane guía a la yegua con mano experta, asegurándose de que las prendas y joyas que cogimos del baúl de lord y lady Ashwood permanezcan seguras sobre su montura.

No nos queda mucho para llegar a la cabaña. Con cada paso desde el lugar de la tumba, un poco del peso anclado a mi pecho y hombros cae hasta que casi me vuelvo a sentir yo misma.

—Gracias. Por lo que has hecho.

—Es mi deber proteger a la gente de Towerfall, sin importar a qué reino llamen hogar —dice Kane, muy escueto.

—Te agradezco que me sigas salvando, pero me refiero a lo que has hecho por Briggs. Lo que has hecho por lord y lady Ashwood. Ha sido bonito.

—Era lo correcto.

—Realmente eres como un caballero de brillante armadura. Pareces sombrío y malvado por fuera, pero es solo para ocultar tu interior cursi. Apuesto a que tus amigos dirían que eres el guerrero más bueno y confiable.

—No tengo amigos. Ya no. —Sombra relincha y sacude la cabeza, su sedosa melena negra le golpea la mejilla—. Excepto Sombra.

—Eso no puede ser verdad. Siento que estás totalmente...

—Cervatilla, no cometas el error de pensar que puedes confiar en alguien dentro del reino.

Su brusquedad escuece y me quedo en silencio mientras sus palabras permanecen flotando entre nosotros. No puedo evitar preguntarme qué hay detrás de esas paredes, qué lo mantiene tan alerta.

«No, Hannah, no te importa. Está prohibido para todo lo que no sea pasar un buen rato. Recuérdalo».

—Tienes que admitir —digo para distraerme de querer rescatar a un hombre que es sin duda otro terrible error— que no escucharte fue una muy buena idea.

—Supongo que el destino funciona de forma misteriosa.

—¿El destino? No creo que al destino le guste que se lo relacione con bandoleros y asesinatos —me burlo—. Pero, si el destino tiene algo que ver con nuestra situación actual, ya es hora de que haga algo. Decir que me lo debe

teniendo en cuenta la mierda absoluta con la que he tenido que lidiar en lo que a relaciones se refiere es un eufemismo.

—Oh, parece que nuestra Hannah no tiene suerte en el amor —dice mientras acaricia el brillante cuello negro de Sombra.

—¿Es tan obvio? —gruño. En este punto, mi corazón ha resultado herido demasiadas veces para contarlas y la única culpable soy yo por las decisiones que sigo tomando.

—En los asuntos del corazón, no todo el mundo es tan hábil como yo.

—¿Asuntos del corazón? Vale, Casanova. —Resoplo y pongo los ojos en blanco—. Decir que no quieres enamorarte no es una habilidad. Es típico.

—Casanova... —Asiente, claramente pasando por alto el hecho de que ser un tipo más interesado en el sexo que en una relación lo hace igual que todos los demás—. Otro llorón gilipollas como tu Chad.

La mención de Chad me revuelve el estómago.

—Dos cosas. —Levanto la mano para marcar cada punto con los dedos—. Una: no necesito ni quiero un hombre. Estoy en mi era de independencia y expansión, muchas gracias. Y dos: Chad no es mío. Resulta que nunca lo fue. Y no es la primera vez que he tenido que enfrentarme a una situación así. —La última parte se me escapa e intento disimular la confesión con un cambio de tema—. Hablando de otra cosa, estoy bastante segura de que tendré que dejar el trabajo. —Me muerdo el interior de la mejilla. Claro, tenía que elegir el segundo peor tema del que hablar—. O tal vez el lado positivo de acabar mágicamente en otro mundo es el hecho de que me despedirán por desaparecer como si nada. Seguro que así Stephanie lo tendrá mucho más fácil.

—¿Stephanie? —Kane arquea una ceja de forma interrogante.

—Piensa que es como otro tipo de Chad.

Los mocos salpican el suelo cuando Sombra estornuda, enfatizando lo que quiero decir.

—Ya veo. —Kane rasca la punta redonda del hocico suave de la yegua—. ¿Sabes que hay maneras de asegurarse de que vuelvas a tu mundo en el momento exacto en que lo dejaste?

—¿Cómo funcionaría eso? —Ladeo la cabeza y repaso mentalmente todos los

pros y contras que recorren mis pensamientos a la vez.

«Pro: Mi madre no enviará un grupo de búsqueda cuando no le responda sobre la cita con el hobbit».

«Contra: Volveré a mi vida».

«Pro: Mi casero no dejará que mi madre, mi hermana y la policía entren en mi piso y vean el pésimo estado de las cosas cuando me declaren oficialmente persona desaparecida».

«Contra: Volveré a mi vida...».

«Mierda».

—No le va a gustar la respuesta —le dice Kane a Sombra.

—Oh, espera. No me lo digas. Es magia. —Levanto las manos y muevo los dedos para añadir un poco de gracia—. Así que no me despedirán. Al menos no por saltarme el trabajo. Supongo que tendré que enfrentarme a esa pesadilla de problema.

—Sombra y yo creemos que es mejor enfrentarse a todos los problemas directamente.

Entramos en el pequeño claro donde se encuentra la cabaña de piedra, tan inestable y deteriorada como cuando nos fuimos.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso os escondéis en el bosque? —Señalo la casa en ruinas que tenemos delante—. No sabía que esta era la forma más directa de resolver el destierro.

Sombra suelta un bufido y Kane gruñe una palabrota.

—Tengo un deber y el destierro no impedirá que cumpla con él.

Llegamos a la destartalada cabaña, cuyo exterior se mezcla a la perfección con el bosque que la rodea.

Kane ata las riendas de Sombra a un poste y le pasa la palma de la mano por el cuello mientras susurra de forma delicada y tranquilizadora. Desata una de las bolsas de cuero sujetas a cada lado de la silla de montar, le quita la brida y desliza la bolsa de grano sobre su cabeza. Sombra hunde el hocico en la bolsa con impaciencia y empieza a masticar ruidosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes? —pregunto mientras estiro el brazo para coger las ropas de lord Ashwood de donde están colgadas sobre la silla de

montar.

—La encontré. —Kane hace una pausa como si estuviera eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Hace unos cinco años. Era solo una potra por aquel entonces, abandonada y herida. Volvíamos de una cacería cerca de la frontera del reino cuando oí sus gritos.

»Me llevó un tiempo ganarme su confianza, pero finalmente logré liberarla. Estaba débil, hambrienta. La llevé a los establos de palacio y la cuidé hasta que se recuperó. No nos hemos separado desde entonces.

—Es afortunada de tenerte. —Trato de bloquear el brillo en mis ojos causado por la punzada de admiración que siento por Kane y acaricio con los dedos la chaqueta tirada sobre la silla, con un bordado plateado en forma de olas.

Kane se encoge de hombros, pero hay dulzura en sus ojos cuando observa a la yegua.

—Yo soy el afortunado. Me ha salvado la vida más veces de las que puedo contar. Hay una lealtad en los animales que no se encuentra en las personas.

Un silencio confortable flota entre nosotros, un poco demasiado confortable, y me apresuro a llenarlo.

—Ni siquiera con esto puesto te parecerías a un noble —me burlo y señalo la chaqueta con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Gracias —dice Kane mientras acaricia a Sombra y ella disfruta de su comida.

—No era un cumplido.

—Los nacidos con sangre real no trabajan con las manos. No defienden ni protegen. —La mirada oscura de Kane, intensa e inquebrantable, se encuentra con la mía—. No saben cómo hacer muchas cosas que yo sé hacer.

—¿Como qué? —pregunto, con los dedos aferrados al terciopelo.

Un grito atraviesa el bosque. Me estremezco cuando las alas moteadas marrones y grises de un búho rebanan el aire sobre mí. Kane reacciona con rapidez y me rodea la cintura con el brazo. Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me ha empujado bajo el techo hundido del porche. Mi espalda choca contra la áspera madera de la puerta de la cabaña y me presiono la chaqueta contra el pecho mientras su cuerpo protege el mío de cualquier peligro

que aceche entre los árboles. La repentina cercanía, su calidez y el sutil aroma a humo y pino que lo envuelve se funden y envían una oleada de calor a lo largo de mis extremidades.

—Puedo enseñarte lo que sé. —Sus palabras me acarician el pelo.

El corazón me da un vuelco y a continuación se acelera en rápidos latidos que siento contra las costillas.

—Siempre estoy dispuesta a aprender cosas nuevas.

—Es cierto. —Esa deliciosa sonrisa pícara vuelve y quiero trazar su arco con la lengua—. ¿Cómo he podido olvidar lo buena alumna que eres, cervatilla?

Un nombre de mascota nunca ha sonado tan bien como en sus labios. Siento que me elevo, me pongo de puntillas atraída hacia él como un imán hacia el acero.

—Cervatilla... —Su voz es una cálida caricia contra mi boca.

—Sí... —respondo en apenas un suspiro palpitando con anticipación.

—No tenemos mucho tiempo.

Parpadeo y vuelvo a apoyar los pies con firmeza en la chirriante tarima de madera. Por suerte, los cordones de mi vestido no están muy apretados. Si lo estuvieran, me habría desmayado.

«Eres independiente y autónoma, Hannah. No esperas que un tío que ha dejado claro que no está emocionalmente disponible te bese». El recordatorio me golpea como un chorro de agua fría y la advertencia de Kane atraviesa mis pensamientos.

«No cometas el error de pensar que puedes confiar en alguien dentro del reino».

«Pero ¿por qué siento que puedo confiar en él?».

Abre la chirriante puerta y entra, completamente ajeno a la batalla que se libra en mi interior entre la desesperada y estancada versión pasada de la que intento huir y la mujer nueva y muy mejorada hacia la que corro precipitadamente. Por desgracia, empiezo a sentir que una de ellas se estaría divirtiendo mucho más que la otra.

No llevamos mucho tiempo fuera, pero cuando entro en el acogedor escondite, me siento como una persona diferente de la que era cuando llegué. Sé

lo que está pasando y lo que necesito para volver a casa. Es más, sé que caer en la cama con Kane Blackthorne no resolverá ninguno de mis problemas.

Recorro con los dedos mi cintura y la suave cicatriz dorada que descansa bajo la tela del vestido. Kane me ha salvado más veces de las que me gustaría admitir, pero no estoy indefensa.

Bueno, tal vez cuando aterricé por primera vez en Towerfall y fui atacada por esa multitud estaba indefensa, pero ya no. Puedo contribuir a este viaje tanto como él. Más incluso. Como en Posh Pulse, aporto las ideas y la claridad de la acción. Sé cómo crear una marca. Puedo soñar con una campaña que venda rocas a una excavación o gafas de sol en invierno a ese pueblo de Alaska donde el sol literalmente no brilla. Convierto la basura en basura que la gente cree que necesita. Y Kane es mucho más atractivo que la basura.

Se dirige fuera de la cabaña para recoger el resto de la ropa de la silla de Sombra y le digo a su espalda:

—Yo también puedo ayudarte, ¿sabes?

Con los brazos rebosantes de encaje y terciopelo azul empolvado, inclina la barbilla.

—No me tengas en ascuas.

—Vale, entonces... —Empiezo a pasearme por el pequeño salón como si estuviera en casa, en mi estudio, ideando una nueva estrategia de *marketing*—. Está claro que hay muchas cosas sobre Towerfall que desconozco, pero hay algo en lo que soy experta: imagen de marca.

—¿Imagen de marca? —pregunta mientras deja la ropa y una bolsa de joyas sobre la silla delante de la chimenea.

—Es como una sensación o un sello personal.

Parpadea sin dejar de mirarme con el ceño fruncido en señal de confusión.

—Te agradecería que dejaras de mirarme así. —Le paso la chaqueta de lord Ashwood y me doy golpecitos en la barbilla con la uña. Encontrar una forma de definir la imagen de marca sin mencionar el *marketing*, la publicidad o la tecnología es más difícil de lo que pensaba—. La imagen de marca consiste básicamente en crear una imagen única que se quede grabada en la gente. Cuando piensas en el reino de Pentáculos, ¿qué te viene a la mente?

—Soy su protector y...

—No, no, no. Es decir, sí, pero eso no es lo que estoy buscando. Por ejemplo, cuando pienso en mi cafetería favorita, me imagino sus cómodas sillas de cuero, la calidez de sus enormes y gruesas tazas de café, los libros que cubren las paredes... —Cierro los ojos perdida en el recuerdo de aventurarme en el vendaval de Chicago en invierno para utilizar su wifi y poder terminar mis trabajos del trimestre—. El olor a magdalenas de calabacín caseras que siempre están horneando, la música *jazz* que está al volumen justo para ahogar todas las voces...

Respiro profundamente, prácticamente soy capaz de llenarme los pulmones del aroma a nuez acaramelada de mi café favorito.

—La imagen de marca consiste en evocar un sentimiento. Consiste en convertir lo que estás vendiendo en algo inolvidable. Hacer que la gente quiera seguir volviendo a por más. ¿Tiene sentido?

Kane me mira con unos ojos tan negros y profundos que siento que me estoy hundiendo en ellos.

Permanece en silencio y echa un vistazo a la chaqueta que tiene entre las manos. Con un suspiro exasperado, cojo el vestido de la silla y me doy la vuelta en busca de una pizca de privacidad.

—Cuando pienso en el reino de Pentáculos, pienso en honor y deber. Los vastos bosques que se extienden más allá del horizonte. Pienso en los ríos transparentes y fríos que serpentean por la tierra. Las colinas ondulantes y los campos de cereales. La Torre que ha vigilado durante siglos a sus gentes, las familias que han vivido, amado y luchado por esta tierra durante generaciones. —Su mirada se eleva para encontrarse con la mía y veo algo que no había antes. Es como si una pared se hubiera agrietado para dejar pasar un rayo de luz.

Trago saliva con un nudo en la garganta.

—Entiendo por qué quieres protegerlo.

Él asiente.

—Y haré lo que sea, heriré a quien sea, para mantenerlo a salvo.

—Entonces hagamos que parezcas de la nobleza. —Señalo las ondas negras enredadas que descansan sobre sus hombros—. Empezando por el pelo.

Frota el pulgar contra la yema áspera del índice.

—Supongo que discutir no me llevará a ninguna parte.

—Admítelo. Sabes que es una discusión que no puedes ganar. —Entro en la pequeña cocina y rebusco en los armarios. Entre el desorden, encuentro unas tijeras oxidadas. No son las mejores, pero servirán.

Mis años en Posh Pulse no solo han consistido en navegar por las complejidades de la gestión de una marca, sino también en el poder de la presentación. E incontables tardes perdidas en los mundos de *LosBridgerton, Los Tudor, Outlander* y cualquier otra serie de época que he podido ver a través de las cuentas de mi hermana me han dado una idea clara de cómo transformar a Kane exactamente en el epítome de la nobleza.

Retiro el taburete de debajo de la mesa de madera, que sigue cubierta de migas y una sartén con huevo pegado de nuestra última comida, y le indico que se siente.

—Nunca admito la derrota. —Lanza la chaqueta sobre el respaldo de la silla y se acerca a grandes zancadas.

Kane se pone rígido cuando le paso los dedos por la espesa mata de pelo. Le cae suelto por encima de la cara, áspero e indomable. Está agitado por el viento y salvaje, y me pregunto cómo sería bañado en sudor.

—Relájate —murmuro, más para tranquilizarme a mí misma que a él.

Mis dedos trabajan a través de los enredos y la tensión en sus hombros empieza a desaparecer.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—Un poco —admito con una sonrisa en los labios—. Solo porque solía cortarles el pelo a los niños del barrio para ganar dinero extra y poder ir al viaje de fin de curso a Venecia. Es una ciudad construida sobre el agua.

—¿Por qué iba alguien a construir una ciudad sobre el agua?

—No lo sé —digo mientras corto las ondas enredadas—. Nunca reuní suficiente dinero para poder ir al viaje.

Los rizos negros caen al suelo y dejan más al descubierto sus llamativos rasgos: su mandíbula afilada, sus pómulos altos y sus ojos intensos que parecen tragarse la luz. Mientras trabajo, es como si en mi mente se formara un *collage*

de ideas y me inspiro en las imágenes pegadas detrás de mis ojos para convertir a Kane en lord Ashwood, el embajador del reino de las Copas.

Cuando termino los últimos cortes, doy un paso atrás para admirar mi trabajo. Su pelo es más corto ahora, más estructurado, ligeramente más largo en la parte superior y con los lados perfectamente afilados. Parece un lord, regio y dominante.

—Es increíble lo que un simple corte de pelo puede lograr —digo, incrédula ante el cambio que he conseguido crear.

Kane se levanta del taburete y se pasa una mano por el pelo recién cortado.

—No está mal.

—Lo sé. —Sonrío con una ráfaga de orgullo—. Todo cobrará forma cuando te cambies y te pongas el parche en el ojo.

—¿Prefieres que lo haga fuera para proteger tu modestia? —pregunta mientras una sonrisa malvada le acaricia los rabillos de los ojos.

Sacudo la cabeza y le lanzo la chaqueta.

—Date la vuelta.

—Antes...

Las mejillas me traicionan cuando se encienden de color rosa a medida que él se acerca y me rodea con sus fuertes brazos. Como si lo hubiera hecho cientos de veces, encuentra fácilmente con los dedos los cordones atados detrás de mi espalda. Con un solo movimiento, desata el vestido, que se afloja a la altura de mis hombros.

—Parece que tienes mucha práctica.

La tela se desliza por mi torso y Kane la agarra antes de que mis pechos queden al descubierto.

—Soy hábil con las manos.

Estoy atrapada en la atracción de su mirada, mis dedos saltan sin pensar sobre sus ásperos nudillos para sujetar el vestido.

—Recuerda, cervatilla —empieza—, una dama a la altura de lady Ashwood se comporta con aplomo y gracia. Hombros atrás... —Con una sutil presión y sus cálidas manos sobre mis hombros, me guía para colocarme más erguida—. La

barbilla ligeramente levantada. —Las puntas de sus dedos me susurran contra el cuello. Me presiona la mandíbula e inclino la cabeza.

—¿Algo más? —murmuro mientras agarro el vestido con más fuerza cuando una oleada de escalofríos me recorre la piel.

Da un paso atrás y rompe el hechizo que se había entretejido a mi alrededor y me tenía prisionera.

—Sé una buena chica y vístete. Te daré más clases.

—Está bien —consigo responder con el corazón acelerado mientras me contengo para no cometer un error que no podría deshacer—. Nos estamos quedando sin tiempo.

Once



El carruaje cruje y se tambalea dando tumbos por el camino irregular. Kane está sentado con un atuendo del fallecido lord Ashwood: una chaqueta azul marino y un par de pantalones negros que se le ajustan en los lugares adecuados, junto con unas botas lustradas de cuero y una capa de hilos plateados. Con el pelo corto peinado hacia atrás y el parche azul marino de lord Ashwood en el ojo, nadie en el palacio sospechará que es un impostor. Por fin entiendo cómo Clark Kent pudo engañar a toda esa gente para que no se dieran cuenta de que era Superman.

Kane se ajusta la capa que se abrocha con los mismos botones en forma de cáliz con incrustaciones de diamante de la chaqueta.

—Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer una vez que hayamos entrado.

Asiento y yo también me ajusto la capa de seda que se me desliza por el hombro.

—Me inventaré alguna excusa para escabullirme, encontraré la habitación en la que estuve y buscaré el bolso. Si no lo encuentro...

—Me preocupa mucho menos que no encuentres tus pertenencias que... que tu personalidad haga que nos descubran en cuanto pongamos un pie en el palacio.

—Ah. —Me desinflo—. No me había dado cuenta de que tenía una personalidad de mierda. Aunque supongo que eso explicaría muchas cosas.

—No es así. Te lo aseguro. —Una leve sonrisa eleva las comisuras de sus labios—. Eres poco convencional. Intrigante.

Otro ridículo rubor se me extiende por el cuello y las mejillas.

—Sin embargo, una dama del estatus de Ashwood nunca sería tan descarada. Y tu forma de hablar...

—¿Qué tiene de malo? —Me pongo a la defensiva al instante, aunque ya lo sé, incluso Briggs comentó que no hablaba como alguien de por aquí—. Da lo mismo —gruño—. Continúa.

—Como lady Ashwood, no hablas solo por ti. Eres una extensión de tu marido y del reino de las Copas. Elige tus palabras con cuidado y, más que hablar, escucha.

Encojo las manos en el regazo.

—Supongo que tú puedes decir lo que quieras, cuando quieras y como quieras.

—Soy un hombre. —Kane se recuesta en la pared acolchada. Ocupa más espacio del que creía posible y su presencia es aún más imponente en el carruaje.

—Sí que lo eres. —Las palabras me salen por voluntad propia—. Pero no te preocupes. He visto muchos dramas de época. —Corrijo mi postura y levanto la mano con el meñique extendido como si estuviera bebiendo té—. Mi querido lord Ashwood, poseo pleno entendimiento de cómo he de comportarme como una dama digna de la corte.

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Empieza manteniéndote erguida, cervatilla. Yo haré el resto.

Me reclino en el banco, abandono mi pose de princesa del siglo XXI y giro los pulgares uno sobre el otro.

«Estás haciendo puñetas literalmente, Hannah».

Apoyo las palmas en la falda de terciopelo. Nunca había pasado tanto tiempo sin móvil.

¿Qué hace la gente con tanto tiempo libre? ¿Y qué se supone que he de hacer con las manos?

Kane se mueve en el banco y sus largas piernas rozan las mías y me envían una oleada de calor inesperada. Lo miro furtivamente observando la amplia línea

de sus hombros y la profundidad de sus ojos oscuros mientras mira por la ventana. No puedo evitar preguntarme qué se le pasa por la cabeza en este momento, qué secretos se ocultan bajo esa estoica fachada.

Baja la atención a mis manos y me lleva un minuto darme cuenta de que estoy golpeándome los muslos con los dedos como si siguiera el ritmo de los cascos de un caballo.

Coge aire y lo suelta antes de preguntar:

—¿No sabes tener las manos quietas?

—Estoy acostumbrada a tener un móvil —digo tirando del cuello de mi capa —. He tenido uno desde quinto de primaria.

Se frota la barba incipiente.

—¿Y qué es un móvil para que te ponga tan ansiosa estar sin él?

—Hace llamadas, conecta a la gente, la entretiene, pero es mucho más que eso. Mi vida entera está en ese móvil. La de todo el mundo. Dependemos de ellos.

Me mira durante tanto tiempo que empiezo a sospechar que tengo un moco.

—¿Entiendes que tu vida está aquí? —Señala el carruaje y los campos que hay al otro lado de la ventana rota—. Está sucediendo ahora mismo.

—Sí, claro.

Dirijo la mirada al paisaje, a las colinas y los bosques distantes, a la enormidad del mundo en el que he caído. Esto no es solo un universo paralelo extraño del que pueda escapar. Esta es mi vida ahora.

Lo comprendo lentamente cuando ese pensamiento se abre paso en mi mente. Mi móvil, el mundo que tenía en casa, todo a lo que me había aferrado... aquí no importa. No puede salvarme de lo que viene a continuación.

Retuerzo la falda con los dedos.

—Estoy acostumbrada a hacer algo con las manos.

Se acerca y noto el calor que irradia su cuerpo entre nosotros.

—Seguro que se me ocurre algo que puedes hacer con las manos, cervatilla.

Se me tensa el pecho y se me encogen los dedos de los pies dentro de las suaves zapatillas de satén.

—¿Seguro que eso es adecuado para una dama de la corte?

—Me parece que no sabes mucho sobre las damas de la corte. —Habla en voz grave y tentadora y decido seguirle el juego.

—¿Eso formará parte de mis inesperados deberes en el palacio? ¿Usar las manos?

—Si es lo que quieres, no diré que no —responde bajando la mirada a mis dedos.

—¿Sabes? Eres lo peor. —Intento sonar enfadada, pero no consigo disimular la sonrisa que me tira de los labios.

—Eres tú la que sigue sacando esos temas. No es culpa mía que te sientas tan atraída por mí.

—¿Atraída por ti? ¿En serio? No me atraes nada. —Como si quisiera demostrar mis palabras, me cierro la capa abierta para ocultar cualquier centímetro de piel—. ¡Y yo no saco ningún tema!

Inclina la barbilla y mueve la boca para esbozar una tímida sonrisa.

—¿Seguro que no hay nada que te llame la atención?

A Kane se la da bien este juego sexi y pícaro, eso se lo concedo. Tal vez pueda ser yo quien le haga cambiar, hacer que se enamore de mí, que piense con el corazón y no con la polla..., pero ya debería saber que no se puede cambiar a un hombre como él. Si quiero entrar en su juego, tengo que recordar las reglas: solo nuestros cuerpos, nada de corazones. Conociéndome, lo fastidiaré todo y acabaré enamorándome de este guerrero lleno de cicatrices.

Me propongo observar todas las partes del carruaje que no sean él. Las paredes están revestidas con terciopelo gris acolchado y hay pequeños apliques plateados en cada lado del interior curvado. Empiezo a retorcer el vestido con los dedos de nuevo, los encojo y los estiro incapaz de encontrar una posición cómoda.

—Deja de mover los dedos o té diré qué puedes hacer con esas manos ociosas.

Habla con un tono firme y dominante que hace que me dé un vuelco el corazón. Un escalofrío me recorre la columna y una oleada de calor florece en mis mejillas. Me muerdo el labio e intento ocultar la ráfaga de anticipación

inesperada que me atraviesa, pero es demasiado evidente el modo en el que responde mi cuerpo.

Kane me observa y una sonrisa lenta y cómplice se extiende por su rostro.

—¿Eso te gustaría, cervatilla?

Cubre mis manos con una de las suyas y se me revuelve el estómago.

No puedo obligarme a decir que no y no voy a permitirme decir que sí. El aire se vuelve espeso entre nosotros con las palabras no dichas descansando en mi lengua.

«Dilo, Hannah. Dile lo que quieres».

Se me separan los labios, pero no me salen las palabras.

Necesito que lo haga él, que tome el control.

Inclina la barbilla y entorna los ojos en una expresión evaluadora.

—Ah, ya lo entiendo, cervatilla. Sé lo que necesitas de mí.

Trago saliva con el corazón acelerado. Cada fibra de mi ser me grita que atraviese el espacio que nos separa, pero no puedo moverme.

Me aclaro la garganta.

—Imposible.

—¿Seguro? —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y un hormigueo me recorre todo el brazo—. Necesitas que tome las riendas, cervatilla. No puedes pronunciar tus deseos en voz alta —murmura acercándose aún más—. No puedes pedirme que los cumpla.

Me tenso, tengo todos los músculos del cuerpo rígidos cuando Kane aparta la mano de mi regazo.

—Pero soy un instructor comprometido. Lo único que necesito de ti es que estés dispuesta.

Me duelen los dedos por el deseo de sentirlo, de explorarlo, y me quedo casi sin aliento fantaseando con todos los lugares en los que quiero que me toque.

—Igual que tú, no diré que no.

Regresa su sonrisa pecaminosa.

—¿Serás buena chica y harás caso a todas mis órdenes?

Asiento levemente con indiferencia, pero ¿a quién quiero engañar? Kane puede ver a través de mi armadura de desinterés que se quiebra por las costuras.

—¿Ponemos a prueba tus habilidades de escucha?

Me coge la mano y la guía más cerca de él, a su regazo, a su polla.

Me muerdo el labio inferior y me inclino con la respiración acelerada. Siento una necesidad desesperada de pasar esta prueba.

Sin embargo, en lugar de ponerme la palma sobre su calor duro y grueso, me coloca la mano suavemente en el hueco de su brazo. Esa ternura inesperada me sorprende y trago saliva. Nos quedamos sentados así y el movimiento rítmico del carruaje nos arrulla en un silencio pesado.

El calor brota de su cuerpo, su aroma a pino y a humo me envuelve y me sorprendo inclinándome hacia él, buscando más de ese calor, más de él. Pero hay una punzada de decepción persistente, el anhelo de algo más, algo que no debería querer, pero que deseo a pesar de las señales de advertencia.

—Kane —empiezo interrumpiendo el silencio—, ¿por qué necesitas volver al palacio? ¿Qué vas a hacerle a Cuatro cuando lo encuentres?

Desvía la atención una vez más a los paneles de cristal rotos y las colinas lejanas cubiertas por un mosaico de prados verdes y equináceas moradas que se mecen con la suave brisa.

—No puedes ignorarme —le digo con voz firme—. Estamos atrapados juntos en este carruaje y es culpa tuya. —Quito la mano del hueco de su brazo y le agarro la rodilla para llamar su atención.

Me da un vuelco el corazón cuando sus profundos ojos negros como el carbón se posan en los míos.

—Kane, no puedo ayudarte, no podemos ayudarnos mutuamente si no me cuentas el plan completo. Yo te he mostrado el mío. Ahora te toca a ti.

Durante un largo momento, no dice nada. Baja la mirada a mi mano apoyada en su rodilla. Luego me levanta la mano con suavidad y la gira para trazar las tenues líneas y pliegues de mi palma con las yemas de los dedos. Debería apartarme, pero su roce hace que me atraviese una oleada de electricidad que evita que mi cerebro envíe las señales correctas a mi cuerpo.

—Es mejor que no estés al tanto de todos los detalles de mi plan. No me gustaría arrastrarte conmigo.

—Vas a matarlo, ¿verdad?

Me recorre la muñeca con los dedos siguiendo los delicados patrones que dibujan mis venas bajo la pálida piel y enciende un fuego intenso dentro de mí que arde con más fuerza a cada segundo.

—Voy a recuperar lo que me pertenece.

—¿Y qué te pertenece? —murmuro.

—Todos tenemos secretos, cervatilla.

Cierto, pero ¿por qué me da la sensación de que yo no tengo tantos como él?

Su tacto persiste en mí, sus dedos me trazan lentos círculos hipnóticos en el pliegue del codo y me recorre un escalofrío de placer.

—Es bueno saber que los dos nos estamos utilizando mutuamente. Así nadie sale herido.

—Yo no diría que te estoy utilizando —replica—. Prefiero pensar que es una asociación para conseguir un beneficio mutuo.

—¿Ahora somos socios?

Sigue acariciándome la piel y se inclina aún más. Siento su cálido aliento en la oreja.

—En realidad, lady Ashwood, creo que estamos casados —murmura.

La tensión es palpable, es una atracción que me aturde, que no puedo ignorar y que, ahora mismo, tampoco quiero pasar por alto.

Me desliza la mano por el hombro desnudo, traza la delicada curva de mi clavícula con los dedos y el corazón me late pesadamente en el pecho. Deja un rastro de fuego por donde toca. Se toma su tiempo recorriendo mi garganta y otra avalancha de calor me tiñe las mejillas.

—No puedes distraerme —consigo decir, aunque las palabras salen como un susurro apenas audible sobre los latidos de mi corazón—. Hay algo más que no me estás diciendo. Descubriré qué estás ocultando.

—¿Lo harás? —Sus labios se curvan en una sonrisa y veo un destello travieso en sus ojos oscuros cuando se acerca más a mí sosteniéndome la mandíbula entre el índice y el pulgar—. ¿Cuánto tiempo crees que vamos a tener que fingir ser un matrimonio antes de que ambos podamos recuperar lo que nos pertenece?

Trago saliva con dificultad, incapaz de apartarme.

—No mucho.

—Al menos una noche seguro —continúa con la mirada fija en la mía en un desafío silencioso.

—Sí. Es decir, es posible. —Se me ruborizan las mejillas bajo su oscura mirada y tengo que recordarme el mantra.

«Expansión y autonomía..., evolución e independencia... Expansión y autonomía....., evolución e independencia».

«No creas que puedes cambiarlo y hacer que se preocupe por ti. Es una pérdida del poco tiempo que vas a pasar aquí».

Me acaricia el labio inferior con el pulgar. Mi voluntad se disuelve como azúcar bajo la lluvia cuando se me separan los labios y respiro, temblorosa. El aire está cargado con el embriagador aroma del bosque y el humo.

Mi lengua sale de manera instintiva y atrapa la yema de su pulgar. No puedo evitar maravillarme al ver el ensanchamiento de su sonrisa y el brillo perverso de su mirada.

—¿Te gusta mi sabor? —Su voz resuena por el estrecho espacio y me estremezco—. Vuelve a probar, cervatilla. —Desliza el pulgar en el interior de mi boca y lo envuelvo con la lengua como si estuviera hecho de miel salada—. Esa es mi chica —murmura.

No me doy cuenta de que he cerrado los ojos hasta que siento sus labios en el cuello para saborearme a mí.

—Te gusta. —Su aliento me quema la garganta—. Dime que te gusta.

Se me escapa un gemido entrecortado, vuelvo la mano a su rodilla y la deslizo por su muslo.

Kane me agarra la muñeca.

—Las chicas buenas escuchan y tienen paciencia. —Me baja la mano al asiento—. Y tú eres mi chica buena, ¿verdad, cervatilla?

«Sí». La palabra se me queda en la lengua que se desliza alrededor de su pulgar. «Haz de mí tu chica buena».

El carruaje se detiene tan abruptamente que me estrello con la pared acolchada. Con los ojos muy abiertos, me presiono las mejillas ardientes con las manos. De repente, todas las partes razonables y sensatas de mi cerebro se liberan, el sentido común se apodera de mi cuerpo y me cierro como una almeja.

«Expansión y autonomía..., evolución e independencia... Expansión y autonomía..., evolución e independencia», me recuerdo. Aunque tendría que haber captado la indirecta unos minutos antes.

Kane se pone el parche de lord Ashwood alrededor de la cabeza y mira por la ventana, imperturbable, como si nuestra interacción nunca hubiera tenido lugar.

Me muero de ganas de llegar al palacio y salir de este carruaje. No dejan de arderme las mejillas, aunque ahora es por vergüenza y no por deseo.

Por los cristales rotos se cuela un estrépito de gritos y voces enfadadas.

Estamos delante del palacio. Sus imponentes muros de piedra y sus chapiteles coronados con pináculos dorados se elevan hacia las nubes. El patio delantero está pavimentado con adoquines desgastados por años de pisadas y cerrado por unas puertas forjadas demasiado altas y llenas de púas para que alguien trepe por ellas. Al otro lado de la valla, hay una multitud de aldeanos y algunos llevan horcas literalmente en las manos.

—¿Cómo os atrevéis a celebrar banquetes cuando nosotros nos morimos de hambre? —grita alguien desde la multitud.

Me asomo a través de las cortinas y me preparo. Los aldeanos gritan mostrando su acuerdo con ropa sucia hecha jirones. Hay niños con las mejillas mugrientas aferrados a sus padres con los ojos muy abiertos, observando con una mezcla de miedo y curiosidad.

Tengo las manos sudadas y he de presionármelas entre las rodillas para evitar que me tiemblen. La última vez que estuve aquí me acusaron de bruja e intentaron matarme. Pero hoy sus miradas se cruzan con la mía con un tipo de escrutinio diferente. Ya no soy una forastera que los amenaza con magia perversa, traigo otro tipo de dolor: privilegios y riqueza. Represento al uno por ciento limpio, bien alimentado y sin falta de nada, con medios de sobra para ayudar, pero sin voluntad de hacerlo.

Las joyas, el terciopelo y la seda me ayudarán a entrar al palacio, pero no es mi sitio. Mi lugar tampoco está aquí con ellos. Provengo de un mundo completamente diferente, pero eso no significa que no quiera ayudar. Cuando terminé la universidad con ilusión y energía, quería usar mi título para ayudar a

los demás, trabajar para una organización sin ánimo de lucro, dejar huella en el mundo. Luego intervino la vida real e hizo estallar mi burbuja.

Kane cierra las cortinas y deja que un solo rayo de luz ilumine el aire entre nosotros. Me muevo, repentinamente incómoda y muy consciente de que estamos a solas en este estrecho espacio oscuro.

—Cervatilla...

Antes de que pueda continuar, lo interrumpo con una sarta de palabras.

—Ha sido un error. Lo que ha pasado antes. Entre nosotros.

—No es lo que crees. —Habla en un zumbido bajo que amenaza con hacerme caer de nuevo.

—Kane, no tienes ni idea de lo que creo ni de lo que quiero. O más bien de lo que no quiero —espeto eligiendo la ira por encima del deseo—. Lo único que puedes proporcionarme es un modo de entrar al palacio.

No tiene oportunidad de replicar porque nuestro intercambio se ve interrumpido por el grito autoritario de Briggs desde su asiento exterior en la plataforma elevada.

—¡Dejadnos pasar!

Se oye un estruendo de voces y puñetazos fuera del carruaje. Me envuelvo la cintura con los brazos cuando cruje y se balancea de un lado a otro por la presión de la muchedumbre.

—¿Qué quieren? —le pregunto gritando a Kane.

—Sobrevivir.

Antes de que pueda hacerle más preguntas, el carruaje se inclina hacia un lado. Me agarro al asiento con los dedos clavados en el cuero. Se inclina aún más y cierro los ojos, sintiendo que pierdo el agarre y que el suelo se desliza bajo las ruedas. El pánico me encoge el estómago y noto el escozor amargo de la bilis en la garganta.

—¡Agárrate!

Kane me rodea con su fuerte brazo. Tira de mí y me sostiene con su peso. El carruaje tiembla y cada vez hay más gente, más furiosa y frenética. Luchando contra el tambaleo del carruaje y los empujones implacables de la multitud, Kane consigue alejarnos de la ventana rota y volver al centro del asiento.

Finalmente, el carruaje se abre paso entre la multitud, vuelve a apoyarse en las cuatro ruedas y avanza de manera inestable hacia el palacio. El escándalo se desvanece cuando pasamos a través de las puertas de hierro, reemplazado por los cascos sobre los adoquines.

—El embajador del reino de las Copas y su esposa, los estimados lord y lady Ashwood —anuncia Briggs sobre el rugido cada vez más tenue de los aldeanos.

—¿Estás lista, lady Ashwood? —pregunta Kane mientras se ajusta el parche.

Una tormenta de dudas retumba en mis oídos junto con el latido frenético de mi corazón.

—Por supuesto —respondo evocando mi personalidad educada y confiada de gestora de marca que se ganó a la vicepresidenta de Posh Pulse, mientras aparto de mi mente el hecho de que esa actitud me falló cuando más la necesitaba. Esta vez será diferente. Esta vez, mi actuación será impecable. Al fin y al cabo, he llegado hasta aquí. He sobrevivido a una puñalada y a un intento de asalto al carruaje. Si quiero tener alguna esperanza de volver a casa, he de entrar en el palacio, ser la lady Ashwood perfecta y encontrar la carta de tarot de la emperatriz.

Mientras me preparo mentalmente, mi mirada me traiciona y se dirige a Kane, al arco de sus labios, su mandíbula cincelada, su espalda ancha y sus brazos musculosos. Mi cuerpo recuerda su roce y anhela ser moldeado bajo sus manos. Me humedezco los labios y me trago su sabor por última vez.

«Mierda. Hannah, no hay forma de que puedas salir de esta de una sola pieza», gimo por dentro.

Doce



El cálido brillo de las velas nos envuelve mientras Kane y yo atravesamos las puertas de madera del imponente palacio, el estómago se me retuerce como si acabara de comerme un bote de nata montada. Mis zapatillas satinadas susurran contra el mármol pulido en el que brilla un pentáculo tan grande como la enorme entrada.

—Lord y lady Ashwood —nos saluda el mayordomo, amable y experimentado—. Bienvenidos al reino de Pentáculos. —Dobla su alto y delgado cuerpo en una profunda reverencia, su pelo blanco se levanta como plumas con el movimiento del barrido.

La mirada de Kane no vacila. Mira fijamente hacia delante, por encima del mayordomo y del alboroto de doncellas que se apresuran a quitarnos las capas y llevárselas antes de desaparecer tan rápido como llegaron.

Debo recordar quién se supone que soy. Lady Ashwood no miraría boquiabierta los candelabros que se erigen sobre pedestales dorados con ornamentos o las llamas titilantes que proyectan sombras danzantes sobre los ricos dorados y los profundos tonos joya que decoran los lujosos tapices que cuelgan de las lisas paredes de piedra. No, para lady Ashwood, todo esto sería normal. Para lady Ashwood, esto sería lo esperado y no el lugar más opulento y lujosamente decorado en el que ha estado en su vida.

—Es un honor para su majestad, el rey Alderic Lockhart III, recibirlos en el

banquete de esta noche. —La postura del mayordomo es impecable mientras tira con las manos enguantadas del chaleco granate que lleva debajo de la chaqueta —. Por favor, permítanme acompañarlos a sus aposentos, donde podrán refrescarse después de su largo —hace una pausa para observar mi melena encrespada y mi sonrisa torcida— y sin duda agotador viaje.

«Malditos porteros».

—Disculpe la intromisión, milord, pero ¿nos conocemos? —La cara arrugada del mayordomo se frunce como un tejido mientras mira a Kane—. Me resulta increíblemente familiar.

—No —responde Kane sin mirar al hombre.

—Mmm —murmura el mayordomo con los labios arrugados—. Perdone la molestia. —Con una elegante reverencia y un gesto que nos invita a seguirlo, se da la vuelta y nos conduce hacia el interior del palacio.

Kane dobla el brazo y extiende el codo. Lo agarro y esta vez no noto el calor del hierro macizo bajo los dedos, la repentina ola de conciencia que me envuelve en susurros con simplemente tenerlo cerca o la forma en que mi cuerpo quiere pegarse más a él. No noto ninguna de esas cosas.

«Soy una mujer fuerte e independiente. No quiero un hombre. Especialmente este emocionalmente inaccesible, peligroso..., oscuro..., siniestro..., musculoso...».

—Mierda —suspiro mientras el calor me invade las mejillas.

El mayordomo se da la vuelta, su escaso pelo ondea con el giro.

—¿Perdón, milady?

—Nada, discul... —Antes de que la disculpa espontánea salga de mí por completo, cierro la boca de golpe—. He oído que hay un gran salón en el palacio que presume de unas extraordinarias libélulas de cristal.

Dejo que la pregunta indirecta flote en el aire como si realmente fuera lady Ashwood y mereciera conocer la información, la haya solicitado explícitamente o no.

—Ah, sí, milady, ha oído bien. Debo decir que estoy orgulloso de que la belleza de nuestro palacio haya llegado hasta su reino. El Palacio de Pentáculos cuenta con varios salones principales. El Salón de las Alas de Cristal, al que

milady se refiere, el Salón de los Espejos y el gran Salón Galería, construido específicamente para su majestad real, el rey Lockhart III.

Sin decir nada más, gira sobre sus talones, sus mechones de pelo ondean con cada paso decidido.

Kane se muestra tan indiferente y tranquilo como siempre, sus pasos pesados resuenan sobre el suelo mientras el mayordomo nos adentra en el palacio, pero yo he cerrado mi mano libre en un puño tan apretado que tengo los nudillos pálidos.

Al notar mi tensión, Kane coloca los dedos sobre los míos.

—Lo estás haciendo bien.

Mientras seguimos al mayordomo a través de interminables pasillos y al lado de mesas de madera oscura cubiertas de ramos de flores que decoran las paredes revestidas con tapices, constato que no recorrí gran parte del palacio cuando escapé frenéticamente de Kane.

Este lugar es un laberinto. Cada giro me hace sentir como si nos estuviéramos adentrando en una trampa sin salida.

«Nunca encontrarás el camino de vuelta a ese dormitorio. Nunca lograrás escapar de este lugar».

—Cervatilla, estás temblando.

—Ah, ¿sí? —La mente me da vueltas mientras trata de recordar alguna señal que me lleve a la habitación en la que aterricé por primera vez—. Solo necesito encontrar el Salón de las Alas de Cristal. Podré volver sobre mis pasos desde ahí.

Kane ralentiza el paso para aumentar la distancia entre nosotros y el mayordomo.

—Encontraremos la manera de que vuelvas a casa —susurra—. Nuestra tarea ahora es encajar, hacerles creer que somos quienes fingimos ser.

—Tienes razón. —Inhalo profundamente llenando los pulmones con la dulzura de las flores frescas y las velas de cera de abeja. Echo la cabeza hacia atrás y exhalo para intentar salir de las profundidades de mis pensamientos acelerados.

Las molduras doradas se elevan sobre mí y enmarcan el aterciopelado techo granate coronado con lámparas de araña que dispersan la luz de las velas como

mil amaneceres sobre el fondo carmesí.

Más adelante, el mayordomo se da cuenta de lo lejos que estamos y se detiene.

—¿Ocurre algo, milord?

—No se entretenga, lady Ashwood —dice Kane, transformándose en mi noble esposo—. Nos considerarán descorteses.

Acelero el paso dando dos pasos por cada uno de Kane mientras sus amplias zancadas nos llevan a la espalda del mayordomo. Percibo un destello de algo familiar, una imagen fugaz en mi periferia que tira de mi memoria.

Me detengo y suelto el brazo de Kane.

—¿Qué hay al final de ese pasillo? —pregunto para tratar de ubicar la alta estatua dorada en mis dispersos recuerdos alterados de la primera vez que llegué al palacio. Aunque, ¿qué parte del palacio no está cubierta de oro?

—El salón de baile, milady —responde el mayordomo sin detenerse.

—¿Algo más? —pregunto con una voz elevada por la desesperación.

—¿Estaría milady interesada en una visita guiada del palacio?

—Eso sería fantástico —digo un poco demasiado emocionada. Pero esta podría ser mi oportunidad. Si puedo volver al salón de las luciérnagas, estoy segura de que lograré ubicarme desde ahí.

Kane se aclara la garganta y estrecha la mirada con una advertencia silenciosa.

«Cervatilla...».

Oigo el apodo que me puso convertido en una reprimenda, una maldición, como si nos conociéramos desde hace meses en lugar de días.

Me aclaro la garganta, y adopto un tono más parecido al de la embajadora del reino de las Copas.

—Quiero decir, sería un placer explorar más el palacio.

El mayordomo asiente, su pelo lo sigue un momento después como si tuviera un fallo técnico en la vida real.

—Organizaré una visita para milady antes de que sea hora de vestirse para la cena.

Deslizo los dedos por la gruesa barandilla cubierta de cascadas de seda color

carmín y crema mientras lo seguimos por una gran escalera. Cada peldaño está recubierto de fibras de felpa carmesí que se tragan todo sonido y evidencia de que alguna vez estuvimos ahí. Este lugar es muy grande, pero muy silencioso, muy vacío. El tictac de un reloj lejano resuena por todo el segundo piso, un recordatorio constante de que cada momento que pasa es otro lejos de casa.

Giramos por un pasillo tan opulento como los vídeos que mis viajeros favoritos comparten en internet de sus lujosas estancias en hoteles de cinco estrellas. Me obligo a inhalar profundamente el olor a flores del salón mientras mis manos se revuelven sin descanso a mi lado anhelando el peso de mi móvil. Quiero hacer fotos, capturar este momento para siempre y utilizarlo como inspiración cuando esté de vuelta en casa luchando por mi trabajo.

Parpadeo, sorprendida por mis propios pensamientos. Tal vez no me escabulla entre las sombras del desempleo como un gato moribundo. Tal vez haya una posibilidad de volver a Posh Pulse. Aunque prefiero tener la regla todos los días durante un año que enfrentarme a la vergüenza de trabajar para Stephanie.

Ya era bastante mala cuando se suponía que éramos iguales. Después de clavar la presentación y hacerse con la oficina, será insufrible. Con un movimiento de sus uñas perfectamente cuidadas, descartará mis ideas con una sonrisa condescendiente y añadirá una pulla pasivo-agresiva a la que no podré responder sin parecer demasiado sensible.

«Maldita Stephanie».

«Tic. Tac. Tic. Tac».

El reloj suena implacable sobre nuestros pasos silenciosos contra la gruesa moqueta. Echo de menos el zumbido de las notificaciones, la comodidad de cotillear las redes sociales, emparejar casillas de colores para ganar trofeos sin sentido o leer lo suficiente de un artículo para sumergirme en una espiral antes de ser bloqueada por un muro de pago. Sin él, estoy sola conmigo misma y yo. Y nos ponemos nerviosas con facilidad y no siempre nos tratamos bien la una a la otra.

«Necesito mi puto móvil».

«Tic. Tac. Tic. Tac».

En lugar de resultar un metrónomo reconfortante y predecible, el tictac

repetitivo me pone de los nervios mientras cruzamos una puerta de madera tallada con ornamentos tras otra. Puertas cuyo otro lado no necesito ver. No estaba en el piso de arriba cuando llegué. Estaba abajo. En algún lugar cerca de las alas de cristal.

«Tic. Tac. Tic. Tac».

El incesante tictac añade un ritmo atronador a la tormenta de pensamientos que chocan entre mis oídos. Siento las palmas de las manos húmedas y el aire que nos rodea se convierte de repente en sopa. No sé distinguir si me está asfixiando o me estoy asfixiando a mí misma, pero sin poder escapar de mis propios pensamientos, estoy al borde de un ataque de pánico.

—¡Ya sé! —El mayordomo se detiene tan bruscamente que casi me choco contra su espalda—. Lord Ashwood, sus padres vinieron hace muchos años a visitar al rey Alderic Lockhart II. Usted era solo un niño, pero esa debe de ser la razón por la que me resulta tan familiar.

Cada músculo del cuerpo de Kane se tensa.

—No, esta es la primera vez que viajo hasta el reino de Pentáculos.

—Sí, lo recuerdo claramente. Se me dan bien las caras. —El mayordomo sonríe con el pecho levantado como si acabara de resolver el crimen del siglo.

—No, estoy seguro de que se equivoca. —Kane sacude la cabeza y se reajusta el parche del ojo.

Se me revuelve el estómago y esbozo una sonrisa tan falsa que incluso yo me doy cuenta de que es una mueca cuando el mayordomo entrecierra los ojos con la memoria trabajando a todo gas para ubicar el rostro de Kane.

Desesperada por cualquier distracción, inhalo como si fuera la última vez y me apresuro a llenar el espacio vacío con lo primero que me viene a la cabeza.

—Nos topamos con bandoleros en nuestro viaje hasta aquí.

El mayordomo se lleva la mano al pecho y da un paso hacia atrás, la preocupación acentúa las arrugas de su boca.

—Por favor, no me diga que la angustiosa desventura de milady ocurrió dentro de nuestro gran reino.

Abro la boca para hablar, pero Kane coloca la palma de la mano sobre la parte baja de mi espalda. Su reprimenda sin palabras es palpable, siento que sus ojos

oscuros me tapan la boca antes de que pueda decir más.

—Estoy seguro de que a lady Ashwood no le gustaría revivir nuestra experiencia.

—Es verdad, en realidad no fue para tanto —añado rápidamente para restarle importancia al encuentro—. Lord Ashwood y yo nos embarramos un poco. Mi pelo... —Levanto un mechón flácido y encrespado de mi hombro y lo meneo frente a mi cara—. Bueno, hace lo que quiere. —Me río entre dientes, pero mi intento de chiste es más patético que Stephanie—. Nada que un lavado rápido no pueda arreglar.

Las palabras siguen saliendo atropelladamente de mi boca como Legos y cada vez que intento recogerlas, las piso.

—¡Adiós a la suciedad! —Me avergüenzo y me muerdo el interior de la mejilla para no seguir divagando.

El pelo traslúcido del mayordomo flota en el aire cuando este inclina la cabeza.

—Informaré inmediatamente al rey de la presencia de esos zánganos. Serán detenidos y castigados de inmediato.

Kane da un paso adelante.

—No es necesario.

—No, no lo es —digo yo—. Lord Ashwood se ocupó de ellos con bastante dureza. —Me muerdo el labio inferior, el estrés de lo que puedo haber desencadenado me revuelve el estómago.

En mi trabajo, he aprendido que nada distrae como los cotilleos. Y, claro, puede que no tenga ninguno, pero sé cómo fingir lo contrario.

—En realidad... —Con una inclinación exagerada, susurro al mayordomo con la esperanza de distraerlo de mi anterior distracción—: Mi marido es muy bueno con la espada. Ya me entiende.

Kane tose una advertencia que ignoro.

—Creo que nuestro joven cochero, Briggs, tuvo un papel mayor en nuestra huida que yo.

—No sea modesto. —Doy una palmadita sobre el acero caliente del bíceps de Kane y dirijo la atención de vuelta al mayordomo—. Debería haber visto a lord

Ashwood empuñar el arma y deshacerse de los asaltantes. Fue aterrador.

La mirada de ónix de Kane ejerce presión sobre mí y me deja fija hasta que lo único que veo es a él. Una sombra se dibuja en sus rasgos afilados, una que se parece un poco al arrepentimiento, y tengo que contenerme para no tocarle la áspera mejilla y decirle que todo irá bien.

—Y cuando digo «aterrador» —empiezo, y la boca se me seca cuando un poco de dulzura brilla en la tinta derramada de los ojos de Kane—, lo digo en un sentido fuerte y... viril.

La dulzura ha desaparecido, se va tan rápido como había llegado.

Me aclaro la garganta y me retiro el pelo de los hombros mientras me vuelvo hacia el mayordomo.

—El caso es que lord Ashwood es la razón por la que seguimos vivos.

—Por desgracia, milady, no estoy extremadamente sorprendido por el incidente. —El mayordomo sacude la cabeza y continuamos caminando. Esta vez, él se inclina con complicidad, devolviéndome mi oferta silenciosa de hablar «solo entre amigos»—. Últimamente ha habido un repunte en los casos de delincuencia. El pueblo está cada vez más inquieto desde la muerte del rey.

—Pero el reino de Pentáculos tiene un rey, ¿no? —pregunto.

—Sí, su majestad el rey Alderic Lockhart III ocupa ahora el trono, pero solo desde la última cosecha hace no más de seis meses. El padre de su majestad, el rey Alderic Lockhart II, gobernó durante veinticinco años. Nuestro nuevo rey, larga vida a él, ha llevado a cabo muchos cambios en el reino desde la muerte de su padre, cambios con los que los aldeanos y los habitantes de los feudos circundantes no están de acuerdo. Aunque son simplemente el pueblo.

—¿Qué tipo de cambios? —pregunto traicionada por la curiosidad.

—Bueno, milady, todo empezó con...

—¿Tenemos que hablar de política? —Kane interviene y no distingo si está siendo él mismo o lord Ashwood.

En cualquier caso, el mayordomo se sobresalta y, sabiendo que ha revelado demasiado, el anciano se pone rígido y sacude la cabeza con un movimiento rápido.

—Le ruego me disculpe, milady. No me corresponde hacer tales

declaraciones ni tener tales opiniones. Además, no quisiera quitarle tiempo a milady con estas trivialidades.

—¿Piensas que es un asunto trivial que los aldeanos se mueran de hambre? —pregunta Kane.

El mayordomo respira hondo, su única respuesta es el leve aleteo de sus fosas nasales.

—Estoy seguro de que no puedo opinar sobre el asunto, milord.

—Ya veo. —La boca de Kane se tensa.

—Bueno. —El mayordomo aplaude para cambiar de tema—. Me alivia saber que milord y milady superaron tal calvario ilesos. En cuanto a su majestad, él sabe todo lo que ocurre en su reino. Si hiciera como me pide, lord Ashwood, y no lo informara, él se enteraría del incidente de todos modos.

Vuelvo a ponerme al lado del mayordomo mientras nos conduce hacia nuestra habitación, el pelo le ondea con cada mirada que me dedica por encima de sus rígidos hombros cuadrados.

—¿Cómo se entera el rey Lockhart de todo lo que ocurre en el reino? ¿Es algo relacionado con un plan de palacio y una red de espías?

Tras serpentear a través de los suntuosos pasillos del palacio, el mayordomo se detiene frente a una enorme puerta doble. Un pentáculo está tallado en la madera y se extiende desde el suelo hasta la parte superior de la puerta arqueada.

—Nada tan escandaloso, milady. Aunque es bastante seductor. —El mayordomo saca una llave de oro ornamentada del bolsillo y la agita en el aire, añadiendo así una floritura a su declaración. Una sonrisa ilumina su rostro y suaviza los años que pesan sobre sus facciones, luego se inclina, su susurro está destinado a ser un secreto compartido solo entre nosotros—. El rey Lockhart tiene un don. El don de la visión.

—¿El don de la visión? —repito mientras deslizo los dedos sobre la sedosa cicatriz bajo mis capas de ropa—. ¿Visión? ¿Como ver el futuro? ¿Puede el rey Lockhart usar su magia para ver el futuro?

Detrás de mí, Kane se pone rígido, la tensión se dispara de él como púas de puercoespín.

—Cervatilla... —advierte, esta vez en voz alta con un tono semejante a un

ladrido agudo que hace que los pelos de la nuca se me pongan de punta.

La mano del mayordomo se detiene sobre la llave mientras la desliza en la cerradura. Está tan tenso como Kane y, mientras procesa mis palabras, sus ojos marrones se vuelven grandes y redondos.

—La magia está prohibida desde hace casi medio siglo —responde con un tono de alarma—. Acusar al rey de tal cosa sería traición.

El corazón me da un vuelco. No sé qué hay de malo en lo que he dicho, pero es algo grave. Terroríficamente grave.

—No tenía intención de ofender. —Doy marcha atrás—. Lo que quería decir era...

Por suerte, no me veo obligada a completar mi pensamiento. El mayordomo levanta las manos en señal de rechazo a mis disculpas.

—En absoluto, milady. No me refería a su señoría de ninguna manera. Simplemente afirmaba que si alguien dijera algo sobre M-A-G-I-A, no resultaría en favor de ese ciudadano.

La tensión en el aire se disipa y solo cuando siento que Kane se relaja libero mi respiración contenida. Le robo una rápida mirada, fulminándolo con una expresión que pretende decir: «Deberías haberme enseñado las reglas de la magia en lugar de cómo se supone que debe hablar una dama». Pero con el pelo cubriéndome la cara, probablemente parezco una especie de perro pastor.

La cerradura hace clic y, con un empujón dramático, el mayordomo abre las puertas de par en par. Me tomo un momento para asimilarlo todo. El aire está impregnado de un sutil aroma a limón y cera de abejas. Magníficos candelabros están adornados con gotas de cristal y proyectan un cálido resplandor dorado sobre las intrincadas molduras, el rico mobiliario y las paredes color crema.

Pasa junto a nosotros hasta las suntuosas cortinas de terciopelo que enmarcan las ventanas frente a la mesa de centro y las sillas colocadas cerca de la esquina más alejada de la sala. Retira un trozo de pelusa de la tela granate recogida con cordones dorados con borlas para revelar la exuberante vegetación y las vibrantes flores de los jardines del palacio.

Pero hay un mueble que me llama la atención. Una enorme cama con dosel tallada en madera oscura brilla bajo el suave fuego de la luz de las velas. Está

vestida con sábanas de seda, mantas como nubes y una montaña de lujosos almohadones en varios tonos de carmesí y rubí.

Se me comprimen los pulmones y no logro tragar o completar una respiración. Solo hay una cama y no sé por qué, pero no veo a Kane durmiendo en el suelo.

Al notar mi angustia, mi falso marido se apoya en una de las gruesas columnas de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa en la cara. Estoy segura de que está presumiendo de fuerza otra vez porque la camisa se le pega a los músculos como si estuviera a punto de romperse.

El mayordomo abre otra puerta ornamentalmente tallada que conduce al vestidor y a la cámara de baño, pero su voz zumba de fondo como un viejo aparato de aire acondicionado mientras estudio a Kane. No es arrogante. Al menos, no de la misma forma que Chad o los números que tengo que borrar para evitar llamar cuando Trader Joe's pone de oferta el champán rosado. Kane es seguro de sí mismo de una manera que viene de saber lo fuerte que es, lo capaz que es, lo muy, muy bueno que es.

Sus ojos oscuros se posan en mí y sus labios se deslizan en una sonrisa que quiero saborear. Me quedo sin aliento, atrapada entre el deseo de huir antes de que nos quedemos solos con la cama y el tiempo vacío que llenar y la atracción de algo demasiado delicioso y potente para ignorarlo.

—Cervatilla. —Pronuncia mi apodo e, incluso desde el otro lado de la habitación, su voz me deja un cosquilleo en la piel y me acelera el corazón—. Te necesitan.

—¿Para qué? —susurro, delicada como una mariposa.

La sonrisa de Kane se intensifica y capto la tensión apenas perceptible de los gruesos músculos de sus piernas y el cambio en su postura, como un león listo para atacar.

El mayordomo se aclara la garganta y de repente recuerdo que Kane y yo no estamos a solas con la cama, nuestros cuerpos y la suave luz perfecta.

—Pensé que a milady le agradaría saber que esta *suite* ha sido preparada con el máximo cuidado por el mismísimo personal privado del rey Lockhart para asegurar su comodidad durante su visita al reino —explica con una voz tensa

que emana orgullo mientras sacude más pelusas invisibles de las gruesas cortinas —. Habrá sirvientes a su disposición para ayudarlos a prepararse para el baile de esta noche, donde su majestad espera con ganas el placer de su compañía, momento en que tendré el placer de escoltar a milord y milady hasta el Gran Salón.

—Gracias —digo intentando ocultar el hecho de que me ha pillado fantaseando con un hombre con el que sé muy bien que no debo caer—. Esto es... maravilloso.

—Será un placer para el rey Lockhart escuchar lo que milady opina de las habitaciones. —Mientras se dirige de vuelta hacia la puerta, el mayordomo se detiene a mi lado. Se inclina con los ojos brillantes como dos bellotas pulidas—. Por favor, lady Ashwood, si necesita algo, sea lo que sea, pídamelo a mí personalmente.

—Gracias... Lo siento, ¿cómo debería llamarte?

—McDougall, milady. A su servicio. —Se dobla en otra profunda reverencia acentuada por la nube de pelo bailando como un fantasma sobre su cabeza.

—Agradezco tu ayuda, McDougall. Todo es mucho mejor de lo que podríamos haber esperado. Gracias de nuevo.

Su postura se relaja cuando me devuelve la sonrisa y asiente para darme las gracias.

—Un placer servirla, milady. —Se gira hacia Kane y hace una reverencia antes de dejar la llave sobre una estantería llena de floreros mientras sale de la habitación.

Las puertas se cierran detrás de él con un discreto chasquido y el momento que he estado esperando, deseando y temiendo ha llegado. Kane permanece junto a la cama con la luz de las velas titilando sobre su piel tostada por el sol.

Sus ojos me siguen cuando me desplazo hacia las ventanas y se me calientan las mejillas con un rubor que espero que no perciba. Bajo su mirada, cada uno de mis movimientos se amplifica, cada crujido de tela es un arañazo contra el silencio.

—Parece que vamos a estar... bastante cómodos aquí —digo mientras intento mirar a todas partes menos a la cama, a él.

—Sí, bastante cómodos. —El peso de la atención de Kane es una caricia que me recorre la piel y prende un calor que, si no tengo cuidado, se convertirá en un incendio de necesidad.

Sacudo la cabeza para anclarme a algo, lo que sea, que se parezca al pensamiento racional y me recuerde que tengo un perfecto, aunque sin batería, vibrador esperándome en mi piso.

—Hay suficientes almohadones para que estés cómodo cuando duermas ahí. —Señalo la silla situada al otro lado de la habitación.

—Oh no, mi querida lady esposa, nunca profanaría mis votos matrimoniales dejando tu cama vacía. —Cierra la distancia entre nosotros con lánguidas zancadas—. Además, cervatilla, no me quieres allí, me quieres aquí —dice mientras arrastra su pulgar salado por el sudor a lo largo de mis labios. El aire se espesa, cada segundo se alarga firmemente mientras mis pensamientos dan vueltas y mis límites empiezan a fundirse bajo el calor de su roce.

—No, no es cierto —digo mientras lucho con cada parte de mi ser que me pide que me rinda.

Recorre con la lengua su labio inferior mientras una sonrisa pecadora juguetea en su boca.

—Eso es casi lo más ridículo que has dicho desde que llegamos.

—¿Casi? —Parpadeo, la lava que fluye por mis venas empieza a enfriarse—. No he dicho nada que se acerque a lo ridículo.

Alarga el brazo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con los dedos.

—Cervatilla...

—No me vengas con «cervatilla» —suelto mientras le aparto la mano antes de que me vuelva a tocar—. ¿Qué cosas ridículas he dicho desde que llegamos? Si es lo de la magia, no me dijiste que estaba prohibida. ¿Y por qué estás usando magia si está prohibida?

Ladea la cabeza como sopesando lo que le he dicho.

—Quizá «ridículo» sea una palabra demasiado fuerte. «Innecesario» es más apropiada.

—¿«Innecesario»? —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Estás siendo duro,

joder. Estaba nerviosa. Perdóname por tener sentimientos y por hablar en lugar de cavilar y marchar estoicamente.

—No eres más que una mujer.

—Y tú no eres más que un imbécil.

La sonrisa muere en sus labios cuando lo miro con el ceño fruncido.

—Mientras actúes como lady Ashwood, debes guardar silencio. En este reino, las mujeres no hablan por sus maridos.

—No estaba hablando por ti. Simplemente hablaba —le respondo sin un indicio de disculpa—. No voy a ser una buena chica y caminar en silencio para que tú estés al mando de todo. Si tengo algo que decir, lo diré.

—Si tienes algo que decir, harás que nos maten.

Cierro la boca de golpe, mi provocativa respuesta se disuelve en el silencio a medida que el peso de sus palabras se asienta sobre mí.

—¿Qué crees que pasará si Alderic o alguien mucho peor, alguien como Cuatro, se entera de la verdad? Cervatilla, estamos cometiendo traición. En el momento en que se enteren, nuestras sentencias de muerte estarán firmadas y será el fin para nosotros.

El miedo revolotea en mi pecho y me recuerda que este es un mundo diferente y que no pertenezco a él.

—¿Quieres que te quemen en la hoguera o te decapiten? Entonces sigue así. Dentro del palacio de Pentáculos, somos lord y lady Ashwood. Tú no eres Hannah y yo no soy Kane. Aquí, soy hábil con la espada, pero no en la batalla. Y tú —Su voz se suaviza mientras me acaricia la mejilla— eres tranquila y mansa como un ratón. Te ven, pero no te escuchan. Eres mi joya, mi...

—Trofeo —susurro, mi resistencia se deshace bajo sus dedos.

Se inclina más hacia mí, agachándose y levantándome la barbilla hacia arriba. Su mirada es una oscura promesa, una invitación a sucumbir al calor que me lame las entrañas.

—Y eres un trofeo precioso.

El momento se alarga, tenso y tembloroso, como si el mundo se hubiera reducido al espacio entre nuestros labios.

El hechizo se rompe con un golpe en la puerta tan abrupto y brusco que doy

un paso atrás. Kane maldice y se dirige a la puerta con los puños tan apretados que espero que la persona al otro lado sepa pelear. Es cuestión de tiempo que yo ya no pueda.

Trece



Kane abre la puerta de golpe y llena el umbral con una fuerza que hace que me envuelva una ráfaga de aire.

—Márchese —gruñe hacia el pasillo. Su voz es el gruñido profundo y resonante de un cazador al que han hecho apartarse de su presa.

Paso los dedos por la sólida barrera de sus bíceps y me asomo por debajo de su brazo.

—No seas grosero —espeto mientras me aparto el pelo para recibir a nuestra visita—. ¿Cómo podemos...?

El saludo muere en mis labios cuando veo la nariz redondeada de nuestra visitante, esos labios carnosos, pómulos altos y unos grandes ojos almendrados que brillan como los de...

—¿Jade? —susurro sin pensar. Mi mente está desorientada, sorprendida por el hecho de que esta mujer se le parezca tanto. No, no se le parece, es ella. Esta mujer es exactamente igual que la vicepresidenta de Posh Pulse. La mujer que dijo que yo tendría que haber hecho la presentación. La que me dio una oportunidad increíble y delante de la cual hice un ridículo espantoso. Justo como estoy haciendo ahora.

Versiones espejo...

Como el doble de Kane en el ascensor. Como esta mujer de aquí.

Es la versión espejo de Jade.

Cierro la boca.

—Lo siento, su rostro me resulta familiar.

—Lady Marion Highgate. Es un placer conocerla. —Hace una leve reverencia y sus faldas de seda se abultan alrededor de sus pies—. Me gustaría poder decir que quizá nos hemos visto antes, pero todavía no he tenido la fortuna de salir de este reino y emprender el largo viaje hasta el reino de las Copas. —Un rubor rosado le tiñe las mejillas rojizas.

—¿Qué quiere? —La impaciencia de Kane interrumpe las preguntas que se acumulan en mi interior.

La mujer inclina la cabeza y los rizos castaño oscuro que le enmarcan el rostro se retiran hacia atrás cuando levanta la cara para mirarlo. Es elegante y serena y no se inmuta con la ira de Kane, sino que le dice:

—El mayordomo me ha informado de que a lady Ashwood le gustaría dar una vuelta por el palacio, ¿es eso cierto?

—No.

—Sí.

Kane y yo respondemos al mismo tiempo y mi disposición emocionada sofoca su hosca respuesta. Levanto la mirada en su dirección.

—Sería un placer. —Le sonrío a él, pero le hablo directamente a Marion.

Con la decisión tomada y la batalla ganada, me aparto de la presencia acechante de Kane y salgo al pasillo.

—Hannah... —Su voz es una orden, una plegaria. Cierra la mano alrededor de mi muñeca con una firmeza mezclada con algo más oscuro, algo desesperado.

Ignoro el estremecimiento que me provoca su roce y la presencia de mi nombre en su lengua que me hace anhelar sentirla en cada centímetro de mi piel. Es como una droga, como el poder de saber que soy deseada y no la única que desea.

—Lord Ashwood —murmuro con los ojos muy abiertos con aire inocente y los labios curvados en una sonrisa pecaminosa mientras me muerdo el labio inferior—. No querrá que haga esperar a lady Highgate, ¿verdad?

Clava los ojos en los míos, intensos, ardientes, y casi espero que se queme un agujero en su parche.

—No se preocupe, lord Ashwood. —Una sonrisa eleva los mofletes de Marion—. Le devolveré a su esposa a tiempo de prepararse para la cena.

Kane no la mira. En lugar de eso, me mira fijamente con el ojo destapado mientras se lleva mi mano a los labios y me planta un beso en la palma.

—Aquí estaré. Esperando.

Sus palabras son al mismo tiempo promesa y amenaza y me llenan de una anticipación que me envía un rastro de fuego por la columna.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no llevarme las manos a los labios, consumir su beso y olvidar quién soy y qué quiero para perderme en él.

—Hasta entonces, lord Ashwood. —Hago una reverencia y tengo las rodillas tan débiles y flojas que casi me pliego como una silla de playa.

Marion habla, pero no logro distinguir lo que dice a través del estruendo de mis latidos en los oídos. La sigo deshaciendo el camino que hemos hecho Kane y yo cuando McDougall nos ha acompañado a nuestra habitación. Noto la mirada de Kane tan caliente en la espalda que solo puedo inhalar respiraciones superficiales para calmar mi corazón acelerado hasta que oigo la puerta cerrarse con llave detrás de mí.

Como si Marion estuviera esperando lo mismo, en cuanto Kane se mete en la habitación y nos quedamos solas en el pasillo se gira hacia mí.

—Creo que nadie me ha mirado así nunca.

A mí tampoco me ha mirado nadie nunca como me mira Kane. Reprimo el escalofrío que me recorre desde la nuca.

—Lord Ashwood es bastante... intenso.

—Ya veo. —La risa de Marion resuena por todo el salón y roza la débil armadura que me he puesto para protegerme de todo lo relacionado con Kane—. Bueno, lady Ashwood, ¿dónde le gustaría ir primero?

—Llámeme Hannah, por favor. Apenas llevo una hora aquí y ya estoy harta de que me llamen «lady».

—¿En su reino hay menos formalidad?

Mi ridículo error me hiela la sangre. Por suerte, antes de que pueda meter más la pata, Marion continúa:

—Creo que eso me gustaría. Sin embargo, solo te llamaré Hannah si tú me

llamas Marion.

—Hecho —respondo y dejo escapar un suspiro de alivio—. En cuanto a qué me gustaría ver primero, he oído que en el Salón de las Alas de Cristal se encuentran las libélulas más hermosas. ¿Está lejos de aquí?

—Un poco. Está en el otro extremo del palacio, pero sé cómo llegar.

Sigo a Marion. La gruesa alfombra amortigua nuestros pasos cuando bajamos a la planta inferior con el inquietante reloj de fondo.

—Sé que no llevas mucho tiempo aquí, pero espero que te esté gustando el palacio.

—Es realmente bonito —contesto pasando la mirada por el techo abovedado, las flores frescas y las suntuosas telas. Si en Pentáculos decoran así los pasillos, solo puedo imaginar lo que puede haber detrás de estas puertas—. Nunca he visto nada igual. —Al captar mi error, carraspeo antes de que pueda suscitar preguntas—. Quiero decir, el palacio de Copas es diferente. Grande y hermoso, pero diferente.

—Y solo has visto una pequeña parte de Pentáculos. Todavía no has visto mi lugar favorito que será, por supuesto, lo más destacado de nuestra visita. —La sonrisa de Marion se parece tanto a la de Jade que quiero abrazarla.

Doblamos una esquina desconocida y la luz se derrama por las ventanas arqueadas. Capto un vistazo de las colinas ondulantes al otro lado, verdes y brillantes contra la madera oscura, el dorado y el escarlata del interior del palacio.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —pregunto intentando dar lugar a una conversación ligera que no desvele ninguno de mis secretos.

—Desde que era niña. —Aprieta los labios y encoge los hombros. De algún modo, consigue hacer que ese simple gesto parezca elegante y encantador—. Llevo aquí desde el principio, cuando la reina me eligió para unirme a sus damas de compañía. Lord Highgate tiene una propiedad en el campo, pero hace tiempo que no salimos a visitarla. La reina me necesitaba mientras que su hijo, el rey, necesitaba a mi marido. Es un gran honor y, como has visto, el palacio es magnífico. Como me he pasado la mayor parte de mi vida aquí, conozco cada rincón... y cada pasadizo oculto.

—¿Pasadizos ocultos? Suena emocionante.

—Pues sí. Son muy útiles para reunirse con los amantes. —Entorna los ojos en una sonrisa traviesa—. O para evitarlos.

—Me parece que ahí hay una historia, Marion.

Se encoge de hombros de nuevo y se abanica con la mano.

—Hay un número limitado de distracciones entre las paredes del palacio y no me gusta aburrirme.

Nuestra conversación se convierte en un incómodo silencio a medida que nos acercamos a una enorme puerta doble. Cuando Marion la abre, el aire cambia y huele a suelo encerado y a algo dulce.

—Esta es la primera parada —anuncia y su voz resuena ligeramente en el amplio espacio—. El Gran Salón de Baile.

Se me corta la respiración al observar el salón. El sol entra por las altas ventanas arqueadas y se refleja en el suelo tan pulido que parece hielo. Hay rubíes colgando de los candelabros de techo apagados y proyectan manchas de color rojo cereza en las paredes doradas. A través de las ventanas alcanzo a ver el amarillo soleado y el verde frondoso de los jardines.

—Es increíble.

—Sabía que te gustaría. —Marion sonríe de oreja a oreja—. Tenía la sensación de que tú y yo teníamos los mismos gustos y no suelo equivocarme en estas cosas.

A medida que nos adentramos en el Gran Salón de Baile, mis preocupaciones parecen desvanecerse y solo dejan espacio para el sol que empapa las paredes revestidas y para el aire fresco con aroma a flores frescas.

Me olvido de Kane, de volver a casa, de la ansiedad sobre lo que haré si no logro encontrar a la emperatriz, de quién seré si no soy lady Ashwood y de si me pasaré el resto de mis días atrapada en Towerfall, huyendo para que no me maten, cometiendo traición o siendo acusada de brujería.

Ahora solo soy Hannah paseándome por un salón de baile, haciendo realidad un sueño que no sabía que tenía.

Marion gira con elegancia y aplomo y sus rizos oscuros bailan tras ella. Mi risa resuena a nuestro alrededor cuando yo hago lo mismo. Veo elaborados

arreglos de rosas, peonías y lirios en los amplios alféizares de mármol mientras doy vueltas. Extiendo el brazo y rozo los suaves pétalos con las yemas de los dedos.

Sin aliento, me apoyo en una ventana para estabilizarme, aunque el salón sigue girando a mi alrededor.

—Ha pasado mucho tiempo desde el último baile. —Con un suspiro, Marion se deja caer a mi lado en el alféizar—. Si lord Ashwood y tú estáis dispuestos a hacer un segundo viaje a Pentáculos, os invitaré al siguiente.

—Sería estupendo. —La sonrisa no me llega a los ojos.

«Para entonces ya me habré ido».

Me asalta la preocupación, hace que se me revuelva el estómago y me llevo la mano al abdomen.

—Ah, debes de tener hambre después del viaje. —Se levanta de un salto y hace resonar el collar de perlas que descansa en sus clavículas—. Me disculpo por no haberme ofrecido a llevarte directamente al comedor. —Sus faldas rozan las mías cuando sale corriendo hacia la puerta doble—. Antes de todos los banquetes, McDougall solicita bandejas para degustar. Dice que no tiene tiempo para visitar las cocinas, pero creo que en realidad le gusta que le sirvan y aprovecha la oportunidad.

Ahora que lo dice, sí que es verdad que tengo hambre. Todavía no es la hora de cenar, pero me da la sensación de que ha pasado una eternidad desde los huevos, el pan duro y el hidromiel que me he tomado esta mañana.

—¿Y le importaría que degustáramos con él?

Marion me guía para salir del Gran Salón de Baile y cierra la puerta detrás de nosotras.

—Lo volverá loco —dice con ojos brillantes.

Solo he visto retazos de esa energía vibrante y feliz en Jade, pero siempre he pensado que seríamos buenas amigas. Si yo tuviera tiempo para tener amigas. Y si pudiera permitirme salir con ellas aun teniendo tiempo. Y si me atreviera a intentar hacerme amiga de la vicepresidenta de la empresa.

El comedor es fácil de identificar. Es un hervidero de actividad con trabajadores yendo y viniendo con los brazos cargados de leña, flores, cubiertos

de oro y platos de porcelana relucientes para el banquete de la noche.

Entramos en la estancia entre dos mujeres, cada una con una caja de velas de cera de abeja. El comedor está sumido en cálidos tonos crema y oro con toques carmesí entre la grandeza como fresas dulces y maduras. La luz de los candelabros con brazos de oro y cristal proyecta un resplandor anaranjado sobre las mesas que están preparando para el banquete.

Las mesas con caballetes talladas de forma intricada en madera oscura están dispuestas en forma de U. El susurro de los manteles con hilos dorados que están sacudiendo y alisando llena el aire junto con el tintineo de los cubiertos y el cristal. Las paredes están cubiertas de tapices que representan batallas y coronaciones. Sus colores son vivos e intensos y sumergen el comedor en una galería de historias. Estandartes de color cornalina adornados con un único pentáculo dorado cuelgan de los altos techos y ondean suavemente con la constante brisa que entra por las ventanas abiertas.

—Ahora hay un poco de caos. —Marion señala el espacio del centro de la sala lleno de cajas abiertas y pilas de platos y manteles—. Sin embargo, luego despejarán el centro y vendrán artistas a deleitarnos con su música y su baile.

—¿Tenéis entretenimiento en todas las comidas? —pregunto como si yo no me pusiera *Love Island* o cualquier otro *reality* problemático para comerme unos fideos precocinados.

—Antes sí. Últimamente, lord Highgate y yo hemos estado comiendo en nuestros aposentos privados. Cuando el rey Lockhart II estaba vivo, se celebraban grandes cenas formales con músicos y entretenimiento y cada luna llena había una obra. Puede que incluso veamos una esta noche. —Marion abre los ojos de par en par y se pone de puntillas—. Me encanta el teatro. En realidad, cualquier tipo de entretenimiento. No salgo a menudo de los confines del palacio. —Sus pasos se vuelven más lentos y el juguetón susurro de su vestido se asienta en una especie de silencio lúgubre mientras frunce el ceño y su sonrisa se desvanece en una línea sombría—. Ahora ya no.

—¿No te dejan salir? Quiero decir, el palacio es gigantesco y precioso, pero deberías poder entrar y salir siempre que quieras. Esto no es una cárcel. —Mi intento de mostrarme alegre se agria y la risa de mi garganta se convierte en tos

cuando veo la expresión de Marion. Parece haberse encogido sobre sí misma como una flor marchita—. Lo siento, no quería...

—No, no es culpa tuya —susurra en voz débil y entrecortada como si le diera miedo que la oyeran. Se muerde el labio inferior y recorre toda la habitación con la mirada.

—¿Nos están vigilando? —pregunto y se me eriza la nuca al pensarlo.

Junto a nosotras pasan dos criados con bandejas llenas de botellas de vino, higos frescos, uvas, pera y queso. Marion aprovecha la oportunidad y coge un puñado de uvas gruesas, rodajas de pera y queso y una botella de vino de la bandeja. Ha vuelto a ser la misma de antes, llena de energía con las delicias robadas en las manos.

—Cultivamos las peras todo el año en nuestro propio arboreto. —Le da un delicado mordisco a una gruesa rodaja de pera.

Sigo su ejemplo y saboreo la dulce fruta en la lengua.

—Dios mío, está deliciosa.

—El jardinero jefe tiene buena mano con las plantas, nunca habíamos tenido a nadie igual. —Marion se toma una pausa para hacer estallar una uva dentro de su boca—. Los jardines y el conservatorio forman parte de nuestra visita. Ya verás cuando...

—Lady Highgate, lady Ashwood. —La voz de McDougall resuena sobre el estruendo de los preparativos—. El comedor todavía no está preparado para los invitados, seguro que milady lo entiende —reprende, aunque la severidad no se refleja en sus ojos, que muestran un brillo de diversión.

—McDougall, tú mismo me has dicho que lady Ashwood quería una visita guiada. ¿Qué tipo de guía sería si no le mostrara el hermoso comedor del palacio? Además, verte dirigir los preparativos para el banquete es todo un espectáculo en sí mismo. Deberías cobrar entrada. —Marion esconde su sonrisa traviesa tras otro bocado de pera.

—Lady Highgate, siempre me sube el ánimo. —Con un movimiento suave pero firme que hace que se le muevan los mechones blancos de la parte superior de la cabeza, McDougall nos envía de vuelta a la entrada.

—Estoy seguro de que lady Ashwood preferiría contemplar el retrato más

reciente del rey Lockhart o el hermoso jardín de tulipanes en lugar de verme corriendo como una gallina asustada. —Su ceño fruncido se transforma en una sonrisa cuando cruzamos el umbral de las puertas.

Corremos por el pasillo y Marion me pasa la botella de cristal con una risa contagiosa.

—Diría que parece más un polluelo que una gallina con esa pelusilla en la cabeza —bromea cuando estamos lo bastante lejos para que no nos oiga.

—O un diente de león —añado con una risa descontrolada mientras bebo un trago de vino de mora aterciopelado.

Doblamos una esquina y me detengo de golpe al ver a un hombre imponente. Por suerte, ya casi no queda vino y no llega a salpicar el suelo. Nuestra risa se desvanece y me limpio la boca con el dorso de la mano intentando recomponerme mientras Marion se endereza a mi lado.

—Milord. —Habla con la voz tensa y hace una rígida reverencia bajo su fría mirada.

—Lady Highgate. —Él frunce el ceño con la voz cargada de desaprobación —. La he oído por el pasillo mucho antes de verla. —La luz parece atenuarse a su alrededor, su sombra larga y delgada se funde con su expresión oscura.

—Me esforzaré por comportarme y controlar el volumen —responde Marion. Su tono fuerte y audaz se ha transformado en un susurro de sumisión.

Él la mira fijamente con ojos pequeños y encapuchados.

—Espero que sepa reprimir sus impulsos femeninos y deje de comportarse de esa forma tan poco digna de una dama. Es una mujer, así que es susceptible a actividades triviales y fantasiosas. Sin embargo, los juegos son para niños, no para damas de su alcurnia.

Impulsada por una repentina oleada de ira protectora, que saco más por los demás que por mí misma, me interpongo entre Marion y este hombre que se cree con derecho a apagar su brillo.

—La risa y la alegría no vienen dictadas por la edad o el sexo, milord. Y debería intentar sonreír. Hace maravillas y lo hará parecer mucho más atractivo.

Él me mira fijamente y le devuelvo una mirada fulminante. Normalmente no busco pelea y puede que haya sido porque mi mundo se ha puesto patas arriba o

porque esté buscando una especie de liberación, pero hay una pequeña parte de mí que desea que este hombre me dé un motivo para dejarme llevar.

Durante un instante, el pasillo se queda en un silencio absoluto. Cada centímetro de mi ser se tensa, se prepara y espera. Entonces, arquea las cejas y se forma una grieta en su máscara perpetua de desaprobación. Por el rabillo del ojo veo que a Marion le tiemblan los hombros y que tiene la boca apretada y fruncida.

El hombre empieza a dirigir la mirada a ella y carraspeo.

—Si eso es todo, milord... —Esbozo una sonrisa cálida y empalagosa como miel sobre galletas recién horneadas y espero que sienta cada pizca de mi insinceridad mientras hago mi reverencia más elegante.

La suya es tan leve que es prácticamente inexistente. A continuación, pasa por mi lado y atraviesa el pasillo como una nube de tormenta.

Marion se pone de puntillas y suelta un jadeo.

—Eres la primera persona a la que oigo hablarle así a Highgate.

Cuando asimilo sus palabras me quedo paralizada, se me afloja la mandíbula y parpadeo, aturdida.

—Highgate... Lord Highgate..., ¿tu marido?

Los rizos le rebotan ligeramente en la frente cuando asiente.

Me llevo una mano a la boca. Tendría que haber sabido que iba a arruinar de inmediato la primera amistad que hacía desde la universidad.

—Lo siento muchísimo.

—No lo sientas. —Enrosca el brazo alrededor del mío, tira de mí y me tiende la botella de vino mientras seguimos caminando—. Mi querido marido es un imbécil. Ladra mucho, pero muerde poco. Sinceramente, creo que ponerme en mi sitio de día lo hace sentirse mejor después de ser completamente dominado por la noche. Ya sabes a qué me refiero...

Se me escapa una carcajada.

—No de primera mano, pero lo entiendo.

La risita de Marion se mezcla con el susurro de nuestras faldas mientras me guía a través de una serie de puertas a nuestro próximo destino.

Esta es mi primera visita a un palacio, pero fui al Instituto de Arte de Chicago

cuando había entrada gratuita, así que reconozco una galería de retratos cuando la veo. A diferencia de los colores intensos y atrevidos de las paredes del museo, estas están pintadas con un dorado pálido. La suave luz natural entra por las altas ventanas e ilumina los ornamentados marcos dorados que encierran retratos de monarcas severos y reinas radiantes que se alinean a lo largo de la ancha galería.

—Te parecerá raro, pero me da la sensación de que ya nos conocemos. Es como si estuviéramos retomando la relación donde la dejamos —comenta Marion recorriendo la mirada por los retratos.

Es como si nuestra amistad llevara años gestándose en lugar de horas y desearía poder decirle que la conozco. O, al menos, a alguien que se parece mucho a ella en otra vida. Mi vida.

Sin embargo, por agradable que sea Marion y por bien que me caiga, no cometeré el error de pensar que puedo confiar en ella. Según Kane, no puedo fiarme de nadie del reino. En eso le haré caso sin rechistar.

—Puede que en otra vida. —Su suspiro hace eco en el pasillo.

—O en otro mundo. —No bromeo, pero disimulo mi confesión con una risita.

—¿Otro mundo? —Se ríe—. Dios mío, no había oído hablar de otros mundos desde que era niña y mi institutriz me contaba historias fantásticas sobre la gran Torre. —Se le hinchan las mejillas y arquea las cejas en un gesto que estoy descubriendo que significa que tiene algo más que decir—. Venga, voy a enseñarte una cosa.

Bebo un último sorbo de vino y dejo la botella mientras Marion me guía a través de la estancia a un cuadro que domina la pared del fondo.

Me inclino, absorta por la brillante torre dorada que se extiende hacia las nubes que parecen algodón de azúcar. Se alza alta y poderosa hecha de miles de piezas intricadas de pan de oro que atrapan la luz. Es cálida y acogedora, brilla desde el interior. Se me corta la respiración cuando la torre dorada late, viva con unas pulsaciones que coinciden con las de mi corazón.

—Solo he visto la Torre desde lejos. No me había dado cuenta de que era tan bonita.

Mis palabras parecen lejanas y apagadas a medida que la luz de la Torre se intensifica y tira del centro de mi pecho a algo más profundo en mi interior. Me

acerco y mis pies se hunden en la mullida alfombra del suelo. El cuadro parece más grande que yo, más grande que la vida y crece conforme me acerco a él. Se me agudizan los sentidos, me hormiguea la piel.

—Definitivamente, de cerca no es tan gloriosa. No obstante, según las historias que cuentan los empleados más antiguos y las institutrices, este era el aspecto exacto que tenía hace décadas. —Ajena al efecto que tiene el cuadro sobre mí, Marion prosigue, aunque sus palabras son como un murmullo distante —. Mi institutriz siempre decía que hace tiempo, antes de que se perdieran las formas y se prohibiera la magia, la gente viajaba entre reinos y entre mundos usando la Torre.

Noto un cosquilleo en los dedos y levanto la mano para tocar el cuadro, para sentir el latido dorado en los dedos.

—Pero solo es un cuento de niños. —Marion suspira y me aparta suavemente del retrato de la torre y de algo que podría tragarme por completo—. Como bien sabes, no hay ningún atajo para viajar entre reinos. Y, por supuesto, no hay otros mundos.

—Sí, claro —digo sin dejar de mirar la Torre, con mi corazón anhelando acercarse.

La Torre cometió un error al enviarme la carta de la emperatriz para traerme aquí, pero no puedo ignorar el modo en el que ver esas piedras doradas atrae algo en mi interior.

Es como si me conociera, como si me estuviera esperando.

Pero eso no es posible. No soy ninguna heroína. No hay modo de que la Torre me convocara para salvar el reino.

Catorce



Entrar en el Salón de los Espejos es como entrar en un caleidoscopio viviente. La luz inunda la sala, refractada por cientos de espejos con marcos de cristal que arrojan nubes de luces de los colores del arcoíris como si estuviera en una Color Run. Los espejos son preciosos pero despiadados. Cada uno de mis múltiples reflejos podría gritar el estado sucio, sin maquillaje y despeinado de mi aspecto desaliñado al lado de la impresionante postura de Marion, sus rizos brillantes y la elegancia y aplomo que prácticamente se desprenden de sus poros.

Llevamos vestidos similares con cortes imperio y faldas vaporosas de seda. El delicado lavanda de Marion realza su sedosa piel morena, mientras que el mío proyecta un ligero resplandor verde sobre mis pálidos brazos blancos y parece que esté atrapada en una ola turquesa de la que no logro salir. Me aliso el escote cuadrado que no favorece en absoluto a mis tetas apenas existentes y trato de peinarme el pelo alborotado con los dedos.

Me muerdo el labio inferior y analizo mi reflejo en el espejo intentando no criticar cada centímetro de mi apariencia en el proceso. Supongo que puedo dejar de ser dura conmigo misma por parecer que me he levantado con el pie izquierdo cuando, de hecho, me he levantado directamente en la cama de otra persona.

Esto es a lo que la gente se refiere cuando dice «estar para el arrastre».

Al captar mi mirada apenada en uno de mis innumerables reflejos, Marion me

sonríe amablemente.

—Debo decir que estás mucho mejor de lo que yo estaría si Highgate y yo hubiéramos tenido un encuentro con unos peligrosos bandoleros —dice mientras avanzamos por las bandas de color que salpican el salón.

Me encuentro con su mirada en el espejo. De alguna manera, su reflejo resulta más sereno y elegante que ella en persona.

—McDougall no es de los que guardan secretos —añade con una irónica inclinación de los labios—. Pero no te preocupes, nos aseguraremos de que estés pulida y perfecta antes de la fiesta. Cuando termine, lord Ashwood no podrá quitarte las manos de encima. Aunque no es que parezca de los que muestran mucha moderación en ese sentido.

—Ashwood y yo estamos aquí por negocios, no por placer. —Me alejo de la imagen de mis mejillas rojas como tomates y entrelazo las manos delante de mí mientras nos acercamos al centro del brillante salón—. Tendré que asegurarme de que se ha enterado.

—Hannah —continúa Marion con un tono diferente mientras entrelaza una vez más su brazo con el mío y nos detiene en el centro del salón—. Ahora que tenemos más confianza, tengo una pregunta para ti. —Frunce el ceño ligeramente—. Tu acento es... inusual. Supongo tanto por eso como por tu peculiar forma de expresarte que hay diferencias considerables entre este reino y el tuyo. Pero nunca me perdonaría si te sintieras indispuesta y no he preguntado cómo estás después de vuestro inesperado encuentro en el camino.

—Oh. —La mente me da vueltas en busca de la respuesta adecuada, no quiero admitir que tal vez Kane tenía razón y me habrían venido bien unas clases de cómo hablar—. Bueno, ha sido un día desafiante. —Trago saliva y dejo que el eufemismo flote entre nosotras con la esperanza de no cavarme un agujero demasiado profundo para salir.

Al fin y al cabo, por mucho que desee que mis secretos estén a salvo con Marion, no puedo confiar en ella. No puedo confiar en nadie.

—Sé justo lo que necesitas para animarte —promete, y me aprieta el brazo—. Pero primero, debemos terminar nuestra visita. Casi hemos llegado al Salón de las Alas de Cristal que tanto ansiabas ver.

Y, con suerte, a corregir el error que la Torre cometió y conseguir que la emperatriz me lleve de vuelta a casa. Tal vez incluso hay una posibilidad de que, antes de irme, Kane me haga un informe con los detalles y averigüe exactamente cuáles son sus planes.

«Me encantaría que me lo hiciera».

Mis ojos se abren de par en par con el repentino calor que me recorre las extremidades al percatarme del doble sentido. Oculto la necesidad desesperada que late bajo mi piel detrás de una tos mientras dejo que Marion me aleje del Salón de los Espejos hacia unas altas puertas de cristal.

Las abre de un empujón y una dulce brisa con aroma floral me revuelve el pelo.

Los jardines se expanden frente a nosotras en una preciosa mezcla de arbustos de flores y cuidadas parcelas de césped. Están vivos con el vibrante verde de las hojas nuevas, la lavanda de puntas moradas, los lirios color crema y los tulipanes rojo oscuro bordeados por un vibrante naranja que bailan como llamas con las suaves ráfagas. Me inclino hacia delante y deslizo los dedos por los narcisos amarillos que comienzan a florecer y delimitan el camino con explosiones de luz solar.

—Este es mi lugar favorito del palacio —dice Marion mientras su mirada recorre los conjuntos de hortensias azul pastel y moradas con sus cabezas en forma de pompón meciéndose con la brisa—. Ni siquiera la lluvia logra alejarme de él.

—Yo también estaría dispuesta a mojarme si así pudiera estar rodeada de esto.

«Hannah, has esperado a Chad en la puerta de su edificio bajo una tormenta con sesenta centímetros de nieve mientras elegía un pasador de corbata».

Inhalo los embriagadores aromas de la lila, el jazmín y la lavanda mientras sigo a Marion por un camino sinuoso cuyos adoquines chasquean suavemente bajo nuestros pies. Rodeamos una gran fuente de mármol con forma de pentáculo. El agua cae en cascada desde las puntas de la estrella y su sonido relajante se mezcla con el suave susurro de las hojas y el lejano parloteo de los pájaros. Alrededor de la fuente, bancos de madera y de hierro forjado ofrecen un

lugar para sentarse y absorber la relajación que proporciona encontrarse en un lugar tan tranquilo y bello.

A lo lejos, la Torre se eleva del paisaje como un sueño. Está separada del palacio, alta y orgullosa en el horizonte, pero la siento más digna de devoción, más importante de lo que esta sede de poder podría ser jamás.

Tiene su propia magia. Lo sé por lo que Kane me ha contado sobre su habilidad para enviar el tarot en busca de ayuda de otros mundos, pero también puedo sentirla, incluso desde aquí.

«Creo que Towerfall me gusta». El pensamiento aparece en mi mente sin invitación.

Sí, este lugar es precioso y lujoso y absolutamente surrealista, pero me recuerdo que no puedo quedarme. Tengo que volver a casa. Es decir, la gente no viene aquí de vacaciones. No es que esto se pueda considerar unas vacaciones. En cualquier caso, tengo razón. Este no es mi mundo.

También está el hecho de que me apuñalaron por ser una «bruja». Si alguien descubre que en realidad no soy lady Ashwood, harán algo más que enterrarme un cuchillo en el costado. Tengo cero habilidades de los viejos tiempos útiles y no tengo ni idea de cómo sobrevivir sin internet. Además, había mucho de verdad en no querer expulsar por la vagina a seis niños y todavía tengo que ir a una farmacia o consulta donde me puedan cambiar el DIU y pueda comprar antibióticos.

Antes de que nos detengamos e ignore mis preocupaciones muy realistas y me permita sentirme aún más como si este fuera un lugar en el que quiero estar, o peor, un lugar al que podría pertenecer, sigo caminando pasados los bancos y me dirijo hacia el otro extremo del palacio, en el que se encuentra la otra zona de los jardines.

El Salón de las Alas de Cristal está en esa ala del palacio y estamos muy cerca de él, del lugar que puedo usar para encontrar la carta de tarot y mi camino de vuelta a casa. Mis pasos se aceleran y el sonido del agua se desvanece en la distancia a medida que avanzamos a través de hileras de flores de colores hacia el corazón del jardín.

Me detengo lentamente y mi mirada recorre las enredaderas que trepan por

las altas paredes de un laberinto. Los zarcillos verdes están interrumpidos por destellos de jazmín rosa, cuyo aroma se esparce por el cálido aire del jardín. La luz del sol se filtra a través de las hojas y pinta el arco de piedra de la entrada con ondas de luces y sombras. Mi imaginación toma el control y me imagino deslizándome por los recovecos ocultos de la exuberante espesura del laberinto, los brazos de Kane a mi alrededor, su boca sobre la mía.

—¿Deseando poder escapar de tus deberes políticos de esposa para perderte en el laberinto? —Marion me mira y una sonrisa cómplice se dibuja en sus labios.

—Solo estaba pensando. —Me coloco una mano sobre el corazón temiendo que la velocidad de sus latidos revele mis secretos.

—Podemos permitirnos un momento, volver y sentarnos un rato antes de entrar en el Salón de las Alas de Cristal.

—¡No! —Mi grito nos sobresalta a los dos y me aclaro la garganta—. Quiero decir, estamos muy cerca. Mejor terminamos.

Con la mirada fija en las puertas de cristal que conducen a la otra ala del palacio, el estómago me da un vuelco y tengo que obligar a mis piernas a dar pasos lánguidos y tranquilos y no salir corriendo. La posibilidad de volver a mi mundo, de recuperar mi vida, o lo que queda de ella, está al otro lado de esas puertas.

Me obligo a esperar a que Marion las abra para revelar un salón como los otros que hemos explorado, uno que se extiende profundamente en el palacio. Sus techos altos y suelos pulidos brillan bajo el suave resplandor de las lámparas de araña, el débil eco de nuestros pasos suena por toda su longitud mientras Marion me abre paso para avanzar.

La preocupación me corroe, sus afilados dientes perforan la plácida calma que me esfuerzo por adoptar de Marion y hacer mía.

«¿Y si no encuentras la habitación, el bolso o la carta? ¿Y si te quedas atrapada aquí para siempre? ¿Y si descubren tus secretos y te queman en la hoguera?».

Cierro los puños, clavándome las uñas en las palmas de las manos mientras me fuerzo por disipar mis dudas y me concentro en el resplandeciente turquesa y

rojo que se derraman del Salón de las Alas de Cristal.

—Hemos llegado. —El gesto de Marion abarca las brillantes libélulas que recubren las paredes, sus alas iridiscentes captan la luz y la refractan en patrones deslumbrantes—. Cada libélula fue minuciosamente elaborada por artesanos durante varios meses. Las escamas de sus alas fueron talladas y pulidas individualmente e inspeccionadas por la mismísima reina antes de ser añadidas a los cuerpos.

Es impresionante, pero no me importa la artesanía o la belleza. Mi mirada recorre la sala en busca de una señal, una pista, cualquier cosa que pueda llevarme de vuelta a la habitación a la que llegué y a la vida que dejé atrás.

—¿Hay algún dormitorio cerca de este salón? —pregunto.

—Sí, pero el tuyo y el de Ashwood es mucho mejor.

Un reloj suena a lo lejos, repicando como la campana de una iglesia, y me estremezco con cada golpe del gong. El sonido reverbera a través del gran salón y de los altos techos y paredes ornamentadas.

Marion se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos, la urgencia levanta sus gruesas cejas.

—Debemos volver a tu habitación para prepararte. No queda mucho para el banquete.

Me agarra de la mano, pero me resisto plantando los pies firmemente en el suelo de mármol pulido.

—Espera, Marion. Hay algo que necesito ver primero.

—Hannah, por favor. —Tira de mí suavemente—. No tenemos tiempo. Debes prepararte. Debo prepararme.

—Solo unos minutos más. Hay algo importante que debo encontrar. —Me pongo de puntillas y entorno los ojos como si eso me fuera a ayudar a ver a través de los recovecos de los pasillos del palacio hasta llegar a la habitación donde mi bolso debería estar.

—Habrá tiempo para eso luego. Ahora mismo, debemos darnos prisa.

—Pero no lo entiendes —protesto alzando la voz con desesperación—. Hemos llegado hasta aquí y esta podría ser mi única oportunidad de encontrarlo.

Marion se detiene y entrecierra los ojos.

—¿Encontrar el qué?

—Es que... —Sacudo la cabeza. No puedo explicar el verdadero motivo. No sé lo que haría si se enterara de que vengo de otro mundo, y estoy muy cerca de mi única oportunidad de volver a casa—. Tengo un presentimiento. Por favor, Marion, solo un poco más de tiempo.

Me estudia durante un momento y me dedica una pequeña sonrisa amable.

—Tu presentimiento puede esperar. Tus responsabilidades no.

Estrecha su agarre alrededor de mi mano y tira suavemente, pero no cedo.

—Marion, por favor, si pudieras...

—Hannah, eres nueva en Pentáculos, y mientras que puede que Copas tenga sus propias expectativas de las que estás al tanto, yo soy la experta en el decoro en Pentáculos y sus reglas particulares. Tu presencia en el banquete es importante para las negociaciones que tú y Ashwood habéis venido a llevar a cabo hasta aquí. Si llegas tarde o con una puntada fuera de lugar, será visto como una descarada falta de respeto. El banquete es importante y ambas debemos ser puntuales.

—Lo entiendo, pero esto es importante también.

—Entonces, te prometo que podremos seguir explorando más adelante. Pero, por ahora, debemos volver a tu habitación.

Hay sinceridad en su mirada, una preocupación genuina, y sé que no va a ceder. Con un profundo suspiro, asiento.

—Está bien. Después del banquete, entonces.

—Después del banquete —accede, y tira de mí hacia delante.

Me siento como Cenicienta, corriendo por amplios pasillos y subiendo grandes escaleras para llegar a mi habitación antes de que el reloj marque las doce y mi carruaje vuelva a convertirse en una calabaza.

Irrumpimos en mi habitación y la puerta se cierra de golpe a nuestras espaldas. El interior está silencioso y vacío, el aire fresco y frío en ausencia de Kane.

—Pensé que Ashwood estaría aquí —me digo más a mí misma que a Marion.

—Estoy segura de que está con Highgate hablando de sus planes y agendas para las conversaciones con el rey —dice ella mientras corre al lado de la cama

para hacer sonar la campana—. ¿No sería asombroso que nuestros maridos también se hicieran amigos? Tal vez podríamos pasar las vacaciones en las tierras de los otros.

Me fuerzo a sonreír intentando igualar el entusiasmo de Marion mientras sigue hablando de fiestas en el campo, pero es imposible cuando mis problemas son tan diferentes de los suyos. Mi mente está en otra parte y me desplomo en el borde de la cama con el pulso latiéndome en los oídos.

—¿Y si nunca consigo volver? —murmuro, el pensamiento me forma un nudo en el estómago.

—No te preocupes, Hannah —dice Marion mientras se acomoda en el diván granate y dorado cerca de los pies de la cama—. Si hace falta, convocaremos a un ejército para prepararte a tiempo para el banquete.

Asiento tratando de contener el repentino torrente de lágrimas que amenaza con derramarse.

«Ojalá esa fuera mi verdadera preocupación».

Quince



Según Marion, no ha convocado a ningún ejército, pero lo parece, ya que los asistentes entran y salen a toda prisa del dormitorio con bandejas de peines y cepillos, baldes de agua caliente para el baño, flores secas, jabones y tentempiés que hacen que me ruja el estómago.

Una criada menuda asiente y sus delicados rasgos se tensan por la concentración cuando deja una bandeja dorada llena de bollos recién horneados, pastelitos cubiertos de glaseado y un cuenco de fruta fresca. Me suena su cara, es como si la hubiera visto en el bus o entrando y saliendo del edificio en el que están las oficinas de Posh Pulse, pero no logro ubicarla. Sin embargo, no es la primera vez que reconozco a alguien de mi mundo y probablemente tampoco será la última.

El acaramelado aroma azucarado de los dulces recién hechos flota en el aire, así que tomo una bocanada de aire y cojo un pastelito del tamaño de un chupito. Antes de empezar a mordisquearlo, porque estoy segura de que metérmelo todo en la boca no sería propio de una dama, otra doncella coloca otra bandeja dorada sobre la mesa delante del diván. Hay tazas altas y estrechas de porcelana con bordes dorados y platillos a juego decorados con pentáculos pintados a mano en la bandeja junto a una tetera esbelta y alargada con un pico acanalado y un pentáculo dorado en la tapa. Marion coge la tetera con movimientos elegantes y mesurados y vierte el chocolate en las tazas.

—Gracias. —Consigo sonreír al aceptar la taza que me ofrece Marion con el corazón retorcido por la ansiedad de estar atrapada en esta habitación cuando preferiría estar rebuscando por otras. Bebo un delicado sorbo de chocolate y el líquido intenso y aterciopelado me baja por la garganta. Por el momento, dejaré a un lado mis preocupaciones y haré todo lo posible por representar a una dama del reino de las Copas.

—¿Qué vestido crees que te pondrás esta noche? —pregunta pasando el dedo por encima de los pastelitos intentando elegir cuál comerse.

Parpadeo y paseo la mirada por la habitación. No sé dónde está el baúl y, de todos modos, tampoco he tenido tiempo suficiente de explorar los vestidos de lady Ashwood.

—No estoy segura.

—Hay tantas opciones que siempre cuesta elegir. —Marion suspira—. Recuerdo cuando elegir el vestido de la reina para una ocasión así nos llevaba todo el día. Las doncellas los mostraban todos, cada uno más bonito que el anterior. ¡Y las joyas! —Con gesto arrogante, muerde un bollo y se deja caer sobre los mullidos cojines del sofá—. Pero, por esta noche, podemos fingir que todo vuelve a ser como antes y darnos un capricho. Me encanta darme caprichos... —Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro antes de darle otro mordisco al esponjoso bollo.

—¿Cómo era antes? —pregunto sin estar segura de cuánto cotillear para ser la dama perfecta.

—¿Antes de que muriera el rey Lockhart y de que la reina se encerrara en sus aposentos para curar su corazón roto y amenazara con dejar la vida noble? —Marion mira hacia arriba, melancólica—. Supongo que la única constante es que las cosas cambian. A veces para mejor y otras para peor.

Parece librarse de su ensoñación y coge el cuenco de fruta. Sus dedos delgados se enroscan alrededor de media granada, cuyas semillas de color rubí brillan como joyas.

—Al menos, hay ciertas cosas que siguen igual —añade tendiéndome la fruta —. Las granadas del palacio son dignas de premio. O lo serían si en Pentáculos se celebrara un concurso para ver cuáles son las mejores granadas. Las cultivan

en el mismo arboreto que las peras. Son jugosas y deliciosas, las favoritas de lady Whitmore, la devoradora de granadas residente en la corte.

—¿Devoradora de granadas? —Se me escapa una carcajada. Cojo una de las frutas y paso el dedo por las gruesas semillas.

—Es como una langosta, las coge directamente de las ramas. Todo el mundo sabe cuándo llega la temporada de granadas porque lady Whitmore tiene los dedos siempre teñidos de carmesí.

Levanta la otra mitad de la fruta escarlata y saca uno de los granos antes de metérselo entre los labios.

—En lo que a adicciones se refiere, no es de las peores —comento mordiendo una semilla.

—No es como Alice con el láudano. —Marion se encoge de hombros con recato y delicadeza—. Pero eso, querida Hannah, es mejor dejarlo para otro momento.

Marion llama a la doncella más cercana con un giro de muñeca.

—Las joyas, por favor. —Su voz está teñida con un aire de realeza que no creo que pueda llegar a emular nunca.

La doncella hace una reverencia y desaparece en el vestidor.

Marion deja la granada y se limpia los dedos con delicadeza en una servilleta de lino. Se levanta del diván y se acerca al tocador dorado.

—La reina siempre dice que hay que elegir las joyas antes que el vestido, puesto que son la parte más importante del atuendo y no deberían quedar eclipsadas por simples telas —explica mientras vuelve la doncella con una gran bandeja forrada de terciopelo llena de joyas y horquillas.

Me da vueltas la cabeza por el vino, el azúcar y ahora esto. Me reúno con Marion en el vestidor y enrosco los dedos en las faldas mientras observo los delicados colgantes. Los zafiros y diamantes brillan como estrellas sobre el terciopelo negro y las cadenas de plata parecen colas de cometas. Las pulseras están dispuestas en hileras ordenadas con incrustaciones de aguamarina, lapislázuli y piedra lunar en el metal. Junto a ellas, relucen los brazaletes de oro con superficies grabadas con delicados patrones que se enroscan y se curvan como olas rompiendo en la orilla. Entre las joyas hay horquillas con

incrustaciones de perlas y zafiros, así como pendientes que cuelgan de pequeños ganchos de plata y que van desde zafiros en forma de lágrimas hasta racimos de delicadas perlas.

Se me corta la respiración, pero me esfuerzo por mostrar una máscara neutra.

«Se supone que todo esto es tuyo, Hannah. Esto debe de ser normal».

He de mantener la compostura y ocultar el hecho de que esta colección de joyas que vale más que mi vida entera me ha dejado atónita y sin palabras. Porque en mi vida, o más bien en la vida de lady Ashwood, esto es solo una fracción de lo que puede contener mi elegante guardarropa en el palacio de Copas.

Miro a Marion, cuya mano se desliza sobre la colección de joyas con el mismo gesto sutil que ha hecho antes para elegir un pastelito.

—Este es precioso, Hannah. —Sonríe y elige un colgante. La cadena cuelga de sus dedos y los diamantes reflejan la luz.

—Sí, es muy bonito —afirmo con el corazón latiéndome con fuerza—. Pero quizá debería elegir algo más sutil. —Señalo una cadena de plata con un único zafiro brillante como colgante.

—¡Tonterías! —Se ríe—. Haz algo inesperado, Hannah. Sorpréndete. —Marion levanta otro collar llamativo y las joyas gotean entre sus dedos—. Que la sombra del deber no eclipse el sol que eres. Me lo enseñó la reina cuando llegué a la corte. Me cambió la vida por completo.

Una punzada de reconocimiento se retuerce en mi pecho, las palabras resuenan con la brillante cubierta rosa pálido del libro de autoayuda que tenía al entrar a El Tarot Crepuscular y las Artes Curativas de Luna. La comprensión me aplasta como una manta cálida, pesada y familiar.

¿Hay una posibilidad de que la Torre no cometiera ningún error? ¿La emperatriz encontró a la persona adecuada y estoy donde debería estar? ¿Caer a Towerfall no fue un accidente?

«No, Hannah, debe de ser un error. ¿Qué podrías ofrecerle tú a Pentáculos que no tenga ya?».

Marion elige unas clásicas horquillas de perlas para combinar con el discreto collar que insisto en elegir y se las entrega a la doncella antes de aplaudir y

ponerse de puntillas por la euforia.

—Ahora el vestido.

Cinco doncellas muestran cinco vestidos diferentes uno al lado del otro en un deslumbrante degradado que va del azul más claro al más oscuro. Me fijo en el penúltimo, un vestido azul arándano con bordados plateados en el corpiño que recorren la tela como constelaciones. Me acerco a él y paso la mano sobre los delicados hilos, suaves y frescos bajo mis dedos.

—No hace falta que digas nada. —Marion hace un gesto con la mano y las otras doncellas se retiran con los vestidos—. Me basta con esa mirada.

—Me siento como una princesa de cuento de hadas.

Me invade una oleada de emoción y me pongo a dar vueltas con los brazos abiertos antes de dejarme caer sobre las capas acolchadas que cubren la cama. La habitación sigue dando vueltas a mi alrededor durante demasiado tiempo. Necesito tomarme un descanso del vino y beber algo de agua.

Mientras me recompongo y fijo la mirada en el dosel que tengo sobre la cabeza, Marion se sienta a mi lado en el borde de la cama.

—Somos bastante afortunadas de estar en el palacio. Aunque sea algo rígido.

Me incorporo sobre los codos.

—¿Por qué no te vas una temporada a tu casa del campo? Seguro que tu marido tendría que quedarse aquí para hacer su trabajo, pero parece que la reina ya no te necesita tanto como antes.

—Eso me encantaría, pero Highgate... —La sonrisa de Marion vacila y baja la mirada a las manos entrelazadas en su regazo—. Mi marido es un hombre complejo. Es bastante tradicional y muy... particular en ciertos temas.

Arqueo una ceja.

—¿Particular?

—Cree en los roles específicos y las responsabilidades. Hombres y mujeres, cada uno tiene su sitio. Y puede llegar a ser... muy firme en sus creencias. Tiene buena intención, de verdad. Pero tiene un modo muy estructurado de ver el mundo. Cree que así me protege y se asegura de que estoy bien cuidada. Y así es, lo estoy. Pero su preocupación puede llegar a ser... agobiante.

Quiero abrazarla, decirle que huiremos juntas al campo y que ningún hombre

volverá a decirnos nunca qué hacer, pero no lo hago. No puedo.

—Lo entiendo —digo en voz baja con una punzada de tristeza.

Marion fuerza una sonrisa más amplia y resopla.

—Sin embargo, Highgate es buen hombre. Es leal y fiable y el matrimonio no está exento de desafíos.

—Por supuesto —coincido—. Nadie es perfecto.

—Bueno, tu Ashwood casi lo parece. Al menos desde fuera. —Marion se ríe entre dientes y me da un codazo juguetón.

Mis mejillas me traicionan y se encienden con la mera mención de Kane.

—Es... complicado.

—¿Complicado? —Marion arquea una ceja—. ¿O puede que sea un matrimonio por amor?

—¡No lo amo! —espeto enseguida—. Quiero decir, sí que hay cierta atracción, pero no tiene nada que ver con el amor.

—Con amor o sin él, debes de estar muy contenta de tener a Ashwood calentando el otro lado de la cama.

La vergüenza se me extiende por el cuello.

—Supongo que sí que es agradable de mirar.

—¿Agradable de mirar? Hannah, ese hombre es prácticamente un dios. A su lado, Highgate es una vergüenza. Aunque nuestro rey Lockhart de cabellos dorados podría competir con Ashwood en lo que se refiere a apariencia. Bueno, si te van los rubios. No son lo mío.

La joven doncella entra desde el vestidor y carraspea.

—Si está preparada, milady...

—Y aquí es donde me despido. —Marion suspira—. Si no lo ha hecho ya McDougall, me aseguraré de que nos sienten juntas en la cena. No me gustaría que pasaras la velada sin saber todo lo que hay que saber sobre todos los presentes.

—Gracias, Marion. Estaría totalmente perdida sin ti.

Desde que he llegado al palacio, nada ha ido según el plan, pero Marion es lo único que no cambiaría.

—Soy yo quien debería darte las gracias a ti, Hannah. Hacía años que no me

divertía tanto. —Marion sonríe y sus rizos rebotan mientras se dirige a la puerta —. Y lo de las granadas iba en serio. —Se detiene con una sonrisa juguetona en los labios—. Cómelas mientras puedas. En cuanto lady Whitmore descubra que han madurado, se agotarán.

En cuanto se cierra la puerta detrás de lo más parecido a una amiga que tengo en este mundo (o en cualquier mundo últimamente) trago saliva con un nudo de anticipación en el pecho. Asiento y respiro profundamente preparándome para lo que venga después de la preparación para un banquete real.

La doncella y su asistenta me acompañan al vestidor que sirve como antesala entre el amplio dormitorio y el enorme cuarto de baño. Me desvisten y el aire frío me roza la piel desnuda, lo cual hace que se me ponga la carne de gallina mientras trato de disimular mi incomodidad y fingir que estoy perfectamente acostumbrada y que me parece bien que me ayuden a quitarme la ropa.

—Gracias —murmuro con la voz tensa intentando ocultar la cicatriz dorada y la prueba de la magia de Kane mientras la joven asistenta me ayuda a ponerme una suave bata.

—No es molestia, milady —contesta la doncella y me indica que me siente delante de un espejo y un tocador.

Observo mi reflejo y mi atención se dirige a los círculos oscuros que tengo debajo de los ojos y a los mechones de cabello encrespado que me enmarcan el rostro.

—Estoy hecha un desastre —farfullo con los hombros hundidos.

—No es cierto, milady —responde la doncella—. Puede que esta no sea la temporada más brillante y glamurosa de milady, pero eso no implica que esté hecha un desastre. Solo es diferente a lo que milady está acostumbrada y el cambio es hermoso a su manera.

—Eso es muy agradable. —Se me dibuja una auténtica sonrisa en los labios.

Me roza el hombro con la mano en un gesto leve y reconfortante.

—Pronto estará preparada para el banquete, milady. Paso a paso.

Asiento con las manos en el regazo.

—Paso a paso —repito. Cojo aire nuevamente para aliviar la tensión de los hombros. Este mundo es diferente, extraño, pero también es hermoso a su manera.

—Esto puede ser un poco incómodo. —Empuña el cepillo como un arma y ataca mi pelo. Los tirones me envían escalofríos por el cuero cabelludo mientras me desenreda y alisa los mechones.

Abre unos cuantos frascos y los agita delante de su nariz. El aroma a lavanda impregna el aire, mezclado con la sutil fragancia del jazmín y cada nota es un susurro del esplendor de los jardines del palacio. Se aplica unas gotitas de aceite en la palma y me peina con los dedos.

El cepillo se desliza entre mis mechones suaves y brillantes y los separa en tres secciones con sus hábiles manos. Me quedo todo lo quieta que puedo mientras me teje una intricada trenza por la espalda que me acaricia la columna como una cuerda de seda. Cuando termina, recoge el largo restante y lo envuelve en un moño apretado que parece un capullo de rosa y lo sostiene con las horquillas de perlas en la nuca.

La doncella se retira al dormitorio y me deja en el tranquilo lujo del espacio. Emana calor desde el baño y el vapor empaña el espejo. Miro por encima del hombro y veo la humeante bañera de cobre, cuyos lados reflejan la luz de las velas. La asistenta se ocupa de la bañera y vacía un último balde de agua caliente antes de esparcir flores de lavanda por toda la superficie.

—Milady, el baño está listo. —Se acerca con un asentimiento respetuoso y me levanto para que me ayude a quitarme la bata.

Me guía de la mano hasta el agua y me sostiene mientras entro en la bañera. Dejo escapar un suspiro cuando la calidez me envuelve y el vapor me empaña la cara mientras me hundo en el agua.

La doncella principal vuelve con el cuenco de granadas y una copa de vino tinto. Deja la fruta y la copa en la mesita que hay junto a la bañera y su asistenta atraviesa rápidamente la habitación para colgar la bata y apilar toallas mullidas en el banco junto a la pared del fondo.

—Si milady no necesita nada más... —La asistenta coge el balde vacío y se coloca un mechón de cabello humedecido por el vapor detrás de la oreja.

—Estoy más relajada que nunca —respondo y me apoyo en el respaldo alto de la bañera.

—Muy bien —dice la doncella con una leve reverencia—. Volveré antes de que se enfríe el agua para ayudarla a vestirse para la cena.

Las dos desaparecen en la nube de vapor, se retiran de la habitación y cierran la puerta en silencio tras ellas.

El agua me lame la piel, el vapor se eleva a mi alrededor y, por un momento, me permito abandonarme en la decadencia y cojo la copa de vino. Tomo un sorbo y dejo escapar otro suspiro de satisfacción antes de hundirme aún más en el agua con el calor filtrándose en mis huesos.

Cojo la granada más cercana, las flores de lavanda secas me hacen cosquillas y se me pegan al brazo mientras saco un grano de color rubí y me lo meto en la boca. El jugo ácido estalla en mi lengua y, antes de tragármelo, ya estoy sacando más semillas.

«Este no es tu sitio, Hannah».

El pensamiento me golpea y dejo caer la fruta en el agua mientras la tensión se me acumula en el pecho.

Puede que este mundo esté lleno de lujos y belleza, pero no es el mío. Me trago el persistente sabor amargo de la granada. Este no es mi sitio. Y, definitivamente, esta no es mi vida.

Bebo otro trago de vino para ahogar ese pensamiento. Tengo que interpretar un papel, el papel de lady Ashwood, si quiero tener esperanzas de volver a casa.

«Paso a paso», me recuerdo a mí misma enroscando los dedos alrededor de la copa.

«Paso a paso».

Dieciséis



Puede ser que el vino esté hablando por mí o el hecho de que esté realmente relajada por primera vez en, bueno, tal vez en mi vida, pero esta es la mejor granada que me he comido nunca. Meneo los dedos de los pies mientras saboreo la dulzura ácida de la fruta felizmente inconsciente del mundo más allá de los confines de cobre de la bañera. El zumo cae en cascada por mi pecho, creando un pegajoso desastre escarlata que se mezcla con los brotes de lavanda que perfuman el aire y flotan lánguidamente en la superficie de la bañera, pero estoy demasiado relajada para preocuparme.

La puerta del cuarto de baño se abre sin hacer ruido, el vapor se desplaza y envía una ráfaga de aire fresco a través de la bruma. Siento que solo llevo unos minutos en la bañera, pero no tengo móvil ni reloj, así que es difícil saberlo con seguridad. En cualquier caso, salir de esta bañera es lo último que quiero hacer.

—Supongo que esto es lo que significa «el tiempo vuela cuando lo estás pasando bien» —le digo por encima del hombro a la doncella que ha vuelto para asegurarse de que no me convierto en una pasa empapada—. En realidad, no sé si ese dicho existe aquí. En este reino, quiero decir. Debe de ser algo que decimos en Copas.

Con la granada fresca todavía en la mano, me agarro a un borde de la bañera para ponerme de pie de espaldas a la sirvienta. El agua se desliza por mis suaves curvas y salpica silenciosamente la bañera.

—Ya entiendo la obsesión de lady Whitmore con esto —digo antes de meterme otra semilla en la boca y mirar hacia abajo a los riachuelos escarlatas que pintan mi pecho—. Aunque comer en la bañera ha sido una idea terrible.

Me giro para mirar a la asistenta y ahogo un grito. Una oleada de calor que no tiene nada que ver con el agua de la bañera me invade.

Kane está ahí parado, la tenue luz de las velas delinea el contorno de su grueso cuerpo. Por un momento, su mirada captura la mía y simplemente nos miramos el uno al otro. Entonces, esa sonrisa escandalosamente dulce se dibuja en sus labios y su ojo oscuro me recorre el cuerpo. Su mirada es una caricia que se detiene en cada centímetro de mi piel expuesta. El corazón me da un vuelco y se acelera, golpeándome el pecho. Cada centímetro de mí está caliente y palpita cuando se pasa la lengua por el labio inferior y su mirada arde con puro deseo.

—Suficientemente dulce para comérselo —murmura en un gruñido grave y áspero que me recorre la espina dorsal.

Mi agarre se afloja y la granada se me resbala de la mano antes de caer en la bañera con una salpicadura que me baña los muslos desnudos.

—Joder, he mojado todo —murmuro con las mejillas ardiendo.

—¿Necesitas ayuda?

Siento una presión en el pecho, el calor de sus palabras me abrasa.

—Solo... se me ha caído la granada.

Se ríe y su mirada oscura y depredadora desciende por mi pecho hasta detenerse en mis senos desnudos.

—Ahí tienes dos granadas muy respingonas y sabrosas.

Un rubor más intenso se extiende por mi cuerpo desnudo y arde en un rosa vivo mientras vuelvo a sumergirme en el agua. Se acerca más. El aroma a pino y humo de leña que desprende me hace la boca agua.

—Kane, deberías... —empiezo, pero al levantar la vista, trago saliva y mis protestas se evaporan cuando desliza la mano por la abultada erección que presiona sus ajustadas calzas.

Siempre acabo con una polla en la cara.

«Aunque la de Kane parece mucho más grande que la anterior...».

El corazón me martillea el pecho, cada latido retumba bajo mi piel. El calor

se acumula en mi vientre, en la zona más baja y profunda, y tengo que morderme con fuerza el labio inferior para no gemir mientras imagino esa misma mano trazando las curvas de mi cuerpo, sus labios contra los míos, su boca caliente y hambrienta saboreándome, reclamándome.

«No seas una desesperada, Hannah».

El pensamiento es una intrusión aguda y repentina que desgarra el calor que se retuerce en mi pecho. Cierro los ojos a presión y enrosco los dedos alrededor del borde de cobre de la bañera mientras me trago a la fuerza la necesidad que me lame en oleadas de calor ardientes.

«No le desees más de lo que él te desea a ti. Siempre confundes las hormonas, el placer y el sexo con sentimientos verdaderos y siempre te acaban haciendo daño».

Con una respiración temblorosa, obligo a mis párpados a abrirse y mi mirada se desvía hacia el rostro de Kane y el parche que protege uno de sus malvados ojos mientras el otro brilla con hambre. De alguna manera, siento que la habitación ha encogido y su presencia me hace sentir claustrofobia, como si el espacio entre nosotros se hubiera condensado en algo tangible y hubiera cobrado vida entre el calor, el vapor y los embriagadores aromas de la lavanda, el vino y las granadas.

El brillo en el ojo de Kane me hace temblar mientras él reclama la distancia que nos separa y se arrodilla junto a la bañera. Su mano enorme se sumerge en el agua, los músculos de su antebrazo se flexionan mientras envuelve con los dedos la granada que se mece en la superficie. Coge la fruta y la saca de la bañera. El agua se desliza por la piel escarlata de la fruta, las gotas caen en cascada por los lados mientras la sostiene justo por encima de la superficie del agua. Hace una pausa sin dejar de mirarme y la habitación parece contener la respiración.

Con un movimiento lento y decidido, Kane introduce dos de sus gruesos dedos en la suave pulpa de la granada. El zumo comienza a fluir, derramándose sobre sus dedos y manchándolos con su rico y vibrante carmesí a medida que ahonda la penetración. Finalmente, la granada cede a su tacto con las semillas brillantes al descubierto.

Gira la mano para dejar que el zumo gotee en un tentador y lento arroyo de

vuelta a la bañera, mientras el aire que nos rodea se espesa con la dulzura del jarabe.

—Dime, cervatilla, ¿tu fruta está siempre tan húmeda? —La mirada de Kane, oscura e implacable, permanece fija en la mía.

El calor me sube por el cuello, pero me niego a apartar la mirada.

—Solo cuando está madura.

Sus labios se entreabren ligeramente, un indicio de sonrisa juguetea en las comisuras.

—Deberías haberte quedado antes... conmigo. —Levanta los dedos, resbaladizos por el zumo de granada. Observo, paralizada y con una ola de calor recorriéndome el cuerpo, cómo lame lenta y deliberadamente las semillas de sus dedos.

Me inclino hacia delante, atraída por el tortuoso deslizamiento de su lengua sobre cada perla escarlata.

—Dime que deberías haber sido una buena chica y haberte quedado aquí conmigo. —Cada palabra que pronuncia tensa los hilos de lujuria que nos mantienen atados y me acercan cada vez más al borde de la rendición.

Kane vuelve a hundir los dedos en la pulpa para sacar más y me acerca las semillas a los labios.

—Dímelo, cervatilla. —La exigencia me recorre por dentro hasta llegar a las extremidades.

—De... debería haberme quedado. —Las palabras son un susurro sin aliento atrapado en mi garganta.

—Esa es mi chica. —Kane presiona la fruta contra mis labios. Inclino la cabeza hacia atrás mientras hunde los dedos en mi boca.

Mi lengua roza las ásperas yemas de sus dedos y el sabor salado de su piel me embriaga al mezclarse con la dulce acidez de la granada. El zumo gotea desde mis labios, me recorre el cuello y se acumula en mis clavículas.

—Sabes cuál es tu sitio. —Sus palabras me acarician la mejilla, cargadas de una posesividad que me provoca anhelo. Me recorre el cuello con dos dedos teñidos de escarlata dejando un rastro carmesí pegajoso que casi quema sobre mi piel sensible—. Se supone que los baños deben ser purificadores —dice mientras

recorre el hueco de mi clavícula—. Pero, mi querida cervatilla, tú solo te has ensuciado más.

Se me entrecorta la respiración cuando su tacto se desliza por mi pecho y sus ásperas yemas rodean mi pezón en círculos lentos y seductores que provocan latidos de calor entre mis muslos.

Jadeo y me arqueo hacia delante, mi cuerpo anhela más de su tacto, más de él.

Sus dedos se alejan de mi piel y dejan tras de sí un cosquilleo dulce y pegajoso mientras hunde la mano en el agua de la bañera. El cálido líquido se arremolina, enviando olas que chocan contra mí y rozan suavemente mis pechos doloridos.

—Has hecho un desastre, ¿verdad?

Encuentro su mirada, oscura e intensa, y asiento con la cabeza mientras mis labios se separan y respiro temblorosamente.

—Y necesitas que te limpien. —Sus dedos reanudan sus tentadores movimientos en el agua, agitando suavemente la superficie, creando suaves y cálidas olas que se abren en abanico y bañan mi piel.

El calor de mi vientre se retuerce y se enrolla en un nudo de deseo. Vuelvo a asentir con un gemido atrapado en la garganta.

—Dímelo, cervatilla —me incita, con la voz cargada de tentación—. Sé una buena chica y dime que necesitas que te lama hasta dejarte limpia.

—Kane...

La puerta de la habitación se abre de golpe y la repentina intrusión rebana la cruda necesidad que flota caliente y dulce dentro de la habitación.

—Milady. —La voz de la doncella revolotea a través del vapor como un pájaro sobresaltado mientras presiona el vestido recién planchado contra su pecho con la mirada perdida entre Kane y yo.

La entrada de la doncella es una salpicadura fría, un abrupto recordatorio de dónde estamos y quiénes fingimos ser.

—Disculpen. No... no pretendía interrumpir —balbucea con las mejillas ruborizadas—. Voy... voy a encargarme de otros asuntos. —Gira sobre sus talones, lista para escapar, pero no puedo dejar que se vaya, no cuando su

interrupción me ha impedido llevar a cabo el error que me atrae y a la vez me aterroriza cometer.

—No, espera, por favor, quédate —grito con una voz más firme que mi estado—. Ashwood y su erección ya se iban.

Se queda congelada con el cuerpo rígido y los ojos muy abiertos mientras me devuelve la mirada.

—En realidad esperaba correrme, no irme. —La voz de Kane atraviesa el aire espesado por el vapor y su sonrisa diabólica se ensancha.

La criada, muerta de vergüenza, suelta un chillido.

—Milord —le regaño—, creo que está hablando de forma inapropiada.

—La próxima vez, habrá menos palabras. —Mientras se levanta y se pone de pie, saca la mano del agua. Las húmedas yemas de sus dedos rozan mi duro pezón como una ligera pluma—. Y más acciones.

Levanto la barbilla en señal de desafío a pesar del deseo que palpita en mi interior.

—¿Me está amenazando, lord Ashwood?

Los labios de Kane se curvan, en parte sonriendo, en parte seduciendo.

—Considéralo una promesa que estaré encantado de cumplir.

La doncella, de cuya presencia casi nos hemos olvidado, se estremece ante el intercambio y mantiene los ojos fijos en el suelo de baldosas mientras murmura una disculpa nerviosa y se aparta rápidamente para dejarlo pasar.

Kane se queda en la puerta, su mirada arde con una intensidad que podría convertirme en cenizas.

—Lady Ashwood se vestirá en el dormitorio.

—Sí, milord —responde mecánicamente la criada antes de retirarse apresuradamente al vestidor para preparar el vestido.

Apenas puedo dar sentido a mis pensamientos dispersos con el latido acelerado de mi corazón y el calor de la tensión no resuelta que me estremece la piel. Respiro profundamente, me tapo la cicatriz dorada y me sereno mientras la doncella vuelve a entrar por la puerta para ayudarme a salir de la bañera y envolverme con una toalla caliente.

Mis rodillas son mantequilla blanda mientras camino por el vestidor, la

alfombra de felpa amortigua mis pasos. Kane está de pie junto a la ventana, su silueta enmarcada contra el intenso naranja de la puesta de sol que se filtra a través de las pesadas cortinas, cuyo tejido burdeos brilla como llamas de fuego por los bordes. Se gira cuando entro y su ojo oscuro se cruza con los míos y los atraviesa con su calor ardiente.

Después de la calidez del baño, siento el aire frío del dormitorio como un golpe brusco contra mi piel húmeda, su frescura me provoca un hormigueo en los brazos. La doncella comienza su trabajo secándome el cuerpo a palmaditas con la toalla suave y esponjosa que absorbe la humedad sobrante del baño con los rápidos toques.

La presencia de Kane es imponente, el peso de su mirada persistente, pesada e intencionada me cala hasta los huesos. Intento ignorar la forma en que me abrasa la piel, la forma en que hace arder mis venas y se extiende por mi vientre, pero ahora mismo me tiene cautiva.

Una vez que estoy seca, la doncella se hunde en el suelo y desliza unas medias de seda negra por cada una de mis piernas antes de colocar una banda bordada en la parte superior de las medias a la altura de mi muslo, donde las abrocha.

No sé si Kane murmura su aprobación o si puedo oír mi pulso entre las orejas mientras la criada se aleja y vuelve con una camisa de algodón. La sostiene en el aire, su tejido es fino como la gasa y translúcido a la tenue luz. Deslizo los brazos por las mangas, el algodón roza mi piel como una ligera brisa.

—Lady Ashwood irá sin camisa ni ropa interior. —La orden de Kane atraviesa el aire y la doncella y yo nos detenemos antes de que pueda meter la cabeza por el cuello de la camisa.

Las manos de la doncella tiemblan ligeramente con el algodón agarrado. Desvía la mirada entre Kane y yo antes de quitarme la camisa lentamente y apartarla.

—Su corsé, milady. —Habiendo recuperado la compostura, alcanza la prenda y me coloca la seda y las ballenas alrededor de la cintura.

Se me corta la respiración cuando la fría tela me envuelve. Sus dedos se mueven con rapidez mientras abrocha la parte delantera antes de pasar a atar la

espalda. Tira de los cordones con fuerza y el corsé se amolda a mi cuerpo acentuando la suave curva de mis caderas y la elevación de mi pecho y otorgándome la postura de una *prima ballerina*.

La atención de Kane no vacila y se me pone la piel de gallina mientras me mira a través de sus oscuras pestañas.

—Más apretado. —La exigencia de Kane interrumpe el suave susurro de los cordones.

La doncella hace una pausa, sus manos vacilan.

—No apretamos tanto los corsés, milord.

Me aclaro la garganta y encuentro mi voz, las palabras salen de mi boca automáticamente.

—Haz lo que dice.

Al otro lado de la habitación, los labios de Kane se curvan en una sonrisa de admiración.

Suelto un largo suspiro y la criada vuelve al trabajo. Con cada tirón, el corsé se tensa. Las rígidas ballenas me aprietan la espalda y los costados y me provocan una sensación entre el placer y el dolor.

Con cada tirón de los cordones, el deseo de Kane me envuelve con la misma fuerza. Su mirada nunca abandona los contornos de mi cuerpo. La habitación se calienta y el aire se espesa con una necesidad silenciosa que se aferra tan estrechamente como el corsé.

—Ahora el vestido —ordena con una voz grave y áspera.

Con un rápido asentimiento, la doncella se retira al vestidor, dejándome inmóvil, esculpida y expuesta.

—Estás... —empieza Kane mientras da vueltas a mi alrededor lentamente.

Mis pechos se hinchan y se salen del corsé con cada latido de mi corazón y cada pequeña bocanada de aire. Quiero complacerlo más de lo que pensaba. Quiero que me desee.

—Estoy...

—Casi perfecta —concluye.

Me estremezco involuntariamente cuando me pasa un dedo por la parte baja de la espalda, donde los cordones del corsé están atados en un fuerte nudo.

La doncella vuelve a entrar y Kane se aleja y se apoya en uno de los postes de la cama, donde los músculos se le tensan contra la camisa cuando cruza los brazos sobre su ancho pecho. Levanta el precioso vestido y lo ajusta sobre mis curvas recién moldeadas. Cae sobre mí como una cascada de terciopelo azul oscuro y Kane observa cómo cada ondulación de la tela se derrama sobre mi figura.

—Deja las joyas —dice cuando la doncella se acerca al tocador y levanta el collar elegido de la bandeja—. Ella las eclipsa a todas con su brillo.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal, cada centímetro de mi piel está bajo su mirada. Aunque estoy completamente vestida, él me hace sentir completamente desnuda, más expuesta que cuando estaba sumergida en la bañera. No puedo ocultar el rubor de mis mejillas o la aceleración de mi respiración. No puedo ocultar el efecto que este hombre tiene sobre mí.

Cuando la doncella sale, dejando un rastro de suaves pasos tras ella, Kane se acerca y susurra solo para mí:

—Un trofeo impresionante, sin duda.

Se gira para ofrecerme el brazo y apoyo la mano en el hueco de su codo. Siento escalofríos con solo el sutil roce de su manga contra mi piel.

—¿Estás lista, cervatilla? —pregunta Kane mientras me guía a través del umbral de la puerta hacia donde McDougall nos espera al final de la escalera.

Respiro profundamente y siento cada puntada del corsé morderme suavemente la piel, cada mirada de su ojo oscuro.

—Estoy lista para todo lo que venga.

El brazo de Kane se tensa bajo mi mano.

—Bien —murmura—, porque todo es precisamente para lo que debes estar preparada.

Diecisiete



El corazón me late a un ritmo frenético cuando McDougall anuncia nuestra llegada al banquete y Kane y yo entramos al gran salón-comedor como si tuviéramos todo el derecho de estar ahí. Para los lords, las damas y todo el personal presente, así es. Seguimos a un joven de brillante cabello castaño recogido en una coleta en la base del cuello que me recuerda a Kane antes de transformarse en un lord que recibe miradas de respeto y gestos de aprobación a medida que nos dirigimos a nuestros asientos asignados.

Kane me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y relajo su agarre del brazo, aunque ligeramente. El corsé me aprieta, respiro de manera entrecortada y me centro en inhalar lenta y profundamente aspirando el aire impregnado del aroma de la carne asada con especias.

Los candelabros de cristal llenos de velas proyectan un suave resplandor sobre el comedor e iluminan el espacio como si fuera miel líquida. Hay ricos tapices cubriendo cada centímetro de las paredes de seis metros de alto, flores frescas formando cascadas desde jarrones esculturales y manteles de hilos dorados en cada mesa que caen por los costados y dibujan brillantes charcos en el suelo pulido mientras la nobleza se relaciona a nuestro alrededor. Me siento como si estuviera dentro de una escena de una serie de HBO que ha costado un millón de dólares.

—¡Ashwood! —nos llama Marion con un gesto de la mano. A su lado, lord

Highgate se termina la copa de vino y pide otra.

Kane y yo encontramos nuestros asientos al lado de mi nueva amiga y de su marido cerca de la curva de la U que forman las mesas, lo que nos proporciona un punto de vista privilegiado del espacio central reservado al entretenimiento.

—Justo como sospechaba —dice Marion levantando la copa—. McDougall ya nos había sentado juntas.

Le devuelvo una sonrisa enclenque y hago una mueca cuando se me clavan las ballenas del corsé al sentarme. Kane debe de haberse dado cuenta, puesto que me pone la mano en la espalda y recorre con los dedos los cordones de debajo del terciopelo. La piel me hormiguea y se me calienta, el dolor desaparece bajo su tacto.

Me aclaro la garganta y cojo la copa intentando distraerme con un trago de vino de color burdeos.

«Relájate, Hannah. No puedes quedarte en este mundo, así que permítete divertirte un poco sin mezclar las emociones. No es que se te dé demasiado bien obviar los sentimientos, pero míralo».

Dirijo la atención a él. El cáliz plateado bordado en el parche de su ojo refleja la luz de las velas cuando se gira y su mirada se cruza con la mía.

Es un monumento hermoso, desafiante y delicioso y seguro que puede hacer cosas maravillosas con esos dedos.

Los labios de Kane se estiran en una sonrisa oscura y lasciva y no le hace falta decir nada para que me dé cuenta de que sus sentimientos siguen la línea de los míos. Cruzo las piernas, aprieto los muslos y doy gracias por las capas de tela que me cubren.

La risa de Marion tintinea como campanas y me esfuerzo por apartar los pensamientos de las manos gruesas y ásperas de Kane y de cómo me miraba mientras me apretaban el corsé.

—Aunque es una lástima que no vaya a venir la reina —comenta Marion y me da la sensación de que me he perdido la primera mitad de la conversación—. Es imposible hacer que cene en compañía de poca gente, mucho más que venga a un banquete.

—La reina —murmuro. Mi cerebro necesita algo de tiempo para cambiar de

la fantasía a mi nueva realidad.

—Pero no te preocupes, me he encargado de que lord Ashwood y tú podáis reuniros con ella mañana. Un encuentro íntimo. Al menos, así empezará. —Deja la copa y mira fijamente al otro lado de la mesa mientras una elegante morena se sienta frente a Kane con una pluma de avestruz saliendo de su cabello recogido como si fuera un pollo a medio desplumar.

Antes de que pueda decidir si quiero que Marion empiece a ponerme al día de algún drama relacionado con la morena, la voz de McDougall resuena por todo el salón y se hace un pesado manto de silencio.

Los empleados se toman una pausa y dejan de rellenar las copas de vino y de colocar sillas con la espalda rígida y la barbilla levantada mientras todas las miradas se dirigen a los recién llegados que entran al resplandor de la luz de las velas. Me he perdido la presentación de McDougall. No es que fuera a sonarme ningún nombre, pero es imposible no captar la importancia de los recién llegados. Estiro el cuello para ver mejor a través de la pluma de avestruz de la cabeza de nuestra vecina.

—¿Quién es? —Mi susurro es como una ola rompiendo el silencio, pero no tengo tiempo de avergonzarme.

La mano de Kane se tensa alrededor de la copa de cristal, se le ponen los nudillos blancos y la ira se enrosca a su alrededor con tanta fuerza como los cordones de mi corsé cuando las dos siluetas atraviesan el umbral. El cristal se rompe con un agudo crujido, los fragmentos caen sobre el mantel de lino y brillan como estrellas sobre un cielo teñido de vino. Frente a mí, Pluma de Avestruz grita. Las cabezas se giran, las miradas se dirigen a nosotros el tiempo justo para evaluar que nuestra emoción se ha visto trastocada por quien sea que acaba de llegar.

Mi mano vuela hasta el puño de Kane, tiene sangre entre los dedos. Permanece en silencio, inmóvil, con la mirada fija en la entrada.

—¿Va todo bien? —Aprieto el agarre para atraer su atención—. Kane, ¿estás bien?

Baja la mirada a nuestras manos.

—Lo estaré —murmura. Sus palabras casi quedan ahogadas por el creciente

alboroto de las conversaciones cuando la estancia reanuda su actividad.

Desdoblo mi servilleta, guío su mano a mi regazo y envuelvo la tela de color crema alrededor de su palma cortada.

—¿Se encuentra usted bien, lord Ashwood? —pregunta Marion por encima de mi hombro—. Sin duda, parece que el cristal del reino de las Copas está hecho de un material más fuerte que el nuestro.

—Sí, eso parece. —Noto su mano rígida contra mis faldas mientras ato los extremos de la servilleta.

Kane retira la mano sin mirarme a los ojos y se inclina para dejar espacio al personal que se apresura a limpiar los cristales y a eliminar cualquier evidencia de su error.

—Ya está aquí. —Marion se inclina hacia mí y señala más allá de Pluma de Avestruz—. Nuestro rey de cabello dorado. Él es quien ha causado todo el alboroto.

Me muevo en el asiento y me estiro por encima de los centros de mesa para echar un vistazo. Solo he visto a reyes en retratos y Alderic no se parece en nada a los ancianos rechonchos y arrugados que salen en los libros de texto. El rey de Pentáculos se parece más a los *quarterbacks* altos y musculosos de los romances de fútbol americano que tengo en el Kindle. Sus ojos de un azul casi neón atraviesan la multitud como fragmentos de hielo y su pelo es lo más cercano al dorado que puede ser el rubio. Una corona descansa sobre su cabello iluminado por el sol reflejando el parpadeo de los candelabros, y su delicado diseño forma un círculo de pentáculos alrededor de su frente que combina con los que lleva bordados en las solapas y los puños del abrigo de terciopelo granate.

—¿Ese es el rey?

—Y el hombre que lo acompaña siempre —continúa Marion bajando la voz —. El único e inigualable Cuatro.

La contraparte del rey Lockhart aparece detrás de las plumas de avestruz explorando la estancia con una mirada profunda. Cuatro es un hombre fornido con la constitución ancha y la mandíbula cuadrada de un luchador implacable.

Aprieto los dientes con todos los sentidos en alerta, preparada para que Kane abandone las estrictas reglas que hemos establecido para mantener nuestra

tapadera y se abalance sobre su enemigo.

—Luego está Ivy. —Los brillantes labios de Marion se endurecen en una línea mientras señala con la cabeza a la mujer que desliza el brazo por los hombros de Cuatro mientras se dirigen a sus asientos en la cabeza de la mesa junto al rey.

El pelo de Ivy cae en una sedosa cascada rubia por los lados de su rostro cuando se sienta con elegancia en la silla. Su vestido nacarado de color crema brilla como la luz de la luna sobre el agua.

Alderic levanta la copa y me uno al brindis con quienes me rodean. Observo fijamente a Ivy mientras se coloca el pelo detrás de la oreja. El discurso de bienvenida del rey resuena a mi alrededor como ladrillos mientras me martillea el corazón y se me tensan los pulmones.

Stephanie.

Está aquí. Con Cuatro. En la cabeza de la mesa, a un asiento del rey.

Claro que es ella. Maldita Stephanie.

Consigo llevarme la copa a los labios y vaciar el contenido de un trago mientras los gritos de «¡por Pentáculos!» resuenan a mi alrededor.

Se oye una sola campana y dos filas de empleados entran al comedor con platos dorados en las manos. Llegan primero al lado de la mesa de Pluma de Avestruz, quien aplaude entusiasmada cuando dejan el plato sobre la mesa.

—¡Granadas!

Casi me atraganto con el vino y me obligo a tragar mientras Kane ríe entre dientes cubriéndose la boca con la mano vendada.

—Sí, lady Whitmore —añade Marion, ajena a mi apuro—. Creo que a todos nos sorprende que no haya sido la primera en enterarse de que las granadas ya han madurado.

Las dos mujeres comparten otra mirada intensa que elijo ignorar con la esperanza de poder pasar el resto de la comida sin pensar en Kane metiendo los dedos en la fruta.

Un asistente aparece por mi izquierda y deja un plato lleno de higos cortados, un medallón de queso de cabra sobre un foso de miel y un puñado de semillas de granada jugosas y relucientes.

—Parece que lady Ashwood y yo las encontramos antes que usted, lady Whitmore. De hecho, ¿qué te han parecido las granadas? —me pregunta Marion cortando un pequeño triángulo de queso bañado en miel—. ¿Estaban tan deliciosas como me imaginaba?

Siento que me pongo roja como una boca de incendios y sofoco otro ataque de tos con la mente medio sumergida en el calor del agua de la bañera y en los dedos deliciosamente dulces de Kane.

—Sí, totalmente deliciosas.

—¿Tanto te ruborizas por una fruta? —Marion me mira un instante y una sonrisa aparece lentamente en sus labios—. Lord Ashwood, ¿ha podido probar las deliciosas granadas de su esposa?

Por suerte, el tintineo de unos cubiertos sobre el cristal me salva de tener que pasar a trompicones por más conversaciones veladas sobre los detalles escabrosos de mi vida no del todo sexual. El rey carraspea y se levanta poco a poco. Se tambalea ligeramente cuando alcanza su altura máxima y Kane se tensa y se separa de su asiento como si fuera a saltar sobre la mesa para atrapar al rey Alderic antes de que caiga.

Pero en su lugar está Cuatro, que extiende una mano firme a la que el rey se aferra como si fuera un bastón.

El rey recorre a los invitados reunidos con una mirada azul y penetrante y empieza:

—Estos momentos en la mesa me recuerdan a tiempos pasados, cuando mi padre todavía estaba entre nosotros y el palacio se llenaba de risas y alegría.

La habitación se silencia con las palabras del rey y, de nuevo, busco la mano de Kane con la mía.

—Creo que ya ha pasado el tiempo suficiente, debemos salir del luto y volver a abrir el palacio. Traer de vuelta los festivales, las audiencias públicas, los bailes... ¡Devolvamos un poco de vida a estas piedras antiguas!

Se oye un murmullo de aprobación y prácticamente puedo sentir la emoción que desprende Marion con la mera mención de un baile.

—Con el debido respeto, majestad, debo desaconsejar tales acciones en este momento —interviene Cuatro y su voz corta el eco de emoción—. El palacio no

ha permanecido cerrado únicamente por el luto. Hay disturbios dentro del reino, tensión entre los aldeanos. Existe la posibilidad de que vean su vigor como una oportunidad para atacar.

Kane se tensa como si se estuviera preparando para recibir un golpe con la mandíbula rígida y con su mano vendada apretando la mía. Es como una tormenta gestándose en silencio.

El rey Lockhart se ríe entre dientes y le dirige una sonrisa deslumbrante a su fiel ayudante.

—Tienes un don para el dramatismo, ¿verdad, Cuatro? Tal vez tendríamos que haberte contratado como entretenimiento.

Las risas inundan el salón-comedor, pero Kane permanece rígido y callado. Sigo su mirada, fijada firmemente en Cuatro. El hombre fornido contrae los labios, se frota el índice y el pulgar y juraría que veo una chispa azul en las yemas de sus dedos.

A Alderic se le aflojan las rodillas y se desploma sobre su asiento. Las risas se cortan de golpe, la caída repentina del rey absorbe todo el aire de la estancia.

Esta vez, Kane se levanta junto con Cuatro y todos los demás hombres sentados a la mesa.

—Vuestro rey está bien —anuncia Cuatro con desdén mientras sujeta con la otra mano el hombro de Alderic—. ¿Verdad, majestad?

Alderic asiente con la cabeza en un gesto ebrio. Su corona de pentáculos se inclina a un lado y Cuatro la atrapa cuando cae de la cabeza del rey.

—Como ha dicho el rey, ha pasado bastante tiempo desde el último banquete. El vino no habrá sido diluido como su majestad esperaba. —La voz de Cuatro tiene una nota cortante que me eriza la nuca.

Al otro lado de Marion, lord Highgate se remueve, incómodo.

—Hablando de reabrir el palacio, quizá se podría considerar un enfoque mesurado —aventura con cautela—. Las invitaciones podrían ser selectivas y se podría reforzar la seguridad..., solo hasta que estemos seguros de las opiniones de la gente.

Cuatro aprieta los labios en una apariencia de sonrisa que hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo.

—Exacto, lord Highgate. La precaución es nuestra mejor aliada en estos tiempos inciertos.

Kane suelta una carcajada áspera y amarga.

—¿Tiene algo que decir, lord Ashwood? —pregunta Cuatro fijando los ojos entornados en Kane.

—Solo si el rey Lockhart desea escucharlo. —Se le contraen los músculos de la barbilla cuando le dirige a Cuatro una mirada fulminante, con un desafío tácito en los ojos.

—¿Y si no es así? —A Cuatro se le ponen los nudillos blancos cuando aprieta el puño alrededor de la corona de Alderic.

Se oyen sillas contra el suelo cuando los demás hombres se sientan de nuevo. Su atención oscila entre Kane y Cuatro.

Alderic se inclina hacia delante con los ojos azules brillantes.

—Me recuerda a alguien... A alguien que perdí...

La mirada de Kane se desplaza hacia el rey.

—La codicia no debería dictar el futuro de este gran reino, majestad. Hubo un tiempo en el que Pentáculos eclipsó a todos los demás y ahora...

—¿Ahora? —inquiere Cuatro.

—¿Ha salido de las puertas del palacio? Lo único bueno de Pentáculos está detrás de estos muros. Este palacio se ha convertido en un dragón anidado en su oro. —Kane señala la habitación dorada que nos rodea—. He estado con la gente. He visto que su reino está en decadencia. ¿No es por eso por lo que se han producido estas negociaciones comerciales? ¿Para fortalecer la débil alianza entre Pentáculos y Copas antes de que todo se desmorone?

Cuatro se eriza, tiene la frente perlada de sudor.

—No sabe nada sobre nuestro reino, lord Ashwood, y le pediría que no hable mal de Pentáculos, no vayamos a sospechar que es nuestro enemigo y ha venido a causar daño.

—Hay quien diría que el enemigo de Pentáculos ya estaba aquí mucho antes de mi llegada.

La mirada de Cuatro se oscurece y su sonrisa se retuerce en algo más siniestro.

—Todavía no hemos empezado nuestras conversaciones comerciales con usted, lord Ashwood y, tras una exhibición como esta, no puedo asegurar que vayamos a hacerlo.

—Las conversaciones como esta no le conciernen. ¿O acaso he cometido un error? ¿Es usted el rey?

La sangre gotea de un rojo rubí del puño con el que Cuatro aferra las puntas de la corona de pentáculos.

—Cuando se dirige al rey, se dirige también a mí.

Kane ríe de nuevo con voz cortante.

—Cuando me dirija a usted, Cuatro, lo sabrá.

Contengo el aliento al igual que todos los presentes con la mirada fija en los dos hombres. La tensión es como un cable eléctrico que escupe corrientes de calor a través del salón.

Justo cuando el sudor empieza a empaparme la frente, Ivy da una palmada. Marion y yo nos estremecemos y chocamos la una con la otra. Todo el salón exhala al mismo tiempo mientras Ivy grita:

—¡Basta, caballeros! —Apoya su delgada mano en el brazo de Cuatro y sonríe como la ganadora de un concurso de belleza—. No echemos a perder una velada perfecta por pequeñas rencillas. Me parece que es hora de divertirse, ¿no creen? —Le hace un gesto a McDougall, quien sale corriendo de la estancia sin pensárselo dos veces.

Instantes después, se abren las puertas de oro y entra una *troupe* de artistas. Los malabaristas lanzan cuchillos relucientes por los aires creando destellos plateados sobre sus cabezas que giran en arcos hipnóticos. Los músicos tocan una melodía ligera mientras los bailarines empiezan a dar vueltas.

Los nobles desvían la atención a los artistas a regañadientes. La tensión se suaviza, pero no desaparece por completo. Kane permanece de pie con la mirada fija en Cuatro. Lo cojo de la mano y tiro hacia abajo para que se siente.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

—Nada —murmura con el ceño fruncido por la ira apenas contenida.

—Vale, no me lo digas. Entiendo que no es el momento ni el lugar, pero recuerda que necesito seguir dentro del palacio. No hagas que nos echen por

meterte en una disputa política.

El rey Lockhart aplaude con un deleite infantil cuando los bailarines y los malabaristas concluyen la primera pieza y hacen una reverencia. El salón se une a los aplausos y, cuando empiezan a desvanecerse, los artistas se separan para formar un amplio pasillo en el centro del salón. Suena un violín con una melodía rápida y dramática que llena el salón con una nueva oleada de anticipación.

Las antorchas crepitan, las llamas proyectan sombras en el techo cuando aparecen dos tragafuegos. Los hombres avanzan por el pasillo, antorchas en mano, con los pechos desnudos empapados de sudor y unos radiantes ojos azules.

Una vez leí un artículo que decía que todos los que tienen ojos azules comparten un antepasado en común. No estoy segura de que sea cierto, pero estudio el perfil del rey Lockhart y de los tragafuegos, mientras estos se colocan en su posición y los bailarines y malabaristas salen en fila.

El primer tragafuegos inclina la cabeza hacia atrás y se acerca la antorcha a los labios. Espera durante un momento de silencio lleno de suspense y luego exhala enviando una columna de fuego al aire que brilla en cada superficie pulida. Los nobles emiten un jadeo colectivo y se reclinan mientras el calor se extiende por el salón. El siguiente artista hace lo mismo, pero su llama es aún más grande. El olor a aceite quemado impregna el aire. Se mueven con la gracia de los bailarines, sus cuerpos ondulan al ritmo del parpadeo y los saltos de las llamas que controlan.

Los tragafuegos se rodean entre sí con movimientos precisos y practicados. Justo cuando el baile parece alcanzar el punto álgido y la estancia resuena con el rugido de las llamas, uno de los tragafuegos rompe la coreografía. Se gira hacia la pared y escupe un torrente de fuego sobre los pesados tapices que revisten el salón.

—¡Por el pueblo!

La voz de su compañero es como un látigo. Sus brillantes ojos azules bailan con las llamas cuando se saca una daga de la cintura y se la arroja al rey.

Dieciocho



El grito gutural del rey Lockhart me perfora los oídos y me levanto en un instante. A mi alrededor, los nobles corren chillando con expresiones deformadas por el terror mientras el enorme comedor se convierte en una pesadilla de humo y llamas y el llanto de un rey herido.

—¡Coged al rey! —El grito de Cuatro apenas se escucha entre el caos, pero es suficiente para movilizar a los guardias. Se abren paso entre la confusión, sus armaduras pulidas reflejan el frenético baile de las llamas—. ¡Esto es lo que pasa cuando bajamos la guardia! Registrad el palacio. Registrad la ciudad. Traedme a todos los culpables de conspirar contra la corona.

El aire se llena de gritos, el rugido del fuego y los golpes del mobiliario rompiéndose con el avance de los guardias. Se cuelan entre la agitada multitud con una eficacia implacable, pisoteando a cualquiera que se interponga en su camino mientras rodean al rey para trasladarlo a un lugar seguro.

Las llamas se comen los ricos tapices, sus lenguas naranjas y amarillas los saborean con voracidad antes de devorarlos por completo. Se atiborran de las paredes y consumen los manteles de seda, dándose un festín digno de un rey.

Los gritos abrasan el aire, el festín está olvidado, abandonado mientras caballeros, damas y doncellas se apresuran a salir. La sala es un caótico remolino de fuego y humo, cuerpos y gritos. El calor me oprime la piel sudorosa, pero

estoy congelada. Kane me aprieta la mano y no sé cuánto tiempo lleva agarrándola, pero la conexión me hace entrar en acción.

Tropiezo con sillas volcadas y platos rotos mientras me arrastra detrás de él. Los ojos me escuecen y me lloran, pero sigo corriendo confiando en su firme agarre, en que me pondrá a salvo. Los cuerpos chocan contra mí desde todas direcciones y mi agarre se debilita a medida que la multitud crece como una ola rompiendo sobre las rocas.

—¡Kane! —grito, pero mi voz se pierde en la cacofonía.

Mi mano se separa de la suya y lo pierdo en el oleaje de cuerpos chocando entre nosotros.

—¡Kane! —grito su nombre de nuevo con la voz estrangulada bajo un manto de humo mientras el pánico estalla en mi pecho.

Me zarandean de un lado a otro como si fuera una boya en un mar tormentoso de pánico y caos. La aglomeración de cuerpos me empuja, pierdo el equilibrio y tropiezo hacia atrás. Agito los brazos y mis dedos chocan contra unas extremidades que se mueven con prisa. Finalmente, me golpeo con algo sólido. Mis ojos se encuentran con los de Cuatro, que arden con una despiadada luz azul que me hace desear haber caído al suelo.

Me suelta un gruñido grave y gutural y, con un violento empujón, mi deseo se cumple. Cuatro me envía directa contra las llamas y me golpeo la espalda contra la pared. Un calor abrasador quema los bajos de mi vestido. Con un zumbido aterrador, mis faldas se incendian.

Un grito se me atasca en la garganta mientras golpeo frenéticamente las llamas que trepan por mi vestido. Solo consigo avivarlas, el calor insoportable no ayuda en mi lucha por apagar el fuego.

El mundo se tambalea y da vueltas. Las lágrimas fluyen por mi cara y el humo me nubla la visión. La salida podría estar a kilómetros. La desesperación se apodera de mí mientras el fuego convierte mis faldas en cenizas y brasas. El humo me llena los pulmones y ahoga los sonidos de mis gritos mientras mi visión se vuelve borrosa y manchas oscuras bailan en los bordes de mi vista.

Una sombra se mueve entre la bruma. Me alcanza justo cuando se me doblan las piernas después de que el calor y el humo me quiten las últimas fuerzas. Me

balanceo, a punto de desplomarme, cuando unas manos fuertes me agarran por los hombros.

—¡Hannah! —Kane se quita la chaqueta y sofoca las llamas que queman mi traje. La tela está ardiendo y Kane no lo duda. Arranca la tela chamuscada de mi vestido y me coge en sus brazos. Me aferro a él con los dedos clavados en su camisa mientras se abre paso a través del salón lleno de gente y me protege con su cuerpo del calor más intenso.

A nuestro alrededor, los empleados y los guardias luchan por controlar el fuego con las caras manchadas de sudor y hollín. Armados con cubos de arena y agua, gritan órdenes elevando la voz por encima del silbido y el chisporroteo de las llamas moribundas.

Con un gruñido, Kane quita un brazo de alrededor de mí y su piel arde bajo las capas de ropa. Me muevo para saltar de su agarre y apagar las llamas que se han apoderado de él, pero me sostiene con más fuerza.

—Estoy bien, cervatilla. Todo irá bien.

A través de mi visión distorsionada por las lágrimas, percibo una luz que emana de la mano de Kane. Es amarilla brillante, casi indistinguible del caos del fuego, pero ya he visto ese tipo de magia antes.

—Estás apagando las llamas.

—He ayudado lo mejor que he podido —dice sin bajar el ritmo a medida que nos acercamos a la escalera principal.

—Debes volver. Apagarlo del todo.

—Me matarían por practicar magia, por tenerla en mi poder. Y he hecho más de lo que has visto. No se va a propagar más, pero debemos escapar del humo.

Me aferro a él con los brazos alrededor de su cuello y la cara contra su pecho. Sus músculos se tensan con cada paso, pero su respiración se mantiene firme a pesar del esfuerzo. La escalera se desdibuja bajo nosotros a medida que sube. Cuanto más subimos, más fresco es el aire, ya que el pesado humo no puede seguirnos al santuario de las plantas superiores.

Llegamos a nuestra habitación y Kane abre la puerta de una patada sin detener su avance. Me deja suavemente en el borde de la lujosa cama y siento la

frescura del edredón de seda sobre mi delicada piel. Se da la vuelta, cierra la puerta de golpe y pasa el pestillo.

Me tiembla el cuerpo y el corazón me late con fuerza en el pecho mientras la tranquilidad de la habitación se despliega a mi alrededor y respiro bocanadas de aire fresco y limpio.

—¿Estás herida? —Kane se quita el parche del ojo y se agacha frente a mí, su mirada oscura busca en la mía cualquier signo de dolor. Me acaricia los brazos, suave y cuidadosamente, como si pudiera hacerme añicos con solo tocarme, antes de deslizar las manos hacia mis piernas. Me arranca las medias y examina con cautela la piel que hay debajo, rosada por el calor.

Sacudo la cabeza y exhalo un largo y lento suspiro.

—No estoy herida.

La intensidad de su mirada nunca flaquea, sus ojos siguen oscuros y llenos de una feroz protección mientras sus dedos recorren mis pantorrillas. El calor de su tacto se extiende por mi piel y alivia la tensión persistente, así que me apoyo en él para recuperar el aliento en la seguridad de sus brazos.

—Me has salvado. Otra vez. —Mi voz vacila, la adrenalina decae y deja un temblor a su paso.

Levanta la mano y duda un momento antes de apartarme un mechón de pelo de la cara. Su tacto es ligero, pero hace que una nueva oleada de calor me inunde la piel mientras sus dedos me recorren la mejilla.

—Cervatilla...

La habitación parece encogerse a nuestro alrededor, la urgencia por extinguir las llamas marchitas, que continúa en la planta de abajo, provoca un estruendo lejano bajo el pulso que palpita en mis oídos.

Sus dedos rozan mi barbilla, la levantan ligeramente y su rostro se acerca al mío. Huele a humo y a pino y a algo distintivo de Kane.

—Siempre te salvaré.

Su otra mano rodea mi cintura y tira de mí hasta que no queda espacio entre nosotros. Su mirada se desliza hasta mis labios, persistente, interrogante. Nuestros ojos se encuentran y, sin decir nada más, su boca se pega a la mía con un desesperado y ardiente ruego.

Levanto la mano y le enredo los dedos en el pelo para acercarlo más, necesito la conexión, lo necesito a él.

Me rodea con los brazos y me aprieta contra él. Deseosa de sentir su piel desnuda, rasgo el cuello de su camisa. Me detiene, me agarra de las muñecas y gimo cuando rompe el beso. Nuestras frentes descansan una sobre la otra y nuestras respiraciones se entremezclan.

—Paciencia, cervatilla. —Su mano me acaricia el cuello, los hombros y las clavículas hasta llegar a mis pechos elevados y aplastados por los limitados confines del corsé—. Me gusta tomarme mi tiempo.

Se levanta y me arrastra con él antes de enganchar los dedos en la parte trasera de mi vestido. Con un brusco tirón, me arranca lo que queda de la tela manchada de hollín, que cae alrededor de mis pies como un trapo harapiento. Y una vez más, estoy delante de él con nada más que seda y cordones.

—Casi te pierdo. —Su voz es un grave suspiro que suena mientras me quita las horquillas del pelo con una lentitud deliberada—. Y sin probarte antes. —Agarra mi larga trenza con el puño y tira de ella hasta que mi cara se inclina hacia atrás—. Un error que no voy a volver a cometer.

Reclama mi boca con una ferocidad que me hace gemir. Mis dedos vuelan hasta su cintura desesperados por liberar su pene, por sentirlo contra mí.

Aprovechándose de mi trenza, tira mi cabeza hacia atrás y vuelve a romper nuestro beso.

—¿Qué he dicho sobre la paciencia?

Es una pregunta que no necesita respuesta, pero le doy una igualmente.

—He sido buena.

Me suelta la trenza y desliza sus ásperas palmas por mis pechos hinchados.

—Ah, ¿sí?

Su tacto me prende fuego y solo puedo asentir mientras el deseo nace dentro de mí y un calor resbaladizo me recorre el interior de los muslos. Se aleja y empieza a andar en círculos a mi alrededor lentamente mientras sus ojos oscuros recorren cada centímetro de mi cuerpo.

Se detiene detrás de mí y sus palabras vibran en mi espalda.

—¿Deberíamos ver lo buena chica que puedes ser? —Tira de los cordones de

mi corsé y me quedo sin aliento cuando se estrecha a mi alrededor—. Estos cordones están diseñados para reducir y definir, pero me pregunto cómo de bien aguantan al ponerlos al límite.

Trago saliva.

—¿Por qué no lo averiguamos? —pregunto con una súplica susurrante.

Desata los cordones y tira de ellos para aflojarlos con una tortuosa lentitud. El corsé se suelta y lleno mis pulmones con un aire fresco que entra a toda velocidad. Quiero arrancarme el resto, darme la vuelta y agarrarme a él, sentir cada centímetro de este hombre contra mí, dentro de mí.

En cambio, Kane se toma su tiempo para retirarme el corsé de la cintura. Las anchas ballenas han dejado estampado un patrón sobre mi piel, marcándome como suya. Una vez se ha deshecho del corsé, me da la vuelta para que lo mire de frente, tiene los cordones escarlata recogidos en un puño y su mirada oscura me recorre y me abrasa la piel.

El corazón me palpita con deseo y cada una de mis terminaciones nerviosas cobra vida cuando me tumba al abrigo de la cama.

Sostiene los cordones sobre mí como un arma, una herramienta de represión y liberación, mientras guía mis manos hasta colocarlas por encima de mi cabeza. Me ata un extremo de los cordones alrededor de la muñeca derecha, luego la izquierda, como esposas de seda. Sus ásperos dedos me rozan la piel y me retuerzo contra la cama, desesperada por él.

Sonríe con esa sonrisa corrompida que ha hecho promesas que sé que piensa cumplir mientras me estira los brazos y sujeta el otro extremo de los cordones de seda al poste de la cama. Kane se lame los labios y se echa hacia atrás para observarme tumbada delante de él, con las muñecas atadas y el cuerpo desnudo completamente a su merced.

—Por todos los dioses, eres exquisita —murmura con un deseo ardiente en los ojos, una necesidad que apenas puede contener y coincide con la mía.

Se inclina y sus labios capturan los míos en un beso abrasador que me roba el aliento y me deja jadeando y mareada, con el corazón golpeándome con dureza en el pecho.

Kane se desliza por mi cuerpo. La tela de su piel vestida me roza y hace que

me estremezca mientras sus labios dejan un rastro de fuego a lo largo de mi cuello. Cuando llega a mis pechos, se detiene y me mira con un brillo perverso antes de llevarse uno de mis pezones a la boca. Su lengua da vueltas alrededor de la dura piel antes de succionar suavemente. Su mano se dirige al otro pecho. Me pellizca el pezón con los dedos y lo hace girar al ritmo de su boca.

Arqueo la espalda para acercarme más a él, que responde succionando con más fuerza. Sus dientes rozan mi piel sensible de una manera que me hace jadear y tirar de mis ataduras.

Su boca abandona mi pecho, pero solo para dirigirse al otro y darle el mismo concienzudo e insoportable placer. Me mordisquea suavemente y luego me alivia con su lengua, acariciando el rugoso capullo.

Me suelta el pezón y su aliento calienta mi piel húmeda. Me mira con esos ojos oscuros e interminables. A continuación, se desplaza hacia abajo, reanudando su descenso. Sus dedos dejan un rastro seductor a lo largo de la piel sensible del interior de mis muslos mientras me abre las piernas. La boca de Kane sigue el camino de sus dedos y me muerdo el labio inferior con la respiración agitada cuando el aire frío roza la humedad que lo espera.

—Kane, por favor —susurro con voz temblorosa.

Saca la lengua para saborearme y yo jadeo mientras mis caderas se sacuden involuntariamente. Clavo las uñas en los cordones de seda mientras él me separa los muslos para mantenerme abierta y poder lamerme y provocarme.

Se me escapa un gemido y mis manos forcejean con las ataduras. La tensión es un factor añadido al placer que intensifica cada sensación. Kane continúa con su tortura y su nombre se escapa de mis labios en un cántico jadeante, una súplica de que me dé más, me lo dé todo.

Sus ojos se clavan en los míos con una expresión oscura y hambrienta mientras me separa más los muslos, me abre más.

—Sabes muy bien, cervatilla. Estás muy dulce. Muy húmeda. —La vibración de su voz hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo mientras me lame y su lengua ahonda dentro de mí—. Voy a beberte entera. Hasta la última gota.

Continúa con su exquisito tormento succionando suavemente, prolongado mi placer con largos y persistentes lametones.

—Kane —jadeo con una voz que se quiebra al pronunciar su nombre.

Se aleja con los labios ladeados en una sonrisa perversa que brilla con mi excitación.

—Por favor —gimo—, no pares.

Su sonrisa se ensancha y le brillan los ojos cuando desliza un dedo dentro de mí antes de enroscarlo a un ritmo que me deja sin aliento.

—Prométeme que serás mi niña buena, cervatilla.

—Te lo prometo —grito—. Prometo ser tu niña buena.

Su mano libre me agarra por la cadera y tira de mí para acercarme.

—Entonces córrete para mí, cervatilla. —Lleva la boca de vuelta a mi clítoris, gimiendo contra mí, enviando vibraciones a través de mi vientre—. Córrete en mi lengua.

La presión aumenta, imparable. Sus órdenes y su tacto me envuelven y me obligan a rendirme. Mis gemidos son cada vez más fuertes, más desesperados y salvajes mientras hago fuerza contra las ataduras de seda. Mi cuerpo responde a sus palabras y mi mente se llena de la necesidad de obedecer, de mostrarle lo buena que puedo ser.

La lengua de Kane se mueve más rápido. Sus lametones, cada vez más insistentes, me hacen acercarme cada vez más. El placer crece y se convierte en una marea ascendente que se abate sobre mí. Me deshago. Mi cuerpo tiembla con la fuerza de mi liberación.

Me estremezco y grito mientras la boca de Kane continúa su adoración bebiéndose cada latido de mi éxtasis. Su lengua me acaricia a través de los temblores hasta que me convierto en un caos vibrante y agotado debajo de él.

Sube por mi cuerpo y sus besos dejan un rastro ardiente a lo largo de mi vientre. Se detiene para centrar toda su atención en mis pechos, lamiéndome y provocándome hasta que me arqueo hacia él con ganas de más. Entonces atrapa mis labios en un agresivo beso. Su lengua explora la mía y puedo saborearme a mí misma en él. La dulzura envía otra oleada de calor hacia mi entrepierna.

—Te has portado muy bien. ¿Quieres tu recompensa?

—¿No me la has dado ya?

—Ni de lejos —susurra rozándome la oreja con los labios.

Sonrío y me abalanzo sobre él, mi cuerpo ya lo está suplicando.

—Quítate la ropa. —Jadeo mientras mis manos se esfuerzan por liberarse de las ataduras y desnudarlo—. Quítatela. —Mis dedos anhelan acercarlo, sentirlo contra mí sin ninguna barrera.

Kane se apoya en un brazo. Lentamente, desabrocha los cordones de sus calzas. El deseo forma un nudo dentro de mí y mi cuerpo palpita de necesidad mientras él libera su gruesa polla.

—Es esto o nada.

—Esto —susurro contra sus labios—. Te necesito. Te deseo.

—Me tienes —murmura rozando sus labios contra los míos en una tentadora provocación.

Se coloca en mi entrada. La punta de su polla me provoca, haciéndome jadear, y mi cuerpo responde instintivamente levantando las caderas a su encuentro.

—¿Quieres ser mía, cervatilla? —Se inclina levemente hacia delante empujando dentro de mí lo suficiente para hacerme gemir y luego se vuelve a retirar.

Gimo y mis muñecas se tensan contra las ataduras de seda.

—Por favor, Kane...

—Dime qué quieres —dice con voz ronca. Su polla vuelve a provocarme mientras tira de mis ataduras y la seda se me clava en las muñecas.

—Quiero ser tuya —gimo, temblando—. Solo tuya.

Su agarre en mis muñecas se hace más fuerte, posesivo e inflexible y su cuerpo domina el mío.

—Buena chica.

Con una potente embestida, me llena por completo. Grito de placer, estirándome alrededor de cada centímetro de él, llena de satisfacción.

Corta mis gritos con un beso feroz. Su lengua explora mi boca con un hambre que iguala la intensidad de sus embestidas. Me consume entera, cada centímetro de mi cuerpo está ardiendo, en llamas debajo de él.

Cuando se retira, sus ojos se clavan en los míos. Su aliento me calienta la piel cuando se inclina y me roza la mejilla con los labios.

—Me encantas atada. Estás preciosa. Te voy a hacer mía.

El elogio me estremece. Arqueo la espalda y levanto las caderas para pedir más. Él me lo da, con cada potente embestida me penetra más profundamente.

Mi placer se convierte en una espiral tensa a punto de romperse. Cada movimiento, cada caricia, me lleva más cerca del límite.

Con un gemido de su nombre, caigo y mi cuerpo se queda temblando a su alrededor. Mis gritos llenan la habitación mezclándose con sus gemidos de satisfacción mientras sigue sumergiéndose en mí, cabalgando sobre mi clímax hasta que siento que se tensa. Su agarre sobre mis muñecas se estrecha y estoy incluso más llena que antes cuando su cuerpo se estremece contra el mío.

Por un momento, nos quedamos así, con las respiraciones entremezcladas y los cuerpos entrelazados. Después de segundos..., minutos..., horas..., Kane levanta la mano. Desata el nudo y suavemente desenreda los cordones de seda alrededor de mis muñecas. Me acerca y me besa cada muñeca para calmar las marcas que han dejado las ataduras.

—¿Te duele? —me pregunta mientras recorre las marcas.

Sacudo la cabeza y una sonrisa perezosa se dibuja en mis labios mientras apoyo la cabeza en su pecho.

—Nunca podrías hacerme daño.

Y esas palabras son tan ciertas que me duele el corazón. Aunque sé que son mentira. Porque puede hacerme daño. Porque lo hará si no protejo mi corazón. Mi placer es lo único que realmente puede ser suyo. Pero por primera vez en mucho tiempo, me siento como en casa en mi propio cuerpo. Me temo que las barreras que construí a propósito, los nuevos mantras que sé que debería seguir, están ahora hechos pedazos a nuestro alrededor.

—Menos mal que estábamos allí cuando estalló el incendio —dice Kane con la voz entrecortada por el cansancio—. No quiero pensar lo que le habría pasado al palacio si no hubiera podido ayudar a detenerlo.

Me tenso y doy una bocanada de aire buscando humo en ella. Estábamos tan ocupados creando nuestro propio calor que había olvidado las llamas y el banquete, cómo los ojos de Cuatro ardían entre azules, cómo me había dado por muerta.

—¿Por qué lo hicieron? —pregunto mientras se reproducen en mi cabeza imágenes de los hombres atacando al rey, escupiendo fuego aun sabiendo que podían acabar con todos nosotros.

—Es... complicado.

Levanto la cabeza y lo miro, miro esos ojos que me supieron leer en cuanto aterricé en Towerfall.

Kane me abraza con más fuerza, tiene los músculos rígidos como si estuviera luchando contra sí mismo y entonces dice:

—El poder ha cambiado desde que el padre de Alderic murió. El anterior rey era un líder fuerte y generoso que distribuía la riqueza del reino, mantenía a su pueblo alimentado, hacía la tierra fértil. Ahora...

—Su hijo lo quiere todo para él.

—No. —Kane sacude la cabeza—. Alderic es un gran hombre, tan bueno como su padre, mejor incluso.

—Entonces, ¿por qué provocar el incendio? ¿Por qué intentar asesinarlo? ¿Por qué formar una aglomeración con horcas frente a las puertas del palacio?

Kane se levanta y apoya la espalda en el cabecero de madera.

—Alderic no es él mismo y me ocuparé de ello tan pronto como pueda sin llamar la atención para asegurarme de que su herida no es letal.

—Eso es muy amable por tu parte. No debería morir, nadie debería morir, pero esta no sería la primera vez que alguien aparentemente excelente ha ascendido al poder y se ha convertido en un imbécil asqueroso y codicioso. —Trato de mantener un tono tranquilo, pero mi vida en Chicago me ha enseñado que mucha gente elige el poder y el dinero sobre la bondad y la decencia a la primera de cambio.

—Crecí con Alderic. Es como un hermano para mí. Él no es así. Esta es la maldición. Este es Cuatro.

—Creo que vi la magia de Cuatro. Era azul, azul brillante, como los ojos de Alderic. Como los de los tragafuegos.

—Quiere propagar el miedo, asustar a los nobles para que obedezcan y debilitar y herir a Alderic para poder fortalecer su propio gobierno. —La mano de Kane se convierte en un puño con los nudillos blancos por la fuerza de su ira.

Agarro su puño y lo sostengo entre las manos. Bajo la mirada hacia sus nudillos y, lentamente, con cuidado, como si pudiera volver a aislarse en sí mismo y ponerse la máscara de guerrero sonriente, le doy un beso en el dorso de la mano.

Deja escapar un suspiro y su aliento me agita el pelo mientras su agarre se relaja. Una luz de oro brilla en el espacio entre sus dedos y le doy la vuelta a su mano. Una fina línea dorada dibuja un camino sobre su piel donde antes había cristales y sangre.

—La copa de vino —susurro mientras recorro con el dedo la cicatriz que reproduce la mía.

Se pone rígido una vez más y aparta la mano.

—Lo siento, no...

—No es culpa tuya. —Se queda mirando la línea dorada que centellea en la palma de su mano. —Es mi magia. Hay partes de ella que no puedo controlar.

—¿Es así como Cuatro se aseguró de que fueras desterrado? ¿Le habló al rey sobre tu magia?

Ninguna cantidad de fuerza o poder podría ocultar ese oro brillante. Al menos no para siempre.

—Sí, había conseguido mantenerla oculta. Sabía que, si Alderic se enteraba, lo pondría en una posición imposible. —La mirada de Kane se encuentra con la mía y hay una honestidad pura en sus ojos que me deja sin aliento—. Cuatro usó eso para quitarme de en medio. Aunque no para siempre. No como había planeado.

—Pero él también tiene magia. —Me siento y me envuelvo con la suave sábana, no puedo dejar de hacer preguntas—. ¿Cómo es que nadie más sabe que está usando su magia para hacer el mal? ¿Por qué no ha sido desterrado o decapitado? ¿Y por qué no iba a querer el reino a alguien con tus habilidades?

—La magia se transmite de madres a hijos. Pero no todas las mujeres tienen magia. La Torre es caprichosa, selectiva. Le dio su poder no a los gobernantes, sino al pueblo de Towerfall.

—Las familias gobernantes no tenían magia, nunca la han tenido —digo cuando me doy cuenta—. Así que siempre ha sido vista como una amenaza, no

como un don.

—Y siempre han hecho lo que hacen los que mandan cuando se enfrentan a algo que temen, algo que no pueden controlar. Castigarlo con la muerte. Simplemente nacer de una mujer con magia en su sangre es un crimen. —Se le tensa la mandíbula con un ángulo afilado y duro. Sé que hay una historia ahí, sobre su gente, su madre, pero esa historia es para otro día.

—No quedamos muchos —continúa Kane—, pero los que tenemos magia la ocultamos, la suprimimos. En el caso de Cuatro, usa la distracción, el miedo y el hecho de que la nobleza prefiere mantener sus vientres y arcas llenos y sus cabezas acunadas por sábanas de seda antes que desafiarlo. Pero la magia no se puede simplemente apagar. Forma parte de cada uno de los que la poseen. Es parte de mi carne, mi sangre, mi alma. —Mira fijamente la cicatriz antes de cerrar los dedos para sofocar la línea de oro.

No puedo evitar sentir que, si pudiera elegir, renunciaría a su don con gusto.

—Cómo se emplea la magia no es tan simple como una cuestión del bien contra el mal. Se controla por la esencia de lo que eres, por tu corazón.

—Pensaba que tu corazón no estaba disponible —digo con una ligera sonrisa —. Pero no te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Todos tus secretos, lord Ashwood.

Apoyo la mano sobre su muslo, sus gruesos músculos están tensos bajo las suaves calzas de cuero que aún conservan un vago olor a humo.

La comisura de sus labios se eleva en una sonrisa mientras me acaricia la trenza con los dedos.

—Y los tuyos conmigo, mi querida esposa.

—Tengo una pregunta más.

Enrolla mi trenza alrededor de su mano, tira ligeramente de ella y murmura un leve gruñido como respuesta que hace que se me tensen los pezones bajo la sábana.

—¿Sí, cervatilla?

—¿Cómo planeas deshacerte de Cuatro sin derribar el reino con él? —pregunto, siguiendo sus direcciones mientras me tira de la trenza para subirme por su cuerpo.

—¿No crees que pueda reunir seguidores? —susurra con los labios a un suspiro de los míos.

—¿Debería estar celosa? —Mi cuerpo hierve, caliente, húmedo y deseoso de él. Cierro los ojos y me inclino hacia delante, desesperada por su tacto, su beso —. He experimentado la forma en que consigues seguidoras.

Kane se retira y yo caigo de bruces sobre un montón de almohadas. Un chillido ahogado sale de mis labios cuando me choco contra el plumón de ganso.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —Se pone de pie y se pasa las manos por el pelo con la tensión grabada en la dura línea de sus hombros.

El peso cambia sobre la cama cuando me levanto y me pongo la manta sobre los hombros, como si algo que no fuera desaparecer pudiera ocultar mi confusión y mi vergüenza.

—Eres muy lanzado, sexualmente, y no sé. —Me encojo de hombros—. No estamos en una relación ni nada. Eso está descartado, lo dejaste muy claro desde el principio, pero si quisieras conseguir... el apoyo de otra mujer, te sería muy fácil hacerlo. —Me aclaro la garganta—. Solo estaba intentando ser graciosa, pero claramente no lo he conseguido.

—No estoy con ninguna otra mujer —espeta—. Eso no es lo que quiero. Eso no es por lo que he vuelto al palacio.

—No he dicho que lo fuera. —Niego con la cabeza y me coloco unos mechones de pelo rebeldes detrás de las orejas—. Creo que mi intento de ser ingeniosa se ha malinterpretado. No estás aquí para encontrar una esposa. Tienes que... que...

—Destronar a Cuatro antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, exacto, y yo todavía tengo que encontrar mi bolso y la carta de la emperatriz. Conociendo a Stephanie, se la habrá llevado —refunfuño.

Kane frunce el ceño.

—¿Stephanie?

—Aquí Stephanie es Ivy, la novia salida del infierno de Cuatro. —Hago una mueca—. No sé si realmente es una persona terrible. Admito que puede que la esté prejuzgando un poco. En mi mundo, Stephanie es perfecta. Es la barbie exitosa: preparada, educada y estilosa. Estoy segura de que nunca le han puesto

los cuernos o la han acusado de estar desesperada y todos los sujetadores y bragas que tiene van a conjunto. —Inhalo profundamente y exhalo—. Es básicamente todo lo que yo no soy.

—No te equivocas con Ivy, aunque puede resultar útil.

—¿Aquí también es terrible?

Duda el tiempo suficiente para hacer que el corazón me dé un vuelco mientras la frase «puede resultar útil» se repite una y otra vez en mi mente. ¿Diría Kane que yo también soy útil?

«No importa, Hannah. Todo esto es por diversión. Nada más. No te debe una explicación».

—No la conozco mucho. Aunque, ¿cuánto se puede llegar a conocer a alguien? —Se pasa los dedos por el pelo de nuevo deslizando la palma de su mano por la nuca—. Pero si está con Cuatro, debe de serlo.

Estudio su rostro en busca de cualquier indicio de engaño. Puede que todo esto sea por placer y puede que no me deba un informe de sus hazañas pasadas, pero me enfadaré si me miente.

Kane me devuelve la mirada tranquilo, frío y sereno, una combinación en la que siempre caigo. La duda se me retuerce en el estómago y vuelvo a estar en la cabaña con el hombre que me dijo que no confiara en nadie, con todos los mentirosos con los que he estado y todas las señales de alarma que he ignorado.

Su mirada se convierte en un destello juguetón y una sonrisa descarada se dibuja en su cara.

—¿Sabes qué? Hay otro tipo de magia que podría enseñarte.

Arqueo una ceja, intrigada por su sonrisa socarrona y más que feliz por dejar a un lado mis dudas para que la futura Hannah lidie con ellas.

—Pero yo no tengo magia.

—Tengo suficiente para los dos —dice con un tono ligero y pesado a la vez —. Y esto, cervatilla, es un hechizo que no se puede hacer en soledad.

Trago saliva mientras se acerca y me empuja contra la cama con las palmas calientes y duras.

—Es una magia muy poderosa. —Coge los restos de los cordones granates y me muerdo el labio inferior—. Consiste en canalizar la energía y el placer para

manifestar deseos e intenciones, lanzar hechizos, romper maldiciones.

Tira de la sábana para dejarme los pechos al descubierto.

—Estás hablando de magia sexual. —Se me corta la respiración mientras desliza los extremos de los cordones por mi pecho desnudo.

—Así es —dice con esa sonrisa traviesa de la que no me canso—. Y creo que se nos podría dar muy bien.

—Ah, ¿sí? —Intento parecer remilgada a pesar de que una oleada de deseo gotea entre mis piernas.

—Sí —murmura—. De hecho, creo que deberíamos probarla. ¿Qué me dices? —Su expresión es pura picardía mientras sigue tirando de la sábana y empieza a hacer magia con las manos sobre mi cuerpo.

—Sí —susurro con el cuerpo temblando mientras me ata los cordones alrededor del muslo.

—Cervatilla, sé una buena chica y dime lo que deseas.

Diecinueve



La sala de estar de Marion es un acogedor refugio lleno de sillas, almohadas y mantas en diferentes tonos de rosa pastel. Tiene un delicado juego de tazas de té de porcelana y una tetera en la mesita redonda que hay entre nosotras, junto a una bandeja dorada llena de deliciosos pastelitos.

La cálida luz de media mañana se cuela entre las cortinas rosas de encaje y proyecta patrones en espiral sobre la alfombra que parece que lord Highgate quiera desgastar con sus pasos pesados e insistentes.

—Como te estaba diciendo antes de que mi querido esposo decidiera unirse a nosotras, me alegra saber que tanto lord Ashwood como tú escapasteis ilesos del infierno que se desató anoche.

Lord Highgate sigue paseándose, ajeno a la mirada mordaz que le lanza Marion.

—No fue un infierno tan grande si lograron contenerlo solo con baldes de agua y arena —interviene sin que ninguna le hayamos pedido su opinión.

Con un suspiro, Marion deja la taza.

—Dígame, esposo, ¿cómo habría preferido que extinguieran el fuego?

—Como mujeres que son, no espero que conozcan la diferencia o que sepan que un infierno no es simplemente un incendio grande. Son llamas furiosas e incontrolables que arden con tal ferocidad e intensidad que pueden consumir todo lo que encuentran a su paso. Verán, el término «infierno» denota un

incendio que se ha extendido más allá de los confines manejables de una llama ordinaria y se ha convertido en una fuerza destructora de la naturaleza.

Hace una pausa en su paseo y prolonga la explicación para añadir un toque dramático.

—Un infierno genera una cantidad de calor tan inmensa que puede hacer que los materiales cercanos ardan de manera espontánea, incluso aquellos que no se quemarían normalmente. Puede tragarse bosques, ciudades...

—Relájese —gruño—. No necesitamos que nos explique cómo funciona el fuego. Lo entendemos. Estábamos ahí literalmente. —Intercambio una mirada con Marion tras haber perdido la paciencia por completo. He venido a hablar de lo de anoche, a hablar de Kane (tanto dentro como fuera de la cama) y a averiguar cuándo será el mejor momento de empezar a buscar mi bolso sin levantar sospechas, no para ser el centro de atención de un hombre distraído que no quiere quedarse solo—. Y hablando de estar en otra parte, ¿no tiene otro sitio en el que estar? ¿Va a seguir paseándose a nuestro alrededor toda la mañana?

Marion contiene una carcajada y, tan diplomática como siempre, le dirige una sonrisita.

—Sí, Highgate, siéntese si le apetece unirse a nosotras. Está incomodando a nuestra invitada.

Highgate aprieta los labios en una fina línea, saca su reloj de bolsillo y murmura algo ininteligible entre dientes.

—Sí que tengo una reunión importante a la que asistir con Cuatro y Ashwood mientras el rey sigue recuperándose de sus heridas leves. Negociaciones comerciales y esas cosas.

—Pues no permita que le entretengamos —murmura Marion guiñándole un ojo sobre el borde de su taza de té.

—Sí, ya, bueno, tengo que irme. —Sin decir nada más, gira sobre sus talones y se aleja. Cierra la puerta tras él.

Dejo escapar un suspiro exasperado y niego con la cabeza.

—¿No te molesta que piense que somos tontas por ser mujeres y que se espere que nos quedemos sentadas tomando té mientras los hombres hacen las reglas?

La sonrisa de Marion se desvanece y deja la taza con suavidad.

—Claro que me molesta. Sobre todo cuando entra en uno de esos bucles en los que parece no ser capaz de sentarse y estarse quieto. Me pregunto cómo de lúcido está cuando es evidente que le preocupa algo, pero siempre ha sido así. Tendría que ocurrir algo muy gordo para que eso cambiara. Y, aunque se produjera un cambio, no sería de la noche a la mañana.

—Es ridículo que ni siquiera se nos permita estar presentes en las conversaciones.

—Hannah, no tenía ni idea de que te importaran tanto los acuerdos comerciales entre nuestros reinos. —Marion arquea las cejas y contiene otra carcajada.

—Vale, puede que no me importen en sí los acuerdos, pero está claro que algo pasa dentro del reino. Había una multitud reunida en las puertas cuando llegamos Ashwood y yo. Ayer dos hombres intentaron matar al rey y prender fuego al palacio y a toda la nobleza y con lo que ha dicho Ashwood sobre el estado del reino..., lo de que está a punto de colapsar y que hay gente muriéndose de hambre... Así que no, no me importan los acuerdos comerciales. Lo que no me gusta es quedarme sentada sin hacer nada cuando hay tanto que cambiar. —Me muerdo el labio inferior y junto las manos en el regazo antes de subirme a un estrado desde el que no he gritado desde la universidad.

No es que nunca me haya preocupado mi futuro. Claro que me ha preocupado. Y me sigue preocupando. Pero siempre ha sido algo estructurado y limitado. ¿Cómo será el próximo año en Posh Pulse? ¿Los siguientes tres meses con Chad, Brian o James? ¿Debería comprometerme y ahorrar para el papel de pared autoadhesivo del que no dejo de ver publicidad? Ninguno de mis pensamientos sobre el futuro ha sido nunca tan grande ni tan detallado como para requerir un plan. Creía que eso era algo positivo. Aunque, a decir verdad, nunca me lo he planteado seriamente. Tal vez debería. Tal vez la Hannah de Towerfall esté más cerca de quien soy en realidad. O, al menos, de quien quiero ser.

—Es cierto que Pentáculos ha decaído desde la muerte del rey anterior. Como sabes, formar parte de la nobleza conlleva cierto grado de aislamiento. Podemos

elegir ignorar la verdadera magnitud del sufrimiento que hay al otro lado de estos muros.

Se toma una pausa para mirar a nuestro alrededor como si las paredes pudieran oírnos.

Se me eriza la piel y observo la estancia, paranoica por si nos están espiando, a pesar de que en este mundo no hay electricidad y mucho menos *software* espía. No es la primera vez que veo a Marion ser cautelosa con sus palabras.

«Más motivos aún para encontrar esa carta y salir pitando de Towerfall, Hannah».

—La gente está desesperada. Se están muriendo de hambre y han perdido la fe. Están furiosos con el palacio, la nobleza y el nuevo rey. La ira y el resentimiento aumentan y solo es cuestión de tiempo hasta que ese odio se transforme en algo más peligroso. Me temo que estoy de acuerdo con las declaraciones de Ashwood de anoche. Si no se actúa pronto, no quedará nada que salvar.

—¿Por qué no hay urgencia dentro del palacio? —pregunto—. ¿Por qué nadie ha hecho nada?

Marion respira hondo y hace círculos con el dedo recorriendo el borde de la taza.

—Mi padre murió hace un tiempo. Primero estaba bien, luego enfermó levemente, pero no estaba demasiado enfermo para seguir haciendo lo que le gustaba. Entonces murió. La gente que lo conocía dijo que fue algo repentino y que no se podía haber predicho. Sin embargo, mi madre dice que al echar la vista atrás comprende que estaba desapareciendo justo delante de sus ojos. Al mismo tiempo, seguían viviendo su vida, cumpliendo sus deberes, divirtiéndose. Pero cuando murió de repente, para ella fue evidente que habían desperdiciado la oportunidad de salvarlo.

—Marion, lo lamento muchísimo —murmuro mientras le cubro la mano con la mía.

Ella niega con la cabeza y parpadea para ahuyentar las lágrimas.

—Fue hace muchos años y solo he hablado de mi padre para decirte que la nobleza es igual. Están viviendo su vida, cumpliendo sus deberes y divirtiéndose

con todas sus comodidades y su poder. No ven la urgencia porque ellos no sienten las consecuencias. Es más fácil ignorar los gritos de hambre cuando te atiborras de delicias todas las noches. Y quienes hablan de los problemas suelen acabar desapareciendo.

«Como Kane. Como tú si te quedas en este mundo».

—Pero eso no significa que seamos impotentes —continúa Marion dejando la taza de té—. Puede que estemos rodeadas de quienes se niegan a reconocer el sufrimiento que se está produciendo, pero no tenemos por qué ser así. Hay algo que podemos hacer. —Le da un mordisco a un pastelito y se limpia las comisuras de la boca con una servilleta.

—¿El qué? —inquiero—. Y, por favor, no me digas que esto termina con nosotras desapareciendo misteriosamente.

—Solo si nos pillan. —Sonríe, pero yo no siento su alegría.

Quiero ayudar, de verdad. Por eso me importa mucho el aspecto de responsabilidad corporativa del *marketing*. Pentáculos necesita gente que se preocupe. Pero también quiero irme a casa y no podré hacerlo si estoy muerta.

Marion deja la servilleta sobre la mesa y cruza las manos en el regazo.

—Aunque es cierto que no nos dejan entrar en las reuniones, tenemos los oídos de nuestros esposos. No sé Ashwood, pero no es demasiado difícil hacer que Highgate cambie de opinión. Solo hay que saber qué palanca levantar —dice moviendo las cejas con aire juguetón—. Pero primero lo primero.

Se limpia una pelusa invisible del vestido y se aleja de la mesa. Toca la campanita que hay en la esquina de la habitación y, al cabo de unos momentos, aparece su doncella.

—A lady Ashwood y a mí nos gustaría salir a pasear. Por la ciudad.

—¡Oh! —La doncella abre los ojos como platos y hace una reverencia antes de cerrar la puerta tras ella y desaparecer en una habitación contigua.

—¿Por la ciudad? —pregunto—. Creía que no podías salir del palacio.

—No puedo.

La doncella vuelve con dos uniformes sencillos de sirvienta cuidadosamente doblados y apilados.

—Los escondí tan bien que me ha costado encontrarlos. —Suelta una risita y

le entrega uno a Marion y el otro a mí.

—Tenemos que darnos prisa —señala Marion, y empieza a desabrocharse el vestido rápidamente—. Puede que Cuatro se ponga a hablar largo y tendido, pero en caso de que hoy le dé por ser rápido e ir directo al grano, no quiero estar fuera el tiempo suficiente para que Highgate se haga preguntas. Además, he organizado un encuentro entre la reina, Ashwood y tú... y el resto de la corte, pero eso es solo porque lady Whitmore...

—Espera. —Niego con la cabeza con el vestido en las manos—. ¿Vamos a escaparnos?

—Has dicho que querías inspirar el cambio. Bueno, ¿cómo tienes pensado descubrir lo que realmente atormenta al pueblo de Pentáculos sin salir a presenciarlo de primera mano? Hay una diferencia entre que te digan que el reino está sufriendo y verlo por ti misma. —Marion es la modelo perfecta, quieta y serena mientras su doncella le quita el elegante vestido del cuerpo—. Puede que esto sea el inicio del cambio que tanto necesitamos. Y es perfecto verlo antes del té con la reina, donde podréis discutir sobre vuestras preocupaciones.

Mierda.

Debería estar sonsacándole a Marion información sobre cuándo es mejor reanudar mi visita privada por el palacio para poder encontrar la carta de la emperatriz y salir de este mundo antes de que me descubran, pero, en lugar de eso, me estoy quitando el vestido para ponerme el sencillo atuendo de algodón de sirvienta.

«¿Por qué no puedes mantener la boca cerrada, Hannah?».

Me coloco delante del espejo de cuerpo entero con marco dorado de Marion y me ato el delantal a la cintura.

—¿Cómo estoy? —pregunto quitándome la trenza del hombro y alisando la faja del delantal.

Marion se da la vuelta y asiente con aprobación.

—Muy convincente —dice con una sonrisa mientras envuelve los dulces sobrantes en una servilleta y se la mete en el bolsillo.

Juntas, nos aventuramos por el pasillo detrás de la doncella de Marion. Recorremos los bulliciosos pasillos bajo la planta principal del palacio con la

cabeza gacha y sin mirar demasiado. Nos pegamos a las paredes cuando pasan otros empleados con bandejas llenas de comida, ropa de cama y otras necesidades y nos dirigimos a una escalera estrecha y poco iluminada que conduce a la entrada del servicio.

Los escalones crujen bajo nuestro peso y me tenso con cada gemido de la madera como si de repente volviera a tener dieciséis años y me estuviera escapando de casa. La escalera se abre a un patio soleado lleno de conversaciones y paquetes que vienen a entregar.

Marion me da un empujón para que la siga mientras su doncella se acerca al resto del personal que se dirige a las puertas. Tengo un nudo en la garganta cuando nos acercamos a los guardias que vigilan con las lanzas apoyadas a su lado.

Nos dirigimos a la puerta y la mirada azul de uno de los guardias se demora un instante de más en nosotras. El pánico brota en mi pecho y noto que Marion se tensa a mi lado cuando el hombre da un paso adelante con una expresión de sospecha, con la magia de Cuatro ardiendo en su mirada.

«Lo sabe, Hannah. Va a atraparos... va a descubrir que no eres una sirvienta y tampoco lady Ashwood. Van a cortarte la cabeza o a encerrarte en las mazmorras. Sea como sea, no vas a volver a casa».

La doncella de Marion respira de manera entrecortada y se lleva una mano al pecho. Se tambalea y cae directamente a los pies del guardia que se acerca.

Otra doncella que se encuentra cerca grita y corre hacia la mujer desmayada. Le pone una mano en la mejilla y la mujer deja escapar un gemido de angustia fingido.

—¡Que alguien llame al boticario! —grita la nueva doncella acunando la cabeza de su compañera en su regazo.

El guardia titubea, pero acaba corriendo hasta la entrada del servicio.

Marion articula un agradecimiento silencioso y corremos a las puertas.

Cuando estamos fuera de la vista de los guardias, Marion me tira de la manga y nos separamos del grupo para girar bruscamente a la izquierda hacia un callejón más tranquilo.

—Creía que no lo lograríamos —susurro con el corazón todavía acelerado por

lo poco que ha faltado.

—Mejor no cantes victoria tan pronto. —Echa un rápido vistazo por encima del hombro para asegurarse de que no nos están siguiendo—. Todavía no hemos entrado en el centro de la ciudad. Prepárate, Hannah. El reino de Pentáculos está muy lejos de ser la brillante gema que seguro que es Copas.

Los sonidos de la ciudad se vuelven más fuertes a nuestro alrededor cuando salimos al concurrido mercado. Los mercaderes gritan, elevan la voz por encima del clamor de los cascos de los caballos sobre la piedra y de la melodía distante de los músicos callejeros. El aire está cargado de humo, desechos y sudor. Marion me empuja entre el gentío esquivando a vendedores y compradores mientras nos adentramos en la ciudad, donde las calles se estrechan y se convierten en callejones oscuros. Los edificios son más antiguos aquí, las fachadas están desgastadas y parecen a punto de desmoronarse y los gritos y la música del mercado son reemplazados por voces apagadas y pies arrastrados con cansancio.

Marion se detiene en la boca de un callejón y se gira hacia mí.

—Mantén la mirada en el suelo —susurra—. Si nos descubren, tendremos que lidiar con algo más que con una multitud furiosa.

Asiento y la sigo por un oscuro callejón, donde incluso al sol de mediodía le cuesta alcanzar las figuras encorvadas y los rostros cansados. Pasamos por refugios improvisados hechos con telas andrajosas y cajas viejas. Marion me conduce a una pequeña plaza donde el sol ilumina las siluetas esqueléticas de unos niños apiñados cerca de una fuente de piedra en ruinas y el destartalado granero de un herrero. Tienen los rostros demacrados, las mejillas huecas y los ojos muy abiertos y hundidos por el hambre. La mayor envuelve con una manta andrajosa a un niño que no tendrá más de tres años. Están sentados en silencio con la mirada fija en los adoquines con los dedos hundidos en su ropa harapienta. Hay más niños con las manos estiradas que murmuran.

—Por favor, señorita —dice la niña más mayor. Su voz es apenas un susurro —. ¿Tiene algo de comida?

Me duele el corazón y miro a Marion, quien saca la servilleta que se había metido en el bolsillo.

Los niños devoran los pastelitos, el glaseado brillante parece tecnicolor sobre su piel cetrina. Me fijo en la hermana mayor que mece a su hermano. Me arrodillo junto a ella y me mira con expresión cautelosa.

—¿Cómo te llamas? —pregunto en voz baja.

—Lila —responde con voz ronca. Está muy delgada, su piel es de color gris ceniciento y no tiene el pelo tan brillante y voluminoso, pero es la versión espejo de la nieta de la presidenta de Posh Pulse.

—Lila —repito con una débil sonrisa en los labios—. Lila, te prometo que voy a hacer algo al respecto. Te prometo que voy a ayudaros.

—Ya nos han hecho promesas antes. Nadie nos ha ayudado.

Trago saliva con la garganta espesa. Por primera vez, deseo que Kane tenga razón. Deseo que la Torre haya enviado a la emperatriz para buscarme y que todo esto no sea solo un gran error. Me gustaría poder hacer algo. Pero no hay nada. No soy especial. No soy una elegida. No hay nada que pueda decir o hacer en este mundo que no es el mío en el que me estoy haciendo pasar por una dama muerta y enterrada bajo unas ramas en el bosque.

Marion me toca la espalda y me levanto.

—Tenemos que irnos.

La sigo de nuevo a las bulliciosas calles del mercado, no sin antes volver a mirar a Lila por encima del hombro. Se me encoge el corazón cuando mi mirada se clava en una yegua negra y un hombre inconfundible.

El sol se refleja en el cabello oscuro de Kane y el cáliz plateado bordado en el parche del ojo a medida que se acerca a nosotras a caballo. Se me acelera el corazón cuando Sombra se aproxima y veo su fuerte silueta recortada contra la brillante luz del día.

Kane ralentiza el paso cerca de la fuente olvidada y los niños, desmonta y sus botas crujen sobre los adoquines mientras conduce a Sombra a un poste de madera descolorido por el sol fuera del granero del herrero y pasa las riendas alrededor de este.

Kane abre una de las alforjas colgadas sobre la espalda de Sombra y saca un paquete envuelto en tela. Me da un vuelco el corazón cuando se arrodilla delante de los niños y desenvuelve la ofrenda: unas cuantas hogazas de pan recién

horneado, todavía caliente. Lila se inclina hacia delante con su hermano y todos los niños la siguen.

—Adelante, cogedlo todo. —La voz profunda de Kane suena suave cuando les habla—. Es lo que ha quedado de una aburrida reunión que he tenido en el palacio con los hombres más sosos que existen.

Lila ríe, alarga el brazo, coge una hogaza y la sostiene cerca de su pecho. Al ver su atrevimiento, los demás la imitan, cogen pan y lo devoran con la voracidad del hambre. Un destello de alivio se refleja en los rasgos de Kane, pero sigue teniendo una mirada oscura mientras observa a los niños engullir la comida.

Saca más de las alforjas: fruta seca, nueces y cecina. Lila da un paso adelante con la boca llena y murmura un agradecimiento antes de recoger su botín y llevar a su hermano de vuelta al refugio improvisado.

—Parece que no estamos solas en nuestros esfuerzos —dice Marion—. No tenía ni idea de que Ashwood fuera tan galante.

«Yo tampoco».

Es mejor así, cuando no me está observando, cuando no es consciente de mi mirada y puedo admirar su físico: el contorno de su mandíbula contra la ciudad, cómo la luz juega en su pecho y los picos y valles de sus músculos.

Decir que me atrae es quedarse corta. Es mucho más que su aspecto. Siento atracción hacia su esencia, su vulnerabilidad, su resiliencia, las profundidades ocultas que su cuerpo protege. Soy muy consciente de su presencia, del espacio que ocupa, de cómo me hace sentir y de la innegable pasión que se enciende como fuegos artificiales entre nosotros.

Kane le revuelve el cabello a un niño y se levanta. Entonces comprendo algo que llega como una ola inesperada y poderosa. Mi corazón parece detenerse cuando lo veo, cuando lo miro de verdad por primera vez.

Algo cambia en mi interior y, antes de que pueda evitarlo, me invade un pensamiento.

—Mierda —murmuro—. Me estoy enamorando de Kane.

Veinte



Cuando los últimos niños se van correteando con sus pequeños brazos rebosantes de comida, una vecina del pueblo se acerca y nos dedica una pequeña reverencia. Me pongo tensa, consciente de que, en las manos equivocadas, el reconocimiento podría matarnos.

Marion estira los brazos y envuelve a la joven en un abrazo.

—Clara, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu hermana?

—Tuvo al bebé hace dos días, lady Marion. Una niña sana —informa con el orgullo llenándole el pecho.

—¡Una niña! —Marion se pone de puntillas—. ¿Puedo verla? No quiero molestar.

—Por supuesto, lady Marion. Le encantaría verla.

Con los ojos iluminados por la alegría, Marion se gira hacia mí.

—¡Hannah, me voy a ver a la nueva bebé! No tardaré mucho y estás a salvo con Ashwood. —Mira a Kane, que está ocupado apretando los cordones de las alforjas de Sombra—. No hagas nada que yo no haría. —Me guiña el ojo antes de darse la vuelta para seguir a la mujer, dejándome con el corazón agitado y el estómago lleno de nervios.

Salgo de entre las sombras y me acerco a él. Kane me atrae de una manera que no entiendo y contra la que no me interesa luchar.

Me está dando la espalda y todo mi ser quiere gritar su nombre, correr hacia

él, abalanzarme a sus brazos y envolver mi cuerpo alrededor del suyo, besarlo y decirle que lo veo, lo conozco, me estoy enamorando de él. Pero esto no es el final de una comedia romántica de Navidad y no me siento como un personaje principal.

En lugar de eso, camino hacia él con las piernas temblorosas. Mi corazón es un pájaro atrapado aleteando en mi pecho como si volviera a estar en secundaria y Johnny Bellows se acabara de mudar a la casa de al lado.

Kane desliza la mano por el lomo de Sombra mientras rodea a la yegua y cierra las últimas hebillas de las alforjas con el ceño fruncido por la concentración.

—¿Se va ya, lord Ashwood? —digo para llamar su atención fingiendo ser mucho más valiente de lo que me siento.

Levanta la mirada y capto el titileo de una sonrisa antes de que sus ojos se dirijan rápidamente hacia la plaza casi vacía.

—El centro del pueblo no es un lugar para una dama como usted. No importa lo bien que vaya disfrazada.

—¿Temes que tengas que volver a salvarme? —Una sonrisa coqueta tira de mis labios.

—¿Temer? —Se pasa la mano por el pelo negro azabache—. Nunca.

Sombra relincha para mostrar que está de acuerdo.

Arquea una ceja y me mira.

—¿Es eso lo que te mantiene aquí?

Me tenso ligeramente, pero es suficiente. Noto que se ha dado cuenta por la sonrisa traviesa que eleva la comisura de sus labios.

—Ya sabes qué me mantiene aquí. No he encontrado mi bolso, la carta...

Kane da un paso en mi dirección, su presencia me resulta tan abrumadora como siempre.

—¿Y una vez lo hagas?

—La Torre dará un suspiro de alivio por que haya reconocido su error y la emperatriz me llevará de vuelta a casa. A mi vida. Lejos de temer ser asesinada por no encajar y de vuelta a temer ser asesinada si salgo a correr por la noche. —Me encojo de hombros con la esperanza de que perciba indiferencia y no la

forma en que tengo que cerrar los puños en mis costados para contenerme de tocarlo—. Qué ganas tengo de volver a mi mundo.

—Mientes. —Se acerca aún más e invade mi espacio personal con su ojo oscuro clavado en mí—. No quieres marcharte.

Me río y respiro hondo para ganar tiempo y poder ordenar mis pensamientos. Esa respiración es un error. Todo lo que puedo oler es a él, pino y humo, y de repente me encuentro aturdida por el deseo.

—Sé más de ti de lo que crees, cervatilla. —El aire entre nosotros cruje cuando desliza su mano áspera por mi brazo y me agarra la muñeca. Me empuja contra él, nuestros cuerpos se pegan y mi corazón grita desde el pecho—. ¿Dices que quieres irte? Vale. Pero ambos sabemos que tienes trabajo que hacer antes. Y, si te fueras, me echarías de menos.

Inclino la barbilla desafiante, aunque mi corazón se acelera y mis rodillas amenazan con doblarse.

—Cuidado, Kane, estás empezando a sonar como si quisieras que me quedara.

Entrecierra el ojo y abre la boca, pero no hay réplica ingeniosa ni juego de palabras.

Durante un largo segundo, pienso que puede que esté de acuerdo conmigo, puede que ignore su propia regla y me dé su corazón.

¿Podría ser posible?

Mi propio corazón late a una velocidad vertiginosa.

Hay una posibilidad de que Kane sienta lo mismo que yo: que hay algo más entre nosotros que solo lo físico, algo real.

«Cálmate, Hannah. No vayas a ponerte empalagosa y lo asustes».

Se aclara la garganta y mira a Sombra antes de volver a dirigir la atención hacia mí.

—Es solo que tu examante se equivocaba con lo de que eres mala en la cama.

—Por suerte para mí, hay muchos hombres en Chicago tan arrogantes como tú. —Me obligo a pensar en ellos, en el despliegue de Chads que hay en la ciudad lejos de este hombre peligroso y cautivador.

Pero en lugar de extraños sin cara, lo único que puedo ver es a Kane, lo único

que siento es su tacto, su fuerza, la forma en que su cuerpo encaja con el mío.

Trago saliva.

No quiero enamorarme. No de Kane. No sin saber que algún día él podría llegar a sentir lo mismo.

—Además, no puedo confiar en nadie en este reino. ¿Eso te incluye a ti?

Sonríe con los labios a solo centímetros de los míos. Se me acelera la respiración y mi chulería se tambalea cuando estrecha su sujeción alrededor de mi cintura. El calor de su tacto se esparce a través de mí y mi traicionero corazón palpita cuando se inclina hacia delante.

—Admítelo —murmura—. No quieres marcharte.

Un escalofrío me recorre la espalda y, por un momento, olvido cómo respirar. Su boca me roza la oreja y me muerdo el labio con la verdad tambaleándose en la punta de la lengua. Mi mente me grita que me aleje de él, que no baje la guardia, que reconstruya mi armadura, pero mi cuerpo me traiciona y me dejo llevar por su tacto con un gemido de rendición.

—Muéstrame por qué debería quedarme.

Me arrastra hacia el granero destartalado. La puerta se cierra con un crujido y nos sumimos en las sombras. Mis ojos tardan un momento en adaptarse a las franjas de luz que se filtran por el techo agrietado y los tablones.

El granero es viejo, el olor a carbón y tierra se mezcla con el tenue aroma de la madera y el cuero. Motas de polvo flotan en los haces de luz que bailan sobre los yunques oxidados, las herramientas y la sólida pared del cuerpo de Kane.

—¿Y qué fue lo de anoche? —Sus manos no me sueltan mientras me guía hacia las profundidades del espacio tenuemente iluminado. Su tacto es posesivo pero tierno y me inclino hacia él ansiando más de su calor, más de la conexión que parece unirnos a pesar de mis protestas.

—Un buen comienzo.

Su risa es un estruendo que me pone la piel de gallina mientras me coloca contra el poste más cercano.

—Si no recuerdo mal, cervatilla —murmura mientras me acaricia la mejilla con la mano antes de encontrar mi trenza deshecha—, fue un final ruidoso y

húmedo. —Me tira del pelo y no detengo el gemido suplicante que sale de mis labios—. ¿Mi chica buena quiere otro?

Sí. Quiero esto. Lo quiero a él. Quiero que esos ojos oscuros me miren para siempre.

—Por favor —gimo.

Nuestras bocas chocan en un beso feroz, con dientes, lengua y una pasión cruda y desenfrenada. Me pega al poste con más firmeza y la madera me araña la espalda mientras él tira del cuello de mi vestido para dejar mis pechos al descubierto.

Kane me agarra con más fuerza de la trenza y tira de mi cabeza hacia atrás. Sus labios me recorren el cuello, calientes y hambrientos, dejando un camino ardiente que hace que se me acelere el pulso. Me succiona el pezón en el calor de su boca. La sensación envía una sacudida de placer a través de mí que hace que mis piernas se abran instintivamente para él.

Mi vestido cruje cuando me lo sube y se inclina para enganchar mi muslo a su brazo. Me pego más a él y se me escapa un suave gemido cuando sus dedos rozan el calor húmedo entre mis muslos.

—Esto te gusta, cervatilla. —Su pulgar encuentra mi clítoris hinchado y comienza a frotarlo en lentos y enloquecedores círculos que me hacen jadear y retorcerme contra él—. No te queda más remedio que abrirte para mí.

Desliza el dedo hacia dentro y reacciono con una aguda bocanada de aire y balanceando mis caderas contra su mano.

—A mi merced —continúa mientras desliza otro dedo dentro de mí y el estiramiento me hace gemir.

Mis dedos tantean para desabrocharle las calzas y, cuando por fin libero su gruesa polla, una oleada de calor fluye a través de mí. Saca los dedos y me suelta la pierna. Me coge del culo con una mano, me levanta y mis piernas lo envuelven.

Me penetra con su polla y suelto un grito salvaje arqueando la espalda contra la madera.

—Pero te gusta más estar atada. —Me agarra las dos muñecas con una mano fuerte. De un tirón, las fija por encima de mi cabeza contra la áspera madera.

—Sí —gimo.

—Te gusta ser mi chica buena —ruge embistiéndome mientras la áspera madera me muerde la espalda.

—Sí —jadeo, apenas soy capaz de encontrar las palabras.

Mi mundo se reduce a sentirlo dentro de mí, el calor de su cuerpo contra el mío, la intensidad de su voz. Me penetra más profundamente, poderoso e implacable. Estoy tambaleándome al borde, cada nervio de mi cuerpo chisporrotea de placer.

—Eres mía —susurra contra mi boca.

—Sí. —Me arqueo contra él mientras mi cuerpo se precipita hacia la liberación—. Soy tuya. —Mi cuerpo se sacude alrededor del suyo, olas de éxtasis se abaten sobre mí cuando me rindo.

Kane no para. Mis muñecas siguen sujetas por encima de mi cabeza, mis piernas abiertas a su alrededor. Sus embestidas se vuelven más urgentes, más frenéticas, y siento el calor de su clímax cuando se derrama dentro de mí.

Kane me suelta las muñecas y me roza la piel suavemente con los dedos antes de besarme en el pecho y volver a cubrir delicadamente mis senos con el vestido. Mi respiración consiste en jadeos y mi cuerpo tiembla mientras el subidón se desvanece, reemplazado por una profunda comprensión: no quiero dejar Towerfall. No quiero dejarlo a él.

—Kane —empiezo, la vulnerabilidad hace que mi voz vacile—. ¿Y si tuvieras razón? ¿Y si quisiera quedarme?

Me vuelve a dejar sobre mis pies y me sujeta con las manos mientras me ajusto la ropa. Aunque su tacto es cálido y tranquilizador, hay una expresión cautelosa en su rostro que me inunda como agua helada. Es sutil, pero está ahí, una ligera tensión en la mandíbula, la forma en que su mirada no se encuentra con la mía como de costumbre. Se me hace un nudo en el estómago cuando comprendo repentina y dolorosamente que algo ha cambiado entre nosotros.

El pánico se apodera de mí y juega con mis pensamientos.

«Se está alejando, Hannah. Sabe que estás desesperada y necesitada. Deberías haberte guardado tus pensamientos para ti».

No importa lo que crea mi crítica interior, no puedo dejar que la situación se

quede así, en silencio e incómoda.

—Deberíamos hablar —dejo ir.

—Sí. —Sigue esquivando mi mirada y se mira los pies—. Hay algo que debo decirte.

Abro la boca para decirle que no hablaba en serio, para decirle una de las cientos de mentiras que desharían los últimos minutos y nos devolvería a donde estábamos, pero antes de que pueda hacerlo, una voz lejana atraviesa la quietud del granero.

—¡Hannah, es hora de que nos vayamos! —grita Marion desde fuera.

Kane se pone rígido y su expresión titila con un indicio de algo que no logro ubicar.

—Hablaremos en nuestra habitación. Después de reunirnos con la reina.

Un sentimiento pesado se aloja en mi estómago. Es difícil deshacerme de la sensación de que lo he arruinado todo, de que la vacilación en mi voz y mis ganas de hablar lo han asustado.

Ya he pasado por esto antes, abrirme solo para que la otra persona se aleje. Esto es exactamente lo que no quería que pasara. Kane estaba desesperado por mí hace un momento y ahora está distante y cerrado. Sabía desde el principio que los sentimientos no eran una opción y me dejé llevar de todos modos. Mi mayor error fue pensar que era posible que él pudiera sentir lo mismo por mí.

A pesar de que no es así, no puedo seguir fingiendo que nuestra relación es solo por conveniencia y sexo. Mi corazón no puede soportarlo.

—Sí, suena bien. —Lo miro a la espera de un beso, un abrazo, un apretón de manos, algo que cierre la brecha que siento abriéndose entre nosotros, pero Kane no me devuelve la mirada—. Nos, mmm, vemos en el palacio.

Dudo un instante, pero el silencio entre nosotros no hace más que crecer y resulta doloroso soportar el peso de las palabras sin decir. Inhalo y lo miro con unos ojos que suplican en silencio una respuesta.

—Kane...

—Vete.

Su rechazo es un dolor agudo que me deja sin aliento. El corazón se me encoge y las lágrimas empiezan a brotar, amenazando con derramarse.

Lo comprendo. No es que Kane no pueda darme su corazón, es que no quiere.

Soy un entretenimiento pasajero, algo que hacer mientras juega a ser un héroe y rescata al reino.

«Qué graciosa, Hannah, por pensar que tenías una oportunidad con él».

Trago con dificultad, asiento y salgo corriendo del granero hacia Marion.

—¡Estoy aquí, Marion! —grito con voz temblorosa.

—¡Oh, bien! Espero haberte dado suficiente tiempo. —Sonríe al ver mis mejillas sonrojadas y mi pelo revuelto. Debo de haberme convertido en una muy buena actriz, porque no hay ni un atisbo de preocupación en el rostro de Marion —. Debemos volver antes de que Highgate se inquiete y piense que es una buena idea buscarme.

Mientras caminamos de vuelta al palacio, mi mente permanece con Kane y el corazón que cometí el error de dejar atrás.

Lucho por mantenerme firme, por evitar hundirme en los sucios adoquines en un charco de lágrimas. Lo que tenía con Kane no era perfecto, pero era algo. Era estremecedor y él es guapísimo y sentía magia cuando estaba a su lado.

El dolor en mi pecho crece y me muerdo el labio para evitar llorar.

Debería haberme imaginado que no podía surgir algo real de lo que él había llamado «un poco de diversión».

Pero, como todas las cosas buenas de mi vida, tenía que fastidiarla.

Veintiuno



—¿Por qué me da la sensación de que está pisándome el vestido a propósito? —siseo maniobrando para apartar la falda de debajo de los torpes pies de lord Highgate—. ¿Acaso no ha recibido lecciones de etiqueta?

—¿Por qué me da la sensación de que está influenciando a mi Marion y no en el buen sentido? —espeta bruscamente con una mueca de desprecio en los labios —. Mi mujer no estaba donde esperaba cuando he vuelto de cumplir mis deberes. Antes de su llegada, siempre sabía dónde estaba realizando una de las tres tareas que le permito hacer cuando no estoy vigilándola.

Pongo los ojos en blanco desbordando exasperación. Marion se llevó el premio gordo con Highgate. Hace un *mansplaining* de manual, es un obseso del control y un machista asqueroso.

—¿Y cuáles son las tres tareas que tiene permitido hacer cuando no está vigilándola?

—Bordar, ayudar a su majestad y sentarse entre las plantas del jardín.

«Se te ha olvidado tirarse a tíos al azar para que después puedas babear por ello».

Pero no digo esa parte en voz alta.

—Usted debería buscarse un pasatiempo menos retorcido que hacer que su esposa se sienta inferior para poder hacerse el fuerte y el macho.

Su pálido rostro se contrae con una extraña mezcla de sorpresa e ira en sus

rasgos. Entorna los ojos encapotados y, por un instante, parece que está a punto de tomar represalias, pero en lugar de eso se ríe y se pasa los dedos por el mentón.

—Tiene la lengua afilada, lady Ashwood. Me pregunto cuánto tardará antes de que eso la meta en problemas.

Frunzo el ceño e inhalo, lista para reunir la confusión y la ira con las que me dejó Kane y lanzárselas a Highgate justo cuando aparece Marion.

Desvía la mirada de uno al otro.

—¿Va todo bien?

—Ahora que has llegado, sí. —Le doy la espalda a Highgate ignorándolo mientras enrosco el brazo con el de Marion.

Nos dirigimos a la gran sala de estar de la reina con una sonrisa tranquila en el rostro, a pesar de que todavía me palpita la tensión en las venas. Las cortinas carmesí caen como cascadas desde las altas ventanas que dan a la puerta principal del palacio. En lo alto hay candelabros de cristal que atrapan los rayos de sol y proyectan arcoíris moteados sobre los presentes y el elegante trono de respaldo alto con pentáculos dorados que espera la llegada de la reina frente a la ventana.

Kane está detrás de uno de los muchos sofás de dos plazas con la mano apoyada en la madera tallada. Cuando Marion y yo entramos, levanta la mirada de la conversación que está manteniendo con un hombre que sé que he visto en mi mundo, pero que no logro ubicar.

Encuentra mi mirada al instante. No me había dado cuenta de lo mucho que anhelaba sentir sus ojos sobre mí, cálidos, oscuros e insondables. Pero ahora tiene un aspecto diferente, más duro, más frío.

Reprimo un escalofrío, me aliso las faldas y me siento enfrente de él.

El encuentro que Marion había intentado que fuera íntimo no lo es en absoluto. La habitación está abarrotada con muchos de los nobles que estuvieron en el banquete y sus joyas y sedas relucen bajo la suave luz de la tarde.

Un sudor frío provocado por los nervios me baja por la espalda cuando me siento con la columna recta y cada centímetro de mi cuerpo rígido llevando el

aplomo al extremo. Nunca he conocido a una reina y por lo que me ha dicho Marion de esta, verla ya es todo un acontecimiento.

Una vez más, me encuentro entre Marion y Kane, aunque estar tan cerca de él no me provoca el mismo calor que antes.

Supongo que el hecho de mencionar que tal vez quiera quedarme en Towerfall y que me responda que tenemos que hablar puede ser el equivalente de este mundo a «no eres tú, soy yo». Pero soltarle algo como «creo que me estoy enamorando de ti y no sé lo que implica eso para nosotros o si quieres siquiera que exista un nosotros, pero no quiero abandonarte» no habría sido mejor opción.

Quiero retirarlo, decirle que no hace falta que hablemos de nada y obligar a mi cuerpo y mi mente a hacerse los duros, pero la última vez que me hice la dura acabé medio desnuda en el pasillo de un rascacielos de Chicago. No voy a caer en la trampa de hacerme la dura, mis sentimientos no pueden soportar fingir que solo quiero sexo.

Probablemente haya un modo mejor de enfocar la situación, pero no sería yo si no la fastidiara de algún modo.

He perdido cualquier posibilidad de lo que podría haber sido. Se me ha escapado entre los dedos como todas las demás cosas buenas de mi vida.

Me giro hacia él y abro la boca, pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta.

—Lord y lady Ashwood, es un placer volver a verlos. —Un penacho de plumas de faisán adorna la cabeza de lady Whitmore, quien nos sonríe a Kane y a mí—. Permítanme presentarles a la señorita Ivy Church.

Kane se levanta y hace una reverencia mientras lady Whitmore da un paso al lado. Ivy avanza con paso elegante y confiado y me parece aún más guapa de cerca que desde el otro lado del comedor.

—Lord Ashwood. —Ivy le tiende la mano a Kane, hace una lenta reverencia y pestañea con una sonrisa provocadora en los labios—. Ojalá nos hubieran presentado formalmente anoche en el banquete, pero todos sabemos demasiado bien cómo acabó. Aunque es una lástima, me habría encantado conocerlo mejor.

—Quizá en otra ocasión.

—Por favor, lord Ashwood, no me tiente con promesas que no puede mantener.

Kane acerca los labios a la mano de Ivy mientras murmura una respuesta. Me clavo los dedos en las piernas, mis uñas casi rasgando el vestido y se me forma un nudo en el estómago. No quiero sentirme así, no debería, pero siento que he vuelto a la sala de conferencias de Posh Pulse y estoy intentando demostrar mi valía de nuevo y reclamar lo que me pertenece.

—Yo soy Hannah —intervengo tras levantarme de un salto—. Lady Ashwood. Su esposa. —Las palabras salen solas antes de que pueda detenerlas y le dedico una sonrisa amarga y forzada.

—Ya veo. —Ivy frunce el ceño—. Deberíamos ponernos cómodos. No me gustaría quedarme de pie en medio de la sala esperando a la reina como un perrito faldero. —Desvía la mirada a Kane—. Lord Ashwood, espero que usted no me haga esperar.

Kane asiente educadamente, pero aprieta la mano alrededor del respaldo del asiento con los nudillos blancos.

Ivy y lady Whitmore se acomodan en los dos asientos vacíos que quedan frente a nosotros al otro lado de la mesita. Su presencia es otro factor por el que estar nerviosa.

—Ignórala —susurra Marion en cuanto me vuelvo a sentar—. Solo intenta sacarte de quicio.

«Misión cumplida».

Asiento intentando calmar la respiración y pensar en otra cosa, lo que sea.

Marion señala un grupito de mujeres sentadas al otro extremo de la sala cerca de la chimenea. Intento concentrarme en los cotilleos que suelta entre carcajadas, pero la presencia de Ivy es demasiado grande, se parece demasiado a Stephanie. Cada vez que se ríe, cada vez que nos mira me siento como una niña jugando a disfrazarse en un mundo en el que no merece estar.

El servicio entra con bandejas de dulces y McDougall se acerca con una fuente de pastelitos en las manos. Se detiene entre Marion y yo y nos saluda con un susurro mientras deja la fuente en la mesita. Un delicado pastelito cubierto de fresas glaseadas se tambalea en el extremo de la bandeja. McDougall se mueve

para atraparlo, pero aterriza en mi regazo con un suave golpe y me mancha el vestido de crema y fresas.

La estancia se queda en silencio durante un instante y todas las miradas se vuelven hacia mí.

McDougall tiene las mejillas rojas como un tomate, el pelo se le agita en la cabeza cuando se apresura a recoger el dulce con un par de pinzas doradas.

—Le ruego que me disculpe, lady Ashwood.

El glaseado se me queda pegado a la falda de terciopelo y la tela se levanta cuando intenta retirar el pastelito sin causar más daños.

El calor me inunda la cara y me obligo a emitir una risa hueca mientras me despego la comida del vestido.

—Parece que ahora yo soy el postre.

Al otro lado de la mesa, lady Whitmore jadea, se lleva los dedos enjoyados a la boca e Ivy abre el abanico para ocultar su risita maliciosa. Se me cae el alma a los pies, la vergüenza alarga el momento hasta convertirlo en una eternidad mientras me quedo ahí sentada, con el pastel extendido hacia McDougall y con leche y azúcar manchándome el vestido. Ivy me observa como una araña en su telaraña esperando a que cometa el más mínimo error.

El peso de su mirada, de mi pasado con Stephanie, la presión de ser lady Ashwood..., todo me oprime como un yunque.

Sin pensarlo dos veces, me aclaro la garganta y mi voz corta los susurros apagados de los nobles.

—Señor McDougall, ¿debo recordarle que tenga más cuidado? No podemos permitirnos más errores.

Aparece una ligera arruga casi imperceptible entre las cejas de McDougall y el dolor se refleja en su mirada. Lo disimula rápidamente con la espalda rígida mientras coge el pastel y hace una reverencia con sumo cuidado.

—Por supuesto, lady Ashwood, mis más sinceras disculpas.

Una punzada de arrepentimiento me retuerce las entrañas, pero mantengo la barbilla en alto y una expresión neutra interpretando a lady Ashwood, al igual que tendría que haber interpretado a una experta en *marketing* cuando estaba en Posh Pulse.

Fijo la mirada en Ivy. Sigue burlándose y le susurra algo a lady Whitmore detrás del abanico. Casi me estremezco cuando ambas se ríen, sin duda a mi costa.

McDougall se retira con la fuente de pasteles todavía en la mano y con los hombros ligeramente encorvados como si quisiera protegerse de una humillación mayor. El arrepentimiento me oprime el corazón, pero no puedo permitirme mostrar debilidad.

Miro a Kane buscando consuelo, cualquier cosa que no sea la mirada carente de emociones que me ha estado dedicando desde lo del granero.

—Eso ha sido innecesario, ¿no crees, cervatilla? —Tiene la mandíbula rígida y habla en voz baja, pero su desaprobación es lo bastante evidente para que note una presión en los pulmones.

Se me hunde el corazón y me aclaro la garganta.

—Creía... creía que eso era lo que ellas querían. Lo que se suponía que debía hacer.

—¿Y pones en riesgo quién eres para conseguir su aprobación?

Antes de que pueda responder, se abre la puerta doble del fondo. No hay tiempo para disculpas ni explicaciones. El momento ha pasado y me ha dejado el sabor amargo de la culpa en la boca.

Los heraldos dan un paso adelante y su voz resuena cuando anuncian:

—¡Su majestad la reina Lockhart!

Todas las cabezas se vuelven en cuanto entra la reina. El pelo largo y blanco le cae en cascada alrededor de las mejillas hundidas y los hombros huesudos. Las arrugas dibujan un mapa de dolor alrededor de sus pálidos ojos azules. Su presencia domina la habitación, es un fantasma de su antigua grandeza envuelto en un vestido escarlata que fluye cual fuego líquido con intricados bordados de oro en el dobladillo.

La sala permanece en silencio y todos nos levantamos al unísono. Hacemos una reverencia mientras la reina se mueve con una elegancia nacida de la costumbre con la espalda recta y pasos lentos y mesurados. Sus cristalinos ojos azules parecen cansados y desenfocados, recorre la mirada por la habitación sin verla realmente.

A medida que se acerca la reina madre, Kane me da un codazo. Sigo su ejemplo, agacho la cabeza y hago una reverencia aún más profunda cuando pasa prácticamente flotando hasta el trono caoba de respaldo alto que hay ante la ventana.

Toma asiento junto a su propia mesita con un juego de té de porcelana y una selección de delicados pasteles y fruta. Asiente ligeramente y me levanto de la reverencia junto con Marion y las demás.

—Sentaos —dice la reina Lockhart con voz melódica y autoritaria.

Obedecemos y el susurro de la tela y las sillas contra el suelo es lo único que se oye mientras retomamos nuestros puestos.

McDougall corre a su lado. Le sirve una taza de té y el líquido emite vapor cuando cae en la taza de porcelana. Con un cuidado meticuloso, añade un único terrón de azúcar y termina con un chorrito de leche antes de retirarse junto con el resto del personal de servicio a la pared.

La reina Lockhart levanta la taza con los delgados y pálidos dedos enroscados elegantemente alrededor del asa. Bebe un sorbo en silencio y cierra los ojos durante un instante como si estuviera saboreando el momento. Cuando vuelve a dejar la taza en el platillo y el sonido resuena por toda la estancia, el resto de los nobles reanudan sus movimientos y las conversaciones en voz baja.

Le echo un vistazo a la reina. Su vestido carmesí cae alrededor de su pálida silueta como sangre rodeando un cadáver. Sus cansados ojos azules se encuentran con los míos y le dirijo un asentimiento respetuoso.

—Lady Ashwood —me llama interrumpiendo las charlas entre murmullos, y me siento como si me hubiera presentado en la oficina sin pantalones—. Ha pasado mucho tiempo desde que nuestro reino acogió visitantes por última vez. Dígame, ¿qué piensa de Pentáculos?

Se me forma un nudo en la garganta. Mis pensamientos se desplazan a la fuente a medio desmoronar, a los refugios desvencijados y a los niños hambrientos en el centro de la ciudad y luego a los brillantes hombres de ojos azules usados como peones por una serpiente de su propio jardín.

No quiero mentir, pero tampoco quiero decirle la verdad.

«Dale la vuelta, Hannah».

Inspiro profundamente y convoco las habilidades que he estado perfeccionando durante toda mi vida adulta.

—Majestad —empiezo y mi voz se estabiliza cuando encuentro el equilibrio —. Pentáculos es un reino innegablemente hermoso y toda la gente a la que he conocido aquí ha resultado ser muy acogedora.

Me permito una pausa y miro a la nobleza reunida en la habitación. Mis ojos se posan en Ivy, quien está esperando para juzgarme.

—El reino tiene un potencial inmenso. Una historia llena. Una cultura rica. Pero en todos los lugares, incluso en aquellos tan brillantes como Pentáculos, hay ciertas áreas que necesitan más atención para poder brillar.

—Habla como alguien muy versado en el arte de la persuasión, lady Ashwood. —La reina Lockhart entorna los ojos e inclina la cabeza de un lado a otro como si estuviera sopesando mis palabras—. Díganos, ¿qué zonas del reino puliría para hacerlas brillar?

Detrás de mí, Kane se agarra con tanta fuerza al sofá que la madera cruje.

—Bueno, no me refería exactamente a...

Un grito perfora el aire y hace añicos la frágil calma.

Los jadeos recorren la sala, la reina se pone en pie de un salto con los ojos muy abiertos. Se da la vuelta y avanza a zancadas hacia la ventana con el vestido ondeando tras ella.

Kane la sigue sin mediar palabra. Voy tras él con el miedo aferrándome el pecho. Uno a uno, todos los nobles presentes se acercan a las ventanas que rodean la gran cámara.

En el exterior, los aldeanos se agolpan contra las puertas. Sus voces se elevan en un rugido de gritos y alaridos que se estrellan contra la fría e implacable piedra del palacio. Los guardias vestidos con armadura luchan por contener la línea que bloquea la puerta principal con las lanzas en alto en un intento inútil de mantener el orden.

Respiro de manera entrecortada y superficial mientras ocupo el espacio que hay entre la reina y Kane. Me agarro al alféizar de la ventana y observo la muchedumbre de debajo. Clavo la mirada en Lila, la niña de mi excursión al centro de la ciudad, la versión espejo de la nieta de mi jefa. Su hermano se

separa de ella y persigue a un pollo asustado, totalmente ajeno al caos que lo rodea. Lila salta tras él, pero la multitud le impide el paso.

El niño continúa su persecución y corre directo a la línea de guardias. Tropieza y aterriza a los pies de uno. El pollo se escurre a través de los postes de hierro de la puerta a un lugar más seguro.

Con un grito, el guardia levanta la lanza. Lila se abre paso entre la multitud y corre hacia delante. El pánico se refleja en su rostro mientras protege a su hermano del guardia que se acerca. El rostro del hombre va enrojeciendo a medida que se intensifican sus gritos y sus palabras se pierden entre los rugidos de la multitud.

Un hombre se aparta de la masa de gente, empuja al guardia y se coloca entre el niño y la amenaza. El guardia levanta la lanza, la punta afilada refleja la luz del sol. El rescatador sigue gritando y protege a Lila mientras ella agarra a su hermano y lo devuelve a la multitud.

Se me corta la respiración cuando la expresión del guardia se endurece y, con un movimiento rápido y brutal, hunde la lanza en el costado del manifestante.

El grito de dolor del hombre se interrumpe cuando empieza a salirle sangre por la boca y por el costado. Una mancha escarlata se le expande por la camisa y corre en gruesos regueros por su piel sucia. Con los ojos muy abiertos, agarra la lanza incrustada en su cuerpo e intenta liberarla con manos débiles.

Con un tirón despiadado, el guardia arranca la lanza. El hombre se desploma en el suelo y su cuerpo se retuerce en un combate final y desesperado por aferrarse a este mundo. La sangre se acumula debajo de él y empapa la tierra a medida que la vida abandona su cuerpo.

La multitud avanza indignada en estampida. Los guardias estrechan su formación en una advertencia silenciosa de que cualquier acto de desobediencia tendrá el mismo destino.

Sin pensarlo, le cojo la mano a Kane en busca de tranquilidad y fortaleza. Tiene la mirada clavada en la escena que está teniendo lugar en el exterior. Su agarre es firme y tenso bajo el mío, pero no se aparta.

La sala a mi alrededor se llena de conversaciones entre murmullos. Los nobles susurran entre ellos con el rostro marcado por la preocupación. El reino

está al borde del colapso y no harán nada más que mirar boquiabiertos desde su torre de marfil.

La reina madre se endereza y su máscara serena se quiebra para revelar un atisbo de inquietud. Aprieta los labios en una fina línea mientras se aleja de la ventana y su mirada se encuentra brevemente con la mía antes de apartarla.

—Mi hijo está descansado por la herida leve que sufrió, pero debemos llamarlo, así como avisar a más guardias —le espeta la reina Lockhart a McDougall—. El reino necesita a su rey. Alderic debe abordar esta situación de inmediato. Pentáculos no puede permitirse caer en el caos.

—Puede que la agresión no sea la respuesta —intervengo. La mano de Kane se tensa bajo la mía, pero me libero de su agarre—. Majestad, la gente se muere de hambre. Lo he visto de primera mano. Si pudiera...

Ivy me interrumpe con el ceño fruncido y la voz marcada por el desdén:

—¿Quién es usted para decirle esas cosas a nuestra reina? Ni siquiera pertenece a este reino.

«No tiene ni idea de lo acertadas que son sus palabras».

—No me hace falta pertenecer a este lugar para saber que algo va mal o que el pueblo no puede cubrir sus necesidades básicas de alimentos y cobijo, algo que deberían tener garantizado. Tal y como eran las cosas hasta que...

—Mi marido murió —declara la reina Lockhart—. Esa gente de la que usted habla intentó hacerle lo mismo a mi hijo. Por suerte, él solo necesita un poco de reposo para recuperar las fuerzas. —Respira profundamente con las fosas nasales ensanchadas—. Independientemente del líder que el rey haya decidido ser, a mí no me queda más lucha. No quiero arreglar esto. Simplemente quiero que se arregle. No me importa cómo. No me importa que eso signifique el fin del reinado de los Lockhart siempre que Pentáculos siga en pie. Estoy harta... de todo.

Su declaración cae pesadamente sobre los presentes, es una admisión sorprendente que resuena entre los nobles como una piedra en un estanque en calma.

La reina coge aire de nuevo y cierra los ojos como si intentara reunir lo que le queda de fuerza. Con un giro de muñeca, nos echa a todos y sale a zancadas de

la habitación con el vestido ondeando tras ella como una nube empapada de sangre.

Ivy se aleja de la ventana tras la reina y se detiene a mi lado para susurrar:

—Usted no es nadie, es un juguete, algo temporal. Le sugiero que se marche. Vuelva a donde pertenece antes de que la eche de mi reino yo misma.

Sus palabras son como cuchillos destinados a herirme y no puedo evitar oír a Stephanie asestando los golpes mortales. Ivy se va detrás de la reina con un rastro de nobles tras ella.

—Solo intentaba ayudar —murmuro con la voz rota.

Me giro hacia Kane para que me rescate una vez más, pero se marcha de la habitación sin mirarme. Verlo alejarse es como retorcer el cuchillo en mi pecho. Marion está junto a su marido y su rostro es una máscara de compostura y cortesía. Capto su mirada esperando una señal de solidaridad, pero Highgate le pone una mano en la espalda y la saca de la habitación. Ella me mira con pesar durante un instante, pero sigue a su marido sin decir nada.

Ivy tiene razón. Este no es mi reino. Este no es mi mundo. Ni siquiera la ropa que llevo es mía. Pensar que podía integrarme, que podía ayudar... ha sido ridículo.

Me cuesta tragar saliva y mis inhalaciones se convierten en jadeos de pánico.

No logro encontrar el equilibrio entre quién soy y quién se supone que debo ser. Sinceramente, nunca he logrado el equilibrio correcto. Siempre soy demasiado yo o demasiado otra persona. Solo me siento yo misma cuando estoy a solas con Kane. Pero eso también lo he fastidiado.

El impulso de huir es abrumador y salgo corriendo de la habitación. Los pasillos ornamentados se difuminan mientras corro con los ojos llenos de lágrimas. La desesperación impulsa mi huida y mis pasos resuenan en los pasillos vacíos. He intentado encajar con todas mis fuerzas, quería marcar la diferencia, pero ahora lo he perdido todo.

Irrumpo por una puerta lateral y salgo a trompicones al jardín. El aire frío me golpea la cara como una bofetada y contengo la respiración para no llorar. Un pensamiento cobra forma en mi mente: «Sé cómo arreglar esto».

«He de encontrar el bolso, encontrar la carta y encontrar el camino de vuelta a

casa».

Veintidós



El corazón me martillea las costillas mientras atravieso los jardines, el césped meticulosamente cuidado y las flores que crean una mezcla de verdes y pasteles. Me da absolutamente igual no parecer la dama de alta cuna que finjo ser mientras corro hacia el otro lado del palacio, con las faldas levantadas y la respiración entrecortada.

Atravieso una serie de puertas abiertas y me sumerjo en las sombras. Mis ojos se adaptan a la luz de las velas y mi paso se acelera a cada zancada mientras vuelvo sobre mis pasos por el pasillo de aquella primera noche y mi visita con Marion.

Libélulas de cristal salpican el salón en el que me encuentro, pegadas a la pared como si estuvieran congeladas en ámbar. No tengo tiempo para detenerme, para deleitarme con su belleza. Cada músculo de mi cuerpo me impulsa hacia delante, mi mente está acelerada con la misma energía frenética y todas las dudas e inseguridades afloran a la superficie.

«¿A quién quieres engañar, Hannah? Nunca encontrarás tu bolso, mucho menos esa carta de tarot».

Atravieso el Salón de las Alas de Cristal y llego a otro amplio pasillo. Flores frescas brotan de los jarrones y tapices adornados con oro y granate cuelgan de las paredes de piedra exactamente igual que en el ala opuesta del castillo. Echo

un vistazo a los dormitorios que bordean el pasillo. Es este pasillo. Tiene que serlo. Si no...

Abro la puerta de la primera habitación. Está ricamente amueblada con una gran cama con dosel y cortinas de terciopelo que rozan el suelo, pero la alfombra del centro es de color crema, no del rojo rubí sobre el que casi vomité cuando llegué. Después de cerrar la puerta tras de mí, salgo disparada por el pasillo hasta la habitación contigua. Es igual de grande, con un tapiz de la corona de pentáculos del rey Alderic que cubre una pared entera, pero hay un armario donde se supone que debería estar la ventana y no hay alfombra en el suelo.

La voz de Highgate resuena por el pasillo seguida por otro barítono profundo que no reconozco. Me quedo paralizada con la mano temblorosa en el pomo del tercer dormitorio. Tengo las palmas resbaladizas, el pánico crece, la ansiedad se apodera de mí y ataques de negatividad sacuden mis pensamientos.

«Nunca volverás a casa. Nunca conseguirás un ascenso. Nunca encajarás ni serás suficiente para gustarle a un hombre. Vas a morir aquí. Vas a...».

—¡Cállate! —grito en un susurro a la voz en mi cabeza a la que siempre se le ha dado mejor derribarme que animarme. Highgate puede irse a la mierda y su amigo también.

Sin importarme que me pillen y tener que inventarme otra mentira, abro la puerta de la habitación con una fuerza que hace sonar las bisagras. En cuanto entro, sé que es la correcta. Todo está tal y como lo recordaba, el terciopelo escarlata que recubre las paredes, las pinturas enmarcadas en dorado de paisajes marinos y casitas con jardín, el armario gigante salpicado de pan de oro y la cama con dosel a conjunto. El alivio me invade mientras cierro la puerta y me dejo caer sobre ella.

Alivio no es lo único que siento cuando mis ojos examinan la habitación donde aterricé por primera vez en Towerfall. Donde conocí a Kane. Donde él intentó salvarme de mí misma por primera vez.

—No. —Sacudo la cabeza, regañándome de nuevo. Esto no va de Kane o Stephanie o cualquier otra persona. Sino de mí. Quiero irme a casa. Quiero abandonar Towerfall y nunca mirar atrás.

«Por culpa de Kane. Y la doble de Stephanie».

Rebusco febrilmente por la habitación rodeando la cama y levantando las cortinas para encontrar mi bolso. Finalmente, me dejo caer sobre las manos y rodillas y me arrastro hasta donde este extraño aunque familiar mundo se volvió nítido a mi alrededor. Aplasto la alfombra rojo rubí con las manos y rodillas mientras me desplazo hacia delante. Con una palma apoyada en la alfombra, agarro la falda de seda de la cama con el corazón prácticamente hecho un nudo deseando, esperando y rezando a quienquiera que me escuche para que mi camino a casa esté realmente aquí. Contengo la respiración y levanto la tela. Ahí, escondido en la oscuridad, acurrucado y esperándome como un gato, está mi bolso.

Me abalanzo hacia delante, me tiemblan las manos cuando agarro la correa y tiro de él hacia la luz. Encontrar este bolso, el regalo que me hice a mí misma cuando me acababan de contratar en una enorme empresa de *marketing*, es abrumador. Las lágrimas me nublan la vista mientras aferro contra mi pecho la salida de esta pesadilla. Me las seco rápidamente con las manos y vuelvo ponerme de pie.

Lo he conseguido. He encontrado exactamente lo que estaba buscando sin ayuda de nadie. Resulta que solo necesitaba la motivación adecuada.

La adrenalina me ha traído hasta aquí, pero ahora que tengo lo que buscaba, el miedo a que me pillen se apodera de mí. Podría explicar acabar perdida en un palacio del tamaño de North Bridge, pero ¿cómo explico esto? Frunzo el ceño y miro el bolso que prácticamente ha cargado con toda mi vida durante los últimos tres años. Sí, Ivy dijo que no encajo, pero nadie sabe cuántas mentiras he dicho para llegar aquí. Nadie excepto Kane.

Y él merece saber que me voy. Es más, quiero decírselo. Para ver la expresión de su cara cuando le diga que voy a desaparecer tan rápido como llegué. Que puede lidiar solo con ser lord Ashwood, con el destierro, con Cuatro y el rey y todo lo demás que no me está contando. Podría haberlo ayudado, haberle devuelto el favor por haberme salvado tantas veces, pero no importa cuánto quiera hacerlo, no lo haré. Esta vez, seré yo quien se vaya primero.

La Torre y la emperatriz saben que mi presencia aquí es un error tanto como yo. Deben de estar tan desesperadas como yo por devolver la normalidad a

ambos mundos y enviarme a casa.

Con una respiración profunda, estiro los hombros y me dirijo hacia la puerta. Ignoro la parte de mí que se siente aliviada por poder ver a Kane una vez más antes de irme y esperanzada de que este último encuentro lo cambie todo.

Abro la puerta y me asomo. El pulso me retumba en los oídos mientras espero a que aparezca un grupo de guardias o caiga un rayo. Cuando no pasa nada, avanzo hacia el pasillo impulsada por una falsa confianza. Una vez leí un artículo, leí parte de un artículo, que decía que las mujeres que caminan con confianza son menos propensas a ser agredidas. Esperemos que eso signifique que también son menos propensas a ser detenidas e interrogadas por llevar un bolso lleno de objetos que no existen en este mundo.

Con la barbilla alta y una sonrisa de superioridad intacta, salgo del palacio por donde he entrado y vuelvo a los jardines. El aire de la tarde es más fresco ahora y el jardín está bañado por el suave resplandor del crepúsculo. La grava cruje bajo mis pies en pantuflas y el sonido se mezcla con el zumbido lejano de grillos, mientras doy la vuelta alrededor del verde laberinto y atajo por un estrecho sendero de arbustos de hoja perenne más altos y anchos que yo.

Tanto fingir ser parte de la nobleza de Copas para acceder al palacio como pasear por los terrenos con lo que se podría describir como contrabando van contra las reglas, pero algo más falla. Algo que me hiela la espina dorsal y hace que se me ericen los pelos de la nuca.

Hago una pausa, pero el crujido de la grava no se detiene. Me doy la vuelta con el corazón golpeándome las costillas y el bolso pegado al pecho.

Lord Highgate sonríe, sus ojos brillan con el resplandor oscuro del sol.

—Lady Ashwood —dice con un tono tranquilo y bajo mientras sus pasos lánguidos lo acercan—. Qué agradable sorpresa encontrarla aquí.

—Seguir a mujeres que están solas por la noche no da una buena imagen.

—El sol acaba de empezar a ponerse. —Levanta la vista y mi mirada lo sigue automáticamente—. No es completamente de noche. Todavía no.

El crujido de la grava lo acerca más, yo retrocedo hacia atrás y agujas de hoja perenne me arañan el vestido.

—¿Necesita algo o...?

—¿Qué tiene ahí, lady Ashwood? —Señala con la mirada el bulto de cuero que tengo entre los brazos y lo agarro con más fuerza, hundiéndome en mí misma para ocultar la evidencia de que Ivy tenía razón, no encajo aquí.

—No es de su incumbencia —digo mientras intento esquivarlo, pero me corta el paso con una sonrisa que se ensancha.

—No tenga prisa por mí —ronronea acercándose—. He estado pensando en nuestros encuentros y en lo fogosa y apasionada que es.

—Hágame un favor, Highgate. Deje de pensar en mí. —Lo fulmino con la mirada mientras se me agota la paciencia.

—¡Oh! —Echa la cabeza hacia atrás con una carcajada—. Ni los mismísimos dioses conseguirían que dejara de pensar en usted, lady Ashwood.

Se me forma un nudo en el estómago.

—Váyase, Highgate.

—Sí —susurra mientras sus ojos se oscurecen con retorcida excitación—. Dígamelo otra vez.

—¿Qué? —Parpadeo y me hundo más en la vegetación.

—Dígame cuánto me desprecia. Ninguna mujer me ha hablado nunca como usted. No puedo dejar de pensar en ello. Por los dioses, la forma en que me habla. Es increíble.

Sacudo la cabeza mientras una risita de pánico me araña la garganta.

—No tengo tiempo para esto. Váyase a molestar a otra persona.

Su expresión cambia y se acerca más hasta que puedo sentir su aliento caliente en la cara.

—Sí, lady Ashwood, más —susurra mientras recorre con sus largos dedos el borde de mi bolso—. Dígame que me vaya, que me odia.

—¿Habla en serio? —espeto con la piel erizada mientras aparto el bolso de un tirón—. De verdad quiero que se vaya. De verdad. No en un sentido pervertido.

Sus ojos brillan y se inclina para empujarme hacia las profundidades de los arbustos.

—Oh, lady Ashwood, sus palabras me hacen pedazos —murmura con la voz temblorosa por la excitación—. Pero solo alimentan mi deseo. Me deleito con su

desdén. ¿Qué me está pasando? ¿Qué ha hecho para afectarme tanto? ¿Y por qué siento como si solo ahora me estuviera despertando a la vida?

—Aléjese de mí —digo con una voz fría mientras deslizo la mano dentro del bolsillo exterior de mi bolso.

—Cuánto fuego. Me gustan los retos, las cacerías. Y usted, arpía malhablada mía, es la presa perfecta. —Extiende el brazo para apartarme un mechón de pelo de la cara, pero le aparto la mano.

Me pongo firme y lo miro fijamente con los dedos enroscados alrededor del bote envuelto en recibos de supermercados.

—Váyase, Highgate, antes de que se arrepienta.

—Nunca podría arrepentirme de estar en su presencia, de que me azote con sus palabras. —Se inclina hacia delante y arrastra la nariz por mi pelo mientras inhala profundamente.

—¿Qué le parece esto? —suelto, cambiando de táctica mientras me echo hacia un lado para tratar de poner tanta distancia entre nosotros como sea posible y no envenenarme con una nube de espray de pimienta—. Voy a entrar y no me va a seguir. Va a esperar aquí. Quieto como una estatua.

—¿Y si no me puedo resistir a buscarla de nuevo? —Su voz tiembla con una anticipación enfermiza.

—Será castigado, severamente castigado.

—Oh, sí. —Se estremece—. ¿Y usted impartirá el castigo, lady Ashwood?

—Creo que me he expresado mal. —Me fuerzo a sonreír y continúo esquivándolo—. Lo que quería decir es que no será castigado si me sigue. Es más, si se mueve de este lugar, nunca volveré a ser mala con usted.

Se pone rígido.

—Esperaré aquí y no moveré un músculo hasta que usted me lo ordene. Aunque no sé cuánto tiempo podré controlar a mi cazador interior.

Me pego a él para poder pasar, casi con arcadas cuando aspira otra bocanada de mi aire. Ahora que ya no estoy bloqueada por una espesa hilera de vegetación y un hombre que se toma un «no» como un «sí» rotundo, me alejo de él. El corazón me late a toda velocidad en el pecho mientras pongo distancia entre

nosotros y saco el bote de espray de pimienta. Fiel a su palabra, no se mueve y su único signo de confusión es una ligera arruga entre sus cejas.

—Por esto las mujeres eligen al oso.

Con un rápido movimiento, deslizo el pulgar bajo la tapa abatible y aprieto el botón del pulverizador. El espray de pimienta sale de la boquilla y le rocía la cara. Él grita y cae de rodillas mientras se araña los ojos y su tos seca llena el jardín.

Con el bote aún en el puño, entro en el Salón de los Espejos con la confianza de un hombre que sigue a una mujer en la oscuridad.

Veintitrés



Vuelvo a la habitación que comparto con Kane sintiendo que tengo mucho más control sobre mi futuro del que he tenido en mucho tiempo. Tras poner a salvo el espray de pimienta en el bolso que aferro contra el pecho, abro la puerta y me paro en seco.

El cálido parpadeo de las velas crea un resplandor íntimo y arroja suaves sombras sobre la túnica de Kane. Su parche refleja la luz entre las gotas que le caen desde el pelo mojado hasta las duras superficies de su rostro. Cuesta apartar la mirada de él, pero ella hace que sea posible.

—¿Ivy? —susurro, apenas capaz de oír mi voz por encima del torrente sanguíneo de mis oídos.

Sale de detrás de él sin dejar de acariciarle el pecho por encima de la túnica. Su sonrisa es tan afilada que corta como fragmentos de cristal y sus ojos verdes relucen cuando me mira de arriba abajo. Me da un vuelco el corazón y se me retuerce el estómago con una combinación enfermiza de envidia y sentimiento de traición.

—Ah, lady Ashwood, no la esperábamos —ronronea fingiendo inocencia.

—Cervatilla, esto no es lo que parece. —Kane da un paso adelante y el agua gotea por el triángulo de piel que queda expuesta en su pecho.

—O puede que sí. —Ivy se encoge contra Kane y le baja la mano por el brazo —. Parece que hoy sí que he podido llegar a conocerlo mejor, ¿verdad,

Ashwood?

La mente me va a mil y me sube la bilis por la garganta. El tiempo se ralentiza mientras cada uno de esos instantes se me graba en la memoria, cada detalle bien vívido, todo listo para herirme cada vez que reviva esta escena.

Es otra vez Chad. Mi padre alejándose de mi madre. Todas las relaciones con hombres que he tenido en mi vida.

—Pobre lady Ashwood. Es tan confiada. Tan fácil de engañar. —Su sonrisa engreída se ensancha mientras desliza la mano por el pecho de Kane y se demora en el cuello de su túnica—. ¿Verdad que sí, Ashwood?

Él se aparta.

—Acababa de salir de darme un baño. Ha venido sin que la invitara. He intentado que se marchara. Yo nunca...

—Sí, espero que pueda perdonar nuestra indiscreción. —La sonrisa de Ivy no flaquea cuando finge alisar su vestido y recolocarse las ondas rubias.

—Márchate, Ivy. —Kane tiene la mandíbula tensa y sus ojos arden de ira—. Ya.

Pero el daño ya está hecho, ya tengo su imagen grabada a fuego en la mente. Me fuerzo a hablar, pero mi voz no es más que un susurro:

—No, Ivy, no se marche. Me marcharé yo.

Tengo el pecho agitado, las lágrimas amenazan con derramarse. Kane da un paso hacia mí y agarro el bolso con más fuerza. Tengo las manos sudadas y clavo las uñas en el cuero.

—Cervatilla, por favor —implora. Se le abre la túnica ligeramente al andar y deja al descubierto más trozo de ese pecho musculoso, mojado y reluciente bajo la luz de las velas—. Tienes que creerme. Nunca te traicionaría de este modo.

—Solo era un poco de diversión, ¿recuerdas? Es culpa mía por dejar que se involucre el corazón. —Trago saliva. El nudo que tengo en la garganta me dificulta hablar. La habitación me resulta insoportablemente pequeña y el aire está cargado con el perfume excesivamente dulce de Ivy—. De todos modos, ya no importa. He encontrado lo que me hacía falta para volver a casa. —Levanto el bolso con los dedos temblorosos—. Solo venía a decirte que me marcho.

Me giro y corro de nuevo hacia la puerta. El corazón se me va rompiendo a

cada paso. No soporto verlo, ni verla a ella. Ni a esta situación que tendría que haber sabido cómo iba a acabar.

—Hannah, espera. —Me agarra por la muñeca cuando intento marcharme. El movimiento hace que se le abra la túnica por encima del muslo y deje expuestos los contornos de su pierna y el destello de una cicatriz dorada.

Quiero creerlo. Quiero lanzarme a sus brazos y dejar que me lo explique todo, pero ya lo he hecho anteriormente. Demasiadas veces. Estoy harta de cometer siempre los mismos errores.

—Me dijiste que no confiara en nadie del reino —susurro con voz temblorosa. Las lágrimas me nublan la visión, pero parpadeo para contenerlas. Me niego a dejarlas caer—. Tendría que haberte hecho caso.

Refuerza el agarre, me acaricia la muñeca con el pulgar cuando intenta retenerme.

—Hannah, tienes que dejar que te explique...

—¡Suéltame, Kane! Ya no necesito que me salves.

Kane me mira a los ojos y el pánico se refleja en su mirada. Los dos nos quedamos paralizados cuando mi arrebato nos golpea como un rayo. No quería pronunciar su nombre fuera de nuestra privacidad, desvelar su verdadera identidad. Pero ahora no puedo retirarlo. Solo me queda esperar que Ivy no se haya dado cuenta.

—Adiós, Ashwood. —Ya tengo la mano en la puerta. Casi soy libre de alejarme de ellos y de mi lista de errores cada vez mayor.

—¿Cómo lo ha llamado? —La voz de Ivy me provoca un escalofrío en la espalda y me giro para mirarla.

—Lord Ashwood. Su nombre. ¿Cómo si no iba a llamarlo? —Aferro el bolso contra mi vientre intentando volvernos a ambos más pequeños. Sé que Kane me necesita, pero no sé cómo ayudarlo. Ni si debería hacerlo.

La sonrisa de Ivy reaparece tan mortífera y reluciente como la de un tiburón. Se mueve con una elegancia depredadora balanceando las caderas mientras se acerca a Kane. Lo recorre con la mirada, observa su alta figura, los músculos tensos y definidos, los hombros anchos y la piel bronceada. Le levanta el parche del ojo y deja escapar un suave jadeo.

—Ya me había parecido que reconocía esa mandíbula..., ese cuerpo tan grande. —Le pasa la mano por la mejilla y recorre con los dedos la parte expuesta de su pecho—. Llegué a decirle a Cuatro que sospechaba que algo andaba mal, pero se dejó engañar por un parche y un mal corte de pelo.

Kane aprieta los puños, la tensión de su cuerpo calienta el ambiente.

—Ivy, esto no puede salir de aquí.

La risa de Ivy es tan cortante como un cristal haciéndose añicos.

—Oh, esto es demasiado bueno para mantenerlo entre nosotros. —Inclina la cabeza y la melena rubia le cae en ondas sedosas por el hombro—. Sobre todo porque, sin duda, esta artimaña ha sido por mí.

Kane la fulmina con la mirada, con la mandíbula tan apretada que parece que vaya a romperse. Tienen una historia que hace que el aire se cargue de electricidad entre ellos.

Estuvieron juntos. Tienen un pasado.

Esa realidad me golpea y me deja mareada y sin aliento.

Me permití confiar en él, quedé atrapada entre sueños y esperanzas. Ignoré las señales de advertencia y lo tosco y cauteloso que se mostró cuando mencioné su nombre. Dejé la intuición a un lado y me culpé a mí misma por estar celosa cuando pensé que se habían presentado formalmente por primera vez en el té con la reina.

En el fondo lo sabía.

Sabía que había algo entre ellos.

Sabía que no me entregaría su corazón porque prefería guardárselo para otra... para Ivy.

—Entonces, ¿no vas a negarlo? —ronronea Ivy y su sonrisa de satisfacción me hace estremecerme.

Respiro de manera superficial, me da vueltas la cabeza intentando captar fragmentos de su historia compartida.

Ella era su arma secreta, la persona que sabía que podía tener como aliada contra Cuatro junto a los miembros de la corte que le eran leales.

Sabía que yo no lo entendería. O peor, que lo fastidiaría todo y no le dejaría divertirse conmigo si descubría la verdad.

Kane la estaba protegiendo.

—Si le dices una palabra de esto a Cuatro, me aseguraré de que vivas para lamentarlo. —Sus palabras son una promesa letal y, por un momento, la sonrisa de Ivy flaquea.

—Vaya, Kane, ya he vivido una vida llena de lamentaciones. —Su sonrisa regresa junto con el brillo malicioso de su mirada—. Cuando estuve contigo.

Respiro profundamente con el corazón encogido y la mirada puesta en Kane.

—Ivy era tu plan desde el principio... Ella era quien podía volver la marea contra Cuatro con sus contactos. Dijiste que podía resultar útil, pero no sabía cuántos usos habías explorado.

Se me quiebra la voz, se me acumulan las lágrimas en los ojos.

—La peor parte no es que vosotros dos tuvierais claramente una relación complicada que no creías que mereciera conocer. Es que incluso conociendo mi pasado me mentiste cuando te pregunté por ella. Seguías queriendo acostarte conmigo y no creías que fuera lo bastante inteligente como para conocer tu plan sin arruinarlo o cerrar las piernas.

Kane da un paso hacia mí tratando de tender un puente sobre el abismo de la verdad que se ha abierto entre nosotros.

—No, Kane, no. Me permití sentir cosas por ti. Me permití pensar que tú también podías llegar a sentir algo por mí. Pasé por alto mi instinto y todos los momentos de sentido común que tuve.

»Me salvaste en varias ocasiones y cometí el error de pensar que siempre me protegerías. Y, en realidad, todo este tiempo has estado protegiéndola a ella. Yo solo he sido un poco de diversión.

Él niega con la cabeza y se pasa la mano por el pelo.

—Empezó así y creía que estar contigo, que poseer tu cuerpo... satisfaría el hambre que tengo de ti. Pero solo la empeoró. Y después de lo del incendio, después de estar a punto de perderte...

Las palabras se quedan flotando en el aire como el humo de aquella noche y se me rompe de nuevo el corazón.

—Cuando comentaste lo de quedarte aquí, cuando dijiste que teníamos que hablar, sentí... el daño que mis mentiras podían causarle a lo nuestro. Necesitaba

tiempo para pensar, tiempo para actuar, para arreglar las cosas antes de contártelo todo. Cervatilla, esto ya no es por mi plan. No es por Ivy, por Cuatro ni por la política de este reino. Es por ti. No eres solo un poco de diversión, cervatilla.

Niego con la cabeza y retrocedo.

—Soy una ingenua, estoy tan desesperada... Tan estancada en este puto patrón. —Las lágrimas se derraman, a pesar de mis esfuerzos por mantenerlas a raya—. Puede que no me perdieras en el fuego, pero me has perdido ahora.

Me doy la vuelta y salgo corriendo de la habitación. Mis pasos resuenan por el pasillo vacío mientras corro a la escalera. El pasillo no es más que una mancha difusa dorada y carmesí a través de las lágrimas. No sé a dónde voy, solo sé que necesito alejarme.

Llego a la gran escalera con el corazón acelerado en el pecho y se me atasca el pie en el dobladillo del vestido. Tropiezo y caigo hacia delante. Se me escapa el bolso y me sostengo en la barandilla. El contenido se esparce por los escalones cubiertos de moqueta. Bolígrafos, un bálsamo labial y un brillo de labios ruedan escalera abajo como pequeños recordatorios de un mundo que parece muy lejano.

«Eres un desastre, Hannah».

Los sollozos me sacuden el cuerpo y caigo de rodillas. Recojo el contenido del bolso con dedos temblorosos y lo vuelvo a guardar como si estuviera recogiendo los pedazos de mi propio corazón. El bálsamo labial rueda por todos los escalones hasta que se termina la escalera. Lo recojo hipando con cada sollozo. Me doy la vuelta y me seco los ojos intentando aclarar la visión mientras busco frenéticamente lo único que importa de verdad.

El pánico me brota en el pecho y una nueva oleada de desesperación me invade cuando me dejo caer y vacío el bolso. Salen varios brillos de labios, un espejo de bolsillo, la cartera, recibos arrugados, espray de pimienta, tampones y llaves, pero ninguna carta de tarot.

Noto una presión en el pecho, apenas puedo respirar. Dejo a un lado el bolso vacío y vuelvo a rebuscar en la pila de objetos. Mis movimientos son erráticos,

mis dedos se resbalan sobre el suave mármol mientras hago a un lado todo lo que no es la emperatriz, la carta que me llevará de vuelta a casa.

Dejo escapar un sollozo ahogado.

—¡Tiene que estar aquí! Tiene que estar...

Se me acelera el corazón con el peso de la desesperación y el desconocimiento. Mi único modo de volver a casa está perdido en un palacio de piedra.

«¿Dónde está la carta? ¿Dónde está?».

—¿Dónde está? —le grito a mi yo del pasado y del presente, a todas mis versiones demasiado inseguras y asustadas como para tomar buenas decisiones.

El palacio se ríe de mí en silencio a medida que se instala la realidad. La emperatriz no está aquí.

—La he perdido —susurro enterrando el rostro en las manos—. He perdido mi único modo de volver a casa.

Justo cuando siento que la marea de emociones está a punto de ahogarme, suena una voz familiar y Marion corre hasta mí.

—¡Hannah! ¿Qué ha pasado? ¿Qué es todo esto?

—Marion, por favor, sácame de aquí —consigo decir entre lágrimas.

La preocupación se refleja en su rostro, pero asiente y no hace más preguntas. Vuelve a meter todas las cosas en mi bolso y me ayuda a levantarme. Me pasa un brazo por los hombros y me aferro a ella mientras salimos corriendo del palacio.

Aunque mis pasos me alejan cada vez más de Kane y sus mentiras, no puedo escapar de la sensación de que estoy huyendo de más cosas aparte de él. Estoy huyendo de la verdad, del dolor, de las decisiones de mierda que me han llevado a este momento.

Veinticuatro



Los últimos rayos del sol poniente pintan el terreno del palacio del color rosa de las madreselvas mientras Marion y yo cabalgamos a través de los exuberantes pastos. Miro a mi caballo, que sigue al de Marion con pasos lentos y cautelosos mientras sus orejas se sacuden al ritmo del canto de los pájaros. El suave balanceo del animal debajo de mí es casi reconfortante, pero es imposible no pensar en Sombra. Y pensar en Sombra siempre provocará pensamientos sobre Kane.

Me tiembla el labio inferior y dejo escapar un débil suspiro mientras agarro con fuerza las riendas de cuero decidida a no volver a llorar.

Marion ralentiza el paso de su caballo y me mira por encima del hombro con una delicada sonrisa en los labios.

—¿Estás preparada para hablar de ello?

Dudo un instante con las palabras atascadas en la garganta. Finalmente, asiento.

—Pillé a Ashwood e Ivy juntos.

Los ojos de Marion se agrandan ligeramente.

—No me esperaba esto, pero no puedo decir que me sorprenda. —Chasquea la lengua y se da la vuelta para fijar la vista en el camino que tenemos por delante.

Estamos en silencio durante un rato. Las pisadas rítmicas de los cascos de los

caballos sobre el camino cubierto de hierba llenan el espacio entre nosotras.

—Lo siento, Hannah. Ojalá hubiera algo más que pudiera decir, algo que pudiera hacer.

—Pedir los caballos, este paseo... —Respiro los últimos rayos de sol y contemplo las colinas ondulantes que se extienden en un horizonte de árboles verde musgo. Más allá, la Torre me atrae, me tranquiliza. No puedo explicar su atracción magnética, pero, ahora mismo, no quiero. Ahora mismo, estoy bien—. Me siento un poco mejor.

—Bien. Se me da mejor la diversión que la pena. —Sonríe y la brisa levanta sus rizos—. Sin embargo, si decides enfrentarte a Ivy, cuenta conmigo firmemente. Nunca me ha gustado mucho. Y, al contrario de lo que todo el mundo cree, no es porque fuera una humilde doncella que llamó la atención del guerrero más entregado de nuestro reino.

—¿Cuatro es el guerrero más entregado del reino? —pregunto para tratar de desenredar la red de relaciones y política dentro de Pentáculos. Una vez más, mis pensamientos se desvían hacia Kane, protector del reino de Pentáculos y de todo aquel que habita sus tierras.

La posibilidad de que esté hablando de él hace que se me caiga el estómago a los pies.

Marion resopla.

—Antes del repentino ascenso de Cuatro, apenas se hablaba de él, mucho menos llamándolo por su nombre. Un consejero mediocre, como mucho, y creo que eso es darle demasiado crédito. Y entonces, como de la noche a la mañana, está codo con codo con el rey, susurrándole al oído como un hermano perdido encontrado en el mar.

»Y no son solo simples consejos lo que le da. Hay rumores de que Cuatro ejerce presión a favor de la guerra para aumentar las riquezas del palacio. Por supuesto, si escuchas su versión, dirá que todo gira en torno a la “estrategia” y la “política del reino”. Aunque nunca me convencerá de que enviar jóvenes a morir va a ayudar con la estrategia o la política. —Suspira—. No importa lo que diga la gente, nunca creeré que se ganó la confianza del rey solo por sus méritos. Siempre he pensado que el rey Lockhart estaba desesperado por una amistad

después de perder a Kane y, simplemente, eligió a la primera persona que encontró.

«Kane». Su nombre es una promesa y una pregunta a la vez.

No importa cómo me sienta, no importa lo doloroso que pueda ser, necesito saber la verdad.

—¿Y quién es Kane?

—Kane Blackthorne, el guerrero que Ivy utilizó para elevar su estatus.

El corazón me da un vuelco mientras Marion continúa, sus palabras se hunden en mí como pesas de plomo.

—Se dice que Cuatro e Ivy convencieron al rey Lockhart de que Kane estaba intentando utilizar la magia, lo que llevó a su destierro. Un destino cruel para un hombre tan hermoso. Es, sin embargo, mucho mejor que la decapitación estándar. ¿Te imaginas conspirar contra tu propio prometido sabiendo que podría acabar asesinado?

Las piezas del rompecabezas finalmente encajan con una cruel claridad.

Una fría oleada de náuseas se apodera de mi estómago y agarro las riendas luchando por mantener el equilibrio.

«Prometido. Kane e Ivy estaban... prometidos».

La voz de Marion se desvanece en el fondo mientras mis pensamientos dan vueltas fuera de control. Lo único que puedo ver es a Kane e Ivy juntos en nuestra habitación, los recuerdos de sus manos sobre él se me han quedado grabados a fuego en la mente.

Tenía razón. Kane la estaba protegiendo, protegiendo la relación que tenían.

Quería derrotar a Cuatro, salvar a su amigo y recuperar su lugar en el palacio. Quería volver a su antigua vida. Quería a Ivy.

El pecho se me encoje y me cuesta respirar. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo me he permitido enamorarme de él, confiar en él, cuando desde el principio me dijo que no lo hiciera?

Las lágrimas no derramadas me arden en los ojos y trago saliva con dificultad para intentar recuperar la compostura.

Cada momento compartido, cada confesión susurrada, cada ardiente caricia nunca podría significar tanto para él como lo ha significado para mí. Kane estaba

ocultándome secretos y jugando conmigo mientras que lo que yo sentía, lo que todavía siento, era real y profundo y más que una aventura pasajera o un flechazo relámpago.

Era más que quererlo.

Era amor.

«Amo a Kane».

Parpadeo para deshacerme de las lágrimas y me obligo a mirar a Marion. Ella continúa y asiento como si descubrir la verdad sobre el hombre al que amo no me hubiera destrozado.

—Y cuando Kane fue desterrado, Ivy se juntó con Cuatro inmediatamente. Ni siquiera esperó a que se enfriara la cama. Aunque, con Ivy, no creo que nunca esté fría. No es que yo sea quien para juzgar. Pero estoy segura de que Kane no sabía nada de su hipocresía.

El paisaje cambia a medida que nos acercamos a la Torre, el césped cortado da paso a flores silvestres, zarzamoras y una arboleda con ramas que parecen dedos retorcidos acariciando el cielo.

La Torre se alza como un centinela de piedra blanqueada contra el sol poniente. Enredaderas serpentean por la agrietada y desgastada fachada envolviendo la piedra en ruinas como una venda viva. Está muy lejos de la imagen pulida que cuelga en la galería del palacio, pero su belleza agreste tira de algo en lo más profundo de mí.

El aire cargado me cosquillea la piel y trae consigo una sensación de calma que no esperaba. No puedo evitar sentirme cautivada por la Torre, como si un hilo invisible tirara de mi corazón, atrayéndome hacia las respuestas a preguntas que aún no he formulado.

Marion desmonta primero y ata las riendas de su caballo a una rama baja.

—No hay mucho que ver, pero te gustó tanto el cuadro que pensé que visitarla en persona podría animarte.

—¿Por qué? —pregunto mientras desmonto y me acerco un paso más a la torre.

—Porque somos amigas. Quiero verte feliz y...

—No me refiero a por qué me has traído. ¿Por qué está en tan mal estado?

Ella se encoge de hombros y mira hacia arriba como si fuera solo otro montón de rocas.

—Hace generaciones que no se cuida. La mayoría se ha olvidado de que sigue en pie.

—¿Por qué dejar que algo tan importante se arruine?

Miro hacia la Torre, el tenue contorno de las ventanas es apenas visible contra los hilos anaranjados de la luz que se desvanece. A medida que me acerco, me atrapa en un capullo de sombra fría y aroma a musgo, piedra húmeda y tierra mojada por la lluvia. Deslizo la mano por sus grietas y agujeros y siento la aspereza de los desperfectos bajo los dedos. Siento arder una chispa de electricidad y aparto la mano.

Solo es importante para los que creen en la leyenda de que una vez fue una fuente de conocimiento, poder y magia. Incluso si realmente creyeras tal locura, cualquier magia que haya existido aquí desapareció hace tiempo, desterrada y olvidada junto con el resto.

Marion inclina la barbilla y me sigue con la mirada.

—Hannah —comienza con voz suave y cautelosa—, llevo un tiempo queriendo preguntarte por tu bolsa de cosas...

—¿Podemos entrar? —pregunto. No estoy lista para hablar de los secretos que he estado guardando y el bolso que escondí detrás de un fardo de heno cuando los mozos de cuadra no miraban.

—¿Entrar? —Niega con la cabeza y los rizos le rozan las mejillas—. No se puede entrar. Todo eso forma parte de una leyenda, según la cual la gente podía entrar en la Torre desde un reino y pasar a través de una de sus puertas a otro, o incluso a otro mundo. Qué historia tan estúpida y fantasiosa —dice con voz aguda.

—Sí, estúpida —repito, mientras siento una conexión con la leyenda que sé que es más realidad que ficción. En este lugar tengo una sensación de familiaridad que no logro ubicar. Como quedarse dormida en un viaje largo en coche y despertar al reconocer el momento en que el coche entra en el garaje.

La brisa susurra a través de la arboleda y lleva consigo el suave rumor de las hojas y la lejana llamada de un pájaro mientras nuestros caballos pastan.

Aquí, en este lugar olvidado, me siento muy cerca de ser encontrada.

La voz de Marion me saca de mi trance.

—Volviendo a tus cosas...

—¿Tú y Highgate tenéis una relación abierta? —suelto, con la necesidad de desviar la conversación de mí misma, de las cosas a las que no me quiero enfrentar y de la posibilidad de que no haya aterrizado en este reino por error.

—¿Abierta? —Ladea la cabeza y frunce el ceño.

—Has mencionado que tienes amantes. ¿Tu marido... hace lo mismo? —Me muerdo el labio inferior con los nervios formándome nudos en el estómago. Quería una distracción, pero esta no es la que debería haber elegido.

—Por supuesto que no —dice Marion golpeando enfáticamente el aire con ambas manos—. No podría soportar que se acostara con otra persona. Está al tanto de mi «pluriempleo», digamos, pero solo si le cuento la experiencia al detalle después.

—Ah...

—¿Ah?

—Sí. —Hago una mueca—. Ah.

—¿Ah? Sinceramente, Hannah, me estás haciendo sonar como uno de esos pájaros que hablan. Déjalo ya.

Me acomodo unos mechones sueltos de pelo detrás de las orejas y jugueteo con el cuello de mi vestido.

—No creo que esté siguiendo al pie de la letra las reglas que implementasteis.

—¿Qué quieres decir?

Respondo a trompicones, las palabras me salen atropelladamente.

—Se me insinuó, me olió el pelo, me dijo que quería que lo castigara y que se deleitaba con mi desdén. Hubo un momento en que pensé que no lograría volver dentro sin que me siguiera. Acabé echándole gas...

—¿Te insinuaste a mi marido? —suelta Marion.

—¿Qué? ¡No! Él quería que yo... que... —tartamudeo mientras trato de encontrar las palabras—. Bueno, no estoy muy segura, pero...

—Pensaba que eras mi amiga.

—Soy tu amiga —digo con los pulmones oprimidos por la confusión—. Por

eso te estoy diciendo...

—Con lo rápido que Ashwood cayó con Ivy, Dios sabe que me lo podría haber llevado a mi cama, pero no osaría.

Sus palabras penetrantes me atraviesan como una flecha. El ardor de las lágrimas me pellizca los rabillos de los ojos, pero me niego a dejarlas caer.

—No quiero a tu asqueroso marido acosador. Pensé que te gustaría...

—¿Gustarme? ¿Gustarme? —grazna con una voz una octava más aguda. Se le sonrojan las mejillas y cierra los puños—. ¿Por qué iba a gustarme que quieras destrozar mi matrimonio?

—Realmente debo de estar en un mundo diferente, porque no es ni medio normal que estés enfadada conmigo por decirte que tu marido va por ahí prácticamente atacando a cualquier mujer que lo pone en su lugar.

—No a cualquier mujer, Hannah. Solo a ti —dice con los dientes apretados.

El sonido de cascos golpeando el suelo rompe la tensión y ambas nos giramos mientras una figura se acerca. Por un momento viajo en el tiempo y el corazón me da un vuelco al pensar que podría ser Kane.

La figura se acerca, se vuelve más clara y la ilusión se hace pedazos.

Highgate desmonta suavemente, haciendo una pausa mientras observa la escena.

—¿Hay algún problema, mi amor?

Marion entrecierra los ojos.

—Hannah me ha informado de sus... movimientos —dice con la voz temblando por una ira que apenas logra contener—. ¿Es cierto?

Highgate no me mira, frunce el ceño y se pasa la mano por la cara.

—Sí, sin embargo...

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo habéis podido los dos? —La voz de Marion se eleva a un grito mientras las manos le tiemblan en los costados—. ¿Y supongo que ahora está aquí para qué? ¿Terminar lo que empezó?

—He venido a por usted, lady Ashwood. —Se frota el pecho y sus ojos finalmente se encuentran con los míos—. Cuatro ha detenido a su marido.

Me quedo completamente quieta y el corazón me cae en picado al estómago.

—¿Está aquí para ser su caballero de brillante armadura? —grita Marion con

una voz que atraviesa mi conmoción.

—Como un favor a Ashwood —dice, sacudiendo la cabeza—. Sospecho que lo animé un poco demasiado en sus palabras contra Cuatro y sé que usted no es más que una mujer, lady Ashwood, que está aquí para el placer del hombre, pero yo no soy ese hombre. No puedo evitar sentir que me he excedido. Esta es mi manera de intentar enmendarlo.

Marion se burla e inhala para otra réplica mordaz, pero no le doy la oportunidad.

—Sabe la verdad —digo con voz vacilante—. Cuatro lo sabe.

Marion cierra la boca e intercambia una mirada ceñuda y desconcertada con su marido.

Puede que no sepan el secreto, pero Ivy no se lo ocultaría a Cuatro.

—¡Lléveme con él! —grito.

El sol se sumerge bajo el horizonte y proyecta largas sombras sobre el césped mientras Highgate monta su caballo y me sube a la silla. No quiero estar tan cerca de él, pero sé que es la forma más rápida y segura de regresar al palacio.

Me agarro a la silla con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos cuando el caballo se pone en movimiento. Marion nos sigue y nos alejamos de la Torre galopando en una nube de polvo, con la luz desvaneciéndose y el mundo sumiéndose en la oscuridad.

Veinticinco



Corro detrás de Highgate mientras bordeamos haces de luz de luna; su figura es una delgada silueta sombría contra las imponentes paredes de piedra de la parte trasera del palacio. Me caen lágrimas por las mejillas y no sé si son por culpa del viento o por la desesperación de que, vaya donde vaya, no puedo evitar arruinarme la vida.

Llegamos a una puerta tenuemente iluminada custodiada por un único guardia. Sin decir nada, Highgate se saca una bolsita de la capa. El guardia mira a su alrededor y me observa a mí con aire sospechoso antes de tender una mano carnosa. La bolsita aterriza en su palma con un tintineo. La abre y saca una moneda de oro que muerde con sus dientes amarillos y, tras un gruñido de aprobación, vuelve a guardar la moneda en la bolsita y la bolsita en su bolsillo.

Highgate se gira hacia mí, la capucha de la capa le hace sombra en los ojos y la nariz y hace que parezca Batman.

—Aquí la dejo, lady Ashwood. Y le advierto de que no tiene mucho tiempo, Cuatro también la quiere a usted en su mazmorra.

—Gracias —respondo—. Es usted un imbécil, pero esto se lo agradezco.

Aprieta los labios y desaparece entre las sombras que rodean el perímetro del palacio.

El guardia da un paso adelante y abre la pesada puerta de hierro que lleva a las mazmorras. Un escalofrío me recorre la columna cuando entro, aquí hace

mucho más frío y la luz parpadeante de las antorchas proyecta sombras inquietantes en las paredes.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí y me tenso cuando el guardia pasa por mi lado y me indica que lo siga. Su antorcha ilumina el camino a medida que descendemos hacia las entrañas del palacio.

Lo primero que noto es el olor: humedad, moho y el hedor amargo de cuerpos sin lavar. Se me revuelve el estómago. Las paredes están mojadas y mi respiración forma nubes blancas, el frío me presiona.

Hay hombres en las celdas a ambos lados del pasillo, figuras sombrías que se mueven y murmuran en la oscuridad. Me pongo rígida ante sus gruñidos bajos e inconexos y me envuelvo con los brazos para protegerme de los gritos desgarradores y del tintineo de las cadenas. Un prisionero se lanza contra los barrotes cuando pasamos. Me agarra la falda y me llevo una mano a la boca para ahogar un grito. El guardia patea los barrotes con la bota provocando un sonido metálico que parece una sentencia de muerte.

Finalmente, llegamos a la última celda del pasillo. Kane está sentado en un banco tosco de madera con los hombros hundidos y la cabeza entre las manos. Me da un vuelco el corazón, siento un dolor físico presionándome el pecho y olvido cada mentira que me contó y todo lo malo que ha pasado entre nosotros cuando corro a su celda y me aferro a los barrotes implacables.

—Kane.

Durante un instante, todo el dolor y la traición desaparecen entre nosotros, reemplazados por la necesidad imperante de estar con él, de tocarlo, de saber que está a salvo.

Kane levanta la mirada lentamente, sus ojos oscuros buscan los míos. El parche de lord Ashwood ha desaparecido y deja a la vista la profundidad de su mirada. El parpadeo de las antorchas proyecta sombras en su rostro y acentúa las líneas de preocupación y agotamiento grabadas en sus facciones.

—¿Cervatilla? —Tiene la voz ronca de haber estado gritando, llorando o ambas cosas. Se acerca a los barrotes y las cadenas resuenan con cada movimiento—. No tendrías que haber venido. —Enrosca los dedos con fuerza alrededor de los míos.

—Tenía que verte. Tenía que decirte que lo siento y arreglar las cosas.

—¿Arreglar las cosas? —Kane niega con la cabeza y se le escapa una risa amarga entre los labios—. Es demasiado tarde para eso. Después de lo que ha pasado... —Observa sus manos sobre las mías y niega con la cabeza—. Prácticamente me has entregado a Ivy y a Cuatro en bandeja de plata.

—Me mentiste. Tenías todo un plan centrado en recuperar lo tuyo con ella —espeto.

—Eso era antes. —Kane suaviza la expresión y busca mi mirada—. Yo no... —empieza, pero las palabras mueren en sus labios.

—Estabais prometidos. Me usaste para entrar en el palacio para recuperarla y volver a ser el gran guerrero que eras. —La verdad es mordaz y retiro las manos, pero el calor de su tacto permanece en mi piel incluso cuando me aparto.

—Te usé para salvar a Alderic, mi amigo, mi hermano.

—Y si de paso conseguías recuperar a tu antigua prometida ya sería la guinda del pastel —replico con el dolor ardiente de la traición.

—Bajar la guardia y permitir que Ivy me manipulara fue un error. Y es un error que lamento, pero no debería costarme la vida.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos y cojo aire para ahuyentarlas. Hablo en voz baja porque el nudo de la garganta dificulta que me salgan las palabras.

—No quería que pasara nada de esto.

—Yo tampoco, pero no me arrepiento de ser el encargado de mantenerte a salvo durante tu estancia en este mundo. —Sus cadenas tintinean cuando se mueve—. Hannah, por favor. Créeme cuando te digo que todo lo que he hecho ha sido con la esperanza de protegerte. O de arreglar las cosas en este reino al borde del colapso.

A pesar de las mentiras y los engaños, hay una parte de mí que quiere creerlo, confiar en que sus intenciones eran puras, a pesar de que sus acciones no lo fueran.

Deja escapar una bocanada de aire visible por el frío. Una sonrisa sin alegría tira de las comisuras de su boca y hunde la mirada en el suelo.

—La magia les habló a nuestros ancianos de una chica, una mujer que traería la Torre proveniente de un tiempo y un lugar desconocidos cuando Pentáculos

estuviera al borde de la devastación. Alguien tiene que salvar a nuestro reino, librarlo de Cuatro no es suficiente. —Me mira a los ojos y la oscuridad de su mirada me eriza la piel—. Puede que tú no lo creas, Hannah, pero eres esa mujer.

—Tanto los ancianos como la Torre se equivocaron. Quiero decir, mira a tu alrededor. Ya lo he jodido todo. —Me cruzo de brazos y el cuerpo me tiembla con una mezcla de ira, incredulidad y frío.

Tensa el agarre en los barrotes y me mira fijamente.

—Ahora no es momento de quedarte aquí y decidir si crees o no en el destino. Tienes que huir, cervatilla. Vete a casa antes de que Cuatro decida que eres una amenaza.

Levanto las manos en el aire. Me reiría si no temiera acabar llorando.

—He perdido a la emperatriz. Estoy atrapada. No puedo volver a casa.

A Kane le cambia la expresión y se aleja de los barrotes. Se mete la mano en el bolsillo y saca la carta que he estado buscando, con el reluciente pentagrama metálico. Brilla débilmente bajo la luz tenue y proyecta un frágil resplandor etéreo que baila en las paredes de la celda.

—Lancé un hechizo de alteración sobre la emperatriz. Pídele que te lleve de vuelta a casa y lo hará. Pero solo esta vez. Si vuelves a sostener la carta y le ordenas que te traiga de vuelta una vez más, quedarás a merced de la Torre. No puedo lanzar el hechizo una segunda vez y la Torre no te permitirá volver a tu mundo hasta que la podredumbre de este reino, de todo este mundo, esté completamente curada.

Le quito la carta con la respiración agitada. La magia de Kane está entretejida a través de la emperatriz con símbolos dorados aterciopelados que laten con una luz sobrenatural. Los escarpados picos de una montaña, un farol, una estrella de seis puntas y el rostro curtido de un anciano. Los mismos símbolos que vi en el baúl de su cabaña hace una eternidad.

—¿La has tenido tú todo este tiempo? —Mi voz es apenas un susurro, la sospecha y la ira intentan ganar en mi interior.

Asiente y baja la mirada.

—Estuve a punto de morir. Arriesgué la vida para venir a este palacio y encontrar algo que ha estado todo este tiempo en tu posesión. —La ira gana y

lágrimas ardientes me nublan la visión y me caen por las mejillas—. Creía que te amaba. Pero fue todo mentira.

—¡No! —Kane estampa los puños contra los barrotes y el metal resuena bajo la fuerza de su golpe—. Lo que siento por ti, lo que hay entre nosotros, no es ninguna mentira. Cada momento compartido, cada caricia y cada palabra... todo ha sido real. Haces que quiera ser mejor persona, que quiera luchar con más ganas, hacer todo lo posible para proteger este reino y a nosotros. Hannah, te...

—No lo digas. No lo digas porque lo haya dicho yo. No lo digas porque tú estás ahí encerrado y yo estoy fuera. No lo digas porque he descubierto tu mentira. —Me tiembla la voz—. No te creeré. No puedo. No puedo creer nada de lo que digas.

—¡Es la verdad! —estalla y su voz resuena por todo el pasillo de piedra—. Me da igual que me creas o no. Ya no importa.

Fuerzo una sonrisa irónica y me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

—En eso estamos de acuerdo.

Con un último suspiro tembloroso, empiezo a alejarme de Kane.

—Te echaré de menos, cervatilla —dice en voz baja a mis espaldas.

Me paro y siento una presión en el pecho al oír ese apodo familiar. Pero no lo miro. Tengo el corazón hecho pedazos y los fragmentos son demasiado afilados para poder soportarlos.

Le hago un gesto al guardia y lo sigo por el pasillo frío y húmedo. Sostengo la carta con fuerza, sus símbolos mágicos laten rítmicamente en mi mano, unas pulsaciones débiles y constantes en el silencio.

El guardia abre la puerta y salgo al callejón. La puerta se cierra detrás de mí. Una vez más, estoy fuera del palacio, en mitad de la oscuridad, sola.

—De vuelta al punto de partida.

Como si quisiera responder a mi balbuceo, el cielo se estremece, un rayo atraviesa el aire y desata un diluvio que me empapa de arriba abajo.

—¡Joder! —Se me quiebra la voz, amortiguada por el rugido de los truenos. No sé a quién odio más, si a Kane o a mí misma. Sea como sea, pienso largarme de aquí.

La lluvia me cae por la cara, se mezcla con las lágrimas que ya no logro

contener y me pega el vestido al cuerpo. Me estremezco cuando el frío se me cala por los brazos y sostengo la carta delante de mí. Los antiguos símbolos mágicos que Kane entretejió en la carta de tarot laten, la emperatriz está viva y me escucha.

—Llévame...

Se me encoge el corazón y me muerdo la punta de la lengua para callarme. Aquí no me queda nada, pero hay una parte de mí que todavía quiere quedarse, albergar esperanza.

¿Cuántas veces puedo permitir que suceda esto? ¿Cuántas veces voy a repetir el mismo patrón triste? Estoy atrapada en la parte conflictiva de una película cuando todo es una mierda y no hay esperanza. A diferencia de las películas, mañana no será un nuevo día con una nueva oportunidad ni un nuevo comienzo en el camino a mi final feliz. Solo será otro día de mierda.

—No puedo seguir viviendo así. No lo haré. —Y esta vez lo digo en serio.

Sostengo la carta entre el índice y el pulgar. La energía estalla en mi piel como burbujas de champán. Los símbolos empiezan a brillar con más fuerza y entorno los ojos para mirar fijamente a la mujer de la carta. Ahora parece diferente, más llamativa, más intensa. O puede que solo sea yo.

—Llévame a casa —ordeno.

El mundo se inclina y gira a mi alrededor. Echo un último vistazo al palacio. A continuación, con una ráfaga de viento y luz, desaparece.

Veintiséis



El mundo a mi alrededor es un borrón de luces de neón y sirenas distantes antes de que todo se vuelva a enfocar de golpe. Me fallan las rodillas y aterrizo sobre el duro cemento con las palmas de las manos arañando la acera fría. Jadeo y me levanto lentamente con las piernas temblorosas. Ráfagas de frío me atraviesan el vestido y traen consigo los olores de los tubos de escape y la comida rápida. Me doy cuenta en ese instante de que son dos aromas que no me habría importado no volver a oler en lo que me queda de vida.

Sigo aferrando la carta en la mano, pero ya no late. El brillo vibrante y los símbolos mágicos con los que Kane hechizó a la emperatriz se han esfumado. Su magia ha desaparecido. Kane ha desaparecido.

—Estoy en casa.

Un grito agudo y alarmado me llama la atención y mi mirada se desvía hacia la parada de autobús. Una mujer se levanta del banco de metal. Parpadea mirándome y se cubre los hombros con la fina manta que la envuelve.

—¿De dónde vienes vestida así? —pregunta con sus cejas frondosas arrugadas bajo un gorro de lana sucio y hecho harapos.

Me meto la carta en el corpiño y miro el elegante vestido de terciopelo con brillantes cálices de plata bordados en el dobladillo. Obviamente, hay algunas cosas en las que no he pensado.

—¿Una fiesta? —Hago una mueca—. Una fiesta de disfraces.

—¿Por qué estás tan mojada? —La desconfianza acecha su pregunta y entrecierra los ojos mientras se esconde bajo la manta.

Me encojo de hombros como si estar empapada con un auténtico vestido renacentista en medio de la ciudad fuera algo cotidiano.

—Es una de esas noches.

Frunce los labios y asiente.

—No digas más. —Satisfecha con mi respuesta, apoya la cabeza en su bolso y cierra los ojos.

Me palpo los costados y el corazón me da un vuelco. Mi vestido no es lo único en lo que no he pensado. Una vez más, me he dejado el bolso. No tengo móvil, cartera, bonobús ni nada que me pertenezca, que pertenezca a este mundo.

La ansiedad me revuelve el estómago y me obligo a respirar hondo. Solo hay un lugar al que puedo ir.

«Puto Chad».

Las dos manzanas hasta el edificio de Chad parecen interminables. Cada paso es una lucha contra el viento helado que tira de la tela empapada de mi vestido y mis zapatillas de seda, más inútiles contra el invierno de Chicago que mis botas de lluvia rotas.

Aunque ya no hay tanta aguanieve como la última vez que estuve aquí.

Mi mirada busca la nieve arrancada de las calles y amontonada en las aceras, pero el cemento helado y cubierto de nieve anterior solo tiene parches de aguanieve derretidos y charcos sucios. Kane dijo que el tiempo se mueve de manera diferente entre mundos y las pruebas de ello se encuentran a mi alrededor.

«¿Cuánto tiempo he estado fuera?».

Me muerdo el interior de la mejilla. Tal vez es mejor que no tenga el móvil. La idea de enfrentarme a docenas de llamadas perdidas y mensajes de mi madre y Posh Pulse hace que se me encoja el corazón.

Mantengo la cabeza agachada cuando me cruzo con unos ciclistas y paseadores de perros, concentrándome en poner un pie delante del otro. Cuando por fin llego al edificio de Chad, vacilo a unos metros de la entrada. La última

vez que estuve aquí, descubrí que me estaba engañando y que estoy demasiado desesperada y estancada para ser una pareja romántica viable.

Además, desaparecí a un mundo totalmente diferente donde volví a descubrir lo mismo.

Aunque Kane dice que ya no siente nada por Ivy y todas las señales apuntan a que dice la verdad, estaban comprometidos. La necesitaba para llevar a cabo su plan. De alguna manera, eso es aún peor.

«Pero no la ama, Hannah. En realidad, podría amarte a ti. Pero huiste antes de que pudieras averiguarlo. Ahora va a morir y...».

—¡Cállate! —suelto justo cuando el portero abre la puerta.

—Encantadora, como siempre. —Stuart me escanea de pies a cabeza deteniéndose en la trenza mojada que me cubre el hombro y el charco que se ha formado alrededor de mis pies.

Entro en el vestíbulo con un último escalofrío antes de que el aire caliente deshiele el frío que me ha endurecido las extremidades. El vestíbulo está vacío y en silencio, solo se oye el suave zumbido de la calefacción y el sonido lejano de las puertas del ascensor abriéndose y cerrándose.

—Necesito usar el teléfono —le digo mientras lo sigo hasta su escritorio.

Ladea la cabeza con una sonrisa jugueteando en sus finos labios mientras se sienta en su puesto de trabajo.

—Por tu salida en la última visita, supuse que el señor Bartley ya no te recibiría más como su invitada.

Me pongo rígida y saco cada gramo de mi lady Ashwood interior.

—Supusiste mal, Stuart. Llama por teléfono —digo con voz entrecortada—. Ahora.

Sus ojos brillantes se abren de par en par, pero rápidamente enmascara su sorpresa con una mueca condescendiente y empuja el teléfono desde el otro lado del escritorio.

—¿Te dejaste algo aquí en tu última visita? Han pasado unos días, pero puedo comprobar...

—¿Cuántos? —exijo con una voz aguda mientras la ansiedad me roe por dentro.

La confusión dibuja arrugas en su frente.

—¿Cuántos días han pasado desde mi última visita?

—Tres, pero...

—Gracias —lo interrumpo antes de descolgar el auricular y darle la espalda.

Marco el único número que me sé de memoria, aparte del de mi madre. El teléfono suena, cada tono vibra en mi oído como una cuenta atrás. Respiro hondo preparándome para lo que viene.

—Es un día maravilloso aquí en Posh Pulse. ¿Cómo podemos hacer que tu día también sea maravilloso?

Estoy fuera del edificio de Chad con la ropa húmeda pegada a mí como una segunda piel y el pelo encrespándose más con cada minuto que pasa. Me castañean los dientes a pesar de mis esfuerzos por apretar la mandíbula y me envuelvo con los brazos para intentar protegerme del frío persistente.

Las farolas se encienden y proyectan un tenue resplandor amarillo sobre la acera agrietada cuando Jade pita y su elegante Mercedes negro se detiene frente a mí. Abro la puerta y me paso la mano por el culo para asegurarme de que no estoy demasiado mojada para sentarme en su lujoso vehículo antes de hundirme en el lujoso asiento de cuero y cerrar la puerta.

—Hannah... —empieza Jade, pero levanto la mano.

—No preguntes por el vestido ni por dónde he estado, ¿vale? Como te he dicho en la llamada, he perdido el bolso y solo necesito que alguien me lleve a mi piso.

Jade asiente, pone el coche en marcha y nos alejamos de la acera con las luces de la calle proyectando fugaces patrones en el elegante salpicadero. Atravesamos la ciudad mientras pasa del día a la noche y los últimos rayos de sol se desvanecen en el cielo azul tinta.

Debería sentirme aliviada por haber vuelto. Y lo estoy. En gran medida. Pero esta no es la cálida bienvenida que imaginaba. Siento que la ciudad es diferente, más hostil, como si hubiera estado fuera durante años en lugar de días. Las calles

familiares parecen frías, los sonidos más discordantes. Es como si la ciudad hubiera cambiado en los días que he estado fuera. O quizá yo he cambiado.

Me centro en Jade, pero su cara, una copia perfecta de la de Marion, hace que se me encoja el corazón. Ella y yo nunca hemos tenido la misma cercanía que compartí con Marion. Con Jade, lo importante es el trabajo. La amistad se gana como una medalla, a través de logros.

—Tengo que ser sincera —comienza Jade con una voz que atraviesa el zumbido constante de los neumáticos sobre el asfalto—. Me he preocupado cuando no has llamado ni te has presentado esta mañana. Entiendo que no vinieras el viernes. Todos esperábamos que necesitaras un día para cuidar tu salud mental y recuperarte, por eso no te envié un mensaje ni un correo electrónico. —Gira en la señal de tráfico y se cambia de carril con soltura—. La presentación de la semana pasada no tiene por qué ser el final de tu tiempo en Posh Pulse. A menos que quieras que lo sea.

—No, volveré. Quiero volver. Esperar otra oportunidad como la de LuminaLuxe... —Miro por la ventanilla y observo las luces de la ciudad pasar a toda prisa mientras mis pensamientos se dejan llevar hasta Towerfall. Hasta Kane, Marion, la sensación de que Pentáculos estaba a punto de experimentar un cambio que podría haber significado la diferencia entre el sufrimiento y la salvación. Algo más grande que convencer a mujeres de que compren productos de belleza que en realidad no necesitan.

—¿Y hacerlo bien? —pregunta Jade, y me recuerda que vuelva al presente.

Me sacudo mentalmente y me aclaro la garganta.

—Sí. Lo haré bien. —Consigo sonreír y espero que no note las dudas que se cuelan a través de las grietas de mi determinación.

Jade me devuelve la sonrisa y me mira brevemente antes de volver a centrar la mirada en la carretera.

—Entonces Stephanie no será la única con un nuevo despacho.

La mención de Stephanie hace que se me revuelva el estómago. Me vienen a la mente imágenes de Ivy y de cómo puede causar mucho más daño en Towerfall que mi némesis de oficina con sus mezquinos comportamientos en el trabajo.

Juntos, ella y Cuatro son los villanos perfectos y su influencia se está extendiendo como una mancha oscura sobre todo el reino.

—Creo que acabo de renunciar a la oportunidad de hacer algo que era importante —murmuro, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

La sonrisa de Jade se desvanece.

—¿Qué quieres decir?

Sacudo la cabeza forzando una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Nada. Estaba hablando sola.

Pero no es nada.

La emperatriz se calienta contra mi piel y dispara punzadas de energía a través de mi pecho junto con la persistente sensación de que he dejado algo importante sin terminar.

Jade me mira con el ceño fruncido.

—¿Sabes qué, Hannah? Sin darte cuenta, entiendes a la gente. Lo que quieren, cómo se sienten. Eres naturalmente cariñosa y empática, pero interiorizas las emociones de los demás. Como alguien con una personalidad similar, te entiendo, pero ¿puedo darte un consejo que a mí me llevó demasiado tiempo descubrir por mí misma?

Asiento con la cabeza temiendo que si hablo se abrirán las compuertas.

—Para sobrevivir, para prosperar en el mundo de los negocios, tienes que tragarte tus sentimientos y aprender a usar tu magia empática, a falta de una forma mejor de llamarla, para construir una historia para el cliente.

—Quieres decir mentir.

—Quiero decir manipular. No es mentir. —Se ríe—. Es solo una buena estrategia.

—¿Y si no quiero usar mi magia para manipular?

—Entonces no sé. —Levanta las manos, pero se las arregla para no salirse del carril—. Encuentra algo en lo que puedas tener un impacto sin dejar de ser tú misma. ¿Cuál es tu sueño? ¿Cuál es la luz al final del túnel de Hannah?

—En este momento, hay tantas sombras que no puedo ver la luz. —Apoyo la frente contra el frío cristal mientras veo pasar la ciudad. Con cada edificio que

dejamos atrás, siento que me alejo más del mundo al que, a pesar de todo, había empezado a pertenecer.

Veintisiete



Los faros del Mercedes proyectan dos haces de luz blanca sobre el destartalado edificio en el que se encuentra mi piso, lo cual hace resaltar las grietas de los ladrillos y la pintura gris alrededor de las ventanas que se descascara y se desprende a tiras como si fuera piel muerta. Salgo del coche, le dirijo a Jade una breve sonrisa forzada y le doy las gracias antes de encaminarme hacia la escalera que lleva a mi piso en la planta baja.

Busco torpemente la llave escondida debajo de una losa suelta junto a la escalera de entrada. Noto el metal frío en los dedos al introducirla en la cerradura. Mi casa está exactamente como la dejé: hecha un desastre. El aire está cargado. Cuando entro y enciendo la luz me recibe una mezcla de comida para llevar olvidada y moho persistente.

De algún modo, el estudio parece todavía más pequeño con las luces encendidas. Me dirijo al biombo que me sirve de pared del dormitorio y me desato el vestido. En ningún momento pienso en Kane, en sus manos ásperas sobre mi piel desnuda, en sus labios en mi cuello o en los cordones alrededor de mis muñecas.

La rica tela cae y la carta de tarot se desliza hasta el suelo mientras el aire permanentemente frío de mi casa me envuelve y la fantasía se evapora tan rápido como surgió.

Dejo el vestido en el respaldo de una silla que encontré en una tienda de

segunda mano y que me prometí que aprendería a tapizar. Incluso empapado, el terciopelo parece pertenecer a otra persona y a otra vida junto a la silla desgastada y las cajas cubiertas con una tela que uso a modo de mesita para el café. Sin embargo, es lo justo, ya que siempre ha pertenecido a otra persona. Nunca he sido lady Ashwood.

«Deberías recordarlo, Hannah».

Me quito la ropa interior húmeda para entrar al baño y dejo detrás de mí un rastro de encaje y seda. Abro el agua todo lo caliente que se puede. El calor me alivia, es un bálsamo casi abrasador que se me filtra en los músculos, me suaviza la tensión y me calienta por dentro. Cierro los ojos y dejo que el agua caiga a cascadas sobre mí, el chorro me golpea los hombros a un ritmo constante. No es igual que la bañera de Towerfall, el agua humeante y herbácea, la luz de las velas, el vino, las granadas, Kane...

Me froto la piel como si pudiera lavarme los recuerdos, el dolor, el pasado. Cuando salgo, lo hago entre una nube de vapor que llena el pequeño cuarto de baño y empaña el espejo. No me molesto en limpiar la condensación mientras me seco. No soy capaz de mirar mi reflejo, de enfrentarme a la soledad que me devuelve la mirada.

Me coloco la toalla debajo de los brazos y vuelvo a la estancia principal. El piso está en silencio, salvo por el leve goteo del agua de la ducha y el débil eco de la música del piso de arriba, cuyo bajo retumba en el techo. Siento el peso a cada paso, mis pies mojados dejan tenues huellas en la madera desgastada del suelo.

Rebusco en mi cómoda y termino sacando unos vaqueros desgastados y una sudadera de Illinois. Es una sudadera familiar y reconfortante y cuando me envuelvo en el suave algodón siento que recupero una parte de mí misma.

Me siento en el sofá con las piernas cruzadas y empujo a un lado la pila de papeles que imprimí en el trabajo cuando estaba haciendo una investigación sobre LuminaLuxe y sus productos, y así hago espacio para el portátil que me dieron en Posh Pulse. Cuando se enciende la pantalla entrecierro los ojos para protegerme de su pálida luz artificial. El ordenador vibra mientras abro el Slack,

el correo electrónico y los mensajes personales. Ya tengo los músculos tensos solo de pensar en la avalancha que me va a llegar.

Pero no llega.

Frunzo el ceño y leo unos pocos mensajes de mi madre sobre otros dos solteros dispuestos a conocer gente a cuyas madres conoció jugando a *pickleball*. No tengo llamadas perdidas, mensajes preocupados, correos electrónicos ni el Slack lleno de asuntos laborales urgentes que no se podrían resolver sin mí. Jade me ha dicho que me estaba dejando tiempo para recuperar mi salud mental, pero me parece raro no haber recibido nada. El único correo que no me ha llegado en copia es de American Express.

«¡Enhorabuena, Hannah! El límite de tu tarjeta de crédito se ha incrementado a treinta mil dólares».

Estoy a punto de ahogarme con mi saliva. Suelto una tos seca, cierro el portátil y lo dejo sobre la enclenque mesa de café. Claramente, a los de la tarjeta de crédito no les ha llegado la noticia de que no hay ningún ascenso próximo.

Toso en el hueco del codo y me dirijo a la cocina. Las plantas de los pies se me pegan al linóleo agrietado. No me molesto en buscar un vaso. En lugar de eso, abro el grifo, ahueco las manos y sorbo directamente de ellas para calmarme la sequedad de la garganta. Busco papel de cocina para secarme, pero el tubo está vacío.

Abro los armarios uno a uno y cada puerta que chirría es como una risa estridente en el silencio. Mi mirada se desvía hacia una lata de sopa abollada en la esquina, el último vestigio de una compra de hace meses. Los estantes vacíos me miran fijamente juzgándome en silencio mientras intento encontrar algo, cualquier cosa para llenar el vacío.

—Está vacío.

Miro alrededor de mi piso pequeño y destartalado. Las paredes están desnudas, los muebles desparejos y desgastados y parece más un refugio temporal que un hogar.

Armarios vacíos. Bandeja de entrada vacía. Relaciones vacías.

—¡Todo... está... vacío! —grito a la nada y enfatizo cada palabra cerrando los armarios a portazos. El ruido resuena por toda la cocina y hace que parezca que

el piso está lleno, aunque sea por un instante.

Me he pasado los últimos tres años intentando hacer algo por mí misma, lograr un cambio positivo en el mundo, pero lo único que he hecho ha sido pasar a trompicones de un error a otro. Quería aportar algo significativo a la vida de los demás, crear campañas que inspiraran, animaran y tuvieran un impacto real. Pero ¿qué es lo que he conseguido?

Me envuelvo con los brazos intentando protegerme del frío que parece colarse a través de las paredes. No es suficiente. Nunca es suficiente. El frío no es solo físico, es un vacío que llena cada rincón de mi vida.

—Nadie se ha dado cuenta de que me había ido.

He estado desaparecida durante días, perdida en un mundo lleno de magia y peligros y nadie de este mundo ha reaccionado.

Me dejo caer en el suelo. Me apoyo en los armarios y noto un tipo de dolor nuevo en el corazón, un anhelo por un lugar que no es mi hogar, pero que siento que podría llegar a serlo.

Alguien llama a la puerta con un golpe seco que me saca de mi pesadumbre. Me levanto del linóleo de la cocina y me dirijo a la entrada. Puede que, al fin y al cabo, alguien se haya dado cuenta de mi ausencia.

Abro la puerta y me encuentro con la última persona a la que esperaba ver.

—¿Chad?

—Hola, Hannah. —Me muestra esa sonrisa encantadora que me cautivó una vez, pero que ahora solo hace que me entren ganas de darle un puñetazo.

Dudo durante un instante y luego me hago a un lado para dejarlo pasar. Entra a grandes zancadas y mira a su alrededor como si estuviera a punto de darme el presupuesto de un seguro.

Hago una mueca.

Este lugar tiene peor aspecto aún con él dentro.

Se apoya en el borde de la península elevada que me sirve como comedor y se pasa una mano por el pelo alborotado con ese aire casual que tiene siempre.

—He estado pensando mucho en ti estos últimos días. No me has enviado ningún mensaje, no me has llamado...

—Tú no me fuiste fiel —lo interrumpo fríamente.

—Oye, Hannah, no me había dado cuenta de que lo nuestro era algo serio. Si era lo que querías, tendrías que habérmelo comunicado. No puedo leerte la mente.

—Tendría que habértelo comunicado... ¿De verdad me estás echando la culpa? —Me cruzo de brazos e intento mantener la voz firme y la ira contenida —. Eres tú el que se veía con otras.

Se acerca más, suaviza la expresión y le brillan los ojos con una sinceridad que me desconcierta. El hombre que tengo delante es el que creía que me importaba, el que pensaba que era amable y cortés, el que me llevaba a restaurantes y a eventos a los que nunca había imaginado que iría.

—Lo siento. De verdad. No quería hacerte daño —murmura—. Los dos cometimos errores, pero quiero arreglar lo nuestro.

Por un momento, veo más allá de la traición y el dolor que me provocó una persona de la que estaba enamorada, la persona en la que pensé que podía confiar.

Sacudo la cabeza para intentar despejar la niebla de emociones que me nublan la mente.

—Chad, no...

—Escúchame —suplica levantando las manos—. Te echo de menos, Hannah. Nos echo de menos.

Titubeo y las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña caja triangular.

—Te he traído una cosa. —Me coge la mano y me deja la cajita sobre ella. Su roce me resulta cálido y familiar y, muy a mi pesar, siento una punzada de anhelo.

Abro la caja con los dedos entumecidos. Dentro, sobre un lecho de terciopelo negro, hay un llavero.

Lo miro fijamente y mi mente se esfuerza por encontrarle el sentido a lo que veo.

—¿Qué...? ¿Qué es esto?

—El acceso a mi casa. A mí. —Sonríe con la sonrisa encantadora que antes hacía que me derritiera—. Olvídate de Stuart. Olvídate de avisarme antes de

venir. Olvídate de vivir... así. —Hace un gesto a mi apartamento, los muebles desparejos y la decoración descuidada todavía me parecen más inadecuados—. Vente a vivir conmigo, Hannah.

La propuesta flota en el aire entre nosotros. Es una oportunidad de empezar de nuevo, de reconstruir mi vida y convertirme exactamente en quién decidí que quería ser.

Sin embargo, una parte de mí está corriendo... Corriendo de vuelta a Towerfall, a la otra mitad de mi corazón.

Antes de que pueda responder, me rodea con sus fuertes brazos y me da un abrazo. En un primer momento me resisto dejando el cuerpo rígido e inflexible contra el suyo. Sin embargo, a medida que pasan los segundos, me hundo en su calidez.

Estrecha los brazos a mi alrededor y yo se lo permito. Cierro los ojos y me pierdo en el aroma de su colonia, en la sensación de su aliento en mi pelo. Dejo que me abrace y eso alivia ligeramente el peso de mis preocupaciones.

Y, por un breve y frágil momento, también me permito creer que quizá, solo quizá, las cosas serán diferentes esta vez.

—Será fantástico. —La voz de Chad resuena en mi mejilla haciendo eco del sentimiento que estoy empezando a sentir. Es frágil y delicado, pero me aferro a esa ilusión, desesperada por agarrarme a algo—. Supongo que no tendrás una botella para que celebremos la ocasión, ¿verdad?

—Voy a comprobarlo. —Sonrío. Tengo las mejillas calientes y ya me da vueltas la cabeza.

Abro la nevera y arrugo la nariz. Solo hay una botella vieja de vino que seguro que ya se ha convertido en vinagre y una única lata de agua con gas.

—Sabía que me equivocaba contigo, Hannah. Lo supe en cuanto te fuiste y Celine se puso a darme un discurso sobre una teoría psicológica acerca de los beneficios de ser una mujer independiente.

—¿Ah, sí? —pregunto tamborileando con los dedos sobre la lata, distraída por la falta de comida.

—Sí —continúa, instalándose en el sofá como si estuviera en su casa y no hubiera cambiado nada entre nosotros—. Me hizo darme cuenta de lo mucho que

te aprecio, de cuánto necesito a alguien con los pies en la tierra que no se deje llevar por todas esas tonterías.

Lo sigo a la sala de estar y mi mirada se posa en el suelo... en la carta de tarot.

La emperatriz me devuelve la mirada con la fuerza y la sabiduría que anhelo tener de repente. Su expresión parece cambiar, la decepción se refleja en su rostro antes de desvanecerse.

Me agacho y la recojo. La noto caliente, sus bordes brillan débilmente.

«Si vuelves a sostener la carta y le ordenas que te traiga de vuelta, quedarás a merced de la Torre. No puedo lanzar el hechizo una segunda vez...».

Respiro profundamente, el aire fresco me llena los pulmones y me calma los nervios.

—Me he dado cuenta de que las mujeres con ambición dan mucho trabajo. Sé que tú serías feliz simplemente estando conmigo. Eres más fácil. —Chad se recuesta y estira las piernas—. Es agradable, refrescante. Me veo casándome con una chica como tú. No ahora ni nada. Es decir, vayamos paso a paso...

—¿Fácil? —repito agarrando la carta con más fuerza.

—Sí, bueno, no eres muy exigente. No eres como esas chicas inquietas con una gran carrera profesional. Es más fácil estar contigo.

Lo pronuncia de manera ligera y casual como si me estuviera lanzando un cumplido.

Chad intenta coger la lata, pero la aparto.

—No —espeto con la voz inquebrantable.

—¿No? —Frunce el ceño e inclina la cabeza como un pajarito, como si fuera la primera vez que oye esa palabra.

—No soy tu opción fácil. —Me sostengo más erguida con la emperatriz latiendo en la mano y llenándome de fuerza—. ¿Crees que me haces un favor al pedirme que me vaya a vivir contigo?

Me mira parpadeando.

—Bueno, esto ni siquiera es una mesa y parece que te hayas ido encontrando todos estos muebles en la calle. Hannah, como metas a otra persona aquí estarás prácticamente suplicando que te multen por infringir las normas de

habitabilidad. —Se encoge de hombros y se pasa los dedos por ese corte de pelo carísimo—. No te estoy haciendo un favor, pero tampoco es que..., ya sabes...

—No, Chad, vas a tener que explicármelo. No puedo leerte la mente. —Creo que no entiende que me estoy burlando de él, porque se limita a encogerse de hombros de nuevo.

—No te estoy no haciendo un favor.

—No necesito ni tu casa ni tu vida para completar la mía.

—No, para completarla no, pero sí... para elevar tu estatus. Para volverte... mejor.

—Más digna de ti.

—¡Sí! —Sonríe antes de darse cuenta de su error y tuerce la expresión—. No, Hannah, no me refería a eso, estás exagerando. —Le da una palmadita al cojín a su lado—. Ven, siéntate. Podemos arreglarlo.

—Cállate de una puta vez y escucha lo que te estoy diciendo. No voy a vivir contigo. —Pronuncio cada palabra con claridad como si le estuviera hablando a un niño.

Me mira fijamente y su expresión pasa de la confusión a la ira.

—¿Qué cojones, Hannah? Ser fácil y vivir en un lugar mejor que esta pocilga no es algo malo. He dicho que podría llegar a casarme con una chica como tú en algún momento. Posiblemente. Estás exagerando sin motivo.

—¿De verdad? —Suelto una carcajada amarga y liberadora—. He intentado con todas mis fuerzas encajar en la vida que pensaba que quería, ser alguien que no soy. Pero estoy harta. Quiero ser yo misma. Averiguar quién soy. Encontrar mi propio camino, mi felicidad. Y no es contigo.

Chad se pone de pie y recorre la mirada por toda la habitación como si estuviera buscando a la chica que siempre estaba de acuerdo con todo lo que él decía.

—Vale —murmura mientras se encamina hacia la puerta—. Pero no esperes que esté ahí cuando te des cuenta del error que acabas de cometer.

Cuando traspasa el umbral, se gira para mirarme y le cierro la puerta en las narices justo cuando abre la boca para soltar más aire fétido.

La emperatriz palpita con una energía cálida e insistente que me urge a entrar

en acción.

He cometido errores, pero lamentarme por ellos no arreglará nada. Por una vez voy a tener el control de mi vida. Está claro que no puedo volver a fingir que lo único que me importa es la próxima presentación de *marketing* y con qué capullo estoy saliendo.

Tengo que elegir quién quiero ser, qué tipo de vida quiero tener. Por mucho que quiera creer que las cosas pueden ser diferentes, una parte de mí sabe que el único modo de encontrarme a mí misma es dejar de huir de las sombras y enfrentarme a la luz de frente.

—American Express, voy a aceptar tu oferta y a hacer algo bueno con ese límite de treinta mil dólares. Vamos a hacer unas cuantas donaciones y a empezar con mi nueva vida.

La emperatriz vuelve a latir como si quisiera mostrar su acuerdo, una chica de otro mundo que me anima emocionada.

Dejo la lata de agua con gas en la encimera, me acerco a la nevera y abro el congelador.

Una vez leí un artículo (completo, porque había sido escrito específicamente para mujeres con un presupuesto limitado) que proponía guardar las tarjetas de crédito en un recipiente con agua y congelarlas. El hielo oscurece los números, así que tendría que esperar a que se derritiera para hacer una compra impulsiva.

Funcionó. No he hecho ninguna compra con la tarjeta de crédito más allá de las facturas mensuales recurrentes que se pagan de manera automática y que pago de inmediato cuando me llega el recibo a la cuenta. Según las agencias de crédito, soy un buen partido. Y como prueba tengo la tarjeta en el mismo bloque de hielo en el congelador desde que me mudé a este piso cuando acabé la universidad.

Saco el bloque de hielo y entorno los ojos ante la tarjeta deformada y congelada bajo la superficie como un espejismo. En los cientos de sueños que he tenido acerca de partir el bloque para llegar al plástico que contiene, nunca me habría imaginado que iba a hacerlo para buscar un futuro en un mundo diferente.

La escarcha me hiela los dedos cuando levanto el bloque para tirarlo al suelo. Se rompe por el impacto y el hielo se esparce por el linóleo en una explosión de

fragmentos congelados. La tarjeta de crédito se queda sobre un trozo de hielo a mis pies. La recojo y la escarcha empieza a derretirse y a deslizarse por su superficie brillante.

—¿Qué tal si empezamos con una cuantiosa donación a la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles?

Es fácil hablar de preocuparse por la responsabilidad corporativa en las presentaciones y en conversaciones en el trabajo. Me hacía sentir que quizá estaba haciendo algo más que promocionar productos y limpiar imágenes de marca, pero no era así. La verdad es que no. Para inspirar el cambio, tengo que hacer algo de verdad. No se trata solo de decir las palabras, se trata de marcar la diferencia. Y ahora voy a dar una paso en esa dirección para convertirme finalmente en la persona que siempre he sido en el fondo.

El aire se carga de electricidad, la carta de tarot vibra con un zumbido que resuena en mi interior.

Lentamente, la emperatriz empieza a moverse, su dibujo cobra vida. La corona centellea y cada estrella late a su propio ritmo. Le brillan los ojos, el pelo se le mueve como oro líquido y levanta el espejo de mano. Su vestido escarlata se ondula y las exuberantes flores y el trigo de sus tobillos se balancean, presas de una brisa invisible.

La risa de la emperatriz es el tintineo de los carrillones de viento un día perfecto de verano, acentuado por el suave murmullo del agua de un arroyo lejano. Llena la habitación y me hace cosquillas en la piel.

Se inclina hacia delante como si quisiera salir de la superficie de la carta a mi mundo con movimientos elegantes y fluidos.

—Reclama tu destino, Hannah. Abraza la magia de tu interior y deja que te guíe.

Asiento para cerrar un contrato vinculante con la emperatriz, con Towerfall y, sobre todo, conmigo misma.

Tengo el control.

Ya era hora, joder.

Veintiocho



El Waldorf Astoria es uno de los hoteles más caros y lujosos de Chicago. No es que lo sepa de primera mano. Bueno, hasta ahora.

Dos porteros, pulcros y elegantes con sus uniformes a medida, me abren las puertas dobles de cristal. Doy un paso sobre el reluciente suelo de mármol que se extiende como un mar pulido y refleja las lámparas de cristal que cuelgan de los altos techos. Hay afelpados sofás de terciopelo cuidadosamente repartidos por la sala que invitan a los huéspedes a sumergirse en el lujo mientras el suave zumbido de la música clásica que suena a través de altavoces ocultos los adormece.

Me dirijo a la recepción con grandes zancadas y la tarjeta de crédito prácticamente ardiendo en mi bolsillo. Detrás de la losa de mármol negro con venas doradas, se encuentra el recepcionista en una posición firme.

«¡McDougall!».

Su postura es perfecta, su uniforme inmaculado, un traje oscuro combinado con una impecable camisa blanca y una placa dorada en la que pone «Vic». Su bigote perfectamente arreglado se mueve ligeramente con su sonrisa tan acogedora como evaluadora.

Quiero correr detrás del escritorio y abrazarlo, y decirle que he estado en otro mundo y me he encontrado con su versión espejo, y que esta es la primera vez que he sido genuinamente feliz desde que estoy en casa.

En cambio, los nervios se instalan en mi pecho y no estoy completamente segura de qué hacer con las manos, así que me agarro al borde del mostrador.

—La *suite* presidencial, por favor. Solo para esta noche —digo con voz firme y segura.

Vic me mira y sus pobladas cejas blancas se levantan ligeramente mientras sus dedos vuelan por el teclado con suaves chasquidos.

—Está de suerte. La *suite* presidencial está disponible. Como la habitación está libre y es tan de última hora, podemos ofrecerle una tarifa de...

—No importa. —Con una sonrisa tan deslumbrante como un anuncio de un blanqueador dental, deslizo la tarjeta de crédito por el mostrador con el corazón acelerado. Es la primera vez en mi vida que el precio no importa.

—Sabe lo que quiere. —Una sonrisa pícara levanta su bigote de sal y pimienta—. Estoy más que feliz de complacerla. —Pasa la tarjeta mientras sus dedos se mueven rápidamente sobre las teclas—. ¿Necesita un botones para ayudarla con su equipaje, aparcar su coche...?

—Nada de equipaje. Ni coche —respondo, mostrándole otra sonrisa—. Solo yo.

Las arrugas alrededor de los ojos marrones de Vic se profundizan con curiosidad, pero se limita a asentir y rodea el mostrador, con una tarjeta de latón en la mano.

—Sígame y la llevaré a su mansión —dice mientras se dirige a la pared de los ascensores con una actitud ostentosa.

—Primero —digo levantando la tarjeta de crédito—, necesito un cajero.

—Una mujer con una misión. Mis respetos.

Nuestros pasos se mezclan con la melodía de la música clásica y las conversaciones en voz baja de otros huéspedes del hotel, mientras Vic me guía por el vestíbulo. Cuando llegamos al cajero, se aleja hacia el hueco del ascensor mientras yo introduzco la tarjeta en la ranura y el cajero cobra vida. La pantalla brilla y se refleja en las venas doradas de las paredes de mármol.

Intento no parecer culpable, como si en realidad no tuviera dinero ni nada que hacer aquí, mientras introduzco mis datos y saco el máximo efectivo que la tarjeta permite. La máquina dispensa billetes de cien que se apilan

ordenadamente en la bandeja, no he visto tanto dinero junto en mi vida, y mucho menos lo he sostenido.

Doblo el fajo por la mitad y me reúno con Vic en los ascensores con un fajo de billetes de cien abultando mi bolsillo.

—Su carroza la espera —dice mientras abre las puertas del ascensor con una floritura teatral, y no puedo evitar sonreír al entrar.

Todas las superficies brillan y el sutil aroma a jazmín flota en el aire mientras el ascensor asciende suavemente.

—¿Qué la trae al Astoria, negocios o placer? —pregunta Vic con un tono ligero y curioso mientras se apoya en la barandilla de latón pulido.

—Placer —respondo con la nostalgia de un lugar lejos de aquí acumulándose en mi interior—. Pero solo después de ocuparme de alguien primero. Ya sabes, ocuparme de unos asuntos.

Su sonrisa es cálida y contagiosa.

—¿Y a quién vamos a decapitar, reina Hannah?

—¿Tengo que elegir solo a uno? —bromeo con una sonrisa traviesa en los labios.

La risa de Vic es profunda y genuina.

—Rica, fabulosamente poderosa y sin tapujos. —Va marcando con sus curtidos dedos, una por una.

La campana del ascensor emite un sonido suave al llegar a la planta correcta y las puertas se abren para revelar un pasillo con suntuosas alfombras y apliques dorados que proyectan un cálido y acogedor resplandor. Vic sale y lo sigo por el pasillo de la misma manera que hice con McDougall a través del palacio de Pentáculos.

Cuando llegamos a la puerta de la *suite* presidencial, Vic desliza la tarjeta por la cerradura con un hábil movimiento de muñeca. La puerta se abre con un suave clic. La habitación es una impresionante mezcla de opulencia y confort, con ricas telas y muebles de lujo que perfectamente podrían pertenecer a Towerfall. Mi corazón salta con miedo, anticipación y deseo. Es un impulso que me marea y pego la palma de la mano al marco de la puerta para estabilizarme.

—Bienvenida a su humilde reino, reina Hannah. —Vic hace una reverencia

de broma y su sonrisa se ensancha.

—Gracias, Vic. —Me inclino de forma tan dramática que hasta la reina Lockhart de Pentáculos estaría impresionada, y entro en la *suite*.

—¿Quiere que le enseñe la habitación? Tiene más de doscientos cincuenta metros cuadrados con terrazas, su propio bar privado y gimnasio. Básicamente todo lo que necesita en una habitación.

Niego con la cabeza con una sonrisa genuina dibujada en la cara.

—Creo que a partir de ahora me apaño sola. Pero gracias por la gran entrada. —Saco un billete de cien doblado y se lo doy.

—Ha sido un placer. Disfrute de su noche de grandeza. —Me guiña un ojo y sus mejillas arrugadas se sonrojan—. Y recuerde, si necesita algo o a alguien para llenar esta habitación palaciega, solo tiene que llamarme.

La puerta se cierra detrás de él y me quedo parada un instante, aturdida mientras absorbo el auténtico lujo que me rodea. El lujo que yo misma he comprado y he pagado. Al menos, si me fuera a quedar en este mundo, tendría que pagarlo.

Pero esta *suite* es solo un medio para un fin. He visto de primera mano, gracias a trabajar con empresas cuyos directores generales tienen sus propios *jets* privados, que conseguir una habitación como esta en un hotel como el Astoria viene con toda una lista de ventajas que no tienen nada que ver con las sábanas de muchos hilos.

Me permito un momento para deleitarme en la pura indulgencia de todo, dando vueltas en un pequeño baile feliz con la alfombra afelpada como una nube bajo mis pies. Rozo el sofá arrastrando la mano por la manta de terciopelo que cubre el respaldo. La tela, el lujo, la grandeza de la habitación, todo envía mis pensamientos directamente a mi llegada a Towerfall y no puedo evitar desear que Kane apareciera.

La emperatriz vibra contra mi cadera y me devuelve a la tarea que tengo entre manos. Después de sacar la tarjeta del bolsillo, trazo su intrincada corona de oro. La energía me recorre los dedos cuando su serena mirada se encuentra con la mía y me insta a seguir adelante.

—Concéntrate, Hannah —me recuerdo a mí misma, mientras me vuelvo a

meter la carta de tarot en los vaqueros.

Doy una última vuelta y me dirijo a la mesa de escritorio situada frente a las ventanas que van del suelo al techo. La ciudad se extiende bajo mis pies, titilando como las estrellas. Cojo el teléfono y respiro profundamente para saborear el momento antes de presionar la tecla del servicio de habitaciones.

Vic responde casi inmediatamente con una voz tan suave y amable como la de McDougall.

—Hola, reina Hannah. Sabía que no sería la última vez que hablaríamos. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Enviar un masajista, una botella de champán, reservar una mesa en el Bar Mar?

—Mmm... necesito un cambio de imagen.

—Adoro un momento transformación. Deje que le suba información sobre la peluquería y tome nota de su disponibilidad —responde mientras teclea en su ordenador.

—No, quiero decir, necesito convertirme en otra persona. —La urgencia en mi voz es inconfundible.

—La entiendo perfectamente, Hannah. En los ochenta, me hacía pasar por la señora Candy Bush en el Pussycat Club. Puedo planear un cambio de imagen.

—Esto es algo así. —Mordiéndome el labio, veo mi reflejo en la ventana, mi cara se mezcla con el paisaje nocturno—. Quiero tener un aspecto completamente distinto. Peluca, lentillas, todo. Y el dinero no es un problema. Pagaré lo que tenga que pagar para conseguir lo mejor. Me has llamado «reina Hannah» y ahora quiero serlo.

Estas son las ventajas que necesito, ventajas de las que uno puede disfrutar rápidamente y sin preguntas al reservar la *suite* presidencial y tener dinero para gastar.

—¿Por qué de repente siento que una alianza con usted terminará conmigo esposado... y no en el buen sentido?

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de hombros, mi reflejo imita el movimiento—. Supongo que es el riesgo que corres cuando tratas con alguien rico, fabulosamente poderoso y sin tapujos. Ah y esto va a sonar un poco

extraño, pero necesito un vestido muy elegante del Renacimiento. Uno adecuado para...

—¿Una reina? —dice Vic, completando mi frase—. Deme cuarenta y cinco minutos. Una hora como máximo.

Cuelgo el teléfono para finalizar la llamada y lo vuelvo a levantar para llamar al servicio de restaurante en la habitación. El champán es una muy buena idea, la despedida perfecta para mi última noche en Chicago.

Veintinueve



Llaman al timbre y resuena a través de la anticipación y la ansiedad que he estado adormeciendo con champán, *coulant* de chocolate y *crème brûlée*. Me bebo el último trago de champán que me queda en la copa y corro a abrir la puerta. Un grupo de gente cargada con bolsas, kits de maquillaje y varias herramientas de iluminación y estilismo llenan el pasillo delante de mi *suite*.

Vic sonríe con los ojos muy abiertos como si acabara de ganar un coche gratis.

—Treinta y siete minutos —canturrea—. No se puede hornear un pastel en tan poco tiempo, pero, querida, he reunido a un equipo que haría babear a Margot Robbie.

Entran y, al cabo de unos segundos, empiezan a mover los muebles para instalar las zonas de trabajo alrededor de la estancia principal, transformando así la *suite* en un salón de belleza improvisado. El aire vibra con el sonido de las cremalleras de las bolsas y el clic de los estuches mientras siguen instalando espejos e iluminación adicional para garantizar la perfección.

Vic se acerca con un perchero lleno de bolsas negras.

—Un amigo de Neiman’s ha elegido algunas opciones, pero hay una clara ganadora. No voy a hacerle perder el tiempo con las otras.

Abre la cremallera de la primera bolsa y revela un vestido rojo rubí que parece sacado directamente de un cuadro del Renacimiento. Me quedo

maravillada con su escote pronunciado, el corpiño ajustado con elaborados bordados dorados y la pedrería que se extiende hasta la cadera. Los intricados detalles de oro continúan por la falda vaporosa hecha de capas de tul y satén. La tela brilla con el movimiento como si estuviera tejida con hilos de pura luz solar.

—Ya le he dicho que empezaríamos por el mejor.

Retira la bolsa para sacar el vestido de la funda protectora. Me llevo una mano al pecho, sin aliento, cuando la cola del vestido cae en cascada al suelo como una manzana bañada en oro.

—No bromeabas —comento pasando los dedos por el bordado. Las puntadas y la pedrería relucen con las luces adicionales, cada detalle brilla tanto que da la sensación de que el vestido tiene vida propia.

Es perfecto para Towerfall. Perfecto para lady Ashwood. Perfecto para volver al palacio.

Me pone de cara al espejo y coloca el vestido delante de mi cuerpo.

—Con esto conseguirá que ese hombre caiga de rodillas y que bese el suelo que pisa.

—¿Qué hombre? —le pregunto al reflejo de Vic.

—Nena, siempre hay un hombre. —Arquea una ceja—. Dígame que me equivoco.

Intento reírme, pero mis pensamientos me traicionan. El rostro de Kane aparece en mi mente, esos ojos oscuros suplicantes, los hombros caídos bajo la tenue luz de la celda. Lo dejé allí completamente solo y no sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces entre este mundo y el suyo.

Antes de que pueda poner palabras a la escarcha que se derrite alrededor de mi corazón, Vic me guía a la primera zona de trabajo. Hay una mujer despampanante con el pelo rosa chillón y una constelación de pecas dibujadas en la nariz y las mejillas armada con brochas y paletas extendidas delante de ella.

Me dejo caer en una cómoda silla negra delante de un espejo con aumento que resalta cada uno de mis poros, mientras Vic saca otra botella de champán de un cubo lleno de hielo. Con un hábil giro de muñeca, la descorcha y las burbujas suben bailando junto al cristal.

—Hagamos que se inclinen ante usted.

El corazón me late con fuerza, todavía me hormiguea la piel por el pulso de energía de todos los cuerpos que han ido tirando de mí de un lado a otro y me han transformado en la versión de mí que me devuelve la mirada del espejo triple. El vestido se me ciñe en las curvas y su cola se me acumula alrededor de los pies como rubíes líquidos. Paso las manos por el intricado trabajo de pedrería. El bordado dorado capta la luz y se mueve con cada una de mis respiraciones. Es como si lo hubieran hecho expresamente para mí, para el momento que me cambiará la vida para siempre.

Unas ondas tan rubias que son casi blancas me rozan los hombros, mientras que unas lentillas de color violeta me transforman los ojos. Parezco una princesa de cuento de hadas, una Bella Durmiente moderna lista para despertar de su largo sueño.

Con este disfraz, puedo entrar en el reino de Pentáculos y que parezca que encajo. Es un modo de protegerme para que no me llamen bruja o me echen de la ciudad a punta de cuchillo. Esta vez sé a dónde voy y no dejaré nada en manos del azar.

La carta de tarot mágica rebosa energía en mi mano. La emperatriz brilla suavemente y parece seguir todos mis movimientos con la mirada, animándome a continuar en silencio.

Cojo aire para calmar los nervios.

Ya está.

La decisión que he tomado me provoca una mezcla de emoción y estremecimiento en el pecho. Hay una posibilidad de que me marche y no vuelva nunca a este mundo. Una posibilidad de no volver a ver esta ciudad, esta *suite* ni este mundo.

Ni a mi madre y mi hermana...

Puede que no les guste, pero espero que entiendan el correo vago que les he mandado avisándolas de que me voy a un viaje de exploración y autodescubrimiento por el mundo. Les he dicho que no podrán ponerse en contacto conmigo, que voy a donar todas mis posesiones terrenales y a dar de

baja el contrato del móvil, pero que no debe preocuparles que acabe muerta en una zanja. Les he dicho que estaré mejor que bien y que estoy emocionada por irme y empezar esta nueva etapa de mi vida.

Se me acelera el corazón cuando levanto la carta. La superficie ondula al ritmo de mi corazón y su calor me sube por la mano y por el brazo para envolverme en su abrazo.

Vuelvo a mirar mi reflejo y veo que la mujer del espejo transmite confianza y poder. Esta es quien debo ser. No la chica insegura que avanza a trompicones por la vida, sino una mujer preparada para enfrentar su destino. Preparada para reclamar su lugar en Towerfall y luchar por la vida que desea.

Un escalofrío me recorre los hombros y cierro los ojos. El suave zumbido de la *suite* se desvanece, reemplazado por la anticipación eléctrica y silenciosa de lo desconocido. La magia se acumula, la energía de la carta resuena con la mía y se vuelve más fuerte a cada segundo.

Abro los ojos y me llevo la carta a los labios para susurrar las palabras que sellarán mi destino.

—Llévame a Towerfall.

La luz de la carta se intensifica y me envuelve en un capullo de calor y poder. La *suite* se difumina a mi alrededor, las líneas entre los mundos se disuelven en una brillante neblina.

Estoy dejando atrás todo lo que conozco para adentrarme en un mundo de magia e incertidumbre. No obstante, por primera vez en mi vida, siento que tengo el control y que estoy preparada para lo que venga.

El mundo gira a mi alrededor en un remolino de color, cierro los ojos y me rindo.

Treinta



Aterrizar en otro mundo no se ha vuelto más fácil. Al menos esta vez sigo de pie. Me tambaleo un poco mientras el paisaje se estabiliza a mi alrededor, pero consigo mantenerme firme antes de caerme en un charco de barro. La imagen familiar de la verja que rodea el palacio se alza imponente delante de mí, grandiosa contra el cielo despejado de la mañana.

Por suerte, no hay nadie en la parte trasera del palacio que haya podido ver mi entrada mágica, y me meto la carta de tarot en el corpiño del vestido. El calor que desprende junto a mi corazón es reconfortante. Los intricados bordados de oro del vestido reflejan la luz del sol y brillan cuando respiro profundamente y enderezo los hombros. Esta vez, no estoy solo fingiendo. Esta vez, soy la verdadera lady Ashwood y voy a bordar el papel, joder.

Los guardias de la parte delantera de la verja me observan acercarme con los ojos entrecerrados. Mantengo la cabeza alta y canalizo cada gramo de gracia real que absorbí de Marion.

—¡Alto! —Uno de los guardias, un hombre corpulento de barba espesa, se coloca delante del enorme pentáculo integrado en el diseño de la verja de hierro y descansa la mano en la empuñadura de su espada—. ¿A qué ha venido a palacio?

Es él, el mismo guardia que mató al defensor de Lila mientras ella luchaba por salvar a su hermano.

Mi mirada cae al suelo bajo mis pies. Los adoquines están manchados de sangre roja. Cierro los puños con tanta fuerza que se me clavan las uñas en las palmas de las manos. Inhalando profundamente, levanto la cabeza y le arrojo al guardia una mirada que podría derretir hielo.

—Soy lady Ashwood —anuncio con voz punzante—. Y exijo ver a la reina Lockhart.

El guardia arquea las cejas ligeramente y mira a sus compañeros con una incertidumbre que dibuja arrugas en su frente.

Decidí preguntar por la reina madre por una razón, esta razón. Es solitaria e introvertida. Pasará un tiempo hasta que McDougall y todo el personal de palacio decidan qué hacer conmigo. Y eso es justo lo que necesito, tiempo.

El guardia de la barba frunce el ceño y las líneas de su frente se profundizan mientras vuelve a darse la vuelta.

—¿Lady Ashwood? Hemos sido informados de que lord y lady Ashwood no eran más que unos embusteros. Usted es la verdadera, ¿no?

—Lo que hayan escuchado es irrelevante. Además, no tengo que demostrar mi linaje a los tipos como usted. Debería dejar que sus superiores se encargaran de eso —digo con una voz como el acero—. Ahora, informe a su majestad de que lady Ashwood, la verdadera lady Ashwood, quiere verla. Después de lo que ha sucedido en su palacio, la reina Lockhart no me faltará al respeto negándome una audiencia.

Cruza los brazos sobre su pecho fuerte y grueso, como una pared silenciosa e inamovible.

—La reina Lockhart no recibe visitantes inesperados. Tal vez lord Cuatro o el rey Lockhart...

—Solo hablaré con la reina —exijo—. Es lo que me merezco como mínimo.

Entorna los ojos y se frota las puntas desaliñadas de la barba.

—Espere aquí. Le pasaré su petición a...

—No —ladro, y doy un paso hacia delante con el vestido formando un remolino alrededor de mis tobillos—. Si su reina desea que espere, lo haré dentro del palacio y no aquí fuera, en las calles.

Aguanto la respiración, los segundos se alargan y el corazón me late

acelerado. No puedo permitirme mostrar debilidad. No ahora. No cuando estoy tan cerca de conseguir volver a entrar al palacio para poner todo en orden.

Duda un instante, luego asiente lentamente y ordena a los otros guardias que abran las puertas. Con los chirridos del pesado hierro, vuelvo a respirar. Los crujidos del metal contra la piedra me ponen los pelos de punta, pero la emperatriz es un latido cálido y constante contra mi pecho, una promesa de que estoy en el camino correcto.

Estiro la espalda y atravieso las puertas abiertas con la adrenalina recorriéndome el cuerpo y el pulso palpitando en mis oídos. Cierran detrás de mí con un estridente sonido metálico que me encierra mientras recorro el camino de piedras que lleva a la entrada del palacio. Unas enormes puertas flanqueadas por más guardias se alzan imponentes delante de mí. Se mantienen en posición firme con las miradas clavadas en mí a medida que nos acercamos. Levanto la cabeza y respiro profundamente para calmar los nervios.

El guardia de la barba le susurra algo a otro, que entra mientras los demás permanecen junto a la puerta con expresiones indescifrables. Yo me quedo quieta, esperando mientras gotas de un sudor nervioso se deslizan por mi espalda.

«Te van a pillar, Hannah. Te van a ver a través de este disfraz caro y te van a enviar a pudrirte en la cárcel».

Casi me ahogo y lo disimulo con un carraspeo agudo. No voy a dejar que el miedo me detenga o me confunda. Esta vez no. Aparto mis pensamientos pesimistas y me pongo recta.

«Soy lady Ashwood y estos hombres harán lo que yo diga».

Cuando entro, viajo de vuelta a la primera vez que entré al palacio, ingenua y desesperada por encontrar el camino a casa. Su grandeza me resultó casi abrumadora, con los vastos pasillos extendiéndose infinitamente, los suelos de mármol y los altos techos que me recordaban que este mundo no era el mío.

Pero esta vez es diferente. La grandeza sigue ahí y hace vibrar a mis sentidos con riqueza y esplendor, pero no me he quedado tan boquiabierta como entonces. Tengo el control. Encajo en este lugar. El palacio y el reino de Pentáculos son simplemente una empresa como cualquier otra y sé hablar en su idioma.

Igual que siempre, McDougall aparece inmediatamente a mi lado con una presencia repentina y silenciosa como la de un fantasma. Su mechón de pelo de encaje blanco flota sobre su cabeza y sus facciones curtidas expresan interrogación.

—¿Tiene mi señora algo de equipaje que necesite ser transportado o un carruaje?

Una sonrisa levanta mis mejillas y se me escapa una carcajada. Al parecer, todos los destinos de lujo son iguales.

—Nada de equipaje. Ningún carruaje. Simplemente yo.

El impulso de coger su mano, darle las gracias por todo lo que ha hecho y disculparme por tratar de ser alguien que no soy, brota dentro de mí. Pero no lo hago. Ya llegará el momento, pero este no es el adecuado. Hay demasiado en juego. Por ahora, me alegro de que mi disfraz funcione. El vestido, la peluca, las lentillas violetas, estoy interpretando mi papel a la perfección y tengo el control de la narrativa.

Asiente.

—De acuerdo, milady. ¿Me permite que la acompañe a la sala de estar? ¿Puedo ofrecerle un té?

—Eso sería fantástico.

Hace una seña a la doncella más cercana, que hace una reverencia y desaparece en el laberinto del palacio mientras me coloco al lado de McDougall. La familiaridad de su presencia me reconforta y me recuerda que no estoy completamente sola.

Llegamos a la sala de estar, el aire está teñido con el aroma de la madera pulida y las flores frescas. La luz del sol se filtra a través de las altas ventanas y proyecta un cálido resplandor sobre los muebles forrados de terciopelo y los tapices ornamentados.

Respiro hondo, dispuesta a desentrañar mi situación y sin saber muy bien cómo voy a hacerlo, cuando la puerta se abre. La joven doncella entra con una bandeja cargada de un delicado juego de té, un surtido de pasteles y una selección de frutas maduras. He perdido la oportunidad y me muerdo la lengua con la frustración hirviendo a fuego lento bajo mi apariencia serena.

Me acomodo en el diván más cercano y observo en silencio cómo la doncella coloca la bandeja en la mesa de centro frente a mí con agonizante lentitud, mientras el tintineo de la porcelana marca el paso de los segundos.

Me fuerzo a sonreír educadamente cuando termina de colocar el juego de té. Hace una reverencia antes de retirarse hacia la puerta y salir tan silenciosamente como entró.

—Si eso es todo, milady. —McDougall hace una reverencia y se dispone a salir extendiendo el brazo hacia la puerta—. Si me disculpa, voy a alertar a su majestad de su presencia.

—Espera —grito, más alto de lo que pretendía.

Se detiene con los dedos en el pomo de la puerta y se da la vuelta para mirarme.

—¿Sí, milady?

—Por favor, quédate —le digo en voz baja con el corazón latiéndome a un ritmo entrecortado en el pecho. Inhalo profundamente, para intentar calmar el torbellino de emociones que llevo dentro—. Hay algo que debo decirte. Algo importante.

McDougall se acerca e inclina la cabeza.

—¿Y de qué se trata, milady?

Súbitamente me siento muy incómoda, me enderezo en mi asiento y junto las manos sobre mi regazo.

—McDougall, yo... —vacilo, buscando las palabras adecuadas—. Te debo una disculpa. Fui grosera y despectiva contigo la última vez que estuve aquí. No te lo mereces y lo siento mucho.

Parpadea y se endereza un poco.

—Vaya, gracias, milady, pero creo que no nos conocemos.

—Sí que nos conocemos —le digo—. No soy quien crees que soy.

—¿Usted no es la verdadera lady Ashwood?

—Nunca lo he sido. —Me quito la peluca y dejo que los mechones rubios caigan sobre los cojines antes de quitarme las lentillas y esconderlas con la servilleta de lino.

—Por todos los dioses. —Abre los ojos de par en par y un destello de

confusión ilumina sus facciones antes de que me reconozca.

—¿Hannah? —Entrecierra los ojos mientras se acerca lentamente hacia mí como si tuviera miedo a ser atacado.

—Sí —susurro.

—Llegó con el guerrero.

—Sí —me pongo en pie y me abalanzo sobre él para agarrarlo del brazo—, pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—Nunca haría eso. —Niega con la cabeza y su remolino de pelo tiembla—. No lo haré.

—¿No lo harás?

—Conozco a Kane desde que era un niño. Lo vi crecer junto a Lockhart. Sé quién es. Sé que lo único que siempre ha querido es lo mejor para Pentáculos. Pero ¿por qué ha vuelto? Aquí está en peligro, ahora más que nunca.

—Creo que me trajeron aquí. —Me pego la mano al pecho y siento el calor de la carta bajo el vestido—. Sé que me trajeron. Soy la única persona que puede salvarlo. Y, no quiero sonar como que se me han subido los humos a la cabeza ni nada por el estilo, pero también soy la única que puede salvar vuestro reino.

Meto la mano en el corpiño del vestido y saco la emperatriz. Los bordes de la carta brillan con la luz dorada del sol y una brisa etérea mece el césped bajo sus pies.

—Es magia. —Su mirada se desvía hacia la carta y luego vuelve a clavarse sobre mí—. ¿Puedo?

McDougall señala la carta y se la doy. Tan pronto como la toca, un débil resplandor de energía atraviesa el aire. Se tambalea hacia atrás y su mano busca algo a lo que agarrarse.

Lo cojo del codo y lo conduzco con cuidado hasta el diván.

—No se vive tanto como yo sin escuchar una leyenda o dos. Sin embargo, esto... —Su voz está cargada de admiración mientras arrastra los dedos por la imagen de la emperatriz—. Esto parece un sueño.

—Es real —digo con voz firme—. La Torre me la envió, me llamó y me ha traído hasta aquí. Me está pidiendo que actúe, pero necesito tu ayuda.

—Por supuesto. —Asiente y me devuelve la carta como si estuviera en trance

—. Pero antes, hay otra persona a la que debemos informar. Estará encantada de tenerla de nuevo a su lado.

Treinta y uno



Camino de un lado a otro de la habitación y, sin duda, mis pasos crean surcos en la mullida alfombra mientras espero a quien se haya ido a buscar McDougall. Cada minuto que ha pasado desde que volví a Towerfall se me ha hecho eterno. Me retuerzo las manos y respiro profundamente mientras intento mentalizarme.

Se abre la pesada puerta y se me sube el corazón a la garganta.

Marion está ahí. La expresión de su rostro es una mezcla de sorpresa y algo que no logro identificar.

—Marion... —Me falla la voz, la palabras se me quedan atascadas en la garganta.

Antes de que pueda decir algo más, entra corriendo y me envuelve en un abrazo.

—¡Hannah! Ha pasado tanto tiempo. Creía que no volvería a verte nunca —dice con la voz entrecortada—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—¿Tanto tiempo? —murmuro devolviéndole el abrazo y sintiendo la calidez de su cuerpo.

Marion estira los brazos y se echa atrás para mirarme.

—Necesitaba tiempo para pensar y, en lugar de eso, arremetí contra la única persona en la que he confiado lo suficiente como para considerarla una verdadera amiga —dice con los ojos brillantes por las lágrimas—. Estaba equivocada, Hannah. Completamente equivocada.

—Nunca más volveremos a dejar que un hombre se interponga entre nosotras —digo entre lágrimas.

—Jamás. Da igual quién sea. —Se le derraman las lágrimas y me atrae a sus brazos—. Te he echado mucho de menos.

—Yo a ti también —respondo en un susurro mientras mis lágrimas le mojan el hombro—. Eres mi mejor amiga, Marion. No quiero perderte nunca.

Nos sentamos en el diván y la luz que entra por las ventanas ilumina su rostro surcado de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

Me coge la mano con los dedos temblorosos.

—Casi una quincena.

—¿Dos semanas? —pregunto mientras mi mente intenta procesar el cambio temporal.

—El tiempo suficiente para que echara a Highgate a nuestra casa en el campo. Después de lo que te hizo, ni siquiera soportaba mirarlo. —Se seca los ojos y esboza una sonrisa llorona—. No pertenezco a mi padre ni a mi marido y ahora, con la reina decidida a retirarse de la vida de la corte sin importar las consecuencias, tampoco pertenezco a su majestad. Estoy sola por primera vez.

—No estás sola. Estoy aquí y siempre te has tenido a ti misma. Marion, eres fuerte, mucho más fuerte de lo que crees. Puedes encontrar tu propio camino y tomar tus propias decisiones.

Una nueva oleada de lágrimas le brota de los ojos, se los frota y esboza una sonrisita.

—¿De verdad lo crees, Hannah?

—Joder, Marion, lo sé.

—Lo secundo —interviene McDougall mientras se acerca—. Aunque quizá con un poco menos de vulgaridad, lady... —Hace una pausa—. De repente, me acabo de dar cuenta de que no sé cómo se apellida, milady.

—No soy ninguna lady. Al menos, no en ese sentido —explico negando con la cabeza—. La emperatriz me trajo aquí, pero vengo de más lejos que el reino de las Copas. De mucho más lejos, en realidad. Ni siquiera soy de este mundo.

—No es de este mundo... —repite McDougall en voz baja como si estuviera

poniendo a prueba esas palabras.

—Mi mundo es muy diferente de este —continúo tras respirar profundamente —. Está... adelantado en algunos aspectos, pero carece de otras cosas.

—Hannah, eso es ridículo. —Marion abre mucho los ojos y la boca por la sorpresa—. Es imposible.

—Es magia, lady Highgate —dice McDougall con suavidad y con una mirada firme e inquebrantable—. He tenido una larga vida y he visto muchas cosas. La magia no está sujeta a las leyes de nuestro entendimiento. Si Hannah dice que proviene de otro mundo, la creo.

La mirada de Marion pasa de McDougall a mí y su incredulidad da paso lentamente a la aceptación. Me aprieta la mano con más fuerza en un agarre casi desesperado.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?

—Por esto —respondo, y le tiendo la carta—. Esta es la magia que me ha traído hasta aquí.

Le tiendo la carta de la emperatriz que ondea con la magia y respira profundamente cuando la toca.

—La Torre me convocó.

—Todas esas historias... —Niega con la cabeza y me mira—. ¿Son todas reales?

—Yo soy la prueba de ello. Me ha traído porque tengo un propósito: ayudaros, ayudar a todo Pentáculos. Y eso empieza por rescatar a Kane.

—¿Kane Blackthorne? ¿Por qué no lo ha dicho antes? Lo ejecutarán al atardecer.

Treinta y dos



El sol empieza a descender hacia el horizonte oscurecido por una colcha de parches de enormes nubes grises. Con cada minuto que pasa, el nudo que siento en el pecho se vuelve más tenso y trago saliva para luchar contra los sollozos que quieren salir por mi garganta.

«Lo ejecutarán al atardecer».

Me quedé paralizada después de urdir el plan, incluso mientras Marion me vestía con el traje de doncella que ya había llevado antes y me cubría los hombros con una capa sencilla cuya capucha proyectaba profundas sombras sobre mi rostro.

Cada sonido, cada franja de oscuridad, es como una amenaza mientras sigo las hileras de vecinos del pueblo que se escabullen por las estrechas calles como hormigas alertadas por la comida. Disfrazada de otra cara entre la multitud, me muevo con ellos hacia el anfiteatro, en el extremo más alejado de la ciudad.

Los muros de piedra erosionada absorben el cielo gris encapotado y estrechos arcos y columnas bordean la entrada. El camino que lleva al interior del anfiteatro está iluminado con antorchas titilantes y me dejo llevar por la multitud; la presión de los cuerpos me deja poco espacio para respirar a medida que nos metemos en el embudo de la estrecha entrada. El aire está cargado de anticipación y el inquietante bullicio grave de incontables voces. Todo el reino se ha reunido para este mórbido espectáculo, y lo peor es que tienen ganas de verlo.

En el interior, el escenario se abre ante mí y revela una sección de gradas que se arrastra a lo largo de la pared más lejana como una escalera y mira hacia la plataforma en el centro del anfiteatro.

Lo ejecutarán al atardecer.

La guillotina se yergue en el escenario como un lobo sobre su presa, con los dientes afilados y mortales. Manchas oscuras han dañado la madera donde otros se han encontrado con su fin, y la cesta de abajo espera para atrapar la cabeza de Kane.

Los asientos vip se llenan poco a poco de nobles y figuras importantes de la corte, sus joyas y sedas parecen estrellas moribundas contra el gris sucio. Diviso el sombrero de plumas de pavo real de lady Whitmore antes de que mi mirada se clave en sus cejas finas y su rostro esquelético.

La emperatriz palpita caliente contra mi pecho como un recordatorio de la magia que me trajo hasta aquí y la esperanza a la que me aferro. La esperanza que ha sido rebanada bajo la sombra de la guillotina.

Mi respiración entrecortada agita mi capa cuando mis ojos se posan en ellos: Cuatro e Ivy, dos cabezas de una serpiente sentada prominentemente en la parte delantera de la grada central.

Los ojos de Ivy brillan con anticipación y en sus labios hay dibujada una leve sonrisa de satisfacción consigo misma. Cuatro toma asiento a su lado y ella le toca el brazo y se inclina hacia él, riéndose como si acabara de volver con palomitas y caramelos.

La ira me abrasa las venas y presiono la carta con la palma de la mano. La emperatriz me responde latiendo y canalizo mi ira hacia seguir adelante en lugar de echarme hacia atrás.

Gruesas gotas de lluvia estallan contra mis hombros y tamborilean por los tablones de madera de la plataforma. El ritmo constante de la lluvia se mezcla con el murmullo persistente de la multitud y, si quisiera, podría cerrar los ojos e imaginar el océano, imaginar estar lejos, muy lejos de aquí. Pero he elegido este camino. Estoy haciendo esto de forma deliberada.

Tiro de la capa para apretármela más y atravieso la multitud a empujones para lograr una vista mejor, mi mirada no deja la plataforma ni un instante. Respiro de

manera pesada y entrecortada mientras me acerco al escenario, donde matarán a Kane si no los detengo antes.

Una puerta cruje al abrirse y unas cadenas golpean la madera. Se hace un silencio punzante y ardiente como un relámpago. Todas las caras de la multitud se vuelven hacia la plataforma y clavan los ojos en la escalera situada al fondo del escenario. Conducen a Kane fuera, encadenado y flanqueado por dos hombres que llevan capas y máscaras y parecen segadores vestidos de riguroso negro de la cabeza a los pies.

El silencio se extiende mientras Kane y sus carceleros ascienden la escalera, sus grilletes repiquetean contra la madera.

Lo miro fijamente, sin pestañear, con la piel húmeda y la barbilla temblorosa. La ropa harapienta de Kane está oscurecida por el sudor y la lluvia. Tiene el pelo negro pegado a la frente. El agua gotea de sus mechones, se desliza por su cuello y tira de sus hombros para hundirlo aún más. Se tambalea ligeramente, pero las figuras a ambos lados lo mantienen erguido con un agarre casi tan fuerte como sus cadenas.

La multitud se viene arriba, sus gritos se funden en un rugido estruendoso de abucheos y burlas. La lluvia golpea con más fuerza para castigarlos, para castigarme, para intentar limpiarnos.

Los guardias empujan a Kane hacia la estructura de madera que amenaza desde el centro de la plataforma. Él no levanta la mirada, no analiza la multitud. Sus ojos están clavados en el suelo y el corazón se me hace pedazos una vez más.

Me pego más a la escalera de la parte delantera del escenario, tengo el estómago en la garganta y cada una de mis terminaciones nerviosas está ardiendo.

No puedo dejar que se lo lleven.

No lo haré.

—¡Parad! —Mi voz atraviesa el caos como una espada.

Las cabezas se vuelven y la confusión se extiende por la multitud cuando subo al escenario. Mis pasos golpean la madera. El agua me empapa las zapatillas y me salpica las piernas mientras subo la escalera. Se me cae la capa

cuando llego arriba y me mantengo firme con el disfraz empapado de lluvia pegado a la piel.

—¿Cervatilla? —Los ojos oscuros de Kane se clavan en mí.

Los jadeos se extienden por el público, una inhalación colectiva de aliento que parece detener la tormenta que nos rodea.

—¡Detenedla! —El estridente grito procede de las gradas.

Me doy la vuelta para mirar a Ivy de pie junto a Cuatro, apuntando con un dedo tembloroso en mi dirección.

—Nadie se la va a llevar. —Kane se lanza sobre el guardia más cercano empujándolo con el hombro. El segundo guardia no tiene tiempo de reaccionar antes de que las manos de Kane se abalancen sobre él. Pasa las cadenas de hierro sobre la cabeza del guardia y las estruja contra su cuello. Los ojos del guardia se salen de sus órbitas y sus manos arañan las cadenas mientras lucha por respirar.

El primer guardia recupera el equilibrio y ataca. Kane se da la vuelta, sus músculos se tensan y sus venas son como cuerdas bajo su piel mientras esquiva el ataque. Sigue estrangulando al otro guardia, cuyos talones comienzan a deslizarse por los tablones de madera mojados. Finalmente, se queda sin fuerza. Kane se deshace del guardia inconsciente y el cuerpo aterriza con un golpe seco que prácticamente se pierde entre el rugido de la multitud.

El primer guardia vuelve a atacar, pero Kane está preparado. Balancea sus puños encadenados y logra golpear al guardia en la mandíbula con un puñetazo demoledor. La cabeza del guardia sale disparada hacia atrás y sus rodillas se doblan mientras cae al suelo. El clamor de la multitud alcanza su punto álgido, alimentado por el derrame de sangre.

La plataforma tiembla cuando Kane avanza hacia delante con las cadenas deslizándose por sus muñecas. La lluvia cae del cielo a cántaros, fría e implacable, y empapa mi vestido mientras él se acerca. Se me acelera el corazón y respiro de forma entrecortada mientras mi memoria registra cada detalle. Su intensidad. Su auténtica fuerza de voluntad. La lluvia en su pelo, el corte afilado de su mandíbula, esos interminables ojos oscuros cuando se clavan en los míos. El ruido de la multitud se desvanece en un murmullo distante y la vida se reduce a nosotros dos.

—Has vuelto. —La voz de Kane es áspera, ahogada por la sorpresa y algo más profundo, algo que hace que se me encoja el corazón.

—Alguien tiene que salvarte para variar.

La carta de tarot palpita contra mi pecho como un recordatorio de la magia que me trajo hasta aquí, que nos une a Kane y a mí.

La lluvia se desliza en ríos por las colinas de su musculoso pecho y las escarpadas líneas de su rostro se suavizan cuando me pasa un mechón de pelo mojado por detrás de la oreja.

—No puedo creer que estés aquí de verdad. —Sus dedos recorren mi mandíbula y todo mi cuerpo se estremece.

—No podía dejarte. —Levanto la mano, le acaricio la cara y siento el calor de su piel bajo los dedos—. No así.

Me pongo de puntillas y mi aliento se mezcla con el suyo cuando nuestros labios se encuentran. Siento la calidez de su boca contra la mía y, por un instante, el mundo deja de girar.

El momento se rompe cuando unas manos ásperas y carnosas me agarran por los hombros y me separan de él.

Grito y lucho contra su agarre, contra que me separen de Kane tan pronto como lo he vuelto a encontrar, pero son demasiado fuertes. Kane grita, sus cadenas emiten un sonido metálico mientras se resiste, pero ni siquiera él puede deshacerse de ellos. No cuando han llegado refuerzos y tantos guardias lo rodean.

Un guardia me arrastra hacia atrás y reúno toda la fuerza que tengo para zafarme de él. Sus manos ásperas como el papel de lija me raspan los brazos cuando me libero de su agarre mojado y corro hacia el borde de la plataforma. El público abuchea, pero alzo la voz por encima de ellos.

—¡Vuestro reino se está autodestruyendo! —grito con una voz fuerte a pesar del miedo que me comprime las entrañas.

El guardia se recupera y me agarra por el bíceps con una fuerza contundente. Sé que tendré marcas para recordar esto, si consigo sobrevivir.

Respiro hondo con los pensamientos acelerados. Necesito ganar tiempo.

—Pentáculos se merece algo mejor —continúo mientras lucho contra la

fuerza del guardia—. Os merecéis algo mejor.

El guardia estrecha su agarre y me arrastra por el escenario como una muñeca de trapo.

El ruido de la multitud es un rugido constante, pero continúo alzando aún más la voz.

—Sé que estáis enfadados. Sé que tenéis miedo. Deberíais tenerlo. Os han olvidado. Peor aún, os han tratado como una carga. Os han mentido. Manipulado.

Los gritos de la multitud se han reducido a un murmullo. Tengo su atención, necesito seguir así.

Continúo con la esperanza silenciosa de que Marion y McDougall estén cerca.

—No es demasiado tarde para obligarlos a veros como humanos, para salvar vuestro reino y a vosotros mismos. Lleváis demasiado tiempo viviendo en esta pesadilla.

El silencio vacilante se rompe y mi frágil control sobre su atención se me escapa cuando una voz estalla.

—¡El guerrero usó su magia para maldecir el reino! ¡Él envenenó Pentáculos desde dentro!

Mi corazón late con fuerza mientras busco al hombre que ha hablado, pero los rostros se mezclan entre ellos: furiosos, hambrientos, asustados.

—¡Mentira! —Kane es interrumpido por un rápido puñetazo en el estómago que hace que se doble entre jadeos.

—¡Cortadle la cabeza! —grita otro espectador, estridente y despiadado—. ¡Y a su puta también!

Un murmullo de aceptación se convierte en un alboroto. Intento levantar las manos para calmarlos, para recuperar algún tipo de control, pero el guardia me las sujeta a los lados.

—¡Os están mintiendo! La magia de Kane es un don. No es vuestro enemigo. Es...

—¡Derramad su sangre! —ruge otra persona, y la multitud estalla en un caos.

Un guardia flanquea a Kane y golpea con sus botas la parte posterior de sus

rodillas hasta que grita entre dientes y cae frente a la picota.

Mi mirada recorre frenéticamente la multitud y los palcos privados en busca de alguna señal de Marion o McDougall.

En lugar de eso, los ojos de Ivy se encuentran con los míos. Cruza los brazos sobre el pecho y una mueca triunfante curva sus labios mientras me mira con desprecio y una fría satisfacción.

Como si ya hubiera ganado. Como si en realidad nunca hubiera habido una batalla.

Pero Ivy me ha subestimado.

Kane tiene la respiración entrecortada, le tiemblan los músculos y se esfuerza por mantenerse erguido mientras los guardias lo empujan contra el tablón de madera húmeda y le obligan a meter el cuello en el agujero en forma de medialuna del cepo.

No puedo permitir que esto ocurra. No puedo perderlo otra vez.

Esto no va a ser otro error.

El alboroto de la multitud se intensifica y todos se lanzan hacia delante. Los cuerpos presionan el escenario de madera, que se estremece bajo mis pies. Me estoy tambaleando en el borde de un precipicio y el suelo se desmorona bajo mis pies.

—¡Puedo demostrarlo! —grito a los guardias, a la multitud, a los dioses que cuidan de este reino—. Puedo demostrar que os han mentido. Dadme la oportunidad de mostraros la verdad.

Estoy actuando sin pensar. Lo sé, pero también sé que no tengo elección.

No hay más tiempo para esperar a Marion y a McDougall y al plan que pusimos en marcha antes de dejar el palacio. Ni siquiera tengo tiempo para pensar bien lo que voy a decir antes de que salga de mi boca. He llegado hasta aquí y tengo que seguir si quiero tener alguna posibilidad de salvar a Kane.

La multitud ruge y es imposible distinguir si quieren que les muestre pruebas de que Kane no es el monstruo que maldijo su reino o si quieren ver mi cabeza cortada sangrando en la cesta junto a la suya.

—¿Queréis la verdad? —grito por encima del alboroto.

El guardia me hace retroceder. Me susurra una advertencia al oído, pero su

amenaza desaparece bajo el clamor de la multitud. Desvío la mirada hacia Ivy, consciente de que un gesto suyo podría determinar mi destino, podría enviarme junto a Kane con la cabeza sobre la madera.

Los ojos fríos de Ivy se encuentran con los míos mientras se sienta lentamente y cruza las piernas. Para ella y Cuatro, esto es un espectáculo, un juego con reglas predeterminadas que solo puede acabar de una forma, así que por qué no darle a la multitud un poco de diversión.

Treinta y tres



Subir al escenario de cabeza era el primer paso de mi estrategia, pero solo era una parte del auténtico plan. El estruendo de las trompetas majestuosas e imponentes silencia a la multitud. Todas las miradas se dirigen al fondo del escenario cuando la reina Lockhart avanza a grandes zancadas hacia delante con su elegante túnica carmesí como la sangre empapada de lluvia.

Se oyen jadeos en el palco de los nobles y, una vez más, Cuatro e Ivy se levantan. Cuatro abre la boca para hablar, pero la reina levanta una mano y él la cierra.

—Lord Cuatro, ha hecho creer que mi único hijo solo necesitaba reposo, que su herida era leve y que su dolencia era más mental que física. Mintió. Ya perdí a un marido antes de hora, un marido fuerte que era un rey decente. No me quedaré de brazos cruzados ni permitiré que mi hijo también caiga.

Un murmullo se extiende entre la multitud cuando Marion y McDougall emergen entre las sombras. Avanzan arrastrando los pies, sonrojados y gruñendo mientras suben la camilla de Alderic al escenario.

El rey es un fantasma tembloroso de lo que fue, con el rostro ceniciento y los labios secos y agrietados. La herida del estómago se le ha infectado y la piel que la rodea supura y tiene un tono negro verdoso. El hedor dulzón y enfermizo impregna el aire y hace que se me revuelva el estómago. Entreabre los ojos

ligeramente y ya no son azules y brillantes, sino que tiene la mirada vacía y vidriosa de alguien que mira a la muerte.

Los murmullos de la multitud se hacen más fuertes y se transforman en gritos agudos y entrecortados de incredulidad.

Me muerdo el labio inferior para calmar mi estómago revuelto y miro a Kane. Tiene todos los músculos tensos y la mirada fija en la herida podrida.

—Soltad al guerrero —exige la reina con la mirada clavada en los guardias—. Ahora.

Los guardias vacilan durante un instante y miran a Cuatro en el palco de los nobles. Pero su asiento está vacío y la reina Lockhart tiene la autoridad absoluta.

Poco a poco, uno de los guardias se adelanta y el llavero tintinea en su guantelete de metal. El frío hierro cruje cuando inserta la llave y abre la cerradura. Las cadenas caen sobre el escenario con un estruendo que resuena en las paredes de piedra. Kane se frota las muñecas, tiene la piel roja por el roce del metal.

La reina Lockhart se acerca con una presencia imponente a pesar de su dolor.

—Si hay una posibilidad por mínima que sea de que la magia pueda salvar a mi hijo, la aceptaré. No lo perderé a él como perdí a mi marido. —Se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra y me duele el corazón por ella, por el reino que se tambalea al borde de la desesperación.

—¿Quiere que use la magia? —pregunta Kane con los ojos oscuros entornados—. ¿Reconoce que se puede hacer?

Contengo el aliento junto con el resto de la multitud observando en una silenciosa anticipación, olvidando su ira anterior y sus gritos de sangre.

—Reconozco que hay muchas cosas en este mundo que no entiendo.

Kane asiente y se acerca a la silueta marchita de Alderic cuando estalla el caos entre la multitud.

Todas las cabezas se vuelven hacia los gritos y el mar de gente se separa. Cuatro avanza a toda velocidad con la mandíbula apretada y la mirada fruncida. Ivy lo sigue y se las arregla para parecer una brillante sirena bajo la lluvia torrencial.

Cuatro sube los escalones de dos en dos y se interpone en el camino de Kane

como una pared inamovible entre el guerrero y el rey.

—No tocarás a nuestro rey. Solo puedo imaginarme el daño que le causarás.

—¿Prefieres que tu rey muera? —La pregunta de la reina Lockhart es tan cortante como el filo de la guillotina.

—Preferiría que un hombre condenado no use a nuestro rey como peón en un último intento por salvar el cuello —espeta Cuatro—. La magia rara vez se entrega libremente, suele tener un precio. Y no estoy seguro de que Pentáculos pueda pagarlo.

—Por lo que he visto dentro del palacio, Pentáculos puede permitirse pagar casi cualquier cosa —digo y hago una mueca cuando el guardia me clava los dedos en el bíceps.

—Tú... —La mirada de Cuatro se clava en mí y entorna los ojos—. No creas que no he descubierto la verdad de tu origen.

—No me importa si los ha parido un dragón mientras mi hijo viva —espeta la reina—. Soltadla.

El guardia me empuja hacia delante y consigo mantenerme erguida agitando los brazos a los lados.

—¿Y si las noticias sobre la magia llegan a los otros reinos? —brama Cuatro —. Verán este uso como un acto de guerra. ¿Qué haremos entonces?

—¿Acaso no es eso lo que has afirmado resolver de manera excelente? ¿No es tu destreza estratégica el motivo de tu cercana relación con mi hijo, el rey? Se supone que tenías que protegerlo, evitar esto. Fracasaste. Ahora debo enmendar tu desastre y me he dado cuenta de que está lejos de ser tu único error. Ten cuidado, Cuatro, o puede que acabes reemplazando a Blackthorne en la guillotina.

A Cuatro se le contraen los músculos de la barbilla mientras lucha por mantener la compostura abriendo y cerrando los puños a los costados.

—Hazlo —ordena la reina—. Salva a mi hijo.

Kane se arrodilla junto al rey. Alderic extiende una mano temblorosa y blanca como la de un fantasma y Kane la coge entre las suyas.

Al sentir a su amigo, Alderic toma una respiración trémula y profunda.

—Has venido a liberarme. —Habla con silbidos ásperos que hacen que se le

estremezca todo el cuerpo.

—He venido a ayudarte, mi rey, mi hermano.

—No hay sabor, no hay sol. El mundo está vacío —farfulla Alderic con la mirada desenfocada, perdido en una neblina delirante—. Hermano, perdóname. Perdóname... —Se retuerce una vez más y la mano le cae flácida. Respira de manera lenta y entrecortada.

La carta que tengo debajo del corpiño vibra contra mi pecho y se sincroniza con la esencia de la magia de Kane mientras sostiene las manos sobre las heridas de Alderic y murmura palabras silenciosas.

Una suave luz dorada emana de las palmas de Kane. Es un resplandor delicado y etéreo, pero se expande con cada latido de mi corazón hasta que cae en cascadas de sus manos sobre el rey moribundo como luz solar líquida.

Un jadeo resuena entre la multitud mientras la luz mágica curativa sigue derramándose sobre Alderic. El brillo se intensifica, se arremolina y late, da vueltas en el aire y envuelve al rey en una nube de resplandor dorado que lo levanta de la camilla.

La reina Lockhart observa conteniendo la respiración con las manos apretadas ante ella y los nudillos blancos. Marion y McDougall se mantienen cerca, su mirada no abandona el cuerpo de Alderic. Todo el reino contiene la respiración esperando el momento de la verdad.

La piel muerta se le separa de las heridas, se mezcla con la lluvia y cae húmeda y rancia sobre los tablones de madera del suelo. La respiración de la multitud parece sacar el aire del anfiteatro. Los guardias se tensan y acercan las manos lentamente a las armas.

—¡Esperad! —Me interpongo entre Kane y los guardias—. Dejad que cure al rey Lockhart. Dejad que termine.

La luz dorada sigue latiendo, cada oleada de energía confiere una nueva vida al rey que había estado moribundo. La luz es cálida y radiante y se mueve alrededor de Alderic como una suave marea. Su palidez fantasmal se desvanece, su piel gris y enfermiza se torna rosada y saludable. La lluvia constante le lava los últimos restos de piel muerta del abdomen.

Respiro profundamente, el aire está limpio y transporta un aroma a pino y

humo de leña. El aroma de Kane. La magia de Kane.

Sigue moviendo las manos sobre el abdomen de Alderic, agitando el aire, controlando la magia que le pertenece desde que nació.

Se teje un parche dorado aterciopelado dentro de la herida abierta. Los hilos resplandecientes de la magia se retuercen y se entrelazan, brillando como polvo de estrellas. Las fibras áureas se extienden lentamente llenando y cerrando la herida mientras el cuerpo de Alderic baja flotando hasta la camilla de nuevo.

La reina se deja caer de rodillas junto a su hijo, lo abraza con el rostro surcado de lágrimas y sus sollozos quedan amortiguados en el pecho de Alderic.

—¡El rey vive! —exclama McDougall. El alivio me recorre todo el cuerpo y la multitud vitorea.

Se callan de golpe cuando Cuatro da un paso adelante y levanta las manos pidiendo silencio.

—Pero ¿cuál es el precio de esta magia? ¿Qué maldiciones caerán sobre nuestro reino ahora que nos hemos aliado con el bastardo de una bruja? —Sus palabras son un siseo ponzoñoso que siembra dudas y temor en los aldeanos presentes.

El brillo dorado de la magia de Kane se desvanece cuando se levanta y fija la mirada en Cuatro.

—Pues en ese caso somos hermanos. —Está tranquilo, pero aun así hay una amenaza subyacente que hace que se me acelere el corazón.

El rostro de Cuatro es una máscara rígida de ignorancia fingida, pero el brillo de reconocimiento en sus ojos lo traiciona.

—Tarde o temprano serás descubierto y sabrán que eres tú aquel a quien temen los reyes. —Kane se mantiene erguido y habla con voz tranquila, pero destinada a hacerlo sangrar—. Hablas de maldiciones y condena, Cuatro, pero ¿qué pasa con tus secretos? ¿Con la oscuridad que escondes?

Cuatro entorna los ojos, pero permanece en silencio con la mandíbula apretada.

Kane continúa, se acerca y su mirada oscura no vacila ni un instante.

—La magia que fluye por tus venas es la misma magia que condenas en los demás. ¿Cuánto tiempo llevas ocultando tu verdadera naturaleza? ¿Cuánto

tiempo has estado engañando a esta gente, fingiendo ser su salvador y empuñando el mismo poder que dices despreciar? El mismo poder que los mata lentamente.

La multitud murmulla y pasa la mirada de Kane a Cuatro.

—La verdad saldrá a la luz, Cuatro. Se destaparán tus mentiras y la gente te verá como lo que eres..., un cobarde que se esconde en las sombras de su propia magia.

Cuatro contrae la mano, se frota el índice con el pulgar. Las chispas azules son tan rápidas que las habría pasado por alto si no las hubiera visto antes.

Kane prosigue elevando la voz:

—¿De qué tienes miedo, Cuatro? ¿De que vean tu magia como lo que realmente es? ¿De que Alderic y todo el reino sepan lo que has hecho?

Cuatro da un paso adelante con el rostro crispado por la ira.

—No sabes nada, Blackthorne.

—Sé que tú eres la verdadera amenaza de este reino. Tu magia, tus mentiras... son el veneno. Y si no pones fin a esta maldición que recae sobre el palacio y nuestro rey, lo haré yo.

Los dedos de Cuatro vuelven a echar chispas, un destello azul que se esconde en un parpadeo.

—Te arrepentirás de tus palabras.

—¿De verdad? —desafía Kane—. ¿O revelarás por fin el monstruo que eres realmente? Muéstraselo, Cuatro. Muéstrales el poder que escondes, el poder que has usado para ponerlos de rodillas.

La multitud observa sin atreverse a respirar mientras las palabras de Kane tiñen el aire.

Cuatro frota el índice y el pulgar. Estallan chispas azules en sus manos, pequeñas explosiones de energía mágica que chisporrotean y crujen en la humedad.

La reina Lockhart se pone de pie y Marion y McDougall recuperan su sitio de inmediato junto a Alderic para sostenerlo mientras se sienta con cuidado.

La reina se acerca a Cuatro, la lluvia se mezcla con las lágrimas en su rostro.

—¿Es cierto lo que afirma Blackthorne?

Cuatro se endereza con los hombros tensos y rígidos.

—Majestad, no se deje engañar por los trucos de este charlatán. Su magia puede parecer curativa ahora, pero requerirá un precio... Un precio que Pentáculos no puede pagar.

—El único precio que ha pagado este reino ha sido por tu engaño y tu traición —espeta Kane—. Tu magia ha devorado a un rey fuerte y lo ha convertido en una mera marioneta.

La reina levanta la barbilla y fulmina a Cuatro con los ojos entrecerrados.

—Explícate. ¿Qué has hecho?

Cuatro empieza a perder la compostura, le chisporrotean las manos a los lados.

—¡Lo único que he hecho ha sido proteger a este reino! Es la magia de este hombre la que nos traerá la ruina a todos.

La voz de Kane interrumpe las negaciones frenéticas de Cuatro:

—Hablas de protección, pero tú provocaste el incendio. Tu magia estuvo a punto de matar al rey y a toda la corte. Tu codicia es el motivo de que Pentáculos se esté muriendo de hambre, estás acaparando la riqueza y el poder del reino para tu propio beneficio.

Un murmullo recorre la multitud, la ira y el miedo se dirigen hacia Cuatro.

—¿Es cierto, Cuatro? —pregunta la reina apretando los dientes—. ¿Has sido el arquitecto de nuestro sufrimiento?

A Cuatro le tiembla todo el cuerpo, ahora sus manos echan chispas con más violencia.

—¡Mentira! ¡Es todo mentira! La magia de Blackthorne ya la ha envenenado.

—¡Eres uno de nuestros súbditos y te ordeno que me respondas! ¿Qué has hecho?

—Yo ya les he enseñado mi magia —dice Kane con suficiencia—. Ahora te toca a ti.

La ira de Cuatro estalla. Con un grito primigenio, levanta las manos y libera un torrente de magia azul y chisporroteante.

—¡Guardias, apresadlo! —ordena la reina Lockhart.

Corren hacia él, pero en lugar de encadenarlo forman un escudo protector a su

alrededor.

Doy un paso atrás, noto el corazón en la garganta mientras miran hacia delante con los iris tan brillantes y azules como el cielo.

Tan brillantes y azules como los de Alderic.

—No —susurro. Un escalofrío me recorre los brazos.

La magia gélida de Cuatro se dirige hacia Alderic. Sin decir nada, el rey se pone de pie con esos ojos cristalinos azules y radiantes. Con un rápido movimiento, saca una espada de la vaina del guardia más cercano. El filo reluce bajo la lluvia como el rocío de la mañana sobre la hierba cuando Alderic carga contra su madre y la derriba. La mujer cae sobre los tablones de madera y se queda inmóvil.

—¡Majestad! —grita Marion y corre a su lado.

McDougall se abalanza hacia Alderic, pero otro guardia interviene y lo deja inconsciente con un rápido golpe en la cabeza. El anfiteatro estalla entre gritos y alaridos caóticos mientras los aldeanos corren en todas las direcciones y los nobles se levantan de sus asientos.

Un destello plateado me llama la atención y me giro en busca del arma en un mar frenético de cuerpos debajo del escenario que se empujan para escapar.

Ahí está otra vez, como un pececillo que destaca en un banco de peces.

Sin pensármelo dos veces, bajo de un salto sorteando la estampida provocada por el pánico. Consigo agarrar la daga y enrosco los dedos alrededor de la empuñadura.

—¡Kane! —exclamo volviendo al escenario justo cuando Alderic blande la espada contra él con una furia implacable.

Kane se hace a un lado y le agarra el brazo que sostiene la espada para restringirlo sin hacerle daño.

—¡Toma! ¡Usa esto! —Deslizo la daga sobre el suelo de madera, el filo reluce por el camino.

Le da un pisotón para pararla y la recoge rápidamente justo cuando Alderic se lanza de nuevo hacia él. El rey tiene el rostro pálido, tiene manchas amarillas de sudor en la camisa abierta que deja al descubierto atisbos de la cicatriz dorada de su abdomen, pero sus ojos brillan con una luz paranormal que me hiela la sangre.

Los gritos de la multitud llenan el aire, el sonido del pánico nos rodea. Echo un vistazo a la reina Lockhart que ahora se acuna el brazo de rodillas con Marion a su lado.

La magia de Cuatro continúa emitiendo chispas azules desde sus manos.

Su rostro se retuerce, desesperado por mantener el control sobre los soldados de Alderic.

—¡No ganarás nunca, Blackthorne! ¡Pentáculos será mío!

Kane bloquea otro golpe de Alderic y el choque del metal resuena. Me mira y compartimos un breve momento de conexión. Entiendo su mensaje tácito.

«Tenemos que romper el control de Cuatro».

Me muevo por el borde del escenario. Tengo todos los músculos del cuerpo tensos y preparados. Me mantengo agachada con la mirada fija en Cuatro. Si consigo acercarme lo suficiente, tal vez pueda desconcentrarlo.

Alderic vuelve a atacar y Kane desvía el golpe. Retrocede para alejarlo de la reina y de Marion.

—Tu lucha es contra mí, Cuatro. ¡Déjalas fuera de esto!

Cuatro resopla, le tiemblan las manos por el esfuerzo de mantener el hechizo.

—Mereces estar solo y aislado. No tendrías que haber vuelto.

Ya casi he llegado. Puedo ver el sudor y la lluvia en la frente de Cuatro, los destellos y parpadeos de las chispas de su magia. Solo unos pasos más...

Alguien me agarra por el pelo y tira de mí hacia atrás.

Jadeo luchando por recuperar el equilibrio mientras Ivy me da la vuelta.

Nos miramos la una a la otra. Llueve a cántaros, el suelo se ha convertido en barro bajo nuestros pies. Ivy es guapa, siempre lo será, pero ahora se parece más a Úrsula que a la sirenita.

—No puedes pararlo —gruñe—. Me aseguraré de ello.

Se lanza hacia mí con los dedos extendidos como garras.

Chocamos, nuestros pies se deslizan sobre el barro. La empujo, pero es implacable. Caemos al suelo, rodamos y nos resbalamos sobre el lodo, pero ninguna de las dos consigue sobrepasar a la otra.

Busco su pelo con los dedos y tiro con fuerza mientras ella me sujeta los brazos contra el suelo y me clava las uñas. La sangre brota en forma de

medialuna en mi piel y grito.

—Te dije que volvieras a donde perteneces —sisea y me agarra por el cuello.

Le empujo los brazos retorciendo y golpeando hasta que consigo apartarla. Me pongo de pie y me sigue. Tiene el vestido roto y embarrado y los ojos desorbitados por la furia.

Nos rodeamos mutuamente, me arden los pulmones, se me oscurecen los contornos de la visión.

—Te toca a ti marcharte. —Me arrojo sobre ella y nos estrellamos contra el lado del escenario.

Se retuerce y me araña la cara y el cuello. Rodamos contra el escenario y aprovecho el impulso para golpearle la cabeza contra un poste de madera.

Grita y se tambalea hacia atrás. Aturdida, se lleva una mano a la parte de detrás de la cabeza y observa la sangre que le mancha la palma.

La multitud espera tras ella entre rugidos enfadados por la crueldad que han sufrido bajo sus manos. Ivy los siente a su espalda, se pone rígida y abre los ojos como platos.

—Pertenezco a este sitio. —Con un grito feroz, me lanzo hacia ella y la empujo con todas mis fuerzas.

La muchedumbre se abalanza sobre Ivy con gritos de furia y venganza que ahogan sus chillidos.

Me limpio el barro de la cara y me giro hacia el caos del escenario.

Kane le ha arrebatado la espada a Alderic, pero sigue enzarzado en una batalla contra el rey para detenerlo sin hacerle daño.

Desvío la mirada a los guardias, quienes han colocado a Marion y a McDougall de rodillas junto a la guillotina y la reina Lockhart ya tiene el cuello apoyado en el cepo.

Cuatro tiene la cara roja por el esfuerzo, se le marcan los tendones y las venas en el cuello por la presión de tener que controlar a tanta gente durante tanto tiempo.

Subo corriendo la escalera y me dirijo hacia Cuatro con los pasos seguros a pesar de los tablones resbaladizos. Está demasiado preocupado con quienes cree que son la verdadera amenaza como para fijarse en mí.

Con la fuerza que me queda, me enfrento a Cuatro.

La magia azul chisporrotea a mi alrededor, me quema el pelo y noto su calor en la piel antes de que ambos nos estrellemos contra el escenario en una nube de magia extinguida. Forcejeamos, intenta apartarme con las manos, pero me aferro en un agarre inquebrantable.

No necesito vencerlo, me basta con distraerlo.

—¿Te crees una heroína? —escupe.

—No —gruño con una vaga sonrisa en los labios—. Pero sí que conozco a un héroe.

Mi caballero de brillante armadura. Como siempre, Kane acude a mi rescate al instante.

Suelto a Cuatro y ruedo a un lado. Kane se lanza hacia delante con la daga en la mano. Oigo el desgarro de la carne y el gorgoteo de la sangre antes de mirar.

—Tu reinado de terror se ha terminado —gruñe Kane.

El cuerpo de Cuatro convulsiona una vez, luego otra, y se queda quieto bajo el repiqueteo de la lluvia y los gritos amortiguados de la multitud.

Kane me ayuda a levantarme y me envuelve en la fuerza y la calidez de sus brazos. Hundo la cara en su pecho inhalando sudor y aroma a pino, mientras la reina alza la voz llamando al orden. No escucho. Ahora mismo, solo existimos nosotros, Kane y yo, y el hecho de que vuelvo a estar entre sus brazos.

Treinta y cuatro



Tres semanas después

No pienso ignorar a la emperatriz. La llevo conmigo desde que volví a Towerfall y hoy siento que me está gritando, hoy vibra muy intensamente contra mi pecho. Presiono con la mano la carta escondida en mi corpiño para intentar calmar la frenética energía que irradia, pero parece que solo se intensifica mientras Kane y yo cruzamos la gran verja del palacio, que ahora está abierta de par en par para la celebración.

El patio delantero se ha transformado y ahora está lleno de color y sonido. Estandartes granates perfilados en oro y bordados con brillantes pentáculos ondean en la brisa; mesas cubiertas de carnes, quesos, pasteles, panes y fruta bordean la verja de hierro forjado decoradas con guirnaldas de flores frescas.

Kane camina a mi lado y me estrecha la mano para tranquilizarme. Nos detenemos bruscamente cuando un caballo de juguete con ruedas cruza a toda velocidad por delante de nosotros y una fila de niños pasa corriendo y riendo tras él.

El aire está lleno de las risas alegres del pueblo de Pentáculos y es una locura pensar en el impacto que Cuatro tuvo en el reino. Sin él aquí, el pueblo está

prosperando y vuelve a ser lo que era antes de que el rey Lockhart ii muriera y Cuatro usara su magia contra su hijo para hacerse con el poder.

No lamento que Cuatro se haya ido y no lamento lo de Ivy. Solo desearía no haber sido yo quien la echó a los lobos.

Kane me aprieta la mano como si pudiera oír mis pensamientos. A veces creo que puede. Le sonrío y él tira de mí para acercarme y darme un beso en la sien. La calidez de sus labios contra mi piel me reconforta.

Mientras nos movemos entre la bulliciosa multitud, nos saludan con sonrisas de agradecimiento y gestos de reconocimiento. El manto de desesperación y suciedad que una vez cubrió cada rincón del reino bajo la oscura influencia de Cuatro se ha levantado. Ahora hay mejillas sonrosadas y risas profundas, ropa limpia y el lejano sonido de los martillos mientras se reparan hogares y negocios.

Kane tenía razón; Alderic es un buen hombre.

Desde el momento en que volvió a entrar en el castillo, y contra las peticiones de Kane, su madre y su médico, comenzó a restaurar el reino.

Kane se detiene a charlar con una anciana que vende lavanda. Le entrega un pequeño ramo y cuando él coloca tres monedas de oro sobre su curtida palma, ella intenta devolvérselas. Kane niega con la cabeza, se vuelve hacia mí y me coloca una fragante flor en el pelo. Me río y le doy las gracias con el corazón lleno de gratitud y amor por este hombre que me obligó a ser lo bastante valiente para descubrirme a mí misma.

Seguimos andando y no tardamos en encontrar a Alderic hablando junto con un grupo de aldeanos de los planes para reconstruir una parte del mercado. Levanta la mirada a medida que nos acercamos y su rostro se ilumina con una sonrisa genuina.

—¡Kane! ¡Hannah! —Igual que Kane, Alderic le saca al menos una cabeza a toda la gente que lo rodea. Eso junto con su dorado pelo rubio hace que sea difícil no verlo—. ¡Venid!

Kane le da una palmada en la espalda a Alderic cuando nos unimos a él.

—Mírate, ya recuperado y organizando a todo el mundo. Como en los viejos tiempos.

—Alguien tenía que volver a poner todo en orden. Se lo debo a Pentáculos.

—Alderic se ríe y los rabillos de sus ojos se arrugan. Ya no son del azul eléctrico y helado que eran bajo el control de Cuatro, los ojos de Alderic son de un azul rico y penetrante, las profundidades cobalto de un lago tranquilo—. Además, estarías perdido sin mí.

—¿Yo? ¿Perdido sin ti? ¿Seguro que no sigues enfermo? —Kane sonríe—. Sin mí, ¿quién te sacaría de todos los problemas en los que te metes?

—Ahora tengo a Hannah para eso. —Alderic me guiña un ojo y pongo los ojos en blanco.

Solo hace unas semanas que conozco al verdadero Alderic, pero en ese tiempo se ha convertido en el hermano mayor que nunca supe que quería.

—Hannah no estaba allí la vez que nos obligaste a colarnos en las cocinas para robar bombones. —Kane se vuelve hacia mí negando con la cabeza—. Nos pilló la cocinera. Yo lo cubrí, por supuesto. Pensé que acabaría despellejado vivo.

—Lo sé. —Alderic se ríe tanto que se queda sin aliento—. Inmediatamente te pusiste a llorar.

Kane entrecierra los ojos y cruza los brazos sobre el pecho fingiendo estar ofendido, pero en su boca se puede ver una sonrisa.

—¿Qué le voy a hacer? —Alderic se inclina hacia delante y estira su largo brazo para alcanzar un pastel de fresa glaseada—. Los dulces son mi debilidad. —Se lo mete en la boca y cierra los ojos un instante mientras lo saborea—. De hecho, creo que me voy a ir a recorrer los diferentes reinos. Quiero probar las exquisiteces que Towerfall tiene que ofrecer.

—Tal vez en unos años, pero, por ahora, nuestro reino necesita a su rey —dice Kane.

Alderic pasa el brazo por encima del hombro de Kane y mira a la multitud, su mirada se suaviza.

—Si tuviera que elegir un final, sería este.

Kane arquea una ceja.

—¿De dónde vamos a tener que salvarte Hannah y yo esta vez?

La respuesta de Alderic es una sonrisa socarrona que le forma un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Ya me conoces. Siempre hay algo.

Marion se precipita a mi lado con las mejillas rosadas y sin aliento. Se agarra a mi brazo prácticamente rebotando sobre los dedos de los pies.

—¿Dónde has estado? —Levanto las cejas y analizo la multitud en busca del amante que sin duda sigue tambaleándose tras su cita.

Desde que dejó a su marido, Marion se ha transformado en una fuerza vibrante de la naturaleza. Ha tomado las riendas de su vida y ayuda a las jóvenes a hacer lo mismo: seguir sus propios sueños y pasiones en lugar de vivir para su futuro marido.

—¡Oh, no te haces una idea! —Prácticamente grita mientras los rizos le rebotan contra los hombros—. Pero pronto lo verás.

Kane y yo compartimos una mirada confundida, pero antes de que ninguno de los dos podamos interrogar a nuestros amigos, el estridente sonido de las trompetas atraviesa el patio.

Las puertas del palacio se abren y la reina Lockhart aparece. Su vestido de terciopelo dorado barre las piedras bajo sus pies cuando sale a la escalera que se alza sobre la multitud. Los murmullos de la gente del pueblo se acallan y todos los ojos se vuelven hacia la reina madre.

La emperatriz arde sobre mi pecho, me calienta el torso y hace que el sudor se me acumule en la frente.

Alderic le da una palmada a Kane en la espalda.

—Ven, hermano. Esta será la última vez que necesite que me rescates.

La multitud se separa mientras Alderic camina hacia la escalera que conduce a las puertas principales del palacio. Kane lo sigue con pasos confiados. Aunque cuando mira por encima de su hombro y me da la mano, siento su incertidumbre.

Mis pulmones se encogen ante la expectación mientras nos abrimos paso entre la multitud y no sé distinguir si la energía del aire es eléctrica o si es la emperatriz palpitando contra mi corazón.

Cuando llegamos al frente de la multitud, freno y suelto la mano de Kane. Él se detiene y me mira como si pudiera huir si se aleja demasiado. No hay suficientes días en este mundo ni aliento en mis pulmones para explicar cuánto lo quiero, que lo necesito, que nunca volveré a abandonarlo.

Marion y yo nos quedamos juntas y vemos a Kane subir la escalera. Su espalda está recta, sus movimientos son suaves y seguros. Sus anchos hombros son poderosos y sus gruesos músculos se tensan bajo su camisa. Es fuerte en muchos sentidos y esa fuerza siempre me ha atraído, y siempre me atraerá, hacia él.

Kane se sitúa entre Alderic y la reina, oscuro y tormentoso frente a su reluciente oro.

Cuando la reina madre levanta la mano, la multitud guarda silencio, su emoción es palpable.

Ya aguanto la respiración. No puedo explicarlo, pero sé que lo que pase a continuación definirá mi futuro y el futuro de Pentáculos.

—Hoy celebramos no solo el renacimiento de nuestro reino, sino también el comienzo de una nueva era —empieza la reina Lockhart con una voz que recorre todo el patio—. Durante demasiado tiempo, hemos soportado las sombras proyectadas por el engaño y la traición. Nos hemos enfrentado a dificultades e incertidumbre y hemos llorado la pérdida de nuestra paz y prosperidad. ¡Pero eso se acabó!

Hace una pausa para dejar que la multitud asimile sus palabras mientras recorre con la mirada los rostros ante ella.

—Gracias a la valentía y la generosidad de nuestros héroes, no solo hemos sobrevivido, sino que hemos salido fortalecidos. Nos han recordado la fuerza que llevamos dentro, la resiliencia que nos define como pueblo. Gracias a su valentía y vuestro apoyo inquebrantable estamos hoy aquí, listos para recibir con los brazos abiertos un futuro mejor.

»Mientras avanzamos, reconstruimos y restauramos lo que hemos perdido, no olvidemos que nuestra mayor fuerza reside en nuestra unidad. Somos una familia, unidos por nuestro amor compartido hacia esta tierra y hacia los demás.

Marion entrelaza el brazo con el mío y me estruja mientras un murmullo de acuerdo se extiende entre la multitud.

La reina Lockhart sonríe, cálida y honesta y brillante. Aunque no estaba bajo la magia de Cuatro, también ha cambiado desde su muerte. Su cansancio ha

desaparecido. En su lugar hay algo suave y despreocupado e imposible de describir.

—Sabed que dejo el cargo de reina madre con amor en mi corazón por cada uno de vosotros.

La multitud da un grito ahogado y yo hago lo mismo llevándome la mano a la boca.

Alderic se adelanta y levanta las manos con las palmas hacia fuera, su pelo rubio es como un halo a la luz del sol.

—No es ningún secreto que mi madre desea retirarse de sus deberes como reina, pero ese no es el único cambio que se va a producir hoy aquí. Hace tiempo que tengo dudas sobre si soy apto para ser vuestro rey. Sin embargo, cuando ascendí al trono, juré proteger y servir a este reino hasta mi último aliento. Pero ahora tengo claro que Pentáculos necesita más. Necesita la fuerza y la claridad de un héroe, alguien que demuestre una y otra vez su compromiso con su pueblo.

Se vuelve hacia Kane, que permanece erguido y sereno, aunque hay una fina arruga de confusión entre sus cejas.

—Kane Blackthorne es ese héroe. Ha demostrado tener el corazón y el coraje de un verdadero líder, y la magia en su sangre que durante tanto tiempo ha sido deshonrada nos ha guiado durante nuestros momentos más oscuros. Blackthorne ha demostrado lo que significa liderar con honor. Se ha ganado nuestra confianza y nuestro respeto. Le debo mi vida tanto a él como a Hannah.

La multitud murmura conforme y Alderic continúa, confiado y tranquilo como si hubiera dado este discurso mil veces antes.

—Por lo tanto, con el corazón lleno y plena confianza, abdico el trono y paso la corona a Kane Blackthorne. Bajo su gobierno, Pentáculos no solo se recuperará, sino que prosperará como nunca antes.

Otro jadeo colectivo recorre la multitud y no puedo evitar sentirme como si estuviéramos en un concurso de televisión.

—¿No es maravilloso? —dice Marion con voz aguda mientras da saltitos arriba y abajo y su emoción rompe la caja refinada en la que ha estado almacenada.

—¿Abdicar? —Kane abre los ojos de par en par—. ¿Estás... estás

renunciando a tu trono, entregando tu poder y el reino?

—Estoy dándoselo a un verdadero rey —dice Alderic, mientras su madre da un paso hacia delante y coge las manos de Kane entre las suyas.

—Kane Blackthorne, ¿aceptas esta responsabilidad y tu deber de proteger este reino y a su gente? —pregunta.

La mirada de Kane recorre la multitud, su pueblo, si los acepta, antes de encontrarse con la mía. Le sonrío poniéndome de puntillas con puro orgullo y amor por este hombre que estaba dispuesto a morir para salvar a las personas que forman su mundo.

—Acepto —declara con voz fuerte y decidida.

McDougall sale de entre las sombras del enorme vestíbulo. Levanta el almohadón de terciopelo granate donde la antigua reina madre coloca la corona de pentáculos. A continuación, la coge y la coloca suavemente sobre la cabeza de Kane.

—Pueblo de Pentáculos, uníos a mí para dar la bienvenida a vuestro nuevo rey.

—¡Larga vida al rey Blackthorne! —grita Alderic.

—¡Larga vida al rey Blackthorne! —repite la multitud antes de estallar en un estruendoso coro de aplausos y vítores.

Mientras continúan los aplausos, Alderic se inclina hacia Kane.

—Se acabó tener que rescatarme, hermano. Este es tu momento. Sé un buen líder.

El pueblo sigue vitoreando con una fe inquebrantable en su nuevo rey mientras Alderic y la antigua reina dan un paso atrás para permitir que Kane ocupe su lugar.

Se toma un respiro antes de dirigirse a la multitud, pero su mirada se encuentra con la mía una vez más. Un instante después, está bajando la escalera y me encuentro entre sus brazos.

—No sin ti —susurra contra mi pelo mientras su mano encuentra la mía—. Cervatilla, me has salvado. Quédate a mi lado como mi reina. No sería el mismo sin ti.

La carta de la emperatriz palpita contra mi pecho instándome hacia el futuro

que siempre me ha estado esperando. Se me llenan los ojos de lágrimas y apenas puedo hablar por el nudo que tengo en la garganta.

—Sí, Kane. Siempre.

Tan pronto como las palabras salen de mis labios, Kane me envuelve entre sus brazos. Se inclina y atrapa mis labios con los suyos. Sus manos me acarician la cara y sus dedos se enredan en mi pelo. Me derrito en él con el calor de su cuerpo contra el mío y su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío.

Le rodeo el cuello con los brazos y me pego más a él. Nuestros cuerpos se unen y encajan perfectamente, como si estuviéramos hechos para este momento, el uno para el otro.

Su beso es un juramento, una promesa de un futuro. Una promesa de un para siempre.

Epílogo



El sol brilla en lo alto como una bola amarilla de narcisos que proyecta sus cálidos rayos sobre los exuberantes jardines. El jazmín aporta su aroma al aire limpio y fresco que me agita las faldas y me enreda los mechones que se me sueltan de la larga trenza.

Marion se lleva una mano a la boca para contener la risa cuando Alderic envía la bola de cróquet tan lejos del aro que rueda hasta el campo de hierba alta y flores silvestres que hay más allá del césped cortado.

—Se te da fatal esto.

Alderic se coloca el mazo en el hombro y le hace un gesto a alguien del servicio para indicar que irá él mismo a por la bola.

—¿Me lo dirías si siguiera siendo el rey?

—En absoluto —responde Marion con los ojos brillantes.

Alderic deja escapar otro suspiro dramático y gira sobre sus talones. Tiene los labios fruncidos en una mezcla de exasperación y diversión.

—Kane, majestad. —Hace una reverencia tan exagerada y teatral que casi toca el suelo con los dedos—. ¿Considerarías devolverme el título hasta que termine la partida? Me gustaría poder jugar sin ser abucheado.

—No te estoy abucheando —insiste Marion y ensancha la sonrisa—. Pero debería empezar a hacerlo.

Kane sonríe y me mira antes de responder:

—Deja que lo piense... —Se frota la mandíbula para alargar el momento.

—Ay, da lo mismo —gruñe Alderic, caminando con dificultad por la maleza que le llega hasta las rodillas—. Sois todos insufribles.

Noto cierta calidez en el pecho mientras lo observo marcharse con la risa de Marion bailando en el aire a nuestro alrededor. Hace poco me he dado cuenta de que esto es la comodidad. La alegría. Soy totalmente feliz.

Estoy en casa.

Un mozo de cuadra se acerca con Sombra, cuyo pelaje negro brilla bajo la luz del sol mientras el viento le agita la melena. Kane coge las riendas, le acaricia el lomo, mete la mano en la alforja y saca un puñado de galletas de melaza cubiertas de avena. La yegua inclina el cuello y le lame el hombro con impaciencia.

—Dice que hoy estás impresionante.

—¿De verdad? —pregunto mientras levanto la mano para peinarle la melena de color carbón con los dedos.

Sombra resopla suavemente mostrando su acuerdo mientras Kane le da las galletas y le acaricia el hocico aterciopelado.

—Aunque llevas demasiadas capas de tela —añade.

—¡Sombra! —exclamo fingiendo estar escandalizada.

—No la culpes a ella —murmura Kane. Da un paso adelante, me agarra por la cintura con un brazo firme y cálido y me acerca la boca a la oreja—: Eso ha sido cosa mía.

Se me eriza la piel de los brazos y un escalofrío me recorre la piel.

—¿Vamos, mi reina? —Me da un suave beso en el cuello y aspiro su aroma terroso, cálido y tan único de él.

—Sí, mi rey. Vamos. —Teniéndolo tan cerca, con sus manos y su boca sobre mí, le diría que sí a todo.

Kane me levanta con facilidad y me sube encima de Sombra. Sus manos permanecen en mi cintura más de lo necesario. Me acomodo en la silla de montar, lo miro y siento que el corazón me va a estallar de amor. El modo en el que me mira con esos ojos que parecen una noche eterna me dice que siente lo mismo.

—¿Has perdido todas las pelotas, Alderic? —grita Marion por encima del campo de cróquet, y esconde la sonrisa con un sorbo de vino.

Alderic se ríe mientras aparta la maleza con el mazo.

—Paciencia, mi querida Marion. La victoria lleva su tiempo.

—Marion, será mejor que pidas más vino —añado bromeando—. Me parece que vas a estar aquí todo el día.

McDougall se acerca a nosotros todo lo rápido que puede sin llegar a correr con una bandeja de oro en las manos enguantadas. Su urgencia empaña nuestro ambiente despreocupado.

Cuando llega a Kane, le tiende la bandeja y su pelo blanco se estremece cuando hace una reverencia.

—Un mensaje para su majestad.

Kane coge la carta y frunce el ceño mientras rompe el sello y empieza a leerla. El cambio en su actitud es inmediato, el peso del liderazgo vuelve a caer sobre sus hombros.

Sin dejar de fruncir la frente, me pasa la carta.

—Es de Copas —digo leyendo rápidamente la misiva escrita por la propia reina de Copas—. Han recibido la carta de Kane en la que les contaba lo que sucedió con el embajador y su esposa. Lamentan mucho su pérdida, pero están dispuestos a reanudar las negociaciones comerciales. Nos piden que enviemos un emisario.

Tan relajado y prudente bajo presión como siempre, Kane frota las riendas entre los dedos.

—Alderic —lo llama y su voz atraviesa el campo con una nota de autoridad —. Tengo un trabajo para ti. Considéralo un modo de compensarme por todos los problemas que me has causado.

—¿Compensarte? —Alderic levanta la mirada de la última pelota de cróquet y arquea una ceja rubia—. Creía que darte el trono bastaría para saldar cuentas. Quería volver a empezar para fastidiarlo todo de nuevo.

Kane sonríe.

—Estuvieron a punto de decapitarme por intentar salvarte, ¿recuerdas? Creo que me debes más de un favor.

Alderic se apoya en el mazo de cróquet.

—Me da la impresión de que voy a oír hablar eternamente de la vez que casi moriste por mí. —Se prepara y tira. La bola atraviesa el campo y se mete en un camino de piedra al otro lado—. Decidido. Iré.

—¿Porque te está ganando una mujer? —pregunta Marion con aire juguetón.

—Porque le debo la vida a mi mejor amigo y a su radiante pareja. Además, quiero probar las delicias que tienen en otros lugares.

—Le has dado tal paliza que quiere huir —le digo a Marion con una sonrisa.

Ella levanta la copa de vino y hace una reverencia.

Kane pasa las riendas sobre la cabeza de Sombra y me las tiende antes de volverse a Alderic.

—Me alegra no haber tenido que usar mi nuevo título para obligarte.

Con una sonrisa, Alderic se cruza de brazos.

—A estas alturas, ya deberías saber que nadie puede obligarme a hacer nada. Bueno, sin usar la magia.

—También me da confianza saber que no vas a verte involucrado en ningún escándalo del que tengamos que salvarte. Ya no eres rey. Tus acciones tienen consecuencias.

—Sí, Alderic —agrego incapaz de resistirme a la broma—. Que no te pillen con la mano en el tarro de las galletas.

Alderic frunce los labios.

—Si es tan malo, ¿por qué suena tan delicioso?

—McDougall. —Kane se dirige al hombre tan silencioso como una sombra a primera hora de la mañana—. Si tienes paciencia suficiente, impártele una rápida lección a Lockhart sobre lo que se espera de él como emisario del palacio.

—No necesito una institutriz —gruñe Alderic.

—Claro que no —lo consuela Marion entrelazando el brazo con el suyo—. Necesitas una niñera.

Kane se agarra a la silla de Sombra y monta detrás de mí. Me rodea la cintura con los brazos y la calidez de su cuerpo se transmite al mío.

Nos alejamos de los jardines y las risas de nuestros amigos se desvanecen en el suave susurro de las hojas y el golpeteo rítmico de los cascos de Sombra.

Me hundo en el movimiento constante del pecho de Kane a mi espalda mientras guía a Sombra a través de los campos salpicados de flores silvestres hacia la Torre. Su voz vibra suavemente, un grave zumbido que siento más que escucho.

—Tengo una sorpresa para ti, cervatilla.

Me inclino a un lado y miro por encima del hombro para verlo mejor. Esa sonrisa, la que podría derretir oro, tira de sus labios.

—Entonces, ¿esto no es solo el paseo relajante hasta la Torre que me prometiste? —pregunto con el corazón palpitando de emoción.

Se encoge de hombros y se le ensancha la sonrisa.

—Dame una pista.

Me pasa una mano por la trenza y tira ligeramente del final.

—Sé buena y te daré más que eso.

Una oleada de calor se me acumula en las entrañas, un calor delicioso que hace que se me aceleren los latidos. Ya no quiero esa sorpresa, solo lo quiero a él.

Llegamos a la Torre justo cuando el sol baja hasta el horizonte y proyecta una luz dorada sobre las piedras antiguas. La emperatriz se revuelve en mi pecho cada vez más caliente a medida que Sombra nos acerca.

Es como si estuviera respondiendo a la Torre, a la magia que sé que hay ahí desde que la vi desde el jardín.

Kane desmonta primero y me ayuda a bajar con suavidad. Me alegro de que me haya traído aquí. Me alegro de haber vuelto y de haberle dado una oportunidad.

Mete la mano en la alforja y saca un paquetito envuelto en una tela de seda que brilla bajo la luz anaranjada.

—He hecho esto para ti. —Irradia orgullo cuando me lo entrega—. Me ha parecido correcto dártelo aquí.

Desenvuelvo la tela y paso los dedos por la bolsita de cuero del interior.

—¿La has hecho tú? —Paso la mano sobre los brillantes rubíes colocados meticulosamente para crear el pentáculo perfecto.

—He pensado que era más adecuado tanto para ti como para la emperatriz —

contesta en voz baja y sincera—. Es para que lleves la carta ahí y no la pierdas si alguna vez quieres volver a casa.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos cuando saco la carta que llevo junto al corazón para meterla en el mejor regalo que me han hecho nunca.

—Esta es mi casa. —Le acaricio las líneas de la cara, el cuello, los hombros fuertes. Este hombre (mi rey, mi amor) me ha dado mucho más de lo que me habría atrevido a soñar—. Tú eres mi casa.

—Y tú la mía, cervatilla. Te quiero, Hannah.

Kane me da un beso dulce y tierno. Sus manos se mueven sobre mi cuerpo explorando, acariciando, encendiendo cada nervio. Me quita la ropa con tanta rapidez y facilidad que parece que cae sola al suelo como las hojas en otoño. El sol baila cálido sobre mi piel y quiero que él también lo sienta. Me muevo para levantarle la camisa, pero, como siempre, me agarra por las muñecas para impedírmelo.

—No tienes que esconderte de mí, Kane.

Me suelta despacio y le quito la camisa por la cabeza. La tela se desliza y deja al descubierto líneas de cicatrices doradas que envuelven su cuerpo como intrincados tatuajes antiguos. Son las marcas de su vida como guerrero, pruebas de las batallas en las que ha luchado y de la magia que se vio obligado a ocultar.

Brillan ligeramente como luz del sol atrapada en el agua cristalina.

Bajo la mirada a mi estómago y me paso la mano por la cicatriz del abdomen. Somos una pareja a juego, rey y reina.

Mi mirada se ve atraída a su torso desnudo. Sus abdominales son una obra de arte, una obra maestra cincelada que se flexiona y se estira con él, cuyas montañas y valles crean sombras que danzan sobre su piel bajo el sol poniente. Su pecho es amplio y esculpido y conduce a los músculos voluminosos de sus hombros y brazos. Es más guapo de lo que me habría imaginado.

—¿Te gusta lo que ves, cervatilla? —Su voz es un gruñido bajo y provocador, pero hay un tono de duda que me hace querer abrazarlo.

Asiento, incapaz de apartar la mirada de él.

—Eres... perfecto.

Recorro las líneas de sus cicatrices con los dedos y los labios saboreando la

dulce calidez de la magia que lo recorre. El cuerpo de Kane reacciona a mis caricias, sus músculos se tensan y se relajan bajo mi tacto.

Me dirijo a la cintura de sus pantalones y los bajo revelando poco a poco esos muslos musculados, pintados con la misma magia dorada. La tela cae a sus tobillos y sale de ella. Su cuerpo queda totalmente desnudo bajo mi hambrienta mirada.

Una lenta sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios cuando se acerca, sus ojos se oscurecen con un deseo que me calienta las entrañas. Me baja al suave césped salpicado de flores silvestres y se inclina sobre mí. Coge mi rostro entre las manos mientras se coloca entre mis piernas abiertas. La punta de su pene roza mi resbaladiza entrada y jadeo. Mi cuerpo se arquea hacia él en una plegaria silenciosa.

—Kane, te necesito —susurro.

—Estoy aquí, cervatilla —murmura—. Siempre.

Con un empujón lento y deliberado, entra en mí. Gimo y el aire chisporrotea de energía. Nos movemos juntos en perfecta armonía. Cada roce, cada beso... es un hechizo que nos conecta.

El resplandor dorado de las cicatrices de Kane se expande y proyecta una luz etérea que hace que me vibre la piel.

El oro brilla en el aire, envuelve nuestros cuerpos entrelazados y se eleva hacia los muros agrietados de la Torre. La magia se arremolina y baila tejiendo un tapiz de luz y fuerza que nos une al corazón de la Torre.

—Venga, cervatilla. Déjame sentir cómo te deshaces.

Y lo hago. Me deshago, me abro, me libero. Por Kane, por todos los días que me he sentido desconectada y que me han impedido amar quién soy.

La emperatriz brilla detrás de mis párpados cerrados: vestido escarlata, jardín exuberante, marco de granadas, corona de estrellas. Es un recipiente sagrado. Yo soy un recipiente sagrado.

Su energía mágica surge en mi interior y llena de poder cada rincón de mi ser. Cuando me rindo a las olas de placer, la magia que hemos creado Kane y yo se libera.

Una luz brillante brota de nosotros, un resplandor dorado y radiante que se

estrella contra la Torre. Sus piedras antiguas absorben el aluvión de magia. Las paredes brillan y relucen con una luz interior mientras la magia sigue fluyendo a nuestro alrededor, a través de nosotros, desde nosotros, juntándonos el uno al otro y a este lugar en una unión que parece eterna e irrompible.

Nos derrumbamos juntos, sin aliento y entrelazados, con la magia todavía latiendo.

No solo estoy conectada a Kane, sino también a la Torre, a la emperatriz y a la estructura misma del mundo que me rodea.

Y estoy atada a ellos por algo más que el amor.

He atado mi cuerpo y mi alma a través de la magia.

Las grietas y fisuras de la Torre empiezan a curarse, la luz dorada une los lugares rotos como hizo con Kane, como hizo conmigo.

El destino, la magia, la emperatriz... me han traído aquí. La Torre me ha traído a casa.

Por fin he encontrado mi lugar.

—Eres mía, cervatilla —susurra Kane mientras me da besos por el pecho—. Solo mía.

Y, en ese momento, sé que es verdad. Cada pizca de mi ser pertenece a Kane, a la emperatriz y a Towerfall, y no quisiera que fuera de otro modo.

Agradecimientos



Este libro no habría sido posible sin el apoyo y aliento incondicional de algunas personas realmente increíbles:

Douglas, mi bombón arrugado, gracias por tu paciencia infinita, por ayudarme a vivir y entender mis emociones y por siempre creer en mí, incluso cuando yo dudaba de mí misma.

Phyllis, te estaré eternamente agradecida. Me gustaría empezar a planear nuestras próximas vacaciones. (¡MAMI/BEBÉ!).

Christa, tu creatividad y entusiasmo son contagiosos. Me has inspirado para romper barreras y explorar nuevas ideas, y día a día me conviertes en una mejor escritora. Towerfall siempre estuvo predestinado a encontrar su hogar contigo.

Mi agente, Steven, tus consejos y fe en mi trabajo valen su peso en oro. Gracias por luchar por esta saga y por tu esfuerzo incansable por hacer que mis sueños se cumplan.

Cheroka, después de tantos años, por fin tengo una mejor amiga. El universo estaba reservando toda mi amistad para ti.

Emily, tu amistad, sabiduría y orientación son mágicas. Gracias por tu honestidad y por guiarme siempre en la dirección correcta.

Mi querida amiga Brooke, gracias por estar siempre ahí para escucharme, reírte conmigo y recordarme la paz y alegría de cada momento. Tu amistad es un tesoro.

Debbie, siempre agradeceré que dejaras todo a un lado para venir a visitarnos y cuidar de nuestros chicos. ¡Tengo muchas ganas de nuestra próxima aventura entre antigüedades!

Gina, esta historia no sería lo que es hoy sin ti y tu experiencia escribiendo novela romántica realmente sexiii. Gracias por leer mi trabajo una y otra vez y dejarlo siempre todo a un lado para hablar conmigo en los momentos más duros. Me alegro mucho de que nos hayamos encontrado.

Mi aquelarre, Melissa, Jen, Alisha y Falyn, gracias por la magia que aportáis a mi vida. Vuestra fuerza, sabiduría y sororidad son una fuente de inspiración y consuelo. Es un honor para mí recorrer este camino a vuestro lado.

Jamie Sea, Brigitte Arnet y Lindsey Means, no hay palabras suficientes para explicar cómo me habéis cambiado la vida. Gracias por ayudarme a regresar a mí misma.

Finalmente, Jiayun, Madison, Lexi, Brittany, Emily, Jennifer, Molly, Alexandra, Kavita, Michael, Debbie, Pam y todo el equipo de Bloom y Sourcebooks, habéis sido más que maravillosos. Vuestra dedicación, trabajo duro y pasión han permitido que este libro cobre vida de una forma que solo podría haber soñado. Soy muy afortunada por tener a gente tan fantástica a mi lado.

Gracias a todos desde el fondo de mi corazón.

Sobre la autora



Kristin Cast es la autora número uno en ventas del New York Times y del USA Today con más de 30 millones de ejemplares vendidos.

Kristin nació en una base de la Fuerza Aérea en Japón y creció en Oklahoma. Después de luchar contra la adicción, Kristin se dirigió al noroeste del Pacífico y aterrizó en Portland. Redescubrió su pasión por contar historias en los estantes de librerías polvorientas y en sillas desvencijadas de viejos cafés.

Desde que tiene memoria ha inventado historias. Afortunadamente, las ha estado escribiendo desde 2005.

La emperatriz
Kristin Cast

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Empress*
© del texto: Kristin Cast, 2025
Publicado por acuerdo con c/o Steven Salpeter, Assemble Literary, New York y Sourcebook Bloom Books.
© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons, 2025
© de la ilustración de cubierta: Laia Tinaut, ilustradora representada por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-08-30267-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta